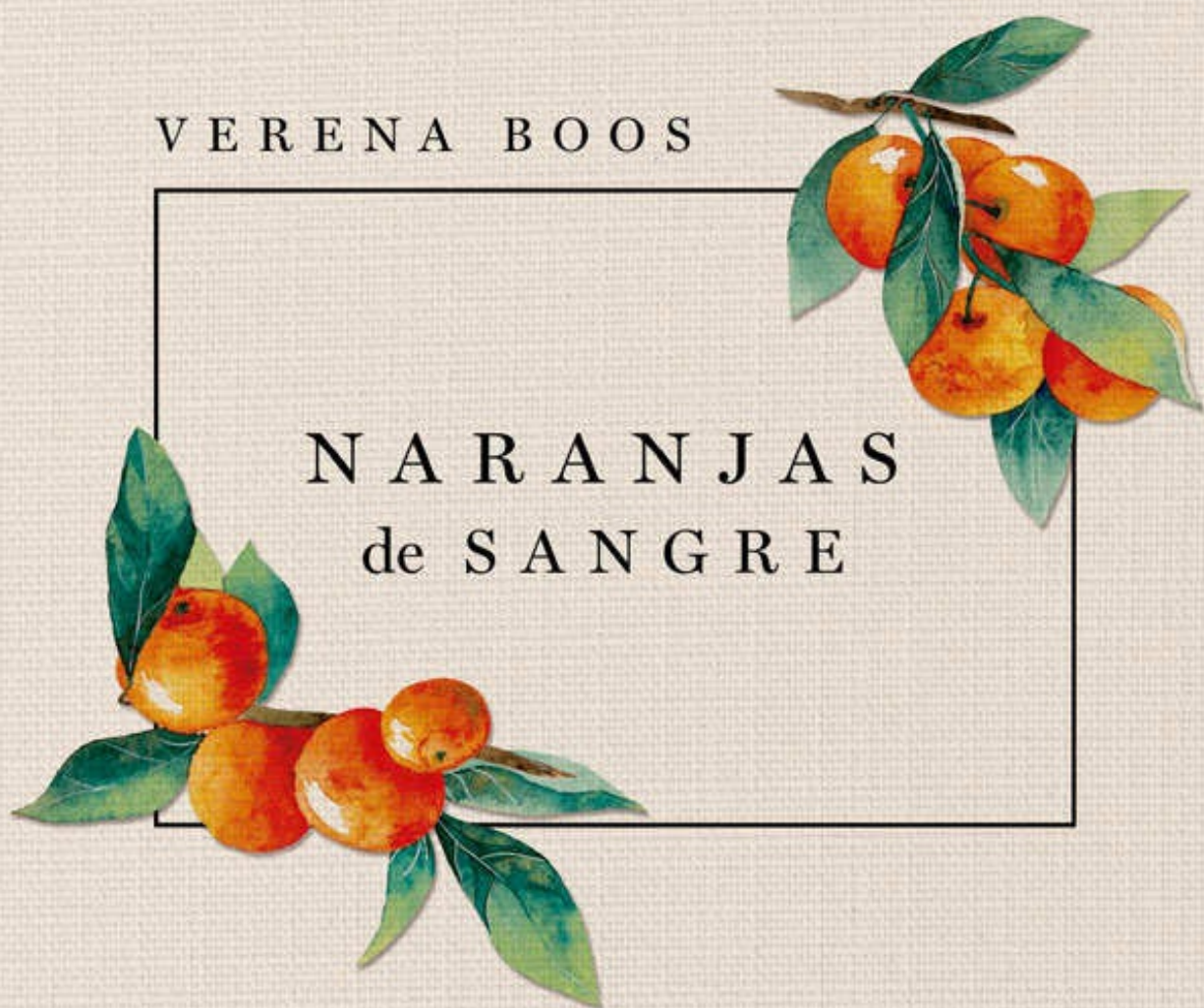


Plataforma
Ficción

VERENA BOOS

NARANJAS
de SANGRE



Novela ganadora del Mara-Cassens-Preis
por el mejor debut literario en Alemania en 2015

Naranjas de sangre

Verena Boos

Traducción de
Francisco García Lorenzana



Título original: *Blutorangen*, originalmente publicado en alemán, en 2015, por Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlín

The translation of this work was supported by a grant from the Goethe- Institut which is funded by the German Ministry of Foreign Affairs.



Primera edición en esta colección:
mayo de 2017

Verena Boos: BLUTORANGEN. Roman
© Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlin 2015
© de la traducción, Francisco García Lorenzana, 2017
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2017

Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17002-58-9

Realización de cubierta:
Grafime y Ariadna Oliver

Diseño de cubierta:

Ariadna Oliver

Composición:

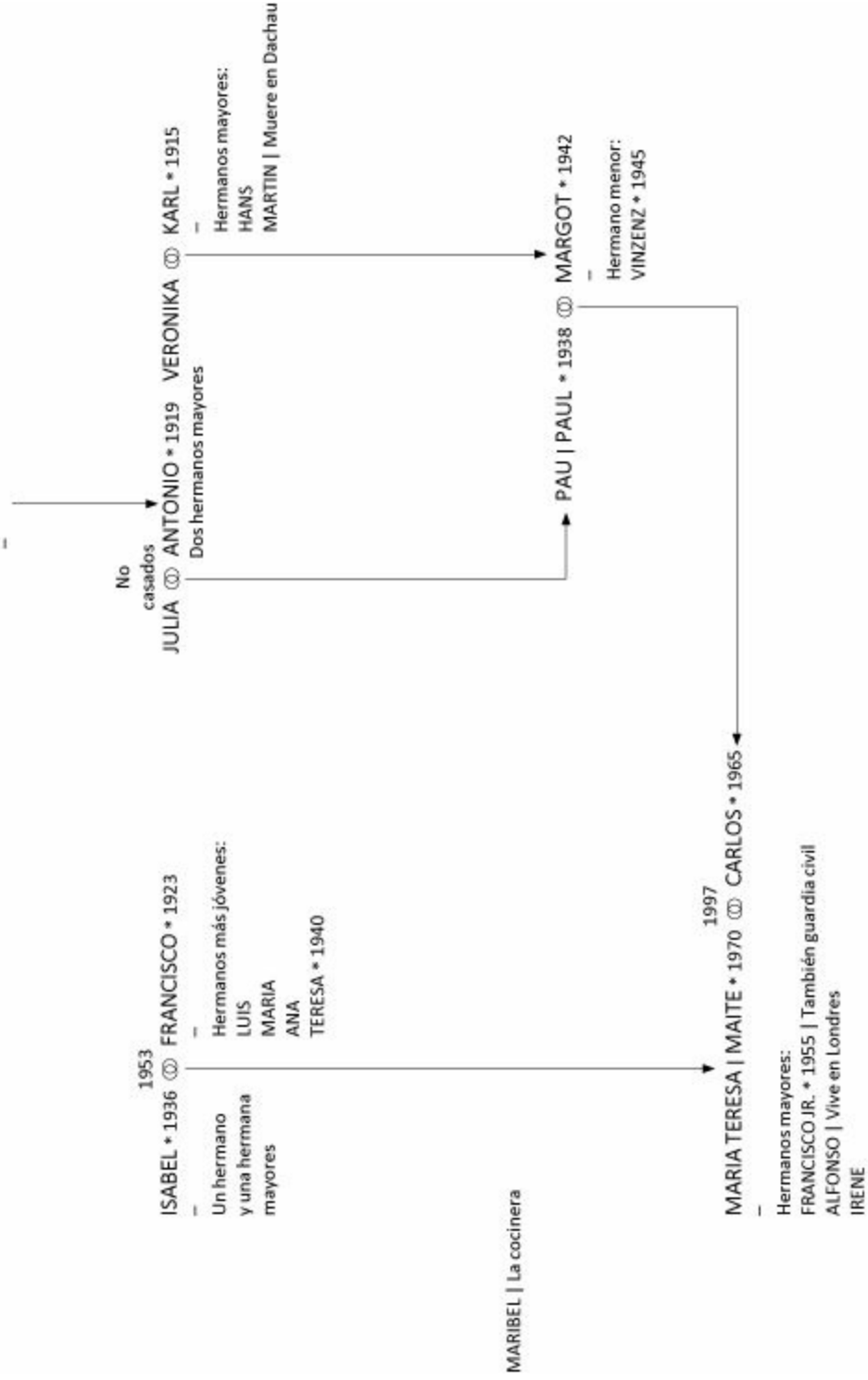
Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Empathy is, first of all, an act of imagination, a storyteller's art.

REBECCA SOLNIT

MANUEL BOSCH I MORA



I

LAS SITUACIONES DEL PAÍS

CERO

Agosto de 2004

Allí yacen siete. Enseguida los van a sacar.

Se hace el silencio. Ha llegado el momento de hacer un descanso. Ahora suben los arqueólogos con sus cajas de cartón y entonces la fosa vuelve a quedar vacía.

También para ella ha llegado algo parecido a un final. Está muy tranquila. Se pone en cuclillas y se deja llevar por el agotamiento. El cielo tan grande, la tierra tan poderosa. La mirada se desliza sobre el secarral del paisaje, ve cómo se levanta polvo del suelo y siente cómo quema el sol, escucha cómo se agota el tiempo.

Un ramo de claveles yace con una foto en el fondo de la fosa. Cuando suben la primera caja, alguien entona una canción, a la que se unen poco a poco todos los presentes, la tonada devuelve la vida a los muertos. Este momento es el ojo de un remolino temporal, que abarca desde el *big bang* hasta el final de todos los tiempos. Estos sesenta y cinco años durante los cuales los asesinos pudieron ocultar su injusticia no serán nada más que un temblor, una sacudida en el rostro de la tierra.

Vibra el teléfono que lleva en el bolsillo del pantalón. Lo toca a través de la tela y rechaza la llamada.

No se ha inscrito en el libro de huéspedes, que se encuentra sobre una mesa destartalada, ni se ha dejado filmar en vídeo. Debe encontrar otras palabras, otro lugar. Cuando hayan terminado aquí, llamará. Quizá sea bienvenida, se siente esta noche a su mesa, encuentre las palabras.

El teléfono vuelve a vibrar de inmediato. Se levanta y se traslada bajo la sombra de la encina y allí reconoce el número de sus padres en Valencia. Duda demasiado tiempo.

Casi no se acuerda de sus voces. Vuelve a la fosa y se pregunta dónde habrán conseguido su número.

Si en su casa le preguntan qué ha estado haciendo aquí, les va a contestar que hemos desenterrado a vuestros muertos. Que han celebrado la vida de los que yacen aquí y de los otros, los que han seguido viviendo. Aquí se ha ensuciado las manos y al final ha cumplido con su deber. Ha llegado el momento de reservar el terreno y construir su propia casa. Él deberá cargar personalmente con su culpa. Tiene la sensación de que se ha vuelto más permeable. Los callos han reventado, un trabajo de rodillas, posiblemente por eso está tan cansada. Ella forma parte de esta historia. Se ha abierto paso a través de ella.

Vibra por tercera vez. Se aleja de los vivos y de los muertos. Bajo la encina responde a la llamada. A la sombra se apoya en el tronco, se masajea el tobillo sensible a los cambios de tiempo y contempla cómo la mariposa tatuada bate las alas ante la voz de su hermana.

Es mal momento.

La voz en la línea salta, ahogada por las lágrimas, pero aun así cortante: contigo siempre es mal momento. Pero en la vida no se trata solo de ti, ¡cabrona!

Su hermana ha aumentado su vocabulario, debe ir de caza por territorios ajenos.

Y entonces lo sabe.

Se mira la mano, se le ha roto una uña. Se ha ensuciado las manos y ya es demasiado tarde. El viento mece las flores, levanta polvo, recorre las páginas del libro de huéspedes y se lleva las palabras. Él se ha ido.

LA SITUACIÓN DEL PAÍS

Marzo de 1939

Lo que queda: dinamita, munición, fusiles defectuosos. Todo al hoyo. Tres hombres arriba, dos abajo. Rápido. En silencio. Descargar las cajas de los carros tirados por burros. A tientas en la oscuridad. Sacar las cajas de los carros, siete pasos, ocho, entonces arrodillarse y con mucho cuidado hacerlas descender. Las cosas deben estallar, pero no antes de tiempo.

Esto es lo que había ocurrido: uno de los bombarderos italianos, que había partido de Mallorca en dirección a Valencia, sobrepasó su meta y no descargó su contenido sobre el puerto, no acertó en barcos o casas de pescadores y no le dio a la calle de la Paz, sino que llegó hasta el altiplano. Eso fue hace un par de semanas. Una historia de otros tiempos. Una bomba caída del cielo sereno. Desgarró la fina capa de hierba, hizo saltar piedras en todas direcciones. En la profundidad, una capa compacta de barro absorbió su fuerza.

Lo que absorbió una vez puede hacerlo una segunda vez. Habría sido mejor enterrarla en el bosque, pero se hubiera vuelto a tropezar con ella. Los otros lo han dejado en minoría. Las cosas tienen que irse, desaparecer por completo, de manera que acaba en un agujero en los campos, allí podrá saltar por los aires. Nadie se acercará a ella, ni los correctos ni los equivocados. Los soldados republicanos huyen ya a través de los Pirineos. Francia e Inglaterra han reconocido a Franco, en los libros de historia se fijará muy pronto otra fecha para el final de la guerra, pero en su libro de la derrota consta el 27 de febrero de 1939.

Nadie habla. Todos tienen miedo. Ya no se confía en los pastores, ni en las ovejas, ni siquiera en la propia tierra. Las ruedas crujen por el terraplén. Él se sienta bajo la encina. Las manos heladas, la camisa se le pega a la espalda. Espera hasta que puede tener la seguridad de que el burro está de vuelta en el establo y los camaradas en sus casas. Tampoco confían en él, pero estaba dispuesto a aceptar este encargo. Hace un par de noches apareció Manolo en la puerta de atrás, un amigo desde los veranos de su infancia,

un amigo que necesitaba a un hombre. También él podía necesitar una aventura. Este riesgo era una venganza ante la falta de perspectiva a causa de su padre, de su hijo, de sus hermanos, de esta vida que lo mantiene aquí.

El silencio se siente como una depresión en el tímpano. Poco a poco arrecia el viento, los ruiditos de los bichos en la hierba, el crujido de unos zapatos de cuero. Una caravana de pinos y robles sobre la espalda de la montaña oscurece la superficie gris del cielo. La tierra se extiende ancha, ligeramente inclinada. Hacia arriba, el bosque. Muy abajo, una granja.

No debería estar aquí. No en este pueblo ni en esta época del año. Valencia está llena de soldados, políticos, funcionarios que tienen la esperanza de huir. Solo ellos se esconden en los montes. Sus padres no entienden que tanto la guerra como lo que la seguirá son más peligrosos en Valencia que aquí.

Aquí se creen seguros. El pueblo es el pueblo. No responden a sus preguntas sobre lo que ocurrirá con el bufete de su padre y lo que será de él. De qué van a vivir, si debe volver a cultivar viñas como sus antepasados. No creen que la gentuza de Franco vaya a encontrar su casita en las montañas y vaya a aplastarla bajo sus pesadas botas. La guerra ha provocado que su padre pierda la cabeza. Un hijo destruye en nombre de Franco todo lo que la República ha conseguido con tanto esfuerzo. El otro ha huido, como suele hacer, pero qué pueden hacer.

Ha quedado como único hijo de su padre y por eso resiste. Sueñan con París, Julia con la alta costura, él con la Sorbona. Echa de menos a sus hermanos y no consigue convencerse para huir.

Se pone en pie e intenta librarse del frío en las extremidades. Sopesa la granada en la mano como si fuera un libro pesado, pero se trata solo de una libra de nitramita. Hace tres años solo tenía libros en la cabeza. Ha conseguido pasar la guerra pensando y escribiendo, pero han tenido que enseñarle cómo se quita el seguro.

Le tiembla la mano. Espera que la fuerza del estallido sea suficiente para hacerla explotar, espera que no vaya a necesitar la reserva para hacer que salte por los aires la cosa, que se encuentra hundida en el lodo del agua subterránea. El seguro salta con facilidad. Desde el borde del cráter rodea un saliente en dirección hacia el bosque. Apunta y lanza.

Un estruendo, grandioso como los petardos por san José. Tres años evaporados en un solo estallido. La onda expansiva lo lanza hacia el bosque. Los árboles relucen bajo la luz de la explosión. Escucha su propio grito de júbilo.

II

EXPLORACIÓN

LA PRESIÓN DE SUS MANOS

Agosto de 1990

¿Vendrá? Irene, el conductor, el sol del mediodía y ella. Esperan que quiera venir con ellos. El bochorno estival es plomizo, se extiende sobre el asfalto y se licúa en los bordes. También licúa los ruidos, un coche pasa de largo dejando a su paso trozos de una canción *around the world ya ya ya*. Maite estira del escote de la blusa y deja que el aire le toque la piel, pero esto tampoco le proporciona ningún alivio. Casi no hay nadie en la calle. Hora de comer. Un perro mea en una palmera, los tubos de riego que rodean los troncos están secos. El conductor ha parado en doble fila y bloquea un carril. Irene ha colocado la cara ante la salida del aire acondicionado. El conductor está de pie bajo el sol y tiene las manos cruzadas a la espalda. Como Maite no se ha sentado en el coche, él tampoco se ha subido a él.

Es como siempre. Podría haber sido más fácil. Pero Maite quería que supiera que en Múnich no se iba a alojar con sus colegas españoles en el Santo Apóstol Santiago. En su lugar se ha inscrito en la ciudad universitaria. Por eso su última mañana en casa transcurría como siempre. Con la palma de la mano golpeó la mesa de manera que tintinearón los cubiertos. La voz alta de su padre y su voz chillona de hija. Irene encogió su mísero cuello entre los hombros. La mirada que le dedicó su madre, siempre a ella, y su orden: «¡Teresa! ¡Ya está!».¹

Su padre tiró la servilleta en el plato, donde el lino se empapó de aceite de oliva. Se puso en pie y se fue; ella oyó el portazo de la puerta del dormitorio. Su madre sacó la servilleta del charco de un verde dorado.

Normalmente mamá no la llamaba María Teresa. María Teresa era el último nivel de alarma de su madre y lo normal en su padre, que se aferraba al nombre completo, doble y muy católico, todo el tiempo que fuera necesario. A Irene le da igual porque se ha acostumbrado a la forma acortada, de la misma manera que se puede acostumbrar a cualquier cosa. Ella se casará y pasará a la custodia de otro hombre. Su hermano mayor piensa lo mismo que su padre y, como es natural, la llama igual que él, mientras que el

otro lleva tanto tiempo fuera y es tan raro que esté allí que no tiene ninguna importancia el nombre que utiliza para dirigirse a ella. Maribel no se pone del lado de nadie, sino que la llama *hija mía y mi niña*. Al menos mamá deja de lado a la Virgen María.

Miró a Maite con intensidad.

—¿Qué ocurre? —repitió la pregunta de Maite, como si fuera un loro.

Irene rio entre dientes. Había sacado de nuevo el cuello de entre los hombros.

—¡Y tú te callas! —El tono militar siempre había funcionado mejor con Irene—. ¿En serio? Pero ¿qué te habías creído?

—Todos los estudiantes viven allí. Como Erasmus me otorgan un alojamiento de manera casi automática. Allí viven juntos estudiantes alemanes y extranjeros. Internacional. Mucha mezcla.

Sin control. No quiere vivir en una residencia española. Cuando llegue finalmente a Múnich, precisamente en una época tan emocionante, no se va a enclaustrar en una especie de convento, donde se celebra cada día la eucaristía y la música está prohibida en las habitaciones. Para eso se podría quedar aquí.

—¿Quieres hablar alemán o mezclarte internacionalmente? ¿Eh?

Maribel recogió la mesa. Maite meneó la cabeza y agarró el plato. Ella siempre lleva su servicio a la cocina. Su padre se burlaba que entonces tampoco tendría que comer lo que Maribel compra y cocina, a continuación Maite escupía la comida en el plato. Ella compraba pan seco en la tienda de la esquina, aun así tenía que sentarse con ellos durante la hora de las comidas. Maribel, a pesar de tratarse de ella, no la podía entender, la llamaba tonta y le daba algo, una naranja aquí, un bocadillo allá. Mamá emitió una de sus órdenes. Desde entonces Maite come lo que se pone en la mesa, pero no deja que Maribel la sirva y lleva su plato a la cocina.

—¡No salgas corriendo como siempre! —Maite se quedó clavada con el plato y el vaso en las manos—. ¡Y no pongas los ojos en blanco! Habríamos podido hablar de ello.

Los cubiertos tintinearón sobre el plato. La voz de Maite se evaporó. Odiaba cuando perdía el control. El cuchillo se cayó del plato.

—¿Habría podido hablar contigo? Él ha dejado muy claro lo del alojamiento a través de sus contactos con el Opus o qué sé yo. ¡A mí no me ha preguntado nadie! ¡Nadie me pregunta nada!

—No se trata de ninguna conspiración, Teresa. Pero los dos sois iguales. Ojo por ojo. Ninguno habla. Los dos hacéis lo que queréis. No eres ni un poquito mejor, que lo sepas.

Ella hacía todo lo posible para no ser así. Solo reaccionaba ante sus órdenes, aunque no como él quería. A ella le habría gustado mantener la paz. Si mamá se hubiera puesto aunque solo fuera una vez de su lado... Una sola vez.

—Tú tampoco me has preguntado.

La ira empezó a subir y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Mamá le gritó a la espalda:

—¿Allí viven juntos chicos y chicas?

Maite cerró de un portazo la puerta de la cocina y se apoyó en ella. Creyó oír que Maribel chasqueaba la lengua, como si quisiera reprenderla, pero no estaba segura. Maribel siguió recogiendo la cocina. No se había detenido. Parecía que todos se alegraban de que se fuera.

—Pero ¿dónde están? —Maite no se volvió hacia Irene.

Blanca como la nieve con la boca de cereza. Los labios pintados de un rojo intenso. Se ha pintado los labios de un rojo intenso. Cuando lo hace, su padre dice que parece una puta y que se debería lavar. Maite permanece de pie bajo el sol. Entorna los ojos. Una gota de sudor se le desliza entre los omoplatos. Con la lengua desplaza el chicle hacia el otro lado. Si mira por la ventana, verá que lo está esperando.

Se abre la puerta de la casa. En lo más profundo de ese agujero oscuro, al final del vestíbulo, pasando de largo la garita del portero, subiendo por la sinuosa escalera de mármol, rodeando la jaula de metal del ascensor, tras la pesada puerta de madera pulida, que siempre cierra con tres clavijas de metal, su padre está luchando con ella.

Maite mira hacia arriba, como si pudiera ver el resultado en la ventana. Que se quede aquí. Le da vueltas a un mechón de cabello hasta que la punta del dedo se le pone morada.

—Si no viene enseguida nos tendremos que ir. ¡Vas a perder el tren!

—Su hermana tiene razón, *señorita María Teresa* —confirma el conductor. Después de veinte años, tan formal como el primer día.

—Te puedes saltar un par de semáforos.

Tira de uno de los rizos, se levanta el cabello en la nuca, pero no pasa aire. Escupe el chicle.

Si hubiera sido por ella, llevaría una maleta menos. Pero parece que su padre cree que Alemania es Siberia.

No tenía ni idea de lo que significaba comprar en pleno verano ropa para un invierno ruso. La vendedora de los grandes almacenes sacó una tremenda abominación del almacén, pero ningún invierno podía ser tan malo para que necesitase semejante jersey.

—Mamá, por favor.

—Nos lo llevamos.

—Mamá, por favor. Dame el dinero y ya compraré en Múnich.

—Para eso siempre estás a tiempo. No te pongas así. Solo quiere lo mejor.

Esa era la manera de hacer de su madre: él quería un jersey que abrigase, ella compraba un jersey que abrigase. Lo más probable era que ya ni siquiera se preguntase lo que debería pensar si pensase por sí misma. Ajustó el cierre dorado del portamonedas, el pintaúñas iba a juego con el color del bolso. El jersey viajó con ellas en el taxi de vuelta a casa, atravesando el bochorno de julio hasta la vivienda oscurecida, lo volvieron a doblar y se unió al resto de las prendas calientes para Múnich. Maite fue lo suficientemente lista para guardarlo y no volver a sacarlo hasta que llegase.

Así que el equipaje iba lleno de la ropa de invierno que había querido su padre. Además de los libros y el gran diccionario, cuyo nombre, *Langenscheidt*, había sido un trabalenguas aun después de acabar el bachillerato en el Colegio Alemán. La almohada preferida. Una caja de zapatos llena de limones, que Maribel había envuelto cuidadosamente en papel de periódico; también había prometido enviar muy pronto naranjas que estarían envueltas en papel de seda. Jamón, *chorizo* y *butifarra*. En tierra extraña un poco de patria en el paladar. Un perro con buen olfato se volvería loco.

Tiene que llamar al timbre para que al menos su madre la acompañe a la estación. Entonces suena el golpe de la puerta metálica del ascensor. El conductor abre la puerta delantera y se pone firmes. Mamá sale con rapidez por la entrada de la casa, hermosa como una diva de los cincuenta, Ingrid Bergman, no tan maquillada, el padre tampoco es Cary Grant. Al caminar se mueve su vestido floreado, un mechón se le ha deslizado del peinado. Se dirige hacia Maite. Maite sube al coche y se desliza hacia el medio.

En la entrada de la casa aparece su padre. Mira a su alrededor, entonces se mueve a un lado y al otro, como si controlase el terreno, tiene que darse su tiempo. Le hace un gesto con la cabeza a su chófer. El traje claro de verano le sienta muy bien, como si fuera

realmente Cary Grant. Una arruga entre las cejas. Todo lo demás liso. Con un movimiento controlado se desliza sobre el asiento del acompañante. Desde el asiento trasero Maite le mira la oreja, vello gris, que se arremolina en la concha. Saca un peine del bolsillo y se repasa el peinado. A ella le gustaría escupirle en la nuca, darle un empujón para que se le cayera el cabello hacia delante en grandes mechones. Por el rabillo del ojo comprueba que mamá se ha apartado el cabello de la frente y siente la mano de ella en la suya. El conductor arranca.

—Como vaya a per...

El dolor es agudo. Su madre le pellizca tanto la piel con la punta de los dedos que puede estar segura de que ha conseguido que Maite se calle.

En la estación todo tiene que ir muy rápido.

—Deberías haber ido en avión.

—¡Mamá! —El miedo a volar no le hace sombra a la cantidad de equipaje—. Lo conseguiré.

—Pide un taxi cuando llegues a Múnich.

Maite juega con los rizos.

—Deja eso. —Mamá le golpea en la mano. La toma en sus brazos—. Ten cuidado, *mi vida*. Espero que tus sueños...

En el abrazo Maite huele el perfume, que siempre ha sido el mismo, y siente una quemazón en el cuello. Los dedos delicados y llenos de anillos de mamá, un sobre cambia de lado. Mientras Maite lo hunde en el bolsillo del pantalón, se avergüenza de las lágrimas, pero entonces surge de los altavoces la última llamada urgente para el tren a Barcelona.

Su padre aparece delante de ella. La agarra por los hombros. A la distancia de los brazos. En realidad podría ser su abuelo. Maite lo mira directamente a los ojos. Es casi tan alta como él. Ella no entiende lo que él ve cuando la mira, seguro que no se siente orgulloso. Por qué tendría que estarlo. Ella tampoco lo está.

—Ten cuidado —le dice.

Ella asiente. Por una vez sostiene la mirada.

—Aprovéchalo.

Ella asiente de nuevo.

—Date prisa.

Ella se mira los zapatos.

—Que Dios te acompañe.

Tiene que ser así. El apretón de sus manos en los hombros. Entonces la suelta.

LO QUE QUEDA

Agosto de 2004

Subir y cerrar las puertas. Incluso la noche más insomne desemboca en algún momento en una mañana, el taxi espera delante de la puerta y lleva a Antonio a la estación de ferrocarriles. «Y de la misma manera que llegaste, así empiezas el viaje de regreso.» Este pensamiento se interpone en el camino de Antonio, implacable como las puertas pesadas como el plomo que abre cuando entra en la estación central de Múnich.

Quería hacer este viaje en tren. Como si la decisión siguiera abierta cuando hacía tiempo que había escapado a su control. Precisamente tú deberías saber que no se puede bajar de un tren en marcha.

Un paso en falso.

Debería haber traído el bastón. Antonio se apoya en la barandilla del acceso al metro, para no tener que agarrarse a su nuera. Para llenar esa pausa dice: Esto es todo lo que queda de la antigua estación.

Tú y tu estación. ¿Qué quieres decir exactamente?, pregunta Margot.

Los dos arcos. A la izquierda.

Nunca me había fijado, comenta ella. El último resto enladrillado, los ladrillos pequeños como bloques de juguete en medio de los inmensos lienzos de pared de la estación nueva.

Él aún había visto la antigua estación en su estilo italiano y también con toda su pompa fascista, aunque entonces no se había tomado demasiado en serio la decoración del Führer. En aquella época tenía un poco de prisa y tenía que mirar de seguir adelante.

Años más tarde la estación ya no existía y Hitler tampoco. Después de la guerra llegó Julia con el niño desde el campo de refugiados en Angulema; Julia vio Múnich con los ojos que conservaban en la retina la imagen del sur de Francia intacto. Penetraron en un paisaje en ruinas, restos de casas y chimeneas solitarias, montañas de roca caliza, la estación, un escombros calcinado. Bajo el sol de la tarde, la estructura metálica lanzaba su sombra sobre el resto del muro principal, donde solo quedaba una solitaria estatua en su

nicho. Guijarros como sémola derramada. Después de la guerra civil habían llegado en su huida a Barcelona, donde faltaban viviendas y el resto se lo podían imaginar. Aquí, en Múnich, no quedaba nada en pie, la gente ordenaba lo que antes había sido la ciudad, en vagonetas pequeñas, cobertizos de madera por todas partes y tabiques de madera, señales hacia la izquierda y hacia la derecha, que Julia no podía entender, debían recordarle indicadores estropeados.

En aquel entonces Julia podría haber ido en la dirección contraria, porque quien no tenía las manos manchadas de sangre no debía temer nada; Julia creía en la promesa falsa de Franco. Le había escrito a Antonio cartas desde Francia suplicándole que volvieran. Pero el pan blanco de Franco no estaba pensado para gente como él y desde luego una granja alemana era el lugar más seguro. En lugar de venir aquí, podría haber viajado a Barcelona o a Valencia, en cuya estación de ferrocarriles con sus torrecitas y almenas, y ventanas llenas de flores coloridas, en su esplendor embriagante de colores, donde un mosaico en la pared con hojas y rosas deseaba *buen viaje*, en cuyo vestíbulo, de una belleza enloquecedora, compró su billete en unas taquillas de madera torneada, donde las luces se reflejan en los azulejos del techo y en el mármol del suelo, donde uno se sienta en los bancos alrededor de las columnas como si fueran árboles, bajo naranjas de cerámica y con la ilusión de que el verano aquí no termina nunca. Julia creía que España era una posibilidad real, pero había acudido a su lado en Alemania, donde los puentes de metal no se alzaban en el aire, donde todos los cristales estaban rotos y se vivía como en blanco y negro.

La sensación de fracaso le roba la respiración.

Margot se ha parado: despacio.

Con este ritmo no va a llegar nunca al maldito tren.

Sus ojos dicen: «Tómate tu tiempo».

Para él, la esposa de su hijo será siempre la muchacha adolescente que en aquella época lo acechaba desde el banco del rincón y lo abrazaba desde atrás y le decía: yo me casaré contigo si Julia ya no te quiere. Al compás del silencio nadie dijo nada hasta que su padre le puso en el hombro una mano llena de consuelo. Margot temía que su frase hubiera sido demasiado larga y respiraba contra su vergüenza. Pau se levantó del asiento, pasó por detrás de la espalda de los que seguían sentados y desapareció, nadie podía comprender su enfado, y Antonio entendió a su hijo mucho después, cuando Margot dejó

de ser una muchacha. Ella se fue a estudiar a Múnich, Pau no dijo demasiado sobre que Margot se había convertido en su amada, siempre lo había sido. Él había podido esperar que la muchacha se convirtiera en una mujer, la compañera de juegos en una compañera para toda la vida, pero en aquel momento, en la cocina de la granja, debió sentir que la frase de ella había sido una traición.

De la noche a la mañana Pau se fue, como había hecho Julia años antes. Parecía que los dos llevaban en la sangre las despedidas abruptas. Nadie había preguntado, nadie excepto quizá Margot, cómo lo estaba pasando Antonio. Él siguió en la vivienda, nunca se sabe, la única constante que podía ofrecerle a su hijo cuando le parecía que su confianza en los demás no tenía ningún valor, empezando por los padres, por turnos los había ido perdiendo, primero él mismo en este tren, en 1940, subir y cerrar las puertas, cuando Pau aún no tenía los tres años, y más tarde a Julia, en el maldito año de 1956, en un tren en sentido contrario, que a través de Ulm, Stuttgart, Estrasburgo y París la llevó de vuelta. Pero Pau iba en serio con Margot, del mismo modo que se lo tomaba todo en serio en la vida, y cuando llegó al mundo el pequeño Carlos, Antonio buscó una vivienda para él solo. La cama de matrimonio no se la llevó consigo.

Subir y cerrar las puertas. Eso le preocupa cuando al final de la tarde, con una copa de Utiel-Requena, se sienta al lado de la ventana en esa vivienda que tiene para él solo. En el caballete del tejado el mismo mirlo le canta al día. Llama al pájaro Romeo, pero a ninguno de los dos los espera una Julieta. Los recuerdos, enterrados hace mucho tiempo, vuelven a hacer acto de presencia. El cielo estaba de repente lleno de pájaros. Subir y cerrar las puertas, te preocupa por las noches en la cama, cuando la cabeza no encaja en la almohada y la sábana se vuelve pesada. No hay nadie que pudiera oír los suspiros. De manera que lentamente pones los pies en el suelo, hace tiempo que sacas las dos piernas a la vez de la cama, pones en el suelo un pie detrás del otro y esperas a que se vaya el mareo y que el aire nocturno aleje el miedo. Colocas el despertador muy cerca de los ojos y sus agujas de un verde suave cortan la noche en pedazos. Entonces te levantas a pesar de la resistencia de las articulaciones. El parqué está frío bajo las plantas de los pies, aún más fríos los azulejos de la cocina. Delante de la ventana se alza el tilo en el silencio del patio interior, abres las hojas de la ventana, primero la interior, te tienes que concentrar en cada manija, cada vez van solas menos cosas. Como un niño que está aprendiendo a manejar las tijeras. No te gustaría volver a empezar como niño, no en esta

vida. Primero las interiores, después las exteriores, la hoja derecha de la ventana se atasca desde que tienes memoria. Desde la ventana dos, tres pasos hasta el tocadiscos. Desde hace semanas yace el mismo disco en el plato. Sabes sin mirar la distancia a la que debes colocar la aguja en el disco, que crepita como si fuera un fuego gigantesco y después surge la música. Si alguien pasara en este momento por el patio, oiría a través de las hojas del tilo la suave canción de una mujer y vería el reflejo de la luz en una copa de vino en el alféizar de la ventana. Acercas la silla al aire nocturno, sientes cada fibra del trenzado de mimbre, nunca has sido grueso, pero ahora ya no queda nada que pueda mitigar la sensación. *When I am laid in earth. Remember me.* ¿Qué queda, qué queda de tu vida? Dejas que la música te saque del tren, te eleve de la tierra, te suba hacia la ligereza incorpórea y liberadora de la tristeza. *Forget my fate.* Subir y cerrar las puertas. El viaje de entonces y el viaje de hoy. El regreso al padre, después de tantos años. Has dado muchas vueltas, pero ¿te has ido alguna vez? *May my wrongs create no trouble.* Lo que nadie ve y nadie puede oír: lo que has hecho y todo lo que has dejado. La vergüenza de haber huido. Esa gente que simplemente volvió en tren. La música te asegura que existe un núcleo indestructible. Un último lugar, inalcanzable para los estragos del mundo. Delante de la ventana el tilo, delante de tus ojos ese tren y ese trayecto, y aún crees escuchar como disparos el batir de las alas de los pájaros. *Remember me, but forget my fate.* Abres un poco más las hojas de la ventana. El aire nocturno te tranquiliza, pero el miedo permanece.

Margot se apresura hacia el buzón, balbucea algo sobre el Ministerio de Educación y su pensión. Antonio solo escucha a medias y le responde ausente, mientras sigue escuchando los sonidos.

De vez en cuando se pregunta si no tendría que haber vuelto a la granja cuando se quedó solo. Le habrían proporcionado refugio por segunda vez. Allí habría podido vivir de una manera muy ordenada, sin mentiras y sin esconderse como un falso francés durante la guerra. Nunca ha estado más contento que cuando estuvo en el campo. Ninguna otra época brilla de esa manera en el recuerdo, aunque había una guerra, aunque él, abandonado por todos, debía vivir con esa familia extranjera de campesinos y debía trabajar duro desde la salida del sol hasta el ocaso, en soledad y sin parar. Entonces llegó Julia; Antonio la había esperado con ansiedad, había preparado una habitación pequeña, había ahorrado para una pelota para Pau y un chal para ella. Por Julia se mudaron a

Múnich; antes de la reforma monetaria, Julia quería una ciudad de verdad, aunque quedase muy poco de ella, y no quería oír nada de escasez de vivienda y restricciones migratorias. ¿No habría hecho todo lo posible por retenerla?

Antonio se estira. Seguir de pie. Seguir de pie, aunque los recuerdos le lleguen como los trenes a esta estación. Seguir de pie y no vacilar. Como los trenes, los recuerdos tienen un tiempo limitado de parada; en algún momento se vuelven a marchar, dejando atrás su olor y sus ruidos, traen personas y se las vuelven a llevar, y no siempre los quiere seguir como a Julia. Ella lo abandonó y él la acompañó al tren. Entonces esta estación estaba en obras, una historia olvidada y ruidosa, mientras que su propia vida baja todos los termostatos. Julia lo tocó con un dedo en el pecho y subió al tren que estaba esperando. Sentía el lugar en que lo había tocado y, a medida que el tren se alejaba, parecía que tuviera en la mano la punta de un hilo que se iba desplegando lentamente, fila a fila, punto a punto, fibra a fibra, hasta que no quedó nada más que pelusilla en el suelo.

Por Julia se fueron a Múnich, pero en Múnich se quedó por Pau. Y al final resultó que había querido quedarse cerca de la hija de los campesinos. Pero no había dicho ni una palabra. Pau miraba en silencio cómo se esforzaba en sacar algo nuevo de los restos del hilo. Antonio se había decidido contra su padre y por este hijo, y este lo apartaba de su vida. Empezó a protegerse de esta vida y a ocultar cualquier rastro de su origen. A partir de aquel momento se empezó a llamar Paul, como siempre lo habían llamado los alemanes y como si fuera tan fácil cambiarle la etiqueta a una persona. Pero esa era la libertad de Pau, igual que la libertad por la que Antonio lo había sacado de España como un paquetito pegado a su corazón, allí le habrían arrancado el nombre catalán como si fuera una piel y lo habrían convertido en Pablo. En la Oktoberfest ese Paul no se diferenciaba de sus amigos, ni en apariencia ni en capacidad bebedora, e incluso consiguió unos pantalones de cuero. Los dos se habían convertido en unos bávaros ejemplares, Paul y él, Toni del Großmarkt, y como muchos alemanes también se habían adaptado en su ausencia de palabras.

Pau debía tener más oportunidades y una vida mejor que su padre, que también tenía una buena cabeza pero toda su vida solo había utilizado las manos. El párroco había procurado que el joven fuera al instituto. Que no tuvieran ninguna relación con la iglesia no le importó al cura, los españoles tenían que ser católicos, todos, Antonio dejó que lo

creyera, siempre que pudiera ayudar a que el joven hiciera su camino. Que al final escogiera una especialidad que estuviera relacionada con las manos no se lo podía reprochar. Ahora se ve su fábrica desde el patio y también consiguió a la hija de los campesinos. Así al menos Pau ha cumplido sus sueños, eso ya es algo.

Un ojo llora. Quizás una pestaña. Antonio ve de nuevo muy mal. Espera hasta que se le tranquiliza el corazón y el dolor ha acabado de recorrerlo. Los tabiques se han vuelto muy delgados, las fronteras entre los recuerdos, entre los años, entre los vivos y los muertos, empiezan a mezclarse.

Sin su buena cabeza se habría quedado en el tren. En aquel Reich habría sucumbido bajo un bloque de piedra, en aquella escalera, o en la valla electrificada habría recorrido el camino con los demás. Haber sobrevivido al dolor, que es un viejo conocido, pertinaz y molesto como el reuma. Con reuma se puede alcanzar una edad muy avanzada.

Debían haber pasado meses desde la última vez que estuvo en la estación. Ahora hay máquinas automáticas y se venden baratijas, pero en su recuerdo sigue presente el vestíbulo como era antes. Julia llegó en 1946 en medio del caos de la destrucción y se despidió en 1956 en un vestíbulo nuevo recién estrenado. Un par de años más tarde la llenaban los emigrantes, personas de los países del sur como él, Antonio los ve ir de un lado a otro y bromear o mirarlo todo de puntillas. Se encontraban en las taquillas de venta de billetes, el vestíbulo no era tan bonito como una plaza del Ayuntamiento o una rambla, pero mejor que nada, las vías eran un cordón umbilical con casas, aunque nadie lo decía en voz alta, pero todos estaban paralizados por la añoranza, náufragos, entregados a una sensación de idas y venidas. Él compartía su añoranza por la luz del Mediterráneo, por el sonido de los grillos y el calor del sol sobre la piel. El olor a *gambas al ajillo* y el sabor de los tomates realmente maduros. En aquel entonces hablar de la ciudad más septentrional de Italia sonaba como una broma. Antonio ayudó a salir adelante, en la medida de lo posible, a personas que venían a trabajar y que con un poco de suerte eran tratadas con hospitalidad. Se corrió la voz de que había alguien que sabía moverse y dominaba el idioma; su nombre aparecía en cartas y en notas en los bolsillos de los pantalones de los trajes buenos, con los que llegaban sus paisanos para causar una buena impresión a ojos del nuevo país.

Al principio iban a un edificio auxiliar de la estación, los pocos españoles, los muchos de otros sitios, y en contra del buen sentido Antonio preguntó si era el mismo lugar

donde como veinteañero, en el verano de 1940, había ingerido una especie de última cena consistente en patatas antes de que el tren siguiera adelante sin él. Veinticinco veranos más tarde su nieto daba los primeros pasos en manos italianas y griegas, y Antonio vio cómo tipos duros se ablandaban. Él ya llevaba a sus espaldas unos años en el tajo y sabía muy bien lo que era levantarse a las tres de la madrugada para cargar cajas en el mercado. Los alemanes hacía tiempo que habían olvidado las bandas de música y los comités de bienvenida, y despreciaban a la gente morena y ruidosa que había en su estación, los que más duraban eran invitados que tenían tiempo durante el día o que en su casa no encontraban tranquilidad o no la querían. Los alemanes no sabían o no querían recordar que estas personas empobrecidas venían a trabajar, porque los aliados no habían liberado España como Alemania del fascismo. Mejor una dictadura fascista estable que un Gobierno de frente popular. Pero como con Franco ocupaba el poder un fascista, los americanos negaron a España el acceso al Plan Marshall. Eso se llama coherencia. *Muchas gracias, Mister President.*

Margot se agacha a su lado. «¿Va todo bien?», le pregunta.

Casi es para echarse a reír, porque si aquí no van bien las cosas, entonces se tendrá que tumbar directamente en la tierra. Quién se iba a acordar de él, de él y de su vida y de su padre. Tiene por delante un largo camino y tiempo.

No estaba convencido de viajar de nuevo a España. Tenía dos países y ninguno, dos lenguas y en realidad ninguna. La España que en su momento había considerado suya ya no existía desde que tenía veinte años. Ha desaparecido, el cordón umbilical se ha cortado, solo quedaba una herida mal curada. Antonio vive en alemán las tres cuartas partes de su tiempo. En alemán ha criado a su hijo, es la lengua de su nieto. Estaba convencido de una cosa: un par de buenos años más en Múnich. Esperaba que Carlos se acordaría de dónde quería que lo enterrasen, para asegurarse se lo había dicho también a su esposa, en la que se podía confiar para estas cosas. Con los nietos ha arreglado su muerte, no con Pau; Pau no quiere oír hablar de la muerte. Se mantiene al margen de todo y tampoco participa en este viaje. Antonio estaba dispuesto a retirarse, pero ahora todo se vuelve a repetir. Esa es la esperanza de que las cosas vuelvan a tener relación contigo: que las ventanas se dejan abrir con mayor facilidad; una despedida más fácil cuando llegue el momento. La bomba sigue funcionando.

Tal como llegaste te enfrentas al viaje de vuelta, pero eso es, desde luego, una locura. El viaje actual es muy diferente al de 1940 y todo lo demás en el tiempo transcurrido desde entonces, sus negocios de frutas y verdura, al principio con el viejo Audi, después volando de Múnich a Valencia y más hacia el sur, a Almería, Antonio vivía de ello, y aunque la desaparición del paisaje bajo las capas de plástico le parecía extraordinariamente terrible, hizo negocios con ellos. Eso no tenía nada que ver con él, como si algún otro hubiera viajado con su nombre, como si hubiera negociado en su nombre. Como si otro hubiera tenido miedo. Solo en la visita a la tumba de tu madre fuiste tú.

Antonio tuvo que esperar la ocasión para visitar su tumba. La noticia de su muerte llegó con meses de retraso al campo de refugiados. No supo de qué había muerto. Si se había tendido simplemente en la cama y había dejado que le arrancasen la vida. En Angulema había cortado su duelo con el trabajo en el bosque, lo había ahogado en el café con agua de fregar. Esperaba otras condiciones en España, pero las circunstancias no cambiaron, sino que aquí también empeoraron; como trabajador extranjero había esperado en silencio, en algún momento esta guerra también se acabará. Siguió yendo al mismo lugar a realizar el mismo trabajo, pero de un día para el otro ya no había trabajadores extranjeros sino *Displaced Person*. Mientras que antes corría peligro porque le preguntaban con demasiada frecuencia de dónde venía, francés, como pretendía ser, ahora oía que igual tendría que volver allí muy pronto. Pero adónde iba a ir, era oficialmente una persona sin hogar ni sustento, la primera etiqueta desde hacía años que le encajaba a la perfección. Solo había el aquí, pero ningún adónde, y un pasado que había dejado de ser su hogar. Estos imperialistas anticomunistas hicieron que Franco fuera presentable. Por eso, tras la guerra y la huida, tras el campo y aquel tren, llegó la derrota más absoluta y definitiva. ¿Cómo era posible que después de liberar Dachau, aceptaran Miranda de Ebro hasta 1947, un campo de concentración que seguía el modelo alemán? Allí tendrías que haber estado.

Esperó un cuarto de siglo, antes de que el corazón frío de Franco abandonase su puesto, y Antonio dejó que le indicaran el camino hacia su nicho en Valencia: una lápida de mármol de la mejor calidad, el nombre y la fecha, de la que Antonio se enteró aquí. Un grabado dorado de insignias franquistas. Su hermano se había ocupado de todo y también se preocupó de que la vivienda no permaneciese mucho tiempo vacía. El vecino no sabía adónde se habían llevado los muebles, los libros, los objetos personales, por qué

la empresa y el bufete siguieron adelante y Antonio no había visto nunca ni una peseta. Lo que había, como se podía comprobar, era una cajita pequeña con los objetos más íntimos: un retrato de sus padres y la foto de la boda, algunas joyas. El anillo de bodas, delgado y después de tantos años de llevarlo un poco aplastado, que le hubieran podido dejar una vez muerta. Fotos familiares con los tres hijos y los nietos, los hijos con la niñera suiza. La llave de la casa en el pueblo.

Ni una vez le confió a su madre lo que le preocupaba. Si realmente no había ninguna posibilidad. Si el padre hubiera podido vivir. También esto es una esperanza: a los muertos, su nombre y una tumba, una decente, junto con la madre, que es donde tiene su sitio. Una lápida nueva con la foto de bodas de los dos.

El aroma a *brezeln* provoca que a Antonio se le haga la boca agua, se pasa la lengua por los labios secos, recuerdos de una corteza crujiente y cristales de sal. «¿Quieres algo? — pregunta Margot—. Llevamos algo de comer.» La madre de la compañía. Si llega a faltar algún día, Pau estará perdido. El negocio se derrumbaría.

Al pasar por delante del puesto de la carnicería salía un olor fuerte de la caseta. En su camino a través de la ciudad, Antonio seguía teniendo la sensación que en algún sitio había una filial nueva. Carlos le había explicado una vez lo que era la contaminación lumínica y esas tiendas eran algo parecido, *smog* de carnicería, lucecitas rojas y verdes en un plano urbano, que están por todas partes. No importa el tiempo que lleve fuera de España, sigue prefiriendo un *bocadillo de jamón* a un panecillo con *Leberkäse*.² Antonio mueve la cabeza, de ahí no quiere nada, normalmente le compra la carne a Josef en la zona de productos *gourmet*.

Una vez a la semana recorre la Oberländerstraße, da sus vueltas por el Großmarkt a la búsqueda de sus papelitos y como la gente ya lo sabe desde hace años, se los deja a un lado. Mira a lo largo del puesto, en el que aún quedan unos pocos de sus antiguos trabajadores, desea *guats Geschäft*³ en recuerdo de los viejos tiempos. Siguen estando en la oficina su silla giratoria con la desgastada bata verde, el radiocasete y a su lado las usadas cintas con óperas italianas y zarzuelas. Maite tiene a su gente —la de ella— bien controlada y se ha ganado su puesto. Como si se hubiera criado aquí. Ahora los muchachos la reciben con una galantería campechana, pero solo porque saben que, en caso de necesidad, ella también puede cargar con las cajas. Una persona con tanta cabeza que se convirtió por voluntad propia en un trabajador. Antonio la envió a Milán durante

medio año y otro medio a París. Allí aprendió el trato duro y el tono apropiado, la mezcla adecuada de cálculo y amabilidad, según explica, los regalos para todo el año los recibiste ayer cuando un cliente preguntó por centésima vez por un descuento, su apretón de manos es firme. Solo a veces, cuando un hombre le parece demasiado arrogante, se sube a la parra, pero para eso está el viejo apoderado, que la vuelve a bajar. Antonio no tiene que contestar al teléfono, según le dice ella, pero a veces se producen conversaciones agradables con antiguos proveedores, y cuando se necesita el francés, ella está contenta de que él se encuentre por allí y hable en su lugar. Sobre un fogón eléctrico hay un Moka Express, pero el café es demasiado fuerte para él, que se ha convertido en un sureño descafeinado y le gusta más tomarse el café en la cafetería de Weihrauch y a veces incluso se lleva un *Leberkäse*. La estación y los mercados, las claraboyas, las vigas de acero, la sobria ligereza de los edificios de los años cincuenta, aquí y allí florece en el tejido de lenguas extranjeras y en el ruido de los negocios: el rodar seco de las maletas, el zumbido eléctrico de los carritos portaequipajes y las hormigas en los vestíbulos, que llaman y anuncian: el brillo en los ojos cuando se extienden los brazos, la vacilación de los pasos de los que buscan y se apresuran; la sensualidad de frutas y verduras, de galletas recién horneadas y de revistas coloridas. La sensación de lo lejano. La sensación de las posibilidades.

Siguen delante del puesto de la carnicería, y Margot lo mira interrogante. Bebe demasiado poco, Carlos siempre se lo critica. Un poco de agua. ¿Con o sin? Pero qué pregunto. Margot lo ha soltado. Siempre sin.

La lejanía es realmente solo una sensación. La mirada hacia el horizonte está bloqueada por la pared de vidrio por encima de las vías. Las líneas y las superficies se funden, Antonio ya no puede desenredar la red formada por ventanas con travesaños, columnas, cables, tuberías y tomas de corriente. Lleva toda una vida observando y sabe qué aspecto tienen las cosas. Sacar ahora a la luz esa historia está bien. Carlos está en el tren, sus gafas de sol son negras como las gafas de un ciego. «¿Dónde está el equipaje?» La voz de Antonio casi no se oye con un anuncio en el andén.

«Ya está todo dentro, abuelo.» Le brillan los dientes. Pero su tren sigue circulando por su memoria, deprisa y corriendo, los mismos dientes se clavan en un *Steckerlfisch*,⁴ aún no se le había roto el incisivo, la felicidad de los niños en la comisura de los labios, este niño siempre se lo ha comido todo, pescado con espinas, manzanas con babosas, cerezas con hueso. Esos fueron los buenos años, los mejores, las tardes con Carlos, no sin

contratiempos, pero era bueno tener a Carlos, y Margot lo deja hacer, afortunadamente. Por eso para él el niño era la mayor felicidad. Metía prisa a su gente para que pudiera cerrar puntualmente el puesto en el mercado. Los colegas italianos se burlaban de él llamándole *mamma*, para él era un cumplido. Se llevaba a Carlos a la estación y al *Centro Español*, con Carlos vivió los años que se había perdido con Pau, quizá dependas de él más que de tu hijo, si lo piensas bien, y te acaloras avergonzado.

«Tan rápido no puedes mirar, abuelo.»

No, tan rápido ya no puede mirar.

Subir. Cerrar las puertas. La ayuda de Margot, que lo toma de la mano y tira de él para subir al tren, y la de Carlos, que empuja desde atrás, no le importa. Pero es verdad que facilitan la subida.

Septiembre de 1990

La habitación en la ciudad universitaria todavía huele a pintura. La pared es tan suave como este nuevo comienzo. Maite proyecta en ella su vida en Múnich, aquí se borran los contornos de su habitación demasiado pequeña en Valencia, la vista a la pared del bloque vecino, el pesado y antiquísimo escritorio con arañazos en la superficie. En la residencia, el mobiliario es sencillo, claro y anónimo. Está prohibido colgar cuadros en la pared, bienvenida a Alemania. Maite empuja la cama de una esquina a la otra, simplemente porque puede, y coloca la almohada en la cabecera, un toque de color entre tanto blanco. La vista desde la ventana hacia la naturaleza. Los primeros días en Múnich son de vértigo. Maite se pasea por la ciudad, deambula por los pasillos de un naranja chillón del metro en Marienplatz. El turquesa de dos campanarios con formas extrañas. El verde del césped y de los árboles en el Jardín Inglés, ¿por qué inglés? Los azules y blancos por todas partes, banderas, servilletas, manteles y tarjetas postales, en Valencia no se regala nada con las nueve barras amarillas y rojas. El gris de muchos edificios y del río. Luz gris. Una ciudad gris-amarilla. La universidad, señorial y hermosa, muy diferente del rascacielos en Valencia. Busca, encuentra. La inscripción como estudiante de Erasmus en la Facultad de Lengua y Literatura, después todo será más fácil, le revela los trucos, un billete de metro y una cuenta en el banco, una tarjeta de teléfono, habla con Maribel, y antes de que su madre se ponga al teléfono, la tarjeta está vacía, y tiene que volver a la oficina de correos para comprar otra. El tipo de cambio es complicado, los billetes que lleva en el bolsillo tienen pocos ceros, Maite trata de mantener un control de cuánto dinero se gasta, que le parece dolorosamente demasiado.

Durante el primer domingo en su residencia se sienta a desayunar a las diez y media en lugar de ir a la iglesia. El café es horrible, cada día se propone comprar una cafetera y cada vez se olvida durante el día. Con la esponja para fregar Maribel ni siquiera se atrevería a limpiar el suelo. Hannah es la que lleva más tiempo viviendo aquí e intenta que se cumplan unas normas mínimas de limpieza, en secreto Maite la llama *Doña*

Quijote. Los alimentos enmohecidos en la nevera son el menor de los problemas. El punto más bajo, por el momento, fue una matanza halal en la ducha. En el periódico Maite lee artículos sobre la unificación de las dos Alemanias, sobre la caída del Muro y el colapso de la Unión Soviética, que su padre había dejado triunfar, como si tuviera una cuenta pendiente. Después de los años en un instituto alemán conoce bien el idioma. Leer es fácil. Pero al escuchar se encuentra cada día con sus límites, tropieza con palabras y frases nuevas que no aparecían en ningún libro de texto. Una forma de hablar que no le resulta familiar y es difícil de entender, sus profesores hablaban de otra manera. En el Santo Santiago, en la Dachauer Straße, habría sido más fácil, pero no quiere que sea fácil. Durante la cena se queda dormida en la mesa.

Los estudiantes españoles de intercambio se conocen rápidamente y aunque no es eso lo que quiere, Maite se siente agradecida por el sonido de su propia lengua y por las mismas costumbres, en las que se puede acomodar como en un viejo sillón. Galletas para el desayuno y jamón de casa, no es la única que ha llegado con una maleta llena de comida. Se instalan en la sala de reuniones de la residencia y en los bares de la zona universitaria. Exploran las orillas del Isar, fascinados contemplan a gente desnuda en el río y surferos bajo uno de los puentes en el centro de la ciudad. Juntos se colocan en la Hofbräuhaus delante de la banda de música, hasta que un camarero con una bandeja de dimensiones sobrehumanas los empuja bruscamente a un lado. Compran unas sobredimensionadas y deliciosas galletas saladas a unos precios sobredimensionados y beben cerveza en jarras sobredimensionadas, a los jóvenes les gustan los escotes, aquí todo parece más grande que en otros lugares. Comparten una mesa italianos dicharacheros y australianos aún más juerguistas. A los jóvenes les impresionan las escupideras de acero inoxidable con asideros, un logro de la ingeniería alemana. Maite lleva la cerveza, de la que tenía demasiado, hasta casa y vomita en un retrete poco limpio sin asideros. Resulta emocionante, es agotador, es maravilloso.

El 1 de octubre, en Nueva York, las cuatro potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial declaran como Estado soberano la Alemania reunificada, en la cocina está en marcha el televisor y los preparativos para la gran fiesta dos días más tarde. Por la noche, Maite, llena de cerveza, se encuentra delante del espejo en el baño compartido y se declara a sí misma república soberana.

Bajo esa luz sus ojos son casi negros. Extraños. Maite se acerca al espejo hasta que parecen más claros, uno castaño claro, el otro más ámbar, y aún más cerca, hasta que puede ver el punto en su iris izquierdo. Son más largas las pestañas del ojo derecho que las del izquierdo. Un paso atrás, la pupila y el iris y las pestañas se convierten en un ojo, que se convierte en dos. Vuelve la cabeza y trata de ver su perfil en el espejo. Cada día atraviesa una estación de metro llamada «Libertad». ¿Qué está buscando realmente en Múnich, en este país que se está reinventando? No quiere más miradas despectivas. Quiere deshacerse de esa tensión que provoca explosiones de rabia, pero que nunca se disuelve. Sentirse avergonzada por algo sin saber lo que es. Su madre, que en realidad querría ser otra persona. Todo eso no debería ser su problema. No quiere dar cuenta sobre con quién pasa el tiempo. Sencillamente aquí puede... decidirlo... todo... sola. La Maite del espejo eructa y se balancea un poco.

En la república soberana de Maite por las noches se sale hasta tarde y por las mañanas se permanece mucho tiempo en la cama. Tira hacia arriba el labio superior e intenta llegar a la nariz, vistas de frente las aletas de la nariz están un poco torcidas. Es nueva en una ciudad extraña, a veces solitaria, pero nunca se siente tan sola como cuando todos estaban sentados a la mesa. Ya lleva un mes arreglándose sola. Nunca había imaginado que un septiembre pudiera ser tan frío y aún no ha llegado el invierno. Desea de nuevo el calor sofocante, el sol constante de Valencia. Pocos días habían sido cálidos y hermosos, el aire claro como el cristal. Las montañas estaban tan cerca de la ciudad que parecían al alcance de la mano, pero a Maite le dolían la cabeza y los tobillos. En la república soberana de Maite es preferible congelarse a ponerse el horrible jersey de cuello alto. El dinero de su madre se lo ha gastado en otras cosas. No se decide a tirar el jersey. Su madre decía que él quería lo mejor para ella, y quizá fuera cierto que quería que estuviera caliente.

Maite cierra la puerta y escucha el sonido de la cerradura en su casa, tres pasadores de acero que se introducen en sus agujeros. Siempre se había burlado de su obsesión por la seguridad. Maite se desliza debajo de la manta delgada que había tenido que comprar aquí y echa de menos el olor de su madre. Los pasos ligeros de Irene por el pasillo, sus vestidos con vuelo y los pañuelos ligeros como una pluma, sus miradas, a veces confidentes y a veces hostiles. Cada semana, el mismo ritual dominical, insufrible, pero hermoso.

El tío y sus hijos encienden el fuego y colocan la paellera, que mueven a un lado y a otro hasta que asienta bien. Su madre y su tía trabajan en silencio codo con codo en la cocina, entran y salen atareadas, ponen la mesa, sacan el conejo y el pollo de la gran nevera, un plato de aceitunas para los niños, más tarde queso y mondejo. Cuando el fuego alcanza la intensidad adecuada, la intensidad exacta, resuena la llamada de que ya pueden empezar: la carne, las verduras, las especias, el azafrán, el agua, se cuece, borbotea y humea en la *paellera*, y cuando se añade el arroz, vuelve la tranquilidad. Entonces la paella debe hacer su parte. Lo que no se ha conseguido hasta ese momento, ya no se logrará. Irene, Maite y sus primos están tendidos en las tumbonas del porche. Su padre deambula por la extensa propiedad, entre los labios delgados un cigarrillo delgado, que sostiene con los dedos ennegrecidos. Da un paso hacia un lado o hacia el otro, de vez en cuando pronuncia una palabra, no participa en el trabajo. Francisco júnior se une a él, pela despreocupadamente una naranja, hablan con confianza, conspiradores, seguramente sobre el trabajo. Él es como su padre, en cierto sentido se parece a él, como si pudiera llevar los viejos uniformes, si no hubiera cambiado la moda en la Guardia Civil, incluso ellos se mueven con los tiempos.

El tío Luis y sus niños ya no parecen tan endomingados y toman una cerveza fría como los atletas después del partido, chutando unas piñas. Y cuando Luis se ríe con despreocupación y coloca su brazo peludo y lleno de hollín sobre los hombros de la camisa blanca de su hermano, este se encoge, y para Maite, Luis sabe exactamente lo que va a ocurrir y lo hace deliberadamente. En algún momento dos hombres apartan la paella del fuego y la dejan reposar un rato. En el centro de la mesa se ha dejado un lugar libre, el mantel está protegido del hollín con varias capas de papel de periódico. Los mismos camareros inclinan la bandeja para mostrar la obra maestra, y todos deben alabar y exclamar «¡Ah!» y «¡Oh!». Luis, los dos primos y Maite se colocan alrededor de la sartén, sacan cucharadas directamente de la paella, al anfitrión le gusta que sea así, y Maite habría perdido el juicio si hubiera dejado pasar esta oportunidad. Huele a leña y a humo, a aceite, verduras y carne, y el tío Luis le pone a Maite las judías grandes que tanto le gustan.

En la república soberana de Maite los domingos no se va a la iglesia, pero tampoco hay paella. Maite supera la nostalgia, de repente. Piensa en Maribel, que por las tardes repasa con mamá lo que se debe comprar y cocinar al día siguiente, sus ruidos en la cocina, el crepitar rasposo de sus medias baratas, su olor a jabón, sudor y cebollas. Su

letra manuscrita en una hoja de papel: un chorro de vinagre si te gusta y no te olvides de limpiar la cocina.

De niña, Maite tamizaba la harina con Maribel en la cocina. Agitar y remover, dando golpecitos contra la palma de la mano, la harina caía fina hacia abajo. En el tamiz quedaban grumos.

Cuando Maite llegaba a casa por la noche, su padre oía la llave en la cerradura y aparecía en el pasillo con su ridículo pijama de veterano, sin encender las luces, una sombra contra la pálida luz de la madrugada, como si pudiera traer consigo Sodoma y Gomorra como un virus letal. Encuentros enfurecidos y silenciosos en el pasillo, bofetadas en la cara, pero por lo demás casi sin tocarse. Irene, que siempre lo hace todo bien. Los torpes intentos de mediación de su madre, que siempre siempre acababan con una orden dirigida a Maite. Las innumerables horas encerrada en esta habitación, con la única vista de la maldita pared que tenía delante, la mayoría de las veces era la propia Maite la que se adelantaba con el arresto domiciliario. El tobillo se lo rompió cuando intentó salir por la ventana. La llave en su interior. Eso también era su patria. Le pertenecía como las cicatrices infantiles que dejan las rodillas en carne viva, la porción casi imperceptiblemente más oscura de su piel donde una vez se ha quemado. Él podía clavar las mariposas muertas que acumulan polvo en los cajones del salón de la misma manera que trataba a sus hombres. Pero con ella no.

Los grumos de harina pueden presionarse con una cuchara a través del tamiz o deshacerlos con mucho cuidado, pero tarde o temprano se convierten en polvo entre la punta de los dedos. «Vuelve», le dijo su padre en la estación. La presión de su mano en el brazo la ha sentido durante mucho tiempo como una contusión. Solo han pasado unos pocos meses, pero es un comienzo. Al Gobierno de la república soberana de Maite se le ocurrirá algo.

Agosto de 2004

Margot mira hacia la oficina de correos y contempla las idas y venidas de los tranvías. Ella ha tomado expresamente el tren más pronto para tener tiempo para todo lo demás. Enciende un cigarrillo, el primero del día, y cuando se acuerda de que en toda su vida no ha aprendido bien el español, le da una buena calada. Esto puede ser divertido.

Pablo quería venir a Múnich, pero es un día entre semana y ella sabe cómo le tira la empresa. Desde que decidieron vender, pretende adelantarse al retiro anticipado, se aferra al paso del tiempo, se rebela contra las manecillas del reloj. El Buster Keaton de Staffelsee. Él tiene que acudir a su negocio. Ella ha gozado de un viaje en tren maravilloso, a lo largo del lago Starnberg, en el que ya se podían ver las primeras barcas. En Tutzing una horda de veraneantes abordó el tren que va en la dirección opuesta, hablaban en suabo o en sajón⁵ y se intercambiaron información sobre dónde vale la pena ir y la cantidad de años que llevan viniendo por la zona. Más divertidos son los que en el camino de ida ya están desenvolviendo el bocado, una costumbre que se consolida durante la etapa escolar, hay algunos que siempre están masticando. Margot estuvo escuchando a Joan Baez en su nuevo iPod, que es nuevo para ella porque Carlos se ha comprado uno realmente nuevo. Incluso se había acordado de cargar la batería antes del viaje.

Estas son sus últimas vacaciones de verano, Margot gira la cara hacia el sol. Tiene libre todo agosto y la mitad de septiembre. Durante el nuevo año escolar, va a deshacerse de sus notas después de cada hora de clase. Con cada día que pase su habitación de trabajo estará más vacía. La vida será más fácil. Margot respira profundamente y descansa la cabeza en el respaldo. Bueno, hasta ahora la vida no ha estado tan mal, en realidad ha sido bastante bonita, y cuando no era agradable, ha hecho todo lo posible para que lo fuera. Buena edad para dejarlo porque aún tiene algo de tiempo. Se lo puede permitir. A Paul le ha ido bien con su fábrica. Incluso irá bien con el adicto al trabajo que intenta retirarse, ya lo verás. Paul tiene la idea loca de que quiere empezar a pescar,

Paul, que no puede estarse quieto ni durante un minuto sin tener un periódico en la mano o tomar un café. Sería capaz de espantar a todos los peces, pero no le pareció que su comentario fuera gracioso. En la sala de estar ya se pueden encontrar los primeros catálogos de pesca. Mi pescado en silencio comienza la pesca.⁶ Su silencioso va a empezar a pescar.

Margot disfruta del crepitar del tabaco delante de su nariz, del humo seco en los poros de la cavidad bucal. Está preparada para tener nietos. Los dos llevan casados el tiempo suficiente. Se ha dado cuenta de cómo la hermana de Maite da a luz a un niño tras otro hasta casi perder la cuenta. Maite es la madrina del primero, porque la alegría fue muy grande. Con cada niño nuevo de la hermana, sin que ella pudiera tenerlos, el entusiasmo de Maite fue disminuyendo, aunque trató de ocultarlo. Carlos se conformó encogiéndose los hombros, porque la vida es tan hermosa, y después se puso de mal humor, Margot no debe interferir. Maite trabaja como una mula en el mercado, pero, claro, quién iba a sustituirla, Carlos tendría que ocuparse del niño. Cuando piensa en ello, qué alegría tuvo el tío Toni con Carlos.

El tío Toni, sonríe Margot, es lo que ha sido durante todos estos años. A pesar de que no se llama Toni ni es su tío. Dios mío, debería haber sabido que había algo extraño cuando, a finales de los años sesenta, echó en cara a su padre que hubiera aceptado a un trabajador forzado, cuando, después de la guerra, el trabajador forzado seguía viviendo con ellos en la granja y lo llamaban tío.

Los nietos se viven de una manera diferente a los propios hijos. Más tiempo, menos preocupaciones. La sensación de estrechez que sintieron en aquel entonces, cuando Carlos llegó al mundo, en su dormitorio de estudiantes en Schwanthalerhöhe. Pablo, hijo de un trabajador, y ella procedente de una granja. Pablo fundó su negocio y ella se las arregló con el niño, los estudios y el trabajo. Trabajó de camarera, leyó William Carlos Williams durante los descansos para fumar. *So different, this man – And this woman: – A stream flowing – In a field.*⁷ La suerte fue el suegro, que estaba cerca, en Sendling, y llegaba en bicicleta tras su turno en el mercado para hacerse cargo de Carlos, para que ella pudiera prepararse adecuadamente para el examen estatal. Traía frutas y verduras, e incluso se había instalado un asiento para niños en la bici. Había sido la mejor niñera que se podría imaginar, con una paciencia y una disponibilidad infinitas.

Pablo se esforzó, pero no podía hacer gran cosa con un niño pequeño. Y también se quedó con un solo hijo. El impacto de saberse abandonado por su propia madre fue un

golpe del que Pablo nunca se recuperó, una herida que lo marcó en su paternidad, hasta el punto de que le parecía que sospechaba que un día podría desaparecer sin previo aviso de la vida de Carlos. En esto es tan sedentario como un campesino, mientras que su hermano Vinzenz, con su refugio en la montaña, parece un vagabundo. El remedio de Paul contra esta preocupación no era más presencia, sino menos. No más niños, solo uno.

Antonio había leído libros con Carlos, el niño sabía escribir su nombre cuando llegó a la guardería, y en esos momentos Margot tenía que recordar que no había sido siempre obrero industrial ni cargador en el mercado mayorista. Los sueños de estudiar en París, todo *perdu*. Trabajador forzado. Y eso también lo superaron. Allí se encontraron dos inútiles. Tal vez el cambio de opinión de su padre para dejar que estudiara no había caído del cielo, tal vez al final se lo debía a Antonio, se lo tendría que preguntar. Margaritas a los cerdos, de verdad, ella y Paul tendrían que haber sido agricultores. Sonríe y apaga el cigarrillo. Un conductor, apoyado en su coche en la parada de taxis, le devuelve la sonrisa. Sureño. Con su polo de color salmón, en realidad debe de ser italiano.

—¿Un día feliz?

—No puedo quejarme.

—¿Seguro que desea ir a alguna parte? ¿Taxi?

Empuja las gafas de sol hacia la frente. Definitivamente. Solo los italianos tienen este hueso en la frente para sostener las gafas de sol.

—No, gracias, *grazie mille*. —Se ríe y piensa que podrían volver al lago Garda, y este estado de ánimo estival se encuentra en una extraña contradicción con el motivo del viaje, y, en cualquier caso, ¿dónde están?

Cuando se dispone a encender el segundo cigarrillo, escucha la voz de Carlos muy cerca del oído.

—¿Alguna vez has visto el pulmón de un fumador desde dentro?

Casi se quema la punta de la nariz. Estos fanáticos de la salud deportiva que trabajan en los servicios de emergencia. Estos listillos que en el pasado distante incluso llegaron a estudiar un par de semestres de Medicina creen que lo saben todo. Ya lo está añorando, pero los otros no están allí.

—Están en la entrada, el taxista nos ha llevado a la entrada norte, y el abuelo quería bajar a toda costa, con el pie abrió la puerta de golpe, porque se pueden ahorrar el dinero

del viaje a la vuelta de la esquina, pero ni siquiera era su dinero.

Antonio se encuentra delante del vestíbulo, agarrado del brazo de su nieta política preferida, la única que tiene y que con él despliega una amabilidad que no tiene con nadie, ni siquiera con Carlos. Lleva una chaqueta de verano de color crema y un sombrero. Se ha puesto de nuevo demasiada colonia, Margot se inclina un poco para abrazarlo.

—¿Nueva? —pregunta, y él asiente con la cabeza, orgulloso como un niño el primer día de clase.

—Ayer estuvimos de compras —comenta Maite, y entonces Margot también se da cuenta de los zapatos de *trekking* ligeros de Antonio y levanta las cejas con admiración.

Él no le da importancia con un gesto de la mano. Cuando ve a Antonio de esa manera, satisfecho y feliz, considera que quizá no tenga razón. En ese momento tal vez le haga bien.

Pablo y ella se habían opuesto al viaje, demasiadas emociones para un anciano. El viaje en sí era lo de menos. ¿Quién sabía si no sería demasiado desde el punto de vista físico, sin mencionar todo lo demás? Antonio replicaba que si tenía que estar sentado todo el día en el sillón o en el tren, prefería el tren, de todas formas no dormía más de cuatro horas por las noches. Y luego, como si hablara para sí mismo, pero que lo pudieran escuchar todos los demás, había sobrevivido a un viaje en tren muy diferente. ¿Qué se puede añadir a eso?

Pablo está muy en contra de todo este plan. Durante un tiempo creyó que Maite era un tipo cabecilla que no debía inmiscuir a los demás en las peleas con su padre. Carlos dejó claro que el primer impulso había venido de Julia, momento que aprovechó Pablo para concentrarse intensamente en retirar la piel del salami, porque mientras que Maite no le deja pasar ni una a su padre, Pablo no tiene una mala palabra para su madre.

No importaba el problema que hubiera entre Julia y Antonio, no tendría que haber sido Francia. Otro distrito de la ciudad habría sido suficiente. En vez de soportar la vergüenza para sí, les había lanzado a Pablo y Toni la ignominia a los pies como si fuera estiércol. En secreto había diseñado un modelo de vida en solitario, creyó que lo mejor era preocuparse solo por ella y dejar atrás a Antonio y a Pau, en esta Alemania que realmente le tenía que haber resultado insoportable, donde las mujeres, sin excepción, iban de un lado para otro con chalecos de punto grueso y no tenían pechos o los tenían demasiado grandes, donde los vestidos no tenían cintura y las faldas llegaban por debajo

de la rodilla. Si hubiera aguantado solo unos pocos años más. Ni siquiera una revelación como el traje típico tirolés habría sido capaz de mantenerla al lado de su marido y de su hijo, ni las damas de Nymphenburg para las que cosía y cuya elegancia distante se negó a adoptar. Una conversación en la mesa de la cocina, en la que nadie decía demasiado, las pocas explicaciones de Pablo, y Margot no tenía ninguna razón para dudar de ellas. Paul, incrédulo, después asustado, a continuación lleno de ira, finalmente respondió con un silencio inquebrantable. No puede acordarse de lo que hizo hasta la partida, una semana que saltó en todas las direcciones como las naranjas de una caja volcada. Sus recuerdos, pero qué podemos saber con seguridad después de tantos años, se centran de nuevo en el último día. Cruzan el patio, el tío Toni lleva la maleta como un lacayo, Julia levanta una mano y Paul cierra de golpe la ventana; se había encerrado y se había negado a despedirse de su madre, algo que acabaría lamentando, pero ese error solo podía cometerlo él.

Más tarde, la disputa en torno a la boda de Carlos, si debía acudir o no, si podía sentarse en la misma mesa con un verdugo. El tío Toni podría soportarlo. Mañana iba a ser su boda, que ella no lo olvidase. Siete años. Reservaron un vuelo para Julia y lo cancelaron, solo para volver a reservarlo un par de semanas más tarde a toda prisa por un precio mucho más caro, en la víspera de la boda, cuando Dios sabe que todos tenían cosas mejores que hacer, Paul tuvo que ir en coche a Erdinger Moos para recoger a su madre en el aeropuerto. Lo hizo con una dedicación sumisa, que a Margot le dolió, como si tuviera diecisiete años y pudiera ablandar a Julia con su buena conducta. Menos mal que Pablo no estuvo presente durante la reserva en el *Gasthof*. Reservaron medio hotel para la nueva parentela de España, la directora le preguntó si también iba a llegar la suegra. Fornida y seca en su rústico traje típico tirolés, se encogió de hombros, que se atreviese después de haberos dejado tirados, ¿te apetece otro café? El pueblo no olvida nada. El sabor en la boca de Margot era lo suficientemente amargo, solo endulzado por que su Pablo no estuviera delante del mostrador, que incluso habría aceptado el café.

Margot se acercó a Antonio para apoyarlo, pero no debía parecerlo. Atravesaron las puertas dobles de la sala de las ventanillas. Delante de ellos se tambaleaba una mochila alta como una torre sobre las piernas de Carlos, Maite tiraba de dos maletas, iba inclinada hacia un lado, empujada por el peso de una bolsa, bajo el brazo sujetaba una botella de agua de plástico. Estas chicas jóvenes no pueden dar un paso sin una botella de agua.

Margot dirige a Antonio hacia el buzón de correos en el paso a la zona de las vías.

—Esto es importante, la han fastidiado en el Ministerio de Educación.

Deja a Antonio un momento de pie, se va corriendo y vuelve deprisa, y queda consternada por lo frágil que se ha vuelto.

—No creo que allí trabaje nadie durante las vacaciones, pero esto quema y tiene que llegar esta semana. De lo contrario tendré que trabajar medio año más.

Lo agarra de nuevo del brazo.

—Y nadie quiere eso. ¿De qué te ríes? ¿Qué pasa?

Él niega con la cabeza.

—Has empezado tú. Cuando se negaron a darte el puesto.

—¿Cuándo me acompañaste tú al ministerio? Gran actuación. Muy limpia.

Fue idea de Antonio presentarse de manera que pareciera que Margot estaba obligada a ayudarlo. La querían castigar y enviarla a cualquier parte del país, ella debería estar contenta de que la hubieran aceptado como profesora. Se había manifestado un par de veces y la habían etiquetado de radical. El problema era Dachau. Había escrito artículos sobre la Asociación de Víctimas del Régimen Nazi y la iniciativa para el establecimiento de lugares conmemorativos. Pablo quería mantenerse al margen, negociar, callar, tenía mucho miedo y casi parecía estar en lo cierto. Ellos no querían ofrecerle ningún puesto, a pesar de que la investigación del servicio de inteligencia había sido negativa. Pero lo interesante era que los señores feudales en la Administración eran ciegos a la derecha y paranoicos a la izquierda, entonces aún se podía pensar así con toda la inocencia. Que Margot también hubiera protestado contra esa investigación no había ayudado.

—Mercado mayorista, mercado al por mayor.

—En aquel momento me sorprendió que fueras tan buen actor.

—Y a mí. ¿Cómo se llama eso que te dieron gracias a mí?

Antonio interpretó perfectamente el papel de inmigrante, impotente, forastero y que no conocía la lengua. Margot describió al poderoso apoltronado del ministerio su lastimosa cotidianeidad con el niño y un suegro inmigrante, de manera que necesitaba con urgencia un puesto y a ser posible en Múnich. A Carlos le habían impedido que durmiera la siesta, así que estaba de mal humor. Antonio balbuceó algo del mercado y en aquella ocasión solo tuvo para su nieto dos manos izquierdas, lo que lo irritó profundamente. Antonio se acababa de convertir en empresario, en propietario de un puesto en el mercado al por mayor, siendo uno de los primeros extranjeros en

conseguirlo. Había estado con los comunistas españoles, había sido perseguido por el régimen nazi, por eso su memorable aparición ante el Consejo escolar no estuvo exenta de riesgo, pero no fue consciente de ello hasta después.

—Normas para casos extremos.

Funcionó, las normas para los casos extremos pasaban por encima de las tendencias subversivas. Tal vez el funcionario solo estaba cansado de la verborrea de Margot, del lloriqueo de Carlos y de las intervenciones tarzanescas de Antonio. En cualquier caso, al cabo de un rato había sellado los documentos de Margot. No le habría sorprendido si al final hubiera dejado caer la frente sobre la almohadilla de tinta. Le recordaba al tío Hans, tuvo que contenerse para no fastidiarlo todo con un comentario inoportuno. Se sentía subversiva, deliciosamente subversiva cuando se fueron a comer pastel, Carlos se quedó dormido después de un par de bocados en el regazo del tío Toni.

En uno de los puestos le compra a Antonio una botella de agua. En lugar de tomar un sorbo de inmediato, señala la mochila, que debe poner detrás. Margot abre la botella, insiste. Se pregunta si Antonio ha traído la medicación. Sospecha que se ha vuelto descuidado. Pero ¿cómo puede controlarlo? Durante los últimos días probablemente solo se ha dedicado a ver la televisión y se ha olvidado de comer y de caminar. En principio, comparte su entusiasmo, en primer lugar los griegos ganan el Campeonato de Europa y ahora les conceden los Juegos Olímpicos de Atenas. Le recuerda un poco aquella época en la que tuvieron de una tacada el penalti de Brehme y después la reunificación. Pero eso no disculpa que se olvide sus pastillas y beba demasiado poco. Con su sombrero nuevo y la mochila pequeña, Antonio parece un niño de excursión y la acompaña como uno de sus alumnos de quinto curso. Lento. Soñador. Desorientado. Tiene el día de fiesta, pero ha vuelto al modo maestra y piensa en cuando los hijos se convierten en los padres de sus padres.

Su propio hijo hace tiempo que no los necesita, Carlos lleva a la espalda una montaña de equipaje y sube las maletas al ICE⁸ como si fueran juguetes. Luego se acerca con rapidez hacia ellos, con sus gafas de deporte negras, su rostro moreno y sus dientes descaradamente blancos. Estos no los ha heredado de ellos, pero sí la mala visión, lo que impidió que se convirtiera en aviador. El entusiasmo por volar también lo había mamado Carlos en el regazo del abuelo. Cuando Margot consiguió el puesto, se llevaba a Carlos durante el fin de semana al aeródromo de Riem, el niño de cinco años acudía el domingo

a desayunar con la cartera de la guardería y las botas de goma, y tenía un sexto sentido para detectar el momento en que Antonio iba a tocar el timbre.

El tren se pone en marcha tan silenciosamente que casi no se da cuenta y de repente se encuentra debajo del Hackerbrücke, cuántas veces ha pasado pedaleando sobre ese puente y cómo le gusta esa construcción enorme de hierro y las vistas a lo largo de las vías hasta la Marienkirche; algunas veces se ha bajado de la bicicleta sin pensárselo. Y cuando Pablo mostraba la audacia suficiente, escalaban por las vigas de hierro y contemplaban la puesta de sol en medio de la nube de malta de las fábricas de cerveza.

En el fondo, Paul es un hombre miedoso. Como medida de precaución siempre se ha mostrado reticente a todo, lo que a Margot le parece una actitud hanseática y para un bávaro, especialmente si es español, resulta muy extraordinaria. Margot se pregunta si las personas no le interesan o lo dejan indiferente. Sabía que cuando Pablo se acercó a ella bajo la mesa de la cocina, demasiado grande para un espacio tan limitado bajo el banco esquinero, se escondió, *shellshocked*, aunque recuerda que le informó del diagnóstico con mucha suavidad. Desde arriba les llegaba muy poca luz, cuatro pares de zapatos se situaban alrededor de ellos, Julia llevaba los más delicados y además los pantalones; los pies de su padre estaban enfundados en voluminosos zapatos ortopédicos, que su madre ajustaba con cordones rojos, y el tío Toni arrastraba los pies de un lado a otro. Las piernas desnudas de Vinzenz pataleaban en la falda de su madre, que les entregó las dos mitades de una manzana debajo de la mesa. Margot sacó del rincón su muñeca y el perro de madera para que este niño extraño y callado tuviera sitio. La tomó de la mano, pero de una manera que en realidad era ella la que sostenía la de él. Ella no tenía muchas palabras y Paul solo en el idioma equivocado. Mientras que los adultos con todas sus palabras tampoco eran capaces de entenderse, Margot y Paul se quedaron en silencio, que duró durante mucho tiempo, y así está todo en orden.

En Augsburgo sube un hombre. Por supuesto, todavía quedan dos asientos libres, pero su compartimento se llena con rapidez. En realidad, sería mucho más fácil si se buscara otro sitio. Uno de esos tipos regordetes y limpios que ponen los pelos de punta a Margot. Antonio se endereza en el asiento y encoge las piernas. «Ya paso, ya paso», dice, pero Margot cree que es demasiado estrecho para él. Él se queda callado, se empequeñece. Maite mira al hombre con su típica arruga entre las cejas. El hombre empuja la maleta

hacia el centro del compartimento, Maite no puede estirar las piernas. Cuando se altera, su acento es más fuerte. El señor no quiere tener la maleta delante de sus pies, Maite casi echa a reír, «¡Anda ya!», dice, y aparta la maleta de su asiento. Con tipos tan autoritarios se le cruzan fácilmente los cables. Ella ha tomado la decisión, ahora está todo bien y busca el libro en su bolso, un poco nerviosa. «*Ya está.*» Margot tendría que haber aprendido español, Maite lo dice a menudo, y siempre marca el final de una discusión. Vale ya, o algo así.

Carlos le acaricia la pierna, un poco de ternura entre los dos, como hace tan a menudo cuando ella se irrita y no quiere que vaya a más.

Cuando está presente Maite, Carlos adopta el papel de tranquilo y bonachón, le pone una mano encima, como si pudiera enfriarla, con un comentario impertinente le quita hierro y dramatismo al tema, su malhumor es como una válvula de seguridad. Pero al tratar de este viaje, han tenido discusiones muy acaloradas en la mesa familiar y, sin Maite, Carlos también se ha dejado llevar por el acaloramiento, la ira y la consternación. Sus argumentos se salieron de madre. ¿A Paul le parecía aceptable que en España no se hubiera procesado nunca a los verdugos? ¿Que los poderosos de entonces dominasen la política de hoy? ¿Si Paul podía imaginarse lo que habría ocurrido en Alemania si los nazis hubieran dejado fosas comunes anónimas y uno de ellos dijese: dejemos tranquilas las viejas historias?

Esperemos que Carlitos no quede decepcionado. En Alemania hay que estar siempre listo para cualquier cosa. Carlos es un engreído. Solo conoce los años de las vacas gordas y aparentemente no tiene idea de cuánto tiempo ha pasado en Alemania. Tiempo social. Treinta años desde de la muerte del dictador. España en la actualidad, Alemania en algún momento a finales de los años sesenta. En aquel entonces ella tuvo que peregrinar al ministerio para suplicar, suplicar que la admitieran en la función pública. Con la combinación del retraimiento de Paul y sus convicciones le habían proporcionado realmente una infancia feliz, totalmente despreocupada y libre, pero hijos de otros padres le podrían contar historias. Carlos conoce solo la mitad de la verdad, no acudió a las tropas de montaña, sino a los Verdes, no conoce el sedimento marrón cotidiano. En su casa nadie ha hablado del tío Hans, que se entusiasmó con el Partido y a fue la guerra y cuya imagen sigue colgada en el *Herrgottswinkel*.⁹ Nada más y nada menos que con su uniforme de la Wehrmacht. Y del tío Martin tampoco se hablaba apenas, porque si se mira bien, es la mayor vergüenza. Sus maestros en la escuela transpiraban guerra, sus

protectores le fallaron, en lugar de protegerla, le daban puñetazos en la leñera o la colgaban por el cuello en el soporte para los mapas. Cuando era una adolescente, a mediados de los años cincuenta, la mitad de la ciudad corrió a ver una nueva versión de una película de propaganda fascista sobre aquella fortaleza en Toledo y ella también acudió. Cuando llegó a casa intoxicada por tanto heroísmo, recibió una de las raras palizas de su padre, que desde luego no tenía nada de rojo, pero que no le dejaba pasar que hubiera visto una película nazi. Párroco, alcalde y del club de tiro, que no son precisamente refugios de las ideas ilustradas. El tío Martin, que debió ser diferente, acabó en Dachau. Los tíos Hansen sobrevivieron a la guerra. Hans regresó del cautiverio y le robó su salchicha del pan.

Ella tenía que decidir: un pan con una loncha de salchicha o uno solo con mantequilla, y el segundo bien untado. Estaba a punto de colocar la salchicha en su segundo pan, cuando le echó mano Hans; se había comido el primer pan sin salchicha y también tendría que hacerlo con el segundo. Margot miró a su padre, su madre miró a su padre, pero a partir de ahí no vino ninguna ayuda, el hermano pequeño se limitó a no decir nada, Karl había conseguido que la granja sobreviviera a la guerra, pero Hans le había demostrado quién era el dueño de la casa. Probablemente hablar no habría servido de nada. Paul, delicado como era, se levantó, fue a la despensa de los ahumados y puso en medio de la mesa una salchicha entera directamente delante de Margot, se inclinó hacia delante para cortarla, Margot sentía sus caderas contra el hombro de él y el calor que irradiaba. Luego se sentó en su lugar y esperó lo que estaba por venir. Margot tenía la boca llena de salchicha, cuando Hans fue a por Paul, de manera que su padre y su tío Toni lo tuvieron que sujetar, Julia gritó y su madre puso la mano sobre la cabeza de Vinzenz, la salchicha fue creciendo cada vez más en la boca de Margot, no podía tragar y estaba inundada de lágrimas cuando el tío Hans le puso un ojo morado a Paul y luego se derrumbó con sus sibilantes pulmones de guerra. Poco después, el tío Toni y Julia se fueron, y Pablo con ellos.

Margot apoya la cabeza en la ventanilla. Echa de menos a Paul. Ya lo está echando de menos.

Todos están intentando a su manera ignorar al gordo, que sería un ejemplar magnífico para el club de tiro, lo que resulta difícil, porque está hablando por teléfono y aparentemente está sermoneando a un subordinado. Parece que lo van a tener que

aguantar hasta Stuttgart. Carlos le hace un guiño, cruza los brazos y se desliza hacia abajo en el asiento, encogiendo sus largas piernas. Antonio tiene las manos cruzadas en el regazo y evita el contacto visual. Al lado del individuo parece un enano. Gran parte del tiempo se mira las manos. Ya no lleva su anillo de bodas. Maite se inclina hacia él y le dice, en voz suficientemente alta: «¿Te imaginas que tratásemos así a nuestra gente en el mercado?». Margot acaba de abrir su revista *GEO* cuando se extiende por el compartimento un hedor, como si un agricultor estuviera repartiendo estiércol. Carlos se encuentra con su mirada y levanta los hombros casi imperceptiblemente, queriendo decir que él no ha sido. De repente, tiene delante al niño, el enrejado con rosas tirado, las manos magulladas, él no ha sido. Maite juega con los dedos en el cabello, se esconde la nariz en la punta del pelo, que seguramente huele a champú de pétalos de rosa y albaricoque o de miel y cerveza, y continúa leyendo. Margot siempre ha estado un poco celosa del magnífico cabello de Maite, sobre todo ahora. Fue clara en la peluquería. Corto. Práctico. El estereotipo habitual de la maestra de mediana edad. Antonio se reclina en el asiento, recto y pequeño. Mantiene la mirada fija en el suelo. Unos minutos más tarde de nuevo. En estos trenes modernos ni siquiera se puede abrir una ventana. Margot imita a Maite, su pañuelo huele al perfume que Paul le regaló por Navidad, bueno, casi todos los años el mismo juego, Margot lo elige y su amiga en la perfumería llama a Paul cuando puede pasar a recoger el paquete con los lazos correspondientes.

Paul, piensa Margot, oh, Paul. Porque no los ha acompañado. No se pregunta qué pasó realmente con su padre, su abuelo, ni siquiera ahora. Habría que dejar tranquilos a los muertos. Habría que dejar tranquilas las historias, hace mucho tiempo de todo eso. Pero los afectados como Toni, aunque haya pasado mucho tiempo, siguen soñando con ello, no pueden descansar, cuando el pasado sigue creando dificultades, ante esto Paul solo sabe encogerse de hombros. Simplemente no tocarlo. Pero cuando se mira de cerca, en su caso, que ha cerrado todas las puertas a sus espaldas y hace oídos sordos, se pueden oír como resuenan casi imperceptiblemente las llaves en el bolsillo.

Mientras tanto, Maite sabe ahora más sobre la familia que todos ellos juntos. A Margot le sorprendió que Antonio dejase entrar con tanta facilidad a una extraña, pero quizá solo había estado esperando a que finalmente alguien preguntase. Pablo no podía preguntar. Para él su padre estaba demasiado lejos y la historia demasiado cerca. Los años estériles en el campo de concentración en Francia, tenía siete años cuando llegó a Baviera, hablaba dos idiomas, pero ninguno de ellos le servía para salir adelante, la

infelicidad entre sus padres y la decisión de su madre de abandonarlos, cuando casi era un adulto, pero seguía siendo un niño. Las miradas y los comentarios en el pueblo, cuando empezaron su relación, las preguntas de sus amigas sobre lo que quería con el mudito. De hecho, era muy bueno en la cama, su suerte corre a través de miradas, gestos, caricias y mucho sexo; los años más difíciles fueron cuando Margot volvió a la escuela y por las mañanas no tenía tiempo para un polvo rápido. Están bien juntos y sobre eso no tienen mucho que hablar. Paul tiene su trabajo, Margot se pregunta cómo debe llevar a cabo las negociaciones, pero su empresa siempre ha ido bien, por la tarde lee sus periódicos y Carlos adquirió lo fundamental sin su intervención.

La tercera bomba fétida resulta insoportable. Ninguno de ellos se tira pedos de esa manera. ¿Tendría que decir algo? El hombre abre la puerta del pasillo. Antonio abre los ojos.

—Lo siento, hay corriente.

—¡Apesta!

—Por favor —insiste Antonio, sonríe suavemente y con impotencia, como sonreiría un hombre frágil cuando le suplica a un fortachón, a Margot le parece que su impotencia está calculada y se acuerda de aquella tarde en el Ministerio de Educación.

Maite tiene la nariz en el cabello y levanta la mirada. Entre Maite y el tío Toni hay algo y lo ha habido desde el principio.

El extraño descuelga su chaqueta folclórica del colgador. Deja abierta la puerta del compartimento. En cuanto sale, Antonio estira las piernas, Maite lanza su bolso en el asiento que ha quedado vacío, como si los dos se hubieran puesto de acuerdo, ella tiene la cabeza roja de la risa contenida.

—Abuelo, eres realmente desagradable —comenta Carlos.

—Tú te callas —replica Maite—, has empezado tú, porque había un matiz que conozco.

—Solo soy viejo —Antonio mueve la cabeza—, solo viejo. —Sonríe casi infantil y levanta las manos.

Margot es de nuevo la última en enterarse de lo que ha ocurrido en su presencia y entonces piensa que no puede ser verdad y después que realmente son como los niños de quinto curso. Carlos se ríe a lágrima viva y apenas consigue pronunciar la frase:

—Abuelo, te acuerdas cuando solíamos hacer competiciones de pedos, quién conseguía el más ruidoso y quién el más apestoso.

Así que esas eran las tardes con el niño y entonces todos se echaron a reír. En realidad, era hermoso, absurdamente hermoso que este viaje empezase con tanta alegría.

LIBERTAD MUNIQUESA

Octubre de 1990

La última oportunidad. Maite ya ha puesto un pie en la cabina, se echa atrás y es la única que sigue en la plataforma; delante tiene el hueco estrecho a través del cual la vista se precipita hacia las profundidades. Solo un paso. El conductor mira a Maite, su compañero de piso también. Sus rizos se mueven. ¿Lo ha hecho o no? Mira al conductor como si él tuviera la respuesta. El hombre levanta un dedo en señal de saludo, presiona un botón y las puertas se cierran de golpe. Ole le muestra un pájaro, y riendo al mismo tiempo, el cable se retira de su anclaje y se hunde hacia el valle. Un empleado del teleférico sigue su camino y finalmente Maite se queda sola.

Al anochecer se encuentra sola ante el restaurante y siente el frescor que sube de las praderas. El paisaje es de color azul bajo la luz del atardecer. En el valle en sombras se desliza un último surfista sobre el lago, ahora empiezan a tener sentido a las furgonetas VW con tablas de surf, que no encajan demasiado en las montañas. Este es el último viaje a los valles, de este número ya no va a obtener nada más. Así que esto es lo que ha comenzado con su libertad.

Este domingo por la mañana, Alemania vuelve a estar reunificada. La república soberana de Maite no fue a la iglesia, bebió otra vez café malo. Hannah leía un periódico cuyos titulares ocupaban media página. Ole enjuagó inmediatamente sus platos del desayuno; para celebrar el día, apoyando los nudillos sobre la mesa, anunció un viaje a las montañas reunificadas. Para celebrar la ocasión. Dio una patada. ¡Olé! Hannah no se dejó impresionar, parecía descartar todos sus argumentos, la conversación fue tan rápida que Maite se perdió. Montañas, gente, octubre. Ya es demasiado tarde. Oktoberfest. Aprender. Pero ¿qué era *Bock* y qué era *Freischuss*? Ole se volvió hacia Maite y tradujo su pregunta: «*Mountains?*». Ella sabía más alemán que inglés, pero había sido un detalle por su parte. Una excursión a las montañas, *geil* era la palabra que acaba de aprender para dar una respuesta. A pesar de que las montañas no estaban muy lejos, en Valencia vivían de cara al mar, los nombres de los lugares para ir a bañarse se ensartaban como

perlas: Cullera, Denia, Benidorm, Playa del Puig, Playa de Puçol. Allí tendría que haber preguntado, aquí Maite decidía por sí misma. Ella era la soberana. La soberana quería ir a las montañas. Dejó que las preocupaciones de Hannah le pasaran por encima y no vio ninguna conexión entre las palabras «llana», «tierra» y «Tirol».

Horas más tarde, en un sendero supuestamente fácil, bajo un sol supuestamente fantástico, Maite supo lo que quería decir Hannah. El corazón le latía con fuerza y rapidez, los muslos le dolían con cada paso. No tenía idea de lo agotador que iba a ser. Sentía cada bache a través de las zapatillas de deporte. En los pantalones de pana se acumulaba el calor, ninguno de ellos había traído nada para beber. Además, el *Señor Olé* tenía miedo a las alturas. Llegaron a una cresta y no consiguieron seguir adelante. Otras personas pasaron de largo sin preocuparse por ellos, menudo país, Maite no entendía el dialecto ni tampoco este clima, ni las extrañas horas de las comidas ni el trato grosero. No quería estar en la cima de una montaña en un país extranjero ni sentirse tan impotente. Incluso mareada, trató de calmarse, pero se dejó llevar por el miedo e incluso temió que se iba a caer por la pendiente. Quería abandonar a Ole y su ridículo nombre en este mismo lugar, junto con la sensación de que ya no era capaz de dominar el idioma.

Finalmente, los ayudó una familia con niños. La voz de Maite le resonaba muy aguda la cabeza: yo... no... puedo... más. El padre había captado rápidamente la situación y, como si su presencia le hubiese devuelto la claridad de visión, Maite se contempló en toda su miseria. Una crisis de soberanía andante. El hombre envió a su esposa e hijos por delante; los pequeños se movían sin esfuerzo, como si las montañas fueran un gran parque infantil. El hombre trató de hablar con Ole, pero con Ole no había nada que hablar, así que se puso militar, como si fuera un policía que en la sala de interrogatorios se vuelve hacia la pared como el *Good Guy* y vuelve a la mesa como el *Bad Guy*. Ató a Ole con una cuerda delgada, poco más que un cordel, cuyos nudos bien fuertes le apretaban un poco en el vientre. Eso no lo habría soportado nadie en su vida, pero Ole se puso en marcha, el hombre tiró de él como un burro. Cuando llegaron a un terreno más seguro, dejó que ella bebiera de su botella. Hizo un gesto hacia Ole, que estaba sentado muy pálido en la hierba, y miró de arriba abajo a Maite, ella no respondió, no pensaba volver nunca más a las montañas. Quería olvidar estas montañas, quería prepararse unas *patatas a la Maribel*, la letra de Maribel en una nota: simplemente aceite y sal y no te olvides de apagar el fuego.

Poco antes de subir al tren de montaña Ole dijo algo. En un primer momento Maite no lo entendió, por dentro seguía siendo muy joven, pensaba en la cocina de Maribel y en el hecho de que su madre se había preocupado por ella. Su padre no la habría dejado venir. La frase de Ole llegó desde muy lejos a través de los desfíladeros de sus canales auditivos y circunvoluciones cerebrales, rebotó en las paredes e impactó con retraso en un lugar que le dio sentido. ¿Por su bien? Ole asintió hundiendo la cabeza entre los hombros cuando vio que se le venía encima toda su ira. Maite gritó por no llorar, pero la rabia se abrió camino hacia sus ojos. Ante la cerca de madera de un restaurante se plantó delante de él y le dejó clara su opinión en su mejor español y no le importó que él no se enterase. «¡*Imbécil!* ¡Ni siquiera una botella de agua!» El aire le salía de nuevo a borbotones. «¡*Tonto del culo!*» Algunas personas sentadas a las mesas empezaron a mirarlos. En realidad, él no tenía ningún conocimiento de las montañas, ¡*ni puta idea!* ¡Tenía una sed de mil demonios! Chilló hasta liberarse, dejó salir su agotamiento, a su alrededor todo el mundo se había quedado callado, sintió agudamente el silencio. No importaba. Fue genial. Con la rabia se liberó de toda la tensión. El retorno al español la calmó. Se apartó dos pasos de Ole, respiró hondo, pero le volvió a crecer la furia y volvió a la carga. Respiró profundamente, dilató los pulmones como la piel de una pandereta. ¡*Gilipollas!* Entonces no se le ocurrió nada más. Se había vaciado.

Oyó un silbido, de muy lejos. Algo frío como el hielo le tocó el brazo.

—*Oye, guapa. ¡Salud!* A tu salud.

Por encima de la cerca alguien le tendía un vaso lleno. Maite vio una cara estrecha y bronceada por el sol, con gafas sin montura que enmarcaban unos ojos divertidos con una mirada que le atravesó la cabeza, el corazón y el estómago. Bebió. Él asintió con la cabeza y también le tendió una cerveza a Ole, aunque no se la merecía.

El tipo recuperó el vaso vacío. Maite no sabía qué decir. Cualquier cosa habría sido banal. Sonrió.

—De nada. Solo estoy haciendo mi trabajo.

—¿Salvar la vida a chicas españolas?

—*Sí, señorita.* Rescate de Montaña. Aquí tenemos una para cada nacionalidad. Fuerzas especiales.

Maite se dio cuenta de que le estaba sonriendo, le sonreía abiertamente.

Silbaron desde una mesa.

—Charlie, por el amor de Dios, ¿dónde están nuestras claras?

Sonrió y recogió también el vaso vacío de Ole, gritó algo que ella no entendió y se volvió a un hombre robusto que los miraba desde la puerta. Como por casualidad su mano aterrizó sobre la de Maite y luego se deslizó hacia la barandilla.

Tal vez fue este contacto. Su voz, que la había tranquilizado, ronca pero cálida. Hablaba español con acento tremendamente alemán y algo más. El humor. Se rio de su estallido de rabia, sonrió entre dientes como una niña, por lo que ella también tuvo que sonreír, aunque le costaba mucho reírse de sí misma. Un tipo le pagó una cerveza, y a causa de sus ojos, debido a su humor y a una sensación imprecisa de bienestar, tomó la loca decisión de perder la última cabina para bajar hasta el valle. La república soberana de Maite. Su padre desencadenaría un golpe de Estado contra este Gobierno, tomaría el mando e impondría un arresto domiciliario hasta fin del mundo. Ese Carlos había dicho que volvería a estar allí el próximo fin de semana. No se puede quedar simplemente aquí. Cuando estuvo delante de la cabina, lo tuvo todo muy claro. Última oportunidad. La gran oportunidad.

En vez de ir hacia la puerta principal, Maite se pasea por las filas de mesas despobladas y se sienta en la misma mesa en la que Ole y ella han pasado la tarde; Carlos sirvió más claras y también tocino y pan. Maite encontró el tocino duro, pero maravillosamente ahumado, y cuando su vecino de mesa comentó entre dos sorbos que tenía que cortar tiras más finas, finalmente negó con la cabeza, dejó el vaso, abrió su propia navaja y se puso manos a la obra, el tocino se deshizo dulce en la lengua. El arte está en el corte, esto no se diferencia de España. Ole habló de su obra de teatro, pero Maite apenas lo escuchaba, no dejaba de mirar a Carlos y ahora se disponía a recuperar las imágenes mientras dirigía la cara hacia el sol de la tarde. Sus andares elásticos con movimientos suaves provocaban el casi danzarín movimiento de su cola de caballo. Sus antebrazos fuertes, en los que se marcaban los músculos cuando agarraba a la vez una hilera de jarras de cerveza; la sonrisa, que mostraba con cierta osadía un incisivo roto. Mientras atendía las mesas, volvía una y otra vez a la suya, sirviendo pequeños trocitos de información como si fueran tapas. Un par de semestres de Medicina, que había abandonado. Sanitario de algo en las montañas, Ole lo comprendió de inmediato y lo encontró *supercool*. Maite sintió la misma picadura caliente que con su tía Teresa, esa atracción por las personas que parecen despreocupadas y seguras. Había mucho que escalar en los Pirineos, abuelos españoles, por eso la lengua.

—Solo la mitad, mi abuela es catalana. De eso estoy seguro. —Hizo un gesto con la mano—. Crecí aquí. Mi madre es de aquí. Así que, en realidad, soy totalmente de aquí.

—¿Y qué haces aquí arriba?

—Rescato a chicas españolas.

—No somos tantas. Me has salvado a mí, pero no hay más en camino.

—Es cierto, los españoles siempre vais en grupo. Si tienes a uno, los tienes a todos. ¿Y cómo es que te has alejado de la manada y estás sola en las montañas salvajes?

—¡No estaba sola!

—Ese parece que ha sido el problema, con su permiso.

—Fue idea suya. Muy espontánea. No hemos llegado muy lejos.

—Eso me parecía. Una situación interesante que no se nos presenta todos los días.

—¿Qué es una catalana? —preguntó Ole, cuando Carlos se alejó de nuevo.

—Del norte —respondió Maite y señaló hacia arriba a la derecha, Ole negó con la cabeza—. ¿Barcelona? —Él asintió con la cabeza. Todo el mundo conoce Barcelona—. Muy nacionalistas, algunos de ellos. Tienen su propio idioma y quieren la independencia de Madrid. Algunos dicen que Cataluña no es España.

—Entonces como los bávaros en Alemania. —Maite se encogió de hombros—. Aquí también ocurre que los bávaros quieren hacer sus propias cosas.

—Pamplinas. —Carlos dejó dos vasos en la mesa.

—Sí, pero es así —dijo Ole.

—Sí, claro, así es, pero con *mia san mia* y todos esas chorradas de las particularidades no se ha logrado la paz en el mundo. —El vecino de mesa, el que tenía la navaja, alzó la vista—. ¿Estoy en lo cierto o estoy en lo cierto? —le preguntó Carlos.

—Tienes razón, Charlie, pero es mejor que me traigas una cerveza rubia.

Maite quería oír hablar a Carlos, amarrarlo con las palabras a la mesa. Le habría gustado ser piloto, pero sus ojos no eran lo suficientemente buenos, esos ojos de un marrón meloso, bajo cuya mirada Maite tenía la sensación de que se podía convertir en otra, nueva, curada. Después del verano iba a iniciar una formación especial como piloto de rescate. Múnich, Múnich, Múnich, como un eco.

—¡Dios mío, a ti te ha dado muy fuerte! —exclamó Ole, mientras le propinaba un empujoncito amable, y todo lo que ella le había tirado a la cabeza, le tiraría a la cabeza, la imagen se reveló de inmediato. Ole agarró el vaso y sonrió—: ¡Te has enamorado! Enamorado. *Amorrre*. —Hizo resonar la r.

Maite, con la boca llena del tocino dulce y salado, solo replicó:

—*Amor*. Sin e.

Se fundió con el banco de madera, la abandonó toda excitación y deseó que todo esto durara.

Apoyó los codos sobre la mesa y cerró los ojos, volvió la cara hacia los últimos rayos del sol. No se atreve a dejarse llevar, tiembla y se pone un plazo: si se le duerme el brazo, contará hasta cien, o cuando el sol haya desaparecido de su rostro.

Unas horas antes, todo estaba tan claro. Tres claras y un aguardiente invitación de la casa lo habían cambiado todo. Su mano sobre la espalda al despedirse. Su besito de despedida fue demasiado largo, lo deslizó hacia la oreja, creó un vínculo. Pero tal vez no era más que un truco. Carlos la miró como si quisiera comprobar que había entendido la importancia del gesto, el próximo fin de semana; lo habría comprendido aunque no hubiera sido capaz de expresar las palabras.

El sol ha desaparecido de su rostro. Ahora tiene que entrar. Abre los ojos. Carlos se encuentra de espaldas a la luz de la tarde y su cara se cierne sobre ella, irreconocible en las sombras.

—¿Has perdido la cabina?

Le gustaría asentir, negar su culpa, convertir la necesidad en virtud, negar que se ha quedado aquí arriba solo para estar cerca de él. Le gustaría, pero por supuesto no quiere y niega con la cabeza.

—¿Y tu compañero de piso?

—No ha perdido la cabina.

Maite se levanta del banco, Carlos da un paso atrás. Se encuentra a un brazo de distancia.

Provocar, no mendigar. Confiar, no vacilar. Tiene que ladear un poco la cabeza para mirar su rostro. Ella lo mira a los ojos, temblando se queda quieta, pero como no percibe ninguna reacción, al final tiene que bajar la mirada. Se enreda un rizo alrededor del dedo, con demasiada fuerza, y siente los latidos en la punta del dedo. Como se abre paso una frase que no quiere decir, siente la mano de Carlos en su cabello. Toma un gran mechón con toda la mano como si quisiera comprobar su textura. Maite adivina dedos, la mitad en el pelo, la mitad en la sien, y siente la presión de su mano cálida en el hombro.

—Está bien. —Cuando desaparece la mano, el cuerpo se enfría.

Ella lo sigue al restaurante, del bolsillo trasero le cuelga un paño de cocina a cuadros, ella intenta agarrarlo, pero se le escapa. En el pasillo, una luz amarilla pálida. Maite siente un hormigueo en las entrañas, ni del todo en el estómago ni del todo en la barriga. Ella le acaricia la mano, él la presiona con rapidez y la suelta. Ahora está aquí y aún no entiende qué le parece a él. ¿Es solo una broma? Pero sus sensaciones, sus sensaciones le dicen que es algo muy diferente.

Sus sentimientos no han tenido en cuenta que Carlos tiene que trabajar. Se quedan entre las puertas que dan al comedor y la cocina, rodeados de voces y ruidos de cocina. Como si lo hubieran llamado, aparece el dueño por la puerta trasera. Los ve, levanta una ceja y hace un gesto hacia el reloj de pared. Desaparece en la cocina sin decir una palabra. Cuando pasa, una oleada de aire caliente sale por la puerta antes de que se vuelva a cerrar.

En el comedor todas las mesas ya están ocupadas; Maite se sienta con una pareja más joven, por desgracia la estufa de cerámica está apagada. Carlos le sirve té negro y tarta de manzana, ella sonríe en agradecimiento, él sonríe con una disculpa y desaparece. La pareja de su mesa le desea buen provecho, ella les cree, su parquedad en palabras la cohibe, Maite asiente en silencio. Extranjera en un país extranjero. Así que esta es la sensación. Deja que la tarde y la tarta de manzana se le vayan disolviendo en la boca. Ya no está tan segura. Carlos le había parecido tan familiar, pero ahora el distanciamiento se sitúa entre ellos como un muro.

Pensaba que vería a Carlos en el comedor, como había aparecido durante la tarde con su bandeja, la había saludado con los ojos y se había sentado momentáneamente con ellos. Pero no aparece. Una y otra vez los clientes se levantan y regresan con bebidas. A Maite le gustaría otro té, pero algo la mantiene clavada a este asiento, tal vez aún no le esté destinado. No quiere estar aquí sentada sola, una extraña entre extraños, podría ayudar en la cocina, sabe cocinar, Maribel le enseñó durante el verano después de la graduación, después de la historia con la llave, cuando sus padres e Irene volaron sin ella a las Canarias. Ella tuvo que quedarse en Valencia con Maribel, que tuvo que ocuparse de que varios profesionales realizaran diversas reparaciones y la vivienda brillara de nuevo como una patena; Maribel, que la enseñó a cocinar.

Maite rompió en pedacitos la etiqueta de la bolsa de té. Con Maribel se sentía protegida. Con Maribel nunca tuvo ningún problema. Maribel la dejaba ser y el verano con ella fue el más hermoso de todos los veranos, aunque tuvo que quedarse en Valencia

como castigo. Pasaron juntas los días, aunque Maribel iba y venía, Maite sintió una sensación de vigilancia en la que se encontraba cómoda. Podía hacer lo que quisiera y cometió pocas tonterías.

Cocinar fue idea de Maribel. Por las mañanas iban al mercado. Maribel hacía todas las compras en su barrio y las transportaba en autobús atravesando la mitad de la ciudad; no era de extrañar que llegara sudada y tuviera que cambiar la ropa. Cerca de su casa había un supermercado. Maribel resopló su desprecio entre los labios y chasqueó la lengua detrás de los dientes delanteros, como siempre que quería subrayar una negativa en particular. Maite conocía el barrio de Maribel solo porque al otro lado de la calle se encontraba Stromboli, la tienda de vídeos mejor surtida de Valencia. El mercado de Ruzafa era un bloque de hormigón de los años cincuenta, pero tan pronto como se entraba en él, se olvidaba su fealdad. Él la rodeó con un frío renovador y una penumbra relajante. Se respiraba tranquilidad en la gran nave en pleno verano. Muchos puestos estaban cerrados, sus propietarios en las Canarias o, lo más probable, en sus lugares de origen. Maribel se acercaba a los puestos de confianza, hacía un gesto aquí, saludaba allá, se detenía para charlar. Maite nunca se había parado a pensar en cómo debía de ser el entorno de Maribel, que existía una Maribel privada, porque solo la conocía en el trabajo. Que ella misma era un trabajo para Maribel, mientras que para ella Maribel formaba parte de la familia. Mientras Maribel negociaba y quería un poco más o un poco menos, Maite deambulaba por los pasillos. Al final de una fila, una fuente, con personas sentadas en el pretil bajo, alguien se lavaba las manos, una pieza de fruta. Montones de nueces y aceitunas, frutas y verduras frescas dispuestas en cajas grandes. Colgados del techo, jamones enteros de calidades diversas con sus copas de goteo. Torres de conservas y huevos; en los frigoríficos, los pollos desnudos y pálidos y los conejos finos y más oscuros.

—¿Sabes por qué se exponen con las cabezas? —preguntó Maribel y le dio la respuesta—: Así se puede ver que son conejos y que nadie vende gatos. —Y como sonrió maliciosamente, Maite no supo si lo decía en serio.

Maite fue consciente de la variedad y de los matices de los tomates, pequeños y redondos, grandes y estriados, del amarillo al naranja, del rojo al verde oscuro, morados casi negro. Los había comido durante toda la vida sin prestarles realmente atención. Maribel conocía las mejores variedades, estos para la salsa de tomate o para la escalivada, aquellos para el gazpacho, los otros para frotarlos en el pan, señaló hacia

arriba a unos tomates unidos a una especie de palo. «*Tomates de colgar*, los mejores —indicó Maribel, como si vinieran directos de su propio huerto—, correctamente atados duran mucho tiempo, un manjar exquisito. Solo con un poco de aceite, sal y listos.»

Maite estaba excitada, con atención y curiosidad infantil llevó con todo cuidado su bolsa de tomates hasta casa. Al mediodía comieron en la cocina, *tomates de colgar*, solo con aceite, sal y listos. Maite se metió en la boca los tomates cortados por la mitad, eran dulces y tenían un sabor intenso. La corteza del pan primero era dura en el paladar y a continuación suave y azucarada. Las aceitunas, demasiado saladas. A Maite le gustaba sentarse en la cocina. Algunos días los obreros asomaban la cabeza, charlaban con Maribel y se despedían después de acabar el trabajo. Por la noche a veces quedaban para Maite sobras del almuerzo. O estaban ya preparados los ingredientes para que los calentase y les pusiera un poco sal cuando volvía de la playa, con una nota pegada en la pared de azulejos con las instrucciones para su preparación. Los platos sencillos, *patatas a lo pobre*, «no añadir la cebolla hasta que las patatas están casi listas, tienen que quedar un poco pegadas entre ellas, retirar el aceite con cuidado. ¡¡*Cuidado!!* A continuación, el ajo y el perejil, tal vez un chorrito de vinagre si se quiere, al final de todo el huevo y, no lo olvides: *apagar el fuego*.» Doble subrayado, en ese punto el lápiz había atravesado del papel. Para comer Maite abría las botellas de su padre, que parecían caras y que contenían realmente un vino muy bueno.

En cuanto su padre se iba, desaparecían sus deseos de hacer cosas provocadoras. Después de la emoción de su ceremonia de graduación, del viaje aplazado a Londres y la historia de la caja fuerte, se sentía exhausta. Podría tener a Simple Minds y a Mecano a todo volumen. Podría haber ido a las discotecas, de la noche a la mañana y de jueves a lunes, a la Ruta Destroy, desde la Spook Factory directamente a Espiral, de Chocolate a Barraca, pero en lugar de eso dormía mucho. Cuando estaba despierta, apenas salía de su habitación y leía en la cama o miraba películas. Dejó que en Stromboli le recomendaran películas y fue al Rialto, vio *El cielo sobre Berlín* y soñó con Alemania, lloró con *Au revoir les enfants* y vio dos veces seguidas *Nuovo Cinema Paradiso*. Mientras cocinaban, le contaba las películas a Maribel. Dos ángeles en un descapotable que ya no querían vivir para la Luz, sino disfrutar en el mundo y entusiasmarse con una buena comida.

—Eso ya lo estás haciendo —se rio Maribel.

Al final de las tres semanas Maite se había acostumbrado a este ritmo de compras y cocina, sal y arena, lecturas y cine. El tiempo con Maribel fue una joya brillante que Maite mantuvo en secreto, como si pudiera deshacerse si lo compartía con alguien.

Abandonada en el mundo. Acababa de cometer la mayor estupidez o correr el mayor riesgo. Pero tiene que hacer algo. Porque si se queda sentada empezará a cavilar. Confiar, no vacilar.

Maite empuja la bandeja con los cubiertos y la taza por la escotilla de la cocina.

—¿Puedo ayudar?

El dueño mete la barbuda cara en el hueco como si fuera un marco.

—¿Cocinas?

El hombre parece escéptico, pensará que solo es capaz de calentar el agua para la pasta. Abre la puerta, la escotilla se mueve hacia un lado y Maite ve un espacio estrecho en el que cada centímetro cuenta, estantes, ganchos, bandejas hasta la esquina más alejada. Maite no sabe que debe acercarse a Carlos, porque está aquí, maldición, o fingir que no lo conoce. Una chica remueve en una olla y otro joven acaba de cambiar un barril y apenas la mira. El dueño, grande y corpulento, se mueve con agilidad sorprendente por la estrecha cocina. La mira como si fuera una intrusa, entonces le dedica una sonrisa homeopática y señala con la cabeza hacia las cebollas.

—Carlos, procura que tenga todo lo que necesita.

Carlos le sonríe, finalmente Carlos le sonríe, le hace sitio a su lado y le pone una tabla de cortar y un cuchillo en el mostrador. Le toca el codo cuando llega a su lado. Miradas rápidas, que se han convertido en una timidez arrojada.

—¿Así o así? —pregunta Maite con ayuda de las manos, porque no saben cómo plantear la cuestión, aunque su voz difícilmente la hubiera podido formular. Tiene la sensación de ser extranjera aferrada a la garganta.

—¿Aros o dados? ¿Vinzenz?

—¡Aros! ¡Finos!

Carlos golpea en el aire con el canto de la mano. Ella se pone manos a la obra. Trabajan en silencio.

—Podéis hablar tranquilamente —comenta Vinzenz en algún momento.

—Está bien —responde Carlos.

El silencio cambia con el paso del tiempo. La tensión se disuelve. El silencio se vuelve flexible. Veraniego. Luciérnagas en la noche. De fondo suena música suave; al lado de Maribel una vieja radio sobre la superficie de trabajo berrea canciones de moda. Las noticias.

—Paisajes florecientes —gruñe Vinzenz—, eso no se lo cree nadie, mira el aspecto que tiene aquello. ¿De dónde van a salir todas esas flores, cortas el repollo desde los nervios?

—Para ellos vale la pena —comenta Carlos y se ríe, con lo que Maite también tiene que reír, aunque no ha entendido el chiste. Sonríe al lado de Carlos sobre sus cebollas montañeras, llorando de la risa, Carlos le seca la mejilla con la manga.

Vinzenz mira con aprobación sus aros de cebolla.

—Una vez aprendida, nunca más.

—¿Disculpe?

—Bien hecho. Tienen buen aspecto. Respeto.

Cuando está fuera del alcance del oído, Carlos susurra:

—Te lo has ganado.

De vez en cuando le toca la espalda. El silencio se ha disuelto. El bloqueo de extrañeza se ha derretido. No está acostumbrada a que alguien se mueva así a su alrededor. Se siente acogida, como por la tarde, como en presencia de Maribel. Le gusta. Está bien.

La cocina se llena con el olor de la grasa de fritura y a cebolla, vinagre y carne. Maite prueba la ensalada de patatas y aprende que el *Leberkäse* no tiene nada que ver con el queso. Se entera de que Severin disfruta de las vacaciones del semestre y Katharina está realizando un año de voluntariado. Trata de aumentar su vocabulario con palabras impronunciables como *gschmelzt* y *Kasspatzen* y *Obatzda*, pero las cebollas son las cebollas, ya sea en Valencia o en Baviera.

—¿Dónde has aprendido a cocinar? ¿Con tu madre?

La idea la divirtió.

—No. Con Maribel. Nuestra cocinera.

—¿Tenéis cocinera? Fíjate. ¿Y qué más tenéis? ¿Jardinero, institutriz?

Carlos se ríe, pero esta vez no hace participar a Maite. Ella piensa de repente que no hay ningún jardín, sino un patio donde una se puede romper el tobillo, que no es necesaria una institutriz, porque tienen a su padre. Siente la mirada de Carlos desde un

lado y concentra su atención en cortar las cebolletas. Entonces Carlos se pasa con la cocción de la pasta. También necesita aprender a cocer la pasta.

Una vez completadas las tareas más sencillas, Maite ayuda a servir. Katharina toma nota de los pedidos, los clientes toman sus platos de la bandeja de Maite. No está acostumbrada al trabajo físico, pero aprieta los dientes. Una española cae bien a los clientes que conocen la Costa Brava, Montserrat o los Picos de Europa, ella coquetea con ello, mezcla más español de lo necesario en su alemán, con soltura, algo que en casa no habría hecho bajo ninguna circunstancia.

El ambiente es diferente al de la tarde. Los huéspedes que se quedan a dormir se tutean, aunque no todos se conocen entre ellos. Parece que hay reglas no escritas que para Maite no están claras. Los primeros empiezan a subir, otros estudian mapas o juegan en un antiguo tablero a algo que parece el parchís, pero que no se juega igual. Algunas personas escriben en un libro grueso, que parece pertenecer al mobiliario, anotando algo en unas tablas, pasan el libro al siguiente. Las ventanas están empañadas. Detrás de ellas se extiende la noche en casillas negras alrededor de este capullo de calor, luz y vapor de los alimentos. Carlos se apoya en el marco de la puerta. Maite lo sorprende mirando con descaro y sin reservas, él la rodea y coloca la barbilla en su hombro, ella siente su mano en la cadera, y se quedan así durante un momento.

Al final, se quedan los últimos. En una mesa han quedado un juego y un paquete de cigarrillos. Sobre una silla cuelga una bufanda. Juntos se han mantenido en silencio, medio adormilados. Maite es muy consciente de que sus rodillas se están tocando. Carlos se inclina hacia delante sobre la mesa hasta que sus manos se tocan.

—Estás chiflada. Quedarte así, de esta manera.

La piel de Carlos está más roja que la suya, los brazos llenos de pecas, las uñas muy cortas y redondeadas, parcialmente arrancadas, y con las raíces inyectadas en sangre. El contacto de sus manos es áspero. Cuando Maite le vuelve las palmas de las manos hacia arriba ve callos entre los dedos, ampollas cicatrizándose. Dos manos maltratadas. Parece que no se cuida demasiado bien.

—Eso es de escalar, con ellas no voy a ganar ningún concurso de belleza.

Deja las palmas de las manos abiertas delante de ella, recorre con sus dedos infantiles las líneas de la palma maltratada, luego gira las suyas, las encaja en las de él. Él la mira,

quizá solo se tendría que inclinar hacia él.

Ella se pregunta dónde dormirán, lo que traerá la noche, y ahí está de nuevo, la inquietud. Respetar su propio valor. Esta tremenda sorpresa de quedarse con un extraño.

Él no se siente como un extraño. Siente que todo está bien. Es la soberana. Sabe lo que es bueno para ella. A pesar de ello aún necesita un momento.

Sola sale al exterior. Se encuentra casi en el mismo lugar junto a la valla en el que estaba Carlos cuando le entregó la cerveza. De este lado. Maite mira el aliento que se expande en nubes desde sus pulmones y se disuelve en la oscuridad. Al principio el silencio es perfecto, pero entonces Maite empieza a percibir gradualmente como si la naturaleza estuviera regulando el volumen, el viento en las ramas, el grito de un animal, el ruido amortiguado de una puerta en la casa. El roce de la tela, cuando cambia el peso de un pie al otro. El suave crujido en el oído cuando traga. La puerta cruje. Pasos en los escalones de cemento. Su mano en el hombro. Sus brazos que la rodean desde atrás. Sus manos que buscan las de él. Tienen todo el tiempo del mundo.

Carlos lleva la desgastada chaqueta grande que ha llevado toda la noche colgada en la sala. Cierra la cremallera por encima del vientre de Maite. Siente su barbilla en la nuca, con el corazón latiendo a lo largo de su espalda. La tela huele a anciano, a restaurante. Maite gira hacia Carlos dentro de la chaqueta, que repite la maniobra con la cremallera, teniendo cuidado de no atraparle el pelo. En el cuello siente que sus dedos le recorren el cabello y lo sacan del cuello de la chaqueta, en su contacto no queda ninguna dureza, ni tampoco en ella. Con la nariz en el nacimiento de su cuello, se familiariza con su olor.

El tacto es ligero, como una pregunta susurrada. Carlos se detiene durante un instante. Maite cierra los ojos. Solo hay una respuesta correcta. Levanta la barbilla y abre los labios. Acepta el regalo.

III

CIMIENTOS

CONVOY

De junio de 1939 a agosto de 1940

Incluso la tierra está en silencio. En silencio acepta siete cadáveres que yacen tal como cayeron, unos encima de otros en el cráter de una explosión, cubiertos por capas de arcilla del terraplén, cubiertos solo por el aire de la noche.

La madre insiste en que es demasiado vieja para huir. Se aferra a lo que queda: la patria, la lengua y la proximidad del padre. Ella se queda. Antonio podría explicarle la situación en el país, indicarle los pasos hasta el hoyo en el campo, pero no tiene palabras para hacerlo. La madre cierra la puerta con cuidado, casi no se oye el golpe de la cerradura. Retumba como si se cerrase la tapa de un ataúd en una sala vacía.

Un futuro para Pau, en la vida de su padre. Ahora, que ya es demasiado tarde, se puede ir. Mejor hoy que mañana. Julia se endurece para los riesgos de una nueva vida. Cree que los sacrificios no valen la pena, piensa en la vida del niño, incluso en la alta costura.

Hasta la estación de tren ayuda el molinero a primera hora de la mañana, en la parte posterior de carga, Antonio respira harina, polvo de un blanco grisáceo cubre la parte delantera de la chaqueta del padre. El niño lo traspasa con la mirada y parece saberlo todo. No hay palabras para explicarle nada a Julia. No hay lugar para la tristeza, no entre los sacos de harina, no en el tren a Valencia ni en esa columna de gente en el camino hacia el norte. Cestas y maletas, aferradas bajo el brazo, cuando la mala suerte permitió que se rompiera el asa, paquetes, cuando no quedaba ninguna cesta para lo esencial. Mantas enrolladas atadas por encima del hombro. Demasiada ropa sobre el cuerpo para el clima tan cálido. La frente de una chica, arrugada por el llanto retenido. Un muchacho con una mirada despierta y atenta. Bocas fuertemente cerradas por el agotamiento y el hambre. Antonio siempre quiso ir a Francia, pero así no. Francia era la Sorbona y el Boulevard Saint-Michel, librerías, lecturas y discusiones.

Aquí nadie habla. No hay nada más que decir. Maestros de pueblo o sindicalistas, trabajadores o personas con estudios, la huida los hace iguales. Todos tienen el mismo

objetivo más allá de un estrecho paso entre el mar y las montañas, una peregrinación de los infieles. El lugar de peregrinación de la seguridad es ese país indefinido detrás de la frontera. *Liberté, Egalité, Fraternité*.

En sueños ve llegar el rostro de la madre, pero cuando lo quiere tocar, su mano toca el vacío, una puerta se cierra y Antonio se despierta con el dolor de haberse pillado los dedos. Se frota los dedos, como si así pudiera deshacerlo. Le resulta difícil enfocar. Por Pau, por Julia renuncia a la comida. Puede sentir el vacío en el estómago, el vacío es algo que se puede sentir en realidad. Se lame la saliva. Después de un corto tiempo el hambre lo ocupa todo. No puede pensar en otra cosa que en el hambre y después en poner un pie delante del otro. Julia lo lleva de la mano, para que no tenga malos pensamientos y tenga deseos de tenderse en la cuneta. Lo único que tiene que hacer es no soltar su mano. Dejar que Julia se ocupe de todo. Está oscureciendo, pero hace un momento aún había luz. Solo sabes una cosa: no soltar la mano. No sientes nada más. La sensación de ser engullido por un remolino enorme, el aire frío, en el que te vuelves ligero, te dejas ir. El horizonte se balancea de lado a lado. Antonio vomita al borde del camino. El cuerpo está de vuelta. La bilis le quema en la boca. Horas. Días. Para combatir el calor del verano, piensas en un glaciar. Un verano con la niñera suiza. Dejas que el aire helado te entre por la garganta y te llena el cuerpo con un frío intenso. En las noches de verano se lo había explicado a Julia. Había dejado que el agua del mar le bajara corriendo desde el cuello, y ella reía y le ponía su mano fría sobre el brazo. Le gusta su cuello, las pequeñas protuberancias de sus vértebras cervicales, que aparecen cuando inclina la cabeza, no se cansa nunca de contemplarlas. A ella le gustaban tus dedos sobre su piel, tú amabas sus dedos sobre tu piel. Tacto frío, noches cálidas. Este calor aquí y ahora. Intentas no perder de vista lo que eres y adónde vas, realmente te querían.

Lleva a Pau sobre el pecho, atado como si fuera un paquete; el niño duerme para soportar el hambre, el calor, las heces secas. Cuando se mueve, Antonio se siente feliz porque sigue con vida, lo libera de la tela del envoltorio, Julia se sienta en cuclillas encima de la mochila, tratando desesperadamente de calmarlo con un pecho seco desde hace mucho tiempo. Antonio se arrodilla a su lado y le abraza el vientre, la protege, la huida les ha regalado una intimidad que ya habían perdido en el pueblo.

—¿Recuerdas —le susurra—, Pascua?

Los huevos, un huevo para cada uno, un banquete.

—Cierra la boca —dice Julia.

La boca se le hace agua, se pregunta de dónde saca el cuerpo ese líquido. De nuevo los ataques de nostalgia. Si Julia aún se acuerda, toda Valencia embriagada por la gran fiesta, colorida por el día y fantasmal por las noches. Como si Julia no se acordase de las hogueras en las calles, el olor a paella, el calor y el reflejo de la luz en las calles nocturnas. Julia llevaba pantalones de popelina gris, Antonio aún se acuerda, y una gorra, que le recogía el pelo, un muchacho, si no hubiera sido por su elegante blusa y el mechón de cabello que se deslizaba una y otra vez de la gorra. Al día siguiente la volvió a ver, Julia se acercó a la ofrenda floral a la Virgen de los Desamparados en esa cola sin fin de personas festivamente vestidas, estaba orgullosa y caminaba erguida, claveles rojos apoyados en el brazo, y lo vio en la multitud al borde de la calle, y él vio que la felicidad se reflejaba en su rostro, fue recorriendo a lo largo de las filas de espectadores para verla una vez más y otra vez y otra. Y en el último día, de esto todavía te acuerdas, Julia, en San José, la noche en que arden todas las figuras de madera, te besé bajo el resplandor de las hogueras.

Una dirección, una ciudad, un destino. Pero los familiares de Julia se han ido. O la nota que llevaban desde hacía semanas contenía unos datos falsos. Antes de que puedan tomar una decisión sobre París, sobre los sueños de la Sorbona y la Couture Parisienne, los detienen. La libre circulación de vagabundos, de personas sin hogar, sin país y sin trabajo, está prohibida en todo el territorio. Los vagabundos tienen la obligación de presentarse en la gendarmería más cercana. Se les asigna un lugar donde tienen que permanecer bajo vigilancia policial. Llegan a un centro de detención, las familias se separan, pero Julia se vuelve dura, al mismo tiempo dura y suave, y consigue que sigan juntos, los envían al noroeste, a un campo de refugiados para españoles en Angulema. Varias filas de alambre de espino. Ocho barracones y tres más pequeños para la administración, la cocina y la enfermería. El suelo de tierra apisonada, los techos de cartón. Un centenar de personas por barracón, ahora ya no le sorprende nada. No es que Francia boicotee la lucha contra los fascistas, no, es que ha reconocido a Franco y en el libro de su derrota figura una fecha anterior al 1 de abril de 1939.

Julia conoce muy bien el francés, se deja todo en sus manos, porque todo lo escrito es un horror, no hay elección: traducir o de vuelta a España. Hace de intermediaria y rellena

los formularios de la Cruz Roja para todos los que no saben escribir, escribe cartas, falsifica matrimonios y manipula años de nacimiento. Muchos españoles sobreestiman su influencia y se vuelven agresivos porque no consiguen nada. Ella, a la que gustaría coser y gestionar, no puede satisfacer a los españoles ni a los franceses. Odia entrar día tras día en el cuartel del comandante, para servir, para actuar de intermediaria entre españoles y franceses, pero para Antonio significa tener una aliada en la administración del campo. Él no se tiene que incorporar a una compañía de trabajadores extranjeros en la Línea Maginot, para participar en esa especie de hermandad contra Hitler, ni a la legión extranjera y ni volver al lugar de donde vienen. En los alrededores del campo remueve tierra, por supuesto, no tiene tiempo para sensiblerías, y con cada palada de tierra un hombre espiritual se convierte en uno físico. Todo esto solo puede ser un malentendido. El Partido Comunista, que gracias a sus manifiestos tenía un poco más y un cargamento de municiones menos, le consiguió un trabajo como camarero en un café. Ya no trabaja tan duro, pero sí mucho más tiempo. Obtiene un almuerzo caliente, se puede tomar un café y leer el periódico durante un descanso, seguir con el sueño de convertirse en escritor, de estudiar como su padre, hacer cualquier otra cosa de lo que está haciendo aquí y ahora.

Antonio regresa cada noche al campamento con Julia y Pau y a las miradas despectivas de algunas mujeres que no tienen contactos y están convencidos de que Julia no hace por ellas todo lo que puede. Las mujeres que le envidian el café y cuyos maridos cavan zanjas y construyen muros en Alsacia. Con rapidez acumulan la flema que le escupen a los pies. Los llaman rojos españoles, que es un término general impreciso, se mantienen unidos como refugiados, como personas sin hogar, pero dentro del campo comunistas, anarquistas y socialistas se enfrentan entre ellos, esa división estúpida y trágica de la izquierda que se extiende más allá del tiempo y de los países, que no puede superar ni el éxito ni la derrota.

Julia quiere trabajar fuera del campo como otras mujeres, que con su salario puedan cumplir con algunos sueños modestos: un trozo de carne, un pasador para el pelo, un poco de aceite. A Antonio no le quedan fuerzas por la noche para responder a su descontento. Ella se convence cada día un poco más de que no vale la pena. Que sin él no habrían podido huir. Que con Pau habría tenido una vida en España, pobre, pero una vida. No tiene las manos manchadas de sangre y no tiene nada que temer, eso es lo que dicen los folletos que vienen de España, y se los cree. Antonio aprende a vivir con ello,

así como con las noches cuando está despierto en el colchón en el suelo, separado de los vecinos solo por un trozo de tela. Las emboscadas de la mente son cada vez menos frecuentes, pero por las noches ese brazo le sigue presionando el pecho y los ojos quedan cubiertos por una costra de tierra. No hay luz y tampoco tiene ningún libro, pero mientras yace en la oscuridad del barracón, la cabeza le niega la recuperación al cuerpo. Inventa historias que le quiere contar a Pau. Durante todo un otoño, un invierno y una primavera Antonio escucha los ruidos de los demás, la respiración de un animal enorme, el ronquido regular e irregular, que adormece, o molesto con una frecuencia incorrecta, el murmullo y los gemidos en sueños, muy raramente un suspiro excitado.

Julia se ha vuelto indispensable para su comandante; Antonio, útil para el partido. Una mano lava la otra. En todos estos lavados aparece una habitación en la ciudad para ellos, con una cama de verdad, aseo y agua en el patio. Julia comienza con una cortina, sueña con una manta acolchada para Pau y, si consigue tela, un vestido para el verano.

En la calma de la habitación privada, Antonio redescubre la curva del cuello de Julia. En la soledad su amor puede permitir el crecimiento de un brote cauteloso. Él deja que sus dedos fríos recorran su cuerpo. Se siente como si tuviera otra vez veinte años y no como un centenario. Ella está de pie delante de él, coloca las manos en sus caderas y siente sus manos suaves y el metal de la maquinilla de afeitar en la mejilla, descansa la cara contra su vientre, ella se ríe y se limpia el jabón de la blusa. Siguiendo un impulso, se alisa el pelo sobre la cabeza y se lo corta, y el cabello cortado vuelve a encontrar su onda natural. Se retoca el color en las mejillas y Antonio sabe lo que en Valencia le hizo saltar arriba y abajo detrás de las filas de personas. Lo conseguirán. Para él, la Sorbona, y para Julia, la Couture Parisienne. La esperanza, una vieja amiga, cuyo rostro casi habían olvidado. Comen sentados a una mesa, no celebran ninguna fiesta, pero arde una vela. Patatas, judías, un conejo cazado furtivamente, Antonio siente cómo se deshace en la boca, sigue el aroma del romero y la huella del jugo de la carne asada en la boca. Un cuarto de vino de la tierra, que ha sisado en secreto en el Café, con sabor a moras negras, a especias y a dignidad humana.

Antes de que Julia pueda conseguir tela para un vestido, el periódico se llena con la ocupación de los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo y la zona de Charente con los refugiados de Lorena y Alsacia. La Línea Maginot ya no era un rompeolas. Antonio

siempre recordará que era un 21 de junio, el aniversario del día que tuvo un problema en los ojos, y pudo reconocer solo débilmente las cruces negras en los aviones, mientras que Julia explica por la noche que se tiró al suelo, respiró polvo y se acordó de los aviones de la Legión Cóndor. Tres días más tarde, a Antonio se le habían pegado los ojos de pus, la División SS «Das Reich» marchó a través de Angulema en dirección a la frontera española, el horizonte de sus deseos y sus miedos, detrás de la sombra de sus padres. Das Reich llevaba cráneos en los anillos y en la gorra, Antonio está ciego detrás del mostrador e intenta parecer muy francés, el jefe lo envía al sótano a pelar patatas. Los alemanes cortan Francia en dos, el Armisticio de Compiègne llega un par de días tarde y por veinte kilómetros Angulema se encuentra en la zona ocupada.

La inflamación de los ojos ha disminuido; Julia no pasa a la hora habitual delante de las ventanas de la cafetería. Antonio sale repetidamente ante la puerta y cuando se le rompe un vaso entre las manos, el jefe le hace un gesto con la cabeza para darle el día libre. En el campo de los españoles, Antonio ve a través del alambre de espino a los alemanes con sus armas automáticas. Bajo la luz del atardecer ve a Julia de pie en la escalera del barracón de administración, un poco apartada, esconde a Pau detrás de sus piernas, lo que no parece necesario porque al niño le gustaría disolverse en la falda. Los españoles deben formar filas, abandonar el campo con las manos en alto; en una mesa cerca de Julia se registra individualmente a todo el mundo. Antonio se acerca a la valla. Julia lo ve y niega con la cabeza, de manera casi imperceptible, pero llena de desesperación. Se intercambian miradas en la distancia como si fueran manos. Oye a los soldados alemanes haciendo estragos en los barracones, después de pasar por ellos nada puede ser lo mismo que antes, ninguna almohada, colchón de paja ni pertenencias pueden quedar donde estaban. Antonio no entiende lo que está pasando, quiere correr, proteger a su esposa y a su hijo; uno de los soldados se acerca a Julia con su ametralladora, Antonio aprieta los ojos y ve un cielo lleno de pájaros asustados, siente frío y calor, como si tuviera escalofríos, y un dolor agudo en el ojo.

La visita durará una buena media hora larga, durante la cual trata de ayudar a su esposa desde la sombra de un arbusto; si el comandante entrega a los alemanes el campamento junto con su secretaria, entonces se presentará para registrarse, porque será la única manera de seguir vivo. Pero al fin los alemanes se marchan y los españoles pueden regresar a sus barracones devastados, con todo revuelto, Julia no lo ha perdido de vista y sale corriendo al vallado hacia él. Pau, a punto de cumplir los dos años, se agarra

a los pantalones de Antonio y mira a Julia, que llora, ríe y dice: «Esto solo te pasa a ti». Pone una mano fría sobre la mejilla de Antonio y dice: «Acabas de superar una infección y ahora te ha estallado una vena en el ojo».

A mediados de agosto Julia oye rumores. El cocinero sabe algo y también el jefe del Café. Se trata de un tren. Rumores de la zona libre y de otros lugares: un tren de regreso a España, a los Países Bajos, a Alemania. Julia busca su consejo, no debería avisar a la gente y si realmente va hacia la Zona Libre, ¿tendríamos que subirnos a él? El comandante de Julia dice que los alemanes van a cerrar el campo y a trasladar a todo el mundo a la Zona Libre. El comandante de Julia le dice que mantenga a su familia lejos de ese tren.

Julia envía a Antonio a trabajar.

—Cuando aparezca algo sospechoso en la ciudad, debe irse al bosque —dice su comandante—. Quédate en el bosque —le ruega—, pase lo que pase, quédate en el bosque.

Al mediodía, un cliente con un vaso de Pastis explica que van a desalojar el campo, que en la estación espera un tren muy largo. Antonio intercambia una mirada con el jefe, está a punto de desatar el lazo del delantal cuando el cliente sigue diciendo que Julia estaba en la estación, Julia y también el niño.

Desde el puente sobre las vías del ferrocarril ve cómo se distribuye el pan. Cómo algunas personas se resisten a la policía y pueden abandonar el recinto en dirección hacia la ciudad. Cientos de personas llenan el andén de la estación de mercancías, el tren que estaba dispuesto es un tren de carga, con una docena de vagones o más. Antonio observa cómo vacían un vagón lleno de racimos de uvas para que quepan todos. Entre los que están ayudando reconoce a un niño del campo. El calor aprieta. Los soldados alemanes prohíben que los que están esperando puedan beber en la fuente. Los soldados alemanes distribuyen conservas. Un soldado empuja a una mujer y a un niño al interior de un vagón, Julia entrega a Pau a una mujer, podría ser la vecina del campo, pero no está seguro. Pero ve sin lugar a dudas cómo Julia se aferra a la pared del vagón y desaparece en la oscuridad.

Antonio grita, pero su voz se deshilacha hacia arriba. Tiene que salir, dar la vuelta por las calles, corre, se aferra al delantal, los quiere liberar, se confunde, Julia, Julia, Julia, le martillea el cerebro al ritmo de sus piernas, y cuando llega a la estación de carga, están

cerrando los primeros vagones, los soldados alemanes están cerrando los pestillos. Antonio golpea las primeras puertas cerradas y grita su nombre, «¡Julia!», Julia una y otra vez, hasta que se acerca un soldado, la ametralladora cruzada sobre el pecho, y grita en alemán: «¿Qué pasa aquí?». Se acerca a Antonio: «¡Basta! ¡Embarca!».

Embarcar. Cerrar las puertas. Antonio se va subir a la zona de carga, una mano tendida le sale al encuentro, para ayudarlo a subir al tren, el soldado empuja desde atrás. ¿Por qué han usado vagones de carga, sin escalones, no hay barras de apoyo?

Julia se encontraba en otro vagón más cerca del puente. Tal vez ha averiguado adónde va el tren, tal vez ha intentado ponerse en contacto con él y no lo ha encontrado, pero ¿se iría sin él? Su núcleo duro. Recordó quién es el responsable de la situación. Vio salvación para Pau y para ella y ha subido al tren. Ella lo habría dejado atrás. La puerta corredera se cierra con un fuerte golpe contra la pared del vagón, el pestillo encaja en el cierre. No estás en el bosque. Estás en el tren.

PLANTAR ARBOLITOS

Agosto de 2004

Carlos necesita desfogarse. En París echa a andar y organiza una comida en la estación. En el tren se reencuentra con los otros, que están muy apretados en el compartimento reservado, como si repartiesen cerveza gratis, entre ellos las maletas, nadie puede darse la vuelta. Antonio acepta la bolsa de papel y mira dentro.

—¿Y los cubiertos?

—No hay, abuelo. ¿No has tomado nunca comida rápida? ¿De verdad que no? Entonces va siendo hora.

Le entrega a Antonio una bolsa de patatas fritas y le quita la hamburguesa en broma «para que vuelvas a empezar con los pedos». Funciona, el abuelo sonrío, al fin. Carlos ya sabe que el abuelo se pierde de repente en su propio mundo y él le tiraba de los pantalones, más tarde del brazo, después ya no hacía nada y después de eso Antonio siempre hacía alguna tontería especial. Así nació la competición de pedos.

Antonio espía bajo la cubierta superior. Solo se puede ver su sombra, pero encoge la cabeza. Siempre tiene algo en el cuello. La hamburguesa se desmorona entre sus manos; lo que muerde en la parte delantera se desliza hacia atrás sorprendentemente multiplicado y gotea en la caja, en parte en las rodillas.

—Qué mierda, Carlos —exclama Antonio. Pero riendo, con un trozo de ensalada en la comisura de la boca—. A estos hay que enseñarles cómo se hace realmente un *bocadillo*.

Al menos no le ha resultado embarazoso. Lo normal es que busque el problema en él. Le devuelve la hamburguesa a Carlos.

—Carlos, no te podrías haber limitado a un simple sándwich. Aquí hacen unas cosas con tostadas.

La madre trae toallitas húmedas y las distribuye con generosidad. No es de extrañar que lleve tanto equipaje.

—Vas preparada para todo —comenta Maite.

—Ya lo aprenderás cuando tengas hijos, y después no podrás deshacerte de la costumbre —explica la madre.

Él no es capaz de acordarse de ninguna de estas toallitas en su infancia y comenta que se lo podría haber ahorrado perfectamente. Maite mira por la ventanilla y chupa su pastelito relleno de manzana. Siempre había sido un poco rellenita y últimamente ha engordado. La buena vida, la buena comida se va directamente a las caderas. *Bullshit*. Maite ahoga su impotencia con Bach y *Skunk Anansie* y cubre sus nervios de punta con una gruesa y tranquilizadora capa de chocolate.

Realmente es cierto que se tiene más hambre al comer estas cosas, Carlos se encarga de la hamburguesa de Antonio. Engulle las patatas fritas y los pasteles, se burla de sí mismo, que también sufre del deslizamiento hacia atrás, pero que reacciona con mayor rapidez, y ya no mira sentimental por la ventanilla como durante las horas anteriores.

Ninguno de ellos puede pensar en París sin acordarse de Julia. Carlos ha visitado a su abuela aquí dos veces y pasó varios días en su universo artístico de telas, carteles publicitarios y tarritos de crema. El abuelo sigue llorando a esta mujer desde siempre, papá da un respingo cuando ella llama, mientras que mamá, que se lleva muy bien con Dios y con el mundo, no tiene ganas de hablar con ella. Él tampoco sabe qué pensar de su abuela. Ella sugirió que fueran a una exposición de arte, con cuadros en los que no había nada que ver, él se esforzó realmente, al igual que ella, por comprender los sentimientos que estaba tratando de describir en su español entrecortado. En el sector de la charcutería era más fácil que pudieran encontrar un terreno común. Él viajó de regreso con una gran sensación de alienación, porque habían hablado, pero no se habían acercado. En la escuela había sido algo especial, porque se prestaba tanto al asombro como a la burla por esta abuela que vivía en París, que en un par de ocasiones atravesó la ciudad fumando, con turbante y mucho Kajal. Ya se podía imaginar que el abuelo no le hubiera podido dar lo que ella deseaba. Y en la línea masculina son todos un poco aburridos, así que, sin duda, el abuelo no le había dedicado la atención que necesitaba. Lo único que le podía desear era que hubiera encontrado en su vida en solitario a alguien que se lo hubiera podido ofrecer.

—Abuelo, ¿realmente le has explicado a la abuela lo que estamos haciendo? ¿Que vamos allí y a pasar por eso?

Antonio niega con la cabeza. Carlos piensa que eso es todo, pero entonces añade algo más.

—Hace mucho tiempo que no hablamos. En algún momento le dije que nos habíamos puesto en contacto con la organización. Pero no sabe que hoy estamos pasando por aquí. Que vamos hacia allí.

Mueve la punta de los dedos de una mano por encima del dedo anular, donde está su anillo de bodas. Debería estar. Siempre ha estado.

—¿Qué le ha pasado a tu anillo? —le pregunta mamá—. Me di cuenta en Múnich, ¿por qué no lo llevas puesto?

Antonio niega con la cabeza. Encoge los hombros. Gira el anillo que ya no está. Levanta la mirada y sonríe, como si no hubiera algo que perdonar:

—En algún momento hay que poner punto y final. La vida debe continuar.

Fenomenal. Ahora sale con esta sabiduría, a los ochenta y cinco años. Después de haber llorado a esa mujer durante toda su maldita vida, que sencillamente lo abandonó a él y a papá en los años cincuenta. Él, que nunca dejó que ninguna otra se acercase a él, ahora habla de poner punto y final.

—Abuelo, eso es estupendo.

Durante un momento Antonio se queda sorprendido, pero entonces se da cuenta de la impresión que ha debido causar su frase. Una sonrisa casi le llega a los ojos.

—Te puedes quedar con el anillo. Es barato, por si lo vuelves a perder.

En cuanto se vuelve personal, ¡zas!, hace una broma.

—¿Dónde me he liberado afortunadamente del cepo? Tal vez te lo vuelvas a pensar.

Maite se enfadó cuando perdió su anillo de bodas mientras escalaba. También fue una verdadera estupidez poner el anillo en la bolsa de magnesio, pero estaba colgado muy arriba en la pared y dónde lo iba a poner. Reflexionó durante un instante si se lo debía meter en la boca, habría sido lo mejor. No había dañado la felicidad. Le guiña un ojo a Maite y ella le lanza un beso de vuelta.

—Ya no me queda mucho tiempo para eso.

No digas eso, abuelo, le gustaría responder, pero el comentario se le queda colgado por debajo de las cuerdas vocales. Antonio le mira a los ojos y asiente con la cabeza, como si con la barbilla quisiera remachar la frase como si fuera un clavo. Tiene razón. Pero ahora ha empezado a hablar de estas cosas. Eso es diferente de lo habitual. Carlos no se hace ilusiones sobre lo que pudiera responder, podría meterse con él, pero es posible que quieras llevarte el anillo, llevártelo allí, eso no es una broma, eso es muy serio. ¿Cómo puede? Y se dice con tanta facilidad. Antonio se inclina hacia delante y le

pone la mano en la rodilla. Maite y mamá observan con atención, Carlos mira de la una a la otra y luego a su mano. Ve los dedos delgados con uñas finamente redondeadas, blancas y limpias, el abuelo siempre ha estado obsesionado con las uñas limpias; en el fregadero había siempre un cepillo de uñas, siempre el mismo de plástico con cerdas blancas y amarillas, solo variaba el color de la empuñadura; bajo el fregadero algunos sin estrenar, como si se pudieran acabar. Al principio tiene la mano plana sobre la rodilla de Carlos, después coloca de nuevo el pulgar debajo del índice y el dedo medio y comienza a temblar, su viejo tic. Las arrugas de la piel, parece quebradiza y frágil y que ya no está unida a la carne. Uno menos. Poco aguante. Su voz suena muy aterciopelada mientras se frota esta mano menguante.

—Tienes la piel muy seca, abuela. ¿Has vuelto a no beber lo suficiente?

El tren traquetea hacia el sur en la oscuridad. El revisor comprueba los pasaportes. Antonio suelta de mala gana el documento. Otra vez le roban su ciudadanía. Al menos esta desconfianza no se la va a quitar nadie. Sus dedos presionan el pasaporte como abrazaderas. El revisor y Antonio están uno frente al otro, los dos tiran, la escena solo dura unos pocos segundos, el revisor dice algo en francés, Antonio deja ir: «*C'est bon*».

Margot ha recogido todos los restos y los ha llevado al cubo de la basura al final del vagón y ahora está en la puerta del compartimento: «Arriba los jóvenes». No se trata de ninguna pregunta, pero ahora ya no son tan jóvenes, en el servicio de salvamento de montaña es el siguiente en llegar a los cuarenta. Mierda, hombre. Quizás acabe pronto la primera mitad. O ya ha pasado el descanso.

Margot y Antonio luchan con la ropa de cama ignífuga, enorme y rebelde. Meterse ahí es demasiado para Antonio. Maite le da su juego completo, una sábana y una bajera, ella se ha traído su saco de dormir. Carlos se acomoda en su litera y cuando mira hacia abajo, ve en los ojos desconcertados de Maite la pregunta de cómo lo ha hecho. Para ella él es un milagro de la anatomía, mientras que ella está muy desentrenada. Sube por la escalerilla, mantiene el equilibrio sobre una pierna, parece un poco patoso. Pero encantador. Su trasero se encuentra en lo alto, de manera que Carlos lo pellizca. Levanta toda su carrocería, entonces se deja caer, se vuelve a incorporar y se da un golpe con la cabeza en el techo. Se ríe. La quiere por eso, por los golpes y por la risa.

Carlos se estira y envidia un poco a Maite porque se ha traído su propio saco de dormir. Cosas de mujeres. Olores familiares: al hogar, un poco a detergente, un poco al

sótano, un poco a ella y a él. Él también habría podido pensar en ello, pero en última instancia probablemente habría preferido ahorrarse el volumen. Alarga la mano para alcanzar la revista *DAV*. Su mirada se pierde en un anuncio con una vista de los Alpes. A él también le estresa el asunto, no se trata del niño, sino de Maite y su tristeza. Como si tuviera que llenar el vacío que lleva dentro, por las noches cocina con devoción, los recipientes de cocina al fuego al alcance de la mano. Compra los mejores quesos franceses, compra leche con un 3,8 por ciento de grasa y el vino más rojo, más redondo y más aterciopelado que puede encontrar. Prolonga la cena. Queso, postre, un digestivo, una última copa. Teje un capullo a base de luz de las velas y calorías, en el que conserva su pequeña felicidad cotidiana y empuja su infelicidad interior hacia los bordes en sombras. El queso elimina del mundo las esquinas agudas, el vino tinto le calma la sangre. La mesa de la cocina es su toma de tierra, mientras que al día siguiente debe hacer frente de nuevo a los vientos, como una cometa con una cuerda muy larga. Las buenas veladas son raras y, cuando ocurren, él se hunde con rapidez a causa de las expectativas de Maite de que puede ser la noche de las noches. El deseo de tener un hijo está presente y no va a desaparecer, desde hace años. Es como el monstruo del lago Ness, a veces desaparece durante semanas y después se vuelve a avistar. En las últimas semanas, el monstruo ha estado nadando muy cerca de la superficie y se le veía muy a menudo. Maite lo aplaza con valentía de un mes al siguiente, pero Carlos sabe lo frágil que es esta paciencia. Y él no sabe, no sabe realmente, lo que ella está pasando cuando de nuevo llega el sangrado. No sabe si se sienta a llorar en una esquina y se recompone de algún modo hasta que él llega a casa. La mayoría de las veces ya no dice nada y él se da cuenta por el cubo de la basura del baño. Para que no se lo tome tan mal, Carlos se corta trozos extremadamente grandes de queso francés. Hace deporte como un loco y pierde peso, hasta que ya no le queda culo para llenar los pantalones: la última vez tuvo que ir al zapatero para que le hiciera un agujero más en el cinturón. A pesar de pasar tanto tiempo escalando y en las montañas, no está ganando fuerza, sino que parece que la pierde. Se siente como Jesús en el sudario, mientras que Maite se va ensanchando. Una vez lo planteó y se preguntó lo finos que se habían vuelto sus nervios. Ella dejó que la abrazara con fuerza y le balbuceó en el cuello que en esa casa se lloraba demasiado y se reía demasiado poco. Después cocinó una carbonara. Podrá preparar unas ensaladas cuando todo esto termine.

—¿Carlos?

—¿Qué?

—Me pregunto si has puesto el despertador. Para que no nos quedemos dormidos.

—¡Mamá! De verdad. Por la mañana temprano habrá mucho movimiento, ¿cómo te vas a quedar dormida?

—Prefiero que pongas el despertador.

Carlos se cuelga sobre el abismo.

—Mamá, vendrá el revisor y nos traerá café y los pasaportes. Cualquiera tonto llamará al compartimento para transmitirnos el boletín matutino. Y el abuelo padece de incontinencia senil. —Antonio abre los ojos—. Quiero decir que te despiertas temprano, abuelo.

Antonio asiente con la cabeza.

—Aun así.

—¿A qué hora?

—Hacia las siete.

—¿Estás chiflada? No llegamos hasta las ocho y media más o menos. Y los trenes nocturnos siempre llevan retraso.

—Ahora no va todo tan rápido —insiste Margot, y vuelve la cabeza hacia Antonio.

Maite levanta la vista de su libro.

—Carlos, hazlo fácil.

Maite siente un celo especial cuando se trata de su familia. Pero si su padre plantease algo así, lanzaría una campaña política en su contra. Recurriría al Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Carlos programa su reloj y se lo entrega.

—Para pararlo tienes que apretar el botón a la izquierda. Entonces parpadea un «Stop» en la pantalla. O el botón de la derecha si te lo piensas mejor, para despertarte por etapas. A mí no hace falta que me despertéis. Me levantaré cuando hayáis terminado con todos vuestros asuntos.

—Tú y tu santo sueño. Gracias de todos modos. Cada uno a lo suyo, ¿no es cierto?

Mamá le acaricia la mejilla. Él vuelve a abrir la revista, pero por alguna razón no consigue concentrarse, ni siquiera los artículos técnicos consiguen captar su interés. Se vuelve hacia un lado y ese estúpido saco de dormir no acompaña el movimiento, sino que se lía alrededor de las piernas como si fuera un grillete. Agarra de nuevo el saco demasiado corto que no deja de crujir y se vuelve a acostar en la posición correcta, trata de permanecer inmóvil sobre la espalda, pero hoy no consigue dar el salto hacia el

sueño. Ancianos que se deberían quedar y no lo harán. Niños que deberían venir y simplemente no vienen.

Biológicamente está todo bien. Carlos se sometió a una prueba de esperma, intentando acertar con precisión en un tubo de plástico, que fue como tratar de aparcar un helicóptero marcha atrás, los Kleenex estaban listos. Al principio no le había dado ninguna importancia, ahora o más adelante, no importaba. Mientras tanto, había pensado en ello, pero tenía las ideas más claras que Maite. Podía vivir así, no representaba ningún problema. Se vuelve hacia la pared del compartimento. En realidad, una gran vida. En realidad. Si no fuera porque Maite tiene este gran sueño, si no pareciera irrealizable. Cuando Carlos está colgado en la pared, se siente culpable, aunque no entiende por qué. Escala mal, no está concentrado al aferrarse, su amigo le pega la bronca, y tiene razón, Benni con su hija adolescente y un hijo que está más interesado en la música que en las montañas.

Recientemente volvió a la carga. Inseminación artificial. Adoptar. Eso ya lo habían aclarado. Tendría que haber estado preparado. *Never take a No for a No*, ese podría ser realmente el lema de su vida. Están sentados a la mesa de la cocina, los platos sucios entre ellos, él le acaba de servir el resto del vino. Ella quiere probarlo todo. ¿Qué haría él si estuviera en su lugar? ¿Lo sabe? Él no se puede sacudir la sensación de que, sea cual sea el diagnóstico, todo depende de él.

—Quizás es que simplemente no debe ser.

—¡No me vengas con Dios!

Contribuye a aumentar su tensión la humillación muy especial de que en su casa en España se ha puesto en cuclillas sobre una máquina de fecundación católica que está bendecida por la Santa Iglesia y por el supremo hipócrita de su padre. Que no tiene nada más en el cerebro que en una de estas megarraras llamadas telefónicas parlotear sobre el castigo de Dios y que no merecen nada mejor. Él cree realmente en esos disparates. Tiene la sutileza de un tarugo. Y es vengativo. Para él todo sigue girando alrededor de la boda. Después de eso Maite había hiperventilado, Carlos estaba de pie en la cocina, le había colocado una bolsa de papel delante de la cara y le había acariciado la espalda y había pensado que el viejo le había clavado sin anestesia un raspador en el abdomen, no era de extrañar que no se asentara nada.

Este estúpido saco de dormir, totalmente estúpido. Pronto hará calor aquí arriba. Carlos se destapa a patadas. Los dos de abajo han apagado las luces. Ve a Antonio

tumbado de espaldas entre sus sábanas blancas y con las manos entrelazadas sobre el estómago. Entonces se le rompe algo, muy adentro. No van a España para eso, para que él se prepare para morir. Eso no es lo acordado. Está demasiado oscuro para ver si se le levanta el pecho.

—El abuelo —susurra Carlos.

Maite lo mira.

—¿Qué pasa?

¿Qué le va a decir? Que siente una presión en el pecho. Que tiene un problema con la mortalidad del abuelo. Que pronto cumplirá los cuarenta y se siente como un niño en el desierto, cuando piensa que muy pronto el abuelo... Mira de nuevo y ve cómo le tiemblan los dedos índices. El tic también actúa mientras duerme. Esta vez el tic le parece bien. Necesita algo para aferrarse a ello.

Carlos se desliza hasta el extremo de la litera y utiliza la goma de la ventana como una sujeción para atravesar hasta Maite. El listón de metal es como un asa, la mano de aguante se le atornilla en torno a él en cuanto tiene el pie de sostén fijado y la mano de agarre le llega hasta la litera de Maite, traslada todo su peso hacia el pie de fijación y se eleva hasta la altura de ella.

—¿Qué estás haciendo?

Ya ve lo que está haciendo, pero en lugar de quedarse quieta, recoge las piernas y casi le descarga un gancho en la barbilla. Al final consigue tenderse a su lado y se siente mejor, ni idea del peso que puede soportar ese tipo de litera. Seguramente será fuerte como una hamaca para dos hombres. Si ahora se precipitan sobre el abuelo, habrán dado respuesta a todas las preguntas. Carlos se estira y pone la mano sobre el vientre de Maite, quizá no deberían dejar nada sin probar. Maite gira los hombros, consiguen tenderse en posición de cuchara, por qué la gente más desfavorecida tiene niños, que no los quieren, y ellos no, y su abuelo habla de morir. Carlos acaricia con la mano abierta el cabello de Maite, cuenta cómo se le tranquiliza el pulso, poco a poco vuelve a la normalidad, su olor a pera-manzana-limón y lo que sea de la ducha se ha evaporado y él encuentra a la mujer en el aire caliente que le pasa a través de las aletas de la nariz. La marisma de rizos que se extiende por la almohada cuando él juega con ellos, presiona la nariz contra el pozo de su cuello, Maite, el amor de su vida, y aprieta profundamente como si quisiera llegar a su corazón. «Pero ahí estás de nuevo», le había dicho ella una vez. Él la encuentra en su pecho rollizo, que le llena la mano, en las piernas, arqueadas y prietas.

Él se siente de nuevo más tranquilo. Ella ha cerrado perfectamente con toda seriedad todas las cremalleras del saco de dormir, tiene que abrir la primera, la segunda y se cuela a través de las capas del saco de dormir y la ropa hasta su piel, que está un poco húmeda. Se desliza sobre su vientre, no siente demasiado con las puntas de sus dedos encallecidos, pero sí que todo está bien, todo está bien y curado, busca, huele y lame la piel caliente de su cuello y la encuentra, en el camino desde el pecho hasta la ingle gira la mano y la acaricia con la piel suave de su muñeca. Maite aprieta el trasero contra su pene y él se desliza bajo el dobladillo.

Maite serpentea para salir del saco de dormir.

—Vamos fuera.

Como si fuera una confirmación, en la parte de abajo Margot ronca una vez y se vuelve hacia el otro lado. Carlos se deja caer controladamente hasta el suelo y se vuelve hacia Maite para ayudarla a bajar, el pene estira los pantalones como una tienda de campaña, como ahora mismo el abuelo abra los ojos se muere de un ataque al corazón. No puedes ni siquiera hablar de ello y de vez en cuando haces chistes malos sobre el tema.

La luz de emergencia hace más sombras que luz; están el uno frente al otro, sonriendo y con toda la seriedad del amor, entonces ella lo toma de la mano. Se ponen en camino como si emprendieran una ruta peligrosa, Maite mira furtivamente por la puerta, todavía se puede oír el ruido de las otras personas, pasos, cerraduras que se cierran.

—No hay moros en la costa —susurra, y Carlos sonríe y la ama y le pone una mano en la nalga, porque todavía comete errores después de quince años.

La ducha está impecable, le envía un agradecimiento amistoso a todos los compañeros de viaje que no se han duchado, antes de apoyar a Maite contra la pared y quitarle la camisa y los pantalones, y se ven bajo la luz que se ha encendido de forma automática. Ella ha puesto un pie sobre el otro, con sus tobillos sensibles a los cambios de tiempo con la mariposa tatuada. Las piernas fuertes. Las caderas, sobre las que tiene apoyadas las manos, como si fueran rocas bañadas por el sol. Su vientre, liso, al que va a entregar todo lo que es suyo. Los ojos marrones, las pestañas de largura desigual, la boca tan atractiva, y ahora la boca sonríe y Carlos también, y luego hunde en ella su lengua y se inclina sobre Maite; ella viene a su encuentro y lo toma de la mano, lo coloca frente al ombligo entre las ingles y entre las piernas, pero aún no, aún no. Él toma aire y luz, juega con su lengua, ella le responde, juega con los dedos y ella le sigue el juego. La

sienta en el borde de un lavabo, ella se despatarra, el impulso de la mano vibra a través de su vientre y su pecho se expande y le sale de la boca para volver a él, y así es como se unen. Él la coge por una nalga, se coloca el muslo en el antebrazo y saborea, se abre camino y empuja. Ella se acopla a su ritmo, él la oye, muy lejos y muy cerca. Dios Santo, tiene que ser posible, Maite con un jadeo y con un único gemido grande y fuerte, se relaja y se cierra de nuevo, y todo se disuelve, y esto debe tener algo que ver, empuja de nuevo, tiene que ser, la abraza con los dos brazos, entierra la cara en el pozo de su cuello, hasta que se le calma la respiración.

Cuando se incorpora, aún llega a ver cómo la excitación desaparece de su rostro y se suaviza una sonrisa burlona. Maite no ha pensado en nada, ni en los hijos ni en otras mierdas ni en la muerte. El lago Ness es una superficie lisa como un espejo bajo el sol. *Nice to have*, cuando no es mucha molestia. Siente una gota de sudor entre los omóplatos. Una vez más, los labios apretados. Muy sedosos. Muy tiernos. Se cruzan las miradas. *Happy* aniversario de boda. Te amo. Y yo primero.

SOLO VIAJE DE IDA

Agosto de 1940

No estás en el bosque. Antonio se apoya en la puerta corredera y su ritmo cardíaco se va ralentizando. En un movimiento contrario al traqueteo acelerado. Veinte kilómetros. Una hora de viaje. Dos como mucho. La Zona Libre no está lejos, encontrará a Julia y a Pau. Una nueva vida. La luz del sol al bajar, Julia con el niño en el andén. Un año de campo termina hoy, Pau ha aprendido a andar e intenta decir las primeras palabras, no conoce nada más que huir, ahora empieza realmente su vida. Todo el norte de Francia ocupado, París un sueño perdido, vivirán en el sur, Pau crecerá y hablará, rodeado de un paisaje con el color verde del verano y el amarillo del sol, perseguirá a las gallinas, un huevo para cada uno cada día, todos los días, como en Navidad.

Antonio se prepara para el viaje. Pregunta por qué nadie lleva equipaje, un hombre lo mira como si fuera un cretino: lo trasladarán más tarde. Antonio había visto en la estación carretillas de transporte, soldados, perros, uniformes, números de tiza en las puertas de los vagones y ese absurdo cargamento de uvas. Bajo la tenue luz reconoce caras.

—Paco —susurra—, Paco —repite en voz alta, y este vuelve la cabeza, despacio, como todo lo que hace Paco—. ¿Has visto a Julia? —pregunta Antonio por encima de las cabezas, y resulta embarazoso, como si se tratase de algo muy íntimo—, ¿has visto a mi esposa?

Paco mueve la barbilla lentamente de un lado a otro.

—¿La de la administración, la asistente del Kapo? —pregunta una mujer con una blusa amarilla. Un par de caras se vuelven hacia Antonio, que ha perdido a su mujer—. No está aquí —afirma la mujer con la blusa amarilla—, solo estaba contando cuántos estamos aquí, ha llevado la cuenta, pero no ha subido.

Las últimas palabras no levantan ningún eco, pero tampoco encuentran ningún lugar adonde ir y por eso se quedan rodando.

Ha bajado.

—No está viajando, de verdad que ha bajado, la has visto.

—Hombre, yo qué sé —dice la mujer y se recoloca en la cadera a su hijo dormido, tratando de mantener el equilibrio con el traqueteo del tren—, tal vez haya subido al último vagón, pero aquí solo ha realizado el recuento y lo ha apuntado en un cuaderno. Setenta y uno —aclara la mujer—. Setenta y uno —repite, y como eres lento de entendederas, cretino, sigue en voz más alta—, setenta y uno aquí en el vagón.

Setenta y uno. Contados y apuntados. No ha subido.

Estás sudado por el calor del verano, por el trabajo, de correr a la estación de tren, por el calor sofocante en este vagón sin ventanas y de repente tienes frío. «Hombre, ¿qué te pasa?», una mano lo agarra con fuerza, «Estate quieto», una cara campesina ante sus ojos, la luz lo deslumbra, pasa a través de las grietas, solo te sostiene la presión de esa mano, tenso como si estuviera atornillado, debe ser el calor, el tornillo desciende con el brazo y el cuerpo, te apoyas con las manos, sientes la vibración de las ruedas, te sientes mal, pero no es el calor, no solo eso.

El tren sigue adelante. Antonio ni siquiera conserva la esperanza de que los estén llevando muy al interior de la Zona Libre. Paco se encuentra ante una de las pocas escotillas.

—Paco, ¿qué ves? —Paco escucha su nombre y lentamente levanta los hombros.

—Paisajes.

—Paco, puedes ver la sombra del tren, proyectamos una sombra.

Paco mira y asiente con la cabeza. Salida del tren, posición del sol, dirección de desplazamiento, conclusión de Paco: el tren viaja hacia el norte.

—¿Llegaremos pronto? —pregunta la mujer. El sudor corre por su rostro, su blusa amarilla está más oscura a causa de la suciedad, acuna a su hijo que llora.

—No lo sé —dice Antonio, eso no es mentira y, sin embargo, lo sabe muy bien.

Nadie iba a creerte. El traqueteo, el calor, el hedor, gritos y lamentos de los niños, mujeres llorando y hombres desbordados. Uno se vuelve loco. Se lucha contra el propio miedo. Setenta y uno. En el suelo, la cabeza entre las rodillas, las manos detrás del cuello, oliendo el propio sudor, mejor que la orina y las heces, se han intentado organizar lo mejor que han podido. Sin paradas, sin comer, sin beber. La sed te cose los labios. No salió bien, cómo iba a salir bien. Antes de partir les habían dado para comer pan y

sardinas, cuenta uno, lleno de ira por su propia sed, una última cena, es lo único que se te ocurre.

Nadie lo podía entender: cómo te despiertas asustado y miras el reloj de muñeca presa del pánico, aunque hace mucho que has dejado de saber si todavía marca la hora correcta. Cómo el pulgar y el índice siguen girando aunque la corona ya lleva mucho tiempo parada. Nadie podía imaginarlo. Si contases que has pasado un día y una noche, un día y una noche, y aún un día en un vagón de carga, nadie te iba a creer. No le podría explicar a nadie cómo se sienten el hambre y la sed, cómo los dolores de cabeza y el frío, y cómo la cólera caliente contra Julia, y al contrario, cómo te socava el horror desde el interior. Fosa. Cielo. Montañas. Campo de concentración. Y ahora este tren. Ahora todo ha terminado. Ahora estás muerto. Esta situación es demasiado grande. Se extiende agitándose con estrépito como una sábana en la tormenta. Tienes que respirar, seguir respirando contra el miedo. Abres los brazos y recoges la sábana de tu miedo, la agarras por sus bordes ingobernables, las esquinas sueltas y la conviertes en una bola con todas tus fuerzas, la dominas hasta que enmudece, hasta que no proporciona una superficie para el viento, cada vez más pequeña, un paquete compacto, un puñado, incluso menos. Nadie podría entender tu miedo y por eso te lo vas a callar, lo ocultas y lo entierras, indecible, pequeño y duro como una canica, en lo más profundo.

Julia lo superará sola, Pau nunca llegará a conocer bien a su padre. Qué idiotez no haberse entregado a la Guardia Civil. Para qué te sirve ahora tu vida, ni a ti, ni a Julia ni tampoco a Pau. Y quizá todo sea un error. Quizás están en el último vagón y se reencontrarán cuando lleguen.

De repente, las vibraciones son diferentes. Los golpes, menos frecuentes. Las distancias, más largas. El duro traqueteo se suaviza. Paco ha defendido su lugar en la escotilla, no es el más listo, pero el instinto funciona: luz, viento.

—Paco, ¿qué ves, qué pasa, dónde estamos? —No se ha dado cuenta de nada—, ¿qué ocurre? —pregunta con unos labios reventados—. Vamos más despacio, Paco, ¿qué ves?

Paco se incorpora hacia la escotilla.

—Ni idea.

—Paco, ¿qué ves?

—Nada. Verde. Paisaje. Aldeas.

—¿Vamos deprisa, Paco?

Paco casi se queda dormido mientras habla.

—Paco, déjame mirar por la escotilla. —Él niega con la cabeza—. ¿Puedes leer las señales, Paco?

Paco no reacciona. Paco no sabe leer. Está agotado y no en todos bombea tanta adrenalina como en ti.

—Paco, ¿ves muchas casas o pocas?

—Muchas.

—¿Grandes o pequeñas?

—Grandes. Muchas vías. Van aumentando.

—¿Una ciudad?

—Podría ser.

Los frenos chirrían.

El tren se detiene.

El silencio resulta atronador.

Ahora se abrirán las puertas. Las piernas siguen temblando, aunque el suelo está quieto. Abrir las puertas. Tienen que abrir las malditas puertas. La gente se inquieta. Setenta y uno. Recontados y bajando de nuevo.

Todo el mundo huele diferente. En las esquinas las pilas de las heces. Tablas meadas. Vómitos. Tres días. Tres noches. Mamá. Sed. Papá. Solo balbuceos, solo medias palabras. Agua. Si ha terminado el viaje. Si llegaron a su destino. Entonces la gente vuelve a quedar en silencio. Voces masculinas. Un perro ladra. Los pestillos se abren y las puertas ruedan hacia un lado. Dos cuerpos caen hacia el exterior. Entra aire. Luz como leche y agua. Antonio se aferra y empieza a buscar a su esposa, pero la multitud empuja para salir, no puede mantenerse en pie y cae, sin haberla visto. Del vagón sacan a los niños, cuelga una cabeza como si solo la aguantase la piel.

La estación de una gran ciudad de verdad. Uniformes grises. Esvásticas. Un perro con una correa corta. Personas vestidas de civil, consternación y asco en sus ojos, pero qué aspectos podrían tener. Miserables como después de escapar por los Pirineos, y pensaste que no podía ser peor.

Los soldados son correctos, casi amables. Se comportan mejor que sus compañeros con el cráneo en Angulema, pero qué significa todo esto. Su alemán podría ser suficiente para preguntar por el lugar y si es el final del viaje. Llama a su esposa, pregunta por ella.

Todo el mundo la conoce, nadie la ha visto. Recontados y bajados del tren. El soldado tira hacia atrás a su perro.

Un edificio auxiliar de la estación. Hay agua. Permite tragar el sabor rancio, se propaga como una ola fría. El sudor y el polvo se filtran por el desagüe. Intenta quitarse la suciedad de las uñas. La sangre circula, le hormiguea en la cara, en sus manos. Las chicas de la misión de la estación son jóvenes, son amables. Sirven patatas y una sonrisa. Él recuerda todo su alemán. Hace mucho tiempo de la época de la niñera suiza y del verano en el glaciar, busca el verbo y lo obliga a adoptar la forma correcta: Dónde... estamos. La chica da un respingo y murmura algo, que suena como Ming, lo que para él no tiene ningún sentido, sirve al prójimo, y él no se atreve a insistir para conseguir una respuesta comprensible.

Masticar. Tragar. La saliva fluye de nuevo. Masticar. Comer lentamente, aunque le gustaría engullirlo todo. Además, se da cuenta de que se han quedado solos en la sala, no hay soldados, solo la misión de la estación, que casi son niños. Algunos creen que aquí el viaje llega a su fin, que todo irá bien. Él no confía en ello. Unas patatas no van a hacer que cambie de opinión. Se ha quedado de pie, come apoyado en la pared, Julia debería verlo. Siguiendo las filas revisa a todo el mundo con la mirada. Cientos de personas, tal vez miles. Julia no estaba en el tren. La has visto subir, sin duda. Contar y volver a bajar. No ha viajado con ellos. Ella no está aquí. El alivio le golpea en las piernas. El horror deja que la comida se estropee en el plato. El agotamiento le arranca el plato de la mano, inmediatamente alguien se apropia de él. Habían acordado que no harían el viaje. Él ha roto el pacto, ha cometido un error capital y el precio será alto. Julia se ha quedado en el campo, regresa a su habitación, él no está allí y no va a volver, le informarán en el Café que hacia el mediodía salió corriendo. ¿Creerá que él quería irse sin ella a la Zona Libre, como realmente él llegó a creer durante un momento que ella se iría con el niño, con el niño, sin él? Julia regresa y pasa la noche sola, no sabe adónde ir y Antonio no encuentra lugar para el dolor agudo porque no puede darle una explicación.

Solo es más fácil. Podría irse. Podrían dispararle. Podría ganarlo todo. Una vez más resuenan los altavoces. Tienen que volver. La voz informa de la hora en la que partirá el tren. Deben volver al tren sin vigilancia, tal vez todo es completamente diferente. Quizá se esté volviendo paranoico. Termina el anuncio. Te puedes largar. La voz se aclara la garganta. Como si hubiera algo más. El locutor vacila. Se oye un crujido y la emisión queda en silencio. A Antonio le llega como un rayo el recuerdo de la frase que había

pronunciado un francés al atravesar la frontera alemana, a través de las grietas del vagón, una voz anciana, se aclaró la garganta y dijo: «Amigos de España, os deseo felicidad y libertad». Por qué felicidad y libertad si no las necesitasen con urgencia. Porque se las van a arrebatar. Ahí está, tu decisión.

Los alemanes ni siquiera creen necesaria una escolta. Deben estar muy seguros de lo que están haciendo. La gente se empuja hacia el tren de carga que se encuentra en la zona de vías. Antonio intenta pasar desapercibido. Por qué, por qué se ponen en pie los que acaban de pensar si podrían quedarse aquí y simplemente regresan al tren. Él no se une a nadie. Se desliza hacia el borde del grupo. No pensar en lo que podría pasar. Lo que podría pasarles a los demás, cuando se den cuenta de que falta uno. Recontados y bajados del tren. Antonio se va quedando atrás. Lejos de la gente a la que se había unido durante la comida. No mira a nadie. Pretende fundirse con el entorno. Si te atrapan, te atrapan. Tal vez ya estés muerto.

Sigue adelante, con calma, un paso, tranquilo, dos, pasa delante de las puertas de un tren de pasajeros parado, un paso hacia el hueco entre el tren y el andén, el final del vagón, un paso más, dos, bajar a las vías y pasar por debajo de los topes, entre las ruedas y seguir, desaparecer en las sombras, en un primer momento no oye nada, excepto el rugido de su pulso, que levanta el cuerpo del suelo. Tres segundos, cinco, diez. Murmullos y rumor de muchas personas. No puede ser tan fácil. Sin gritos, sin silbatos, sin perros ladrando, sin botas de los soldados. Solo los ruidos de una estación de ferrocarriles, una estación normal. Pasa por debajo de un segundo tren y sale de las vías por el otro lado. No mirar atrás. A través del vestíbulo y hacia fuera. No mirar atrás, solo hacia delante, como si tuviera una dirección, una meta. Como si todo fuera normal. Como si su gente no volviera a subir al tren.

El vendedor de periódicos escupe con desprecio. En la cabecera de la hoja un águila y la esvástica, pero Antonio no puede comprender las palabras. Las letras de otro periódico son indescifrables. Sigue adelante por la plaza de la estación, pasando de largo una fila de taxis. En la distancia, el arco de un portal como si fuera un telón de fondo teatral, tranvías, hileras semicirculares de casas a derecha e izquierda, casi lo atropella un coche. Seguir en movimiento: como si supiera dónde está y adónde quiere ir. Sucio, hambriento, con algo de dinero francés en el bolsillo, pero como si perteneciera a este lugar. Las calles laterales, a veces a la izquierda, a veces a la derecha. En una pared una Virgen acuna al Niño sobre las rodillas y se toca el pecho, sería mejor que alguien en

esta casa señorial se ocupase de él. Bajo un león dorado rampante están cargando barriles, pero nadie tiene un poco de agua para él. Seguir. Si se arrima tanto a las paredes de los edificios, parecerá sospechoso. Antonio cuadra los hombros. Calma el paso. Se mantiene alejado de las personas, evita las miradas, ve sobre todo zapatos, grandes y pequeños, muchos desgastados y algunos nuevos con un lazo al lado. De una tienda sale olor a pan, dulce y cálido. En la siguiente, objetos eclesiásticos, carteras escolares de cuero fino, después huele al frescor de la colada recién lavada. En una entrada coches y sacos con ropa sucia, escucha en el tenebroso arco de entrada el ruido de las máquinas de una lavandería y voces, no se ve a nadie, roba un puñado y se aleja con rapidez, y así te has convertido en un ladrón, cruzas la calle y entras en el primer patio, un pasadizo conduce a la siguiente calle, ofrece protección. El botín: dos camisas de hombre. Huele al sudor de un extraño y a su colonia, un pelo aún sigue pegado al cuello. Se pone las dos camisas una encima de la otra, se arremanga los puños sin botones. Seguir adelante, a lo lejos otro portal, su intuición le dice que a la izquierda y finalmente un escudo con el que puede hacer algo: Múnich.

Cuando algo más tarde se encuentra delante del muro de un cementerio, entra en el recinto. Acepta con gratitud las sombras y el silencio. Sentarse en un banco y escuchar cómo se le tranquilizan los latidos del corazón. Un poco más y se habría tendido en la hierba, cerrado los ojos y escuchado el canto de los pájaros. En una pared juegan unos niños, arrancan hojas de una adelfa y hacen equilibrios en los ornamentos en forma de concha de una tumba que sobresale por encima del muro perimetral. ¿Criará a su hijo?, ¿volverá a verlo? Una desolación amarga le cae encima como si fuera polvo. Un poco más y se habría tendido en la hierba, cerrado los ojos y nunca más se habría levantado. Cuando una chica baja por el muro y le ofrece una rama de adelfa, no es capaz de emitir nada más que lágrimas. La chica dice algo, mueve la cabeza, él mueve la cabeza, desaparece y vuelve a aparecer poco después sobre el muro. Cada uno sigue su camino.

En un claro se alza una cruz, en la base probablemente han esculpido las mismas tonterías que en casa. La patria ya no es solo una causa. A lo lejos, un guardia, de cuya atención huye por un portal, al otro lado del cual se levanta impresionante una iglesia, por encima de la portada, un sacerdote con el Niño Jesús desnudo, la caridad en medio relieve, si el clero no fuera tan selectivo con la distribución de sus dones, Antonio podría pedir realmente ayuda. Como en casa los curas acompañan a Franco en una cruzada, porque con sus sotanas levantan las manos correctas, no se acerca a esta iglesia. Cruza la

calle y descubre un arroyo entre los arbustos y la hiedra. Se quita las camisetas, los zapatos y salta al agua. Bucea. Bebe. El momento es delicioso. Entonces se le corta la respiración. Hielo líquido, en agosto. El dolor sube por las piernas y se acumula en la ingle, Antonio sale hacia el terraplén, y poco a poco le vuelve el aire. Refrescado y purificado, se viste, el calor se extiende por él y está listo para continuar.

El día da paso a la noche, la luz se difumina en el cielo. Lápidas, a las que no se dirige ningún sendero. Cuando ya no puede ver el camino, se vuelve invisible detrás de muchas filas de barreras, cuyas inscripciones aún brillan bajo el sol; se acuesta. La hierba lo rodea como una capa protectora, por encima de él un mirlo entona su canción nocturna. La tierra te acoge y tú te hundes, te hundes y desapareces.

La noche lo pare sin una meta y sin dinero, vulnerable y sin palabras, pero deja que se levante recuperado. Sale a la mañana. Corriente arriba. El arroyo es su barandilla, hasta que desaparece bruscamente por debajo de unas casas. Cuando escucha el ruido de los trenes, teme que haya ido en círculos, pero la zona es más sombría y más sencilla que alrededor de la estación, edificios de ladrillo, practicidad, eso le va bien. Cuero y textil en los estantes, así como carteles de cuya escritura abultada consigue deducir la palabra judío. La gente va a lo suyo, una mujer joven, joven como él, pero ya consumida, le devuelve la mirada y se aleja de él. Pronto el olor a sangre de un matadero, aquí se trabaja y se produce, se transporta y se entrega. La calle conduce a un gran mercado, grandes salas con techos puntiagudos, tan seguros de sí mismos e imponentes como las iglesias. Carros, camiones y peatones, nadie se fija en él. Verduras sobre un camión descubierto. Un pepino, solo con la idea se le hace la boca agua, viento frío en la noche, agua fría del pozo, los labios de Julia. Una zanahoria, estruendoso el rechinar de los dientes en la cabeza. Entonces ya no puede más, se llena los bolsillos. Un hombre rechoncho se acerca a él y mueve el puño, es más ágil de lo que podía imaginar, y su carnosa mano, fuerte. Igual de poderosa que la voz, palabras rudas de una boca ruda, su cuerpo se entrega a esta violencia. Después de que el hombre le ha sacudido y abroncado, quiere llevárselo, pero una voz viene al rescate, palabras italianas, la mano se afloja y Antonio se tambalea hacia el italiano. Después de haber alejado al alemán, hace un gesto hacia sus cajas: manzanas, un puñado de patatas, un rábano y tú esperas. Pero, cómo se cierra su rostro, un retrato de Mussolini en el cierre de vidrio de su puesto, cómo le cuelgan las manos, su *via, via*, *via* es internacional.

Las salas de mercado. El brazo lleno de comestibles, se arrastra a través de los pasillos, un extraño sucio en una zona comercial donde todos se conocen. Miradas escépticas le salen al encuentro, pero como sigue en movimiento, lo dejan tranquilo. Observa cómo hacen negocios, pasando de los escritorios hacia donde se encuentran los clientes, no se negocia durante mucho tiempo, un apretón de manos, una nota de la libreta de cuentas, una tableta sobre las cajas, un par de chistes sobre el éxito del trato. Siempre limitan dos zonas de puestos, separadas de las siguientes por pasillos estrechos que conducen a las salas adyacentes. En un pasillo se apilan las cajas vacías. Aquí se sienta en el suelo entre dos pilas. ¿Adónde vas a ir?

Julia lo echa de menos desde hace tres días, se levanta por las mañanas y se pellizca la piel de los pómulos hasta que adquieren un color rosado, cierra la puerta, el niño en un brazo y el bolso en el otro, en esta vivienda no hay nada que valga la pena robar, pero cierra con llave. Pasa por delante del Café, acude a la comandancia del campo, tiene que descubrir adónde ha ido el tren, sabe más de él y al mismo tiempo menos, no puede sospechar que se encuentra en Múnich sentado en un pasillo tenebroso entre cajas de madera contrachapada. A última hora de la tarde regresa a la habitación que sin los ingresos que traía él del Café tendrá que dejar. Fríe huevos y se los come sola, él le pasaría su plato, para que ella pudiera mojar los restos de la yema de huevo. Se ocupa del niño y cuelga su vestido a rayas en el armario, se quita el anillo y lo deja con un tintineo airoso en el borde del lavabo, los corchetes de la cortina se mueven a lo largo de la barra, y se va a la cama, sola.

Un hombre se detiene en la penumbra del pasillo. En algún momento tenían que descubrirte. Huido del fascismo español, ahora te liquida el alemán, solo era un aplazamiento. El hombre te evalúa a lo largo de un cigarrillo. Grande, se coloca delante de la luz del puesto vecino. Manos poderosas, acostumbradas al trabajo pesado. Se apoya en el enrejado, apoya un pie en él. Calla. Fuma. Se inclina hacia ti y te ofrece un cigarrillo. Al final empieza a preguntar, entiendes algunas de sus palabras, pero la mayoría no, él espera, se encoge de hombros. Necesitas ayuda, te pregunta, y tú repites la palabra: ayuda; tienes la voz ronca, la palabra molesta, asientes con la cabeza: ayuda. El hombre te pregunta de dónde vienes. *Espanien*. El hombre se coloca bien la gorra, señala con las dos manos: quedarse sentado, esperar.

No confiar en nadie.

Miradas rápidas a derecha e izquierda, giran como una pareja hacia el callejón. El segundo hombre lleva una chaqueta de punto áspera con botones de madera y encima una bata, tiene las manos enrojecidas, como si hiciera frío y no estuvieran en agosto. Quieres ponerte en pie, no quieres quedarte encogido en el suelo como un mendigo, pero las piernas no te sostienen. Bueno, bueno, el nuevo te sienta en una caja. El otro te da un golpecito en el hombro y desaparece del pasadizo.

Él dice: Eres español.

Tú asientes: Valencia. Empuja las palabras: ferrocarril, dice, y *tren*, *Francia* y *la guerre*, y, finalmente, una vez más: ayuda.

El hombre está guardando el equilibrio encima de una línea y no sabe hacia qué lado se va a dejar caer.

Tú dices: Antonio.

Tú dices: *Por favor*.

Tú dices: Ayuda.

Duda. Finalmente, se hace entender con los dedos, dos, deja en el aire dando vueltas en un reloj imaginario y se va.

La sala de mercado se está vaciando. Los murmullos de los negocios se han difuminado a su paso, solo resuenan algunas llamadas individuales. Las escobas raspan el suelo de cemento, los neumáticos de los carros chirrían. Culíes sacan de la sala los productos que no se han vendido, crean orden, cierran los puestos con rejas de hierro y cerraduras resistentes. El hombre se ha olvidado de ti. Ha cambiado de opinión. Te aferras a la caja. Cómo vas a salir adelante sin dinero, documentos ni contactos. Nunca has sido un aventurero. Eres un solo caso de emergencia.

El hombre dobla la esquina, cuando crees que ya es demasiado tarde; lleva la chaqueta de punto doblada sobre el brazo y trae una caja de verduras. Un reloj sobre el portón marca una hora diferente a la del reloj de muñeca. Al pasar camiones militares, una mano se posa sobre tu espalda, una voz te empuja, sigue, simplemente sigue andando. Por primera vez en esta ciudad levantas la vista, contemplas los poderosos frontones de las casas, sus amarillos y grises iluminados por el sol. Los adoquines provocan que los coches traqueteen y las bicicletas resuenen. En el patio solo mujeres y niños, Julia y tu hijo, el paraíso perdido. En la vivienda se te va la mirada a los corazones en el respaldo

de las sillas, a una serie de libros, un trabajador leído, tal vez tu salvación. Cuando la puerta se cierra, te sientes casi a salvo.

El hombre dice: Max.

Señala una silla, con torpeza, como si fuera muy raro que tuviera invitados. Max agarra un periódico de la mesa, te pone delante un vaso de agua y con el dedo se señala la boca, asientes, empujas tu caja hacia él, manzanas, rábanos, patatas. Max pone a calentar las patatas, por encima de su cabeza hay algunas tazas, jarras de cerveza, platos limpios y bien colocados. Una cortina blanca en la única ventana, un tapete de ganchillo, la presencia de una mujer. Poco después Max te pone delante los rábanos encima de una tabla de cortar para que los peles hasta que sean de un blanco limpio, recogidos y separados, sudando por el calor del verano. Max los ha preparado con cuidado, se ha tomado su tiempo, se ha esforzado. Tú solo dices: *gracias, camarada*, susurrando, y la frase se convierte en una clave porque Max te mira a los ojos. Dice: Primo, y: Brigadas Internacionales. Thälmann. Madrid. Treinta y siete. Las palabras brillan durante un instante en esta modesta habitación.

El picante del rábano que se clava en el seno frontal, sonríes, unos músculos que hace tiempo que no utilizas, mejor que las naranjas, pregunta Max, pero no quiere que le contestes, hace años que no hay naranjas.

Él pregunta: De dónde vienes, pero eso ya lo sabe, tu voz sigue estando ronca: *Espanien*. Intentas explicarte con las pocas palabras que te ofrece la memoria, porque las rimas de tu infancia son ahora de poca ayuda. Iba en un tren. Estaba en un campo. Cómo lo va entender nadie. Max espera. Lo intentas de nuevo: Un año en el campo de refugiados. La llegada de los alemanes. Los rumores sobre un tren con un destino incierto. Julia. No queríamos viajar, pero la vi subir. Me pareció verla subir. Estoy seguro de que la vi subir. Con el niño.

El paisaje se desliza y queda atrás.

Max ríe: Múnich. Irónico. Un rojo español en la boca del lobo. Habla mirando por la ventana, y no sabes si lo estás entendiendo correctamente. Un gran campo, muy cerca, entonces se queda en silencio, como si hubiera dicho demasiado. Max pone las patatas encima de la mesa, las pieles están agrietadas, el vapor dulzón acaricia la cara. Max sigue hablando y esta vez no lo entiendes: Por qué iban a trasladar a los españoles de Francia en tren hasta un campo en Alemania. Por qué mujeres y niños. Y por qué una parada tan cerca de la meta.

La presencia de una mujer, su miedo hace que Antonio pase la noche en el sótano. No quieres oír hablar de que alguien durmiendo en el sótano es mucho más sospechoso que un invitado en la vivienda, pero le da una manta, al día siguiente le lavará sus camisas. Antonio se dispone a emprender el camino hacia la puerta, una vez más encerrado en su falta de lenguaje, en la lentitud de las palabras.

Se instala entre una bicicleta limpia y una maleta polvorienta. Una botella de cerveza se convierte en una petición de perdón. Un cubo. La cerveza es muy sabrosa y nutritiva, a continuación se lanza hacia el cubo. La noche arroja sombras. Demasiado tiempo. Julia en su cama, ya no sabes si las sábanas huelen frescas a jabón o les falta poco para cambiarlas. Pau, al que tendría que acostar entre ellos, Julia opina que debería dormir solo en su cama. ¿Debería haber animado a escapar a Paco o a algún otro? Hubiera podido salvar a una persona y así no estaría aquí tan condenadamente solo.

En mitad de la noche alguien entra en el sótano. A través de los listones tienen que ver a Antonio, reconocible como el contorno de un hombre tembloroso debajo de la manta. Intenta esconderse detrás de la oscuridad de los párpados, y será tan inútil como todo lo que ha ocurrido hasta ahora. Ahora se acabó. Justo antes de la salvación. Julia no se rinde nunca, pero él no puede más, que hagan contigo lo que quieran.

La puerta de listones se abre con un gemido amortiguado, el sonido arrastrado del aluminio y el crujido del cuero. La puerta se cierra, el sonido metálico de la bisagra y el pestillo, pasos. La puerta del sótano. Silencio. A cuatro patas se arrastra finalmente hasta la parte delantera de la jaula, a tientas por el suelo de tierra hasta que toca una cantimplora y un paquete de papel. Y entonces se le ocurre, Max de camino hacia el mercado, en mitad de la noche. Max ha traído café y un trozo de pan. El alivio se parece a un colapso, apenas puede abrir la tapa enroscada. El humo de la botella huele muy bien, pero no sabe a café. Caliente, saciado, relajado, se arrastra de nuevo bajo la manta y no volverá a salir de ella hasta que la luz del día se filtre por el ventanuco que da a la calle. Después de horas, que pasan con relativa rapidez, Max vuelve a casa y lo lleva con él, tiene sus camisas en la mano: Ven.

Por la tarde caminan sobre adoquines, bajo castaños, sube una pequeña elevación, de repente el barrio obrero se abre en una plaza de pueblo, frente a la iglesia una granja, un caballo atado en el patio, detrás de una gran pradera. Concentradas en la oración, un grupito de mujeres con vestidos campesinos. Por qué tiene que ser un sacerdote, ¿no

puede ayudarlo nadie más?, Antonio niega con la cabeza. Max le pone una mano en el brazo: uno de los nuestros. Max lo empuja hacia un banco, rezar, no puede decirlo en serio. Antonio se sienta delante del confesionario y espera, apoya la frente sobre las manos entrelazadas. El olor de su cuerpo aún sin lavar le sube hasta la nariz. No tiene sentido intentar no llamar la atención cuando vas por ahí como un sintecho. Eres un hombre sin hogar, podrías rezar a la Virgen de los Desamparados, y realmente lo intenta. Después de una eternidad Max sale del confesionario. La voz que se oye detrás de la rejilla es joven. «¿Hablas alemán?», pregunta la voz. Si la verdad fuese un sí, había que arriesgarse, responde con rapidez: Sí. Mi hermano necesita ayuda en su granja. El trabajo físico es pesado, pero uno se acostumbra con el tiempo. Trabajo pesado. Sí. No hay problema. Gracias. Va a ser tan fácil. Pero ¿quién lo va a llevar hasta allí? ¿Qué va a pasar con él?, ¿qué tipo de personas son?, ¿cuánto tiempo se puede quedar?, no confíes en nadie, pero no tienes otra alternativa. En dos días ha tenido más suerte que en todos los días anteriores. Un francés pronuncia la frase decisiva a través de las grietas del vagón. Un admirador de Mussolini le da de comer. Un trabajador del mercado reúne el valor para llevarse a su primo de las Brigadas Internacionales. Y parece que este sacerdote conoce un lugar seguro. Todo depende del lugar, del lugar y del campesino.

El cura es amable, no pronuncia ni una palabra. Cuando sonríe, un ojo se le vuelve más pequeño que el otro. «Martin», su mano es suave y cálida. Lleva un alzacuellos blanco, una cruz de plata en la solapa oscura. El cabello en retroceso liso y peinado hacia atrás, gafas de montura metálica. Es un silencio benevolente, que oculta ante los demás pasajeros el alemán raído y limitado de Antonio. Un silencio en el que puede permanecer cómodamente sentado durante varias horas. Antonio mira por la ventanilla. La luz es diferente que en el sur, más apagada y al mismo tiempo más clara, no destiñe el color como el sol en el Mediterráneo. Descifra los nombres de lugares en las estaciones, impronunciables y grotescos como los nombres artísticos de los artistas de circo: Tutzing, Uffing. Pling.

Cuando van solos por una calle estrecha, Martin se vuelve más hablador. Señala las montañas, orgulloso, como si las hubiera hecho él mismo. Salpica sus frases con latinajos, que son más valiosos para el alma de Antonio que para su comprensión. Tres hermanos, *tres fratres*.

—Hans, *primogenitus*, ha heredado la granja. A mí me envió el cura al instituto de secundaria, después al *collegium sacerdotis*. Entiendes lo que digo. —Antonio asiente—. Luego está Karl. Y nuestra madre.

Entonces parece que todo se complica y Martin se olvida del latín. Hans y la guerra, tonto y Rusia.

—Karl se ha quedado en la granja. Pero el problema es que Karl está inválido. *Corpore debilis*, ¿entiendes? De niño se cayó del carro de heno y la rueda le destrozó la cadera. —Martin sube y baja la parte superior del cuerpo para imitar una marcha desequilibrada—. Ahora es Karl el encargado de llevar la explotación, junto con su esposa, Veronika. La mujer de Hans no es de ninguna ayuda. La madre es anciana y no puede más. También tienen un niño pequeño. Karl necesita un hombre en la granja. ¿Entiendes?

Antonio niega con la cabeza. Martin habla de una manera diferente a la niñera de Suiza.

—Soy español.

Martin inclina la cabeza.

—Hay un montón de trabajadores extranjeros en la agricultura, cada vez más. Los hombres están en guerra. Así que puedes ser uno de ellos, eso lo podemos decir. ¿Sabes francés?

—*Oui*.

—Bueno. Te puedes hacer pasar por francés. Hay trabajadores forzados franceses en la zona y, por así decirlo, te podemos mezclar con ellos.

Las flores rodean las ventanas de la granja, reales y pintadas, y todo transmite una impresión de amabilidad. A estas personas les importa su casa. Una mujer sale por la puerta y esconde las manos bajo el delantal. Mueve la boca, Martin responde, su mirada se dirige a Antonio, que se encuentra a una zancada de distancia, Martin bizquea, mantiene los ojos cerrados, solo durante un segundo, dominándose. La mujer señala con la barbilla la puerta de un establo a unos metros de distancia. Sobre un taburete de ordeño hay una chaqueta, la manga caída en el bordillo. Antonio oye el mugido de la vaca y las maldiciones de una mujer y la respiración dificultosa de un hombre. La mujer tiene el antebrazo metido en la vaca. El hombre se encuentra extrañamente doblado por encima, carece de agilidad y estabilidad para poder estirar de una manera adecuada, su

lado derecho está lleno de paja y estiércol. No necesitas ser ganadero, no es necesario entender el alemán para reconocer el problema.

El ternero está de pie. El agricultor se limpia el sudor de la cara, se pasa el antebrazo por la frente y se mancha de estiércol y sangre.

—¿Quién viene disfrazado de prelado? ¿Y tú quién eres? ¿La sagrada Margarita?

Santa Margarita, patrona de las mujeres de parto, Antonio tiene que reír, ateo como es, ha entendido la broma, el agricultor tiene unas pestañas rubias sorprendentemente largas, lo mira a los ojos y las miradas conectan. Martin dice algo, el campesino ríe y asiente.

—Sí, siempre, por supuesto, lo podemos necesitar. ¿Dónde está el truco?

—¿Vamos dentro?

—Lo sabía.

Con calma el joven agricultor se lava las manos y los brazos en el pozo, a continuación, le pasa el jabón a Antonio. Solo puede ser un poco mayor que él.

—No hay prisa —dice Martin y examina a Antonio de arriba abajo.

Sus camisas de nuevo sucias están colgadas en el mango de la bomba. Con el olor a jabón vuelve la confianza. Se lava los pies, camina descalzo detrás del agricultor para entrar en la cocina a través de un paso bajo y oscuro. En el hueco de las ventanas hay ramos de brillantes flores silvestres, aunque delante de las ventanas solo crecen flores exuberantes rojas y blancas. Construido en la esquina hay un banco enorme y sobre él un Jesús crucificado. Sobre una estufa de hierro hay una tetera y una cazuela, dos paños usados cuelgan de una barra delante de ella. Huele a pan. Si no fueras tan extraño podrías pensar: vuelta a casa.

—Soy el Karl.

Con artículo. Como en casa, en Valencia.

—Soy el Antonio.

Martin se encuentra junto a una anciana vestida de negro y Antonio ve a su propia madre, con su pañuelo negro de camino hacia la plaza del pueblo. La madrecita feliz tiene a Martin agarrado de la mano. El hijo sacerdote. Esto no se diferencia demasiado del rincón más profundo de España. Martin habla con una voz demasiado alta y jocosa, la voz jocosa con la mujer amargada que les salió al encuentro en el umbral y les mostró su rechazo. Sale a relucir el nombre de Hans, Karl toma en brazos al niño pequeño que estaba sobre una piel en el suelo, Martin señala el tiempo que hace en el exterior, la

mujer señala a Antonio, Martín agarra un plato y lo pone con demasiada fuerza en la mano de la mujer. Luego casi la saca a empujones hasta el pasillo. La anciana madre la sigue con pasos arrastrados. La puerta se cierra de un portazo.

Antonio oye cómo Karl sube la escalera de la casa, primero hacia arriba y después al sótano. Para un paso necesita el doble de tiempo que para el otro. Regresa con cuatro botellas de cerveza. Detrás de él entra su mujer en la cocina, se ha cambiado de ropa, su rostro parece enrojecido del agua fría, se está arreglando un mechón en lo alto de la cabeza. Martín se dio cuenta de los temblores de Antonio, «Tienes una camisa para él», la mujer sale al jardín, Antonio la ve en el tendedero y vuelve con una camisa limpia, calentada por el sol. Karl corta rebanadas generosas de una enorme hogaza de pan, es fresca y la mantequilla cremosa, y de repente Antonio se acuerda del *tocino del cielo*, tocino celestial, un postre de una época rica y feliz, cuando se podía utilizar la yema de huevo y dejar la clara. La boca se le hace agua, mantequilla y masa se funden en una pasta celestial. Del discurso de Martín Antonio solo pesca algunas palabras individuales: español, tren, Múnich, él asiente o niega con la cabeza, porque a medida que va escuchando le vuelve la lengua y se frota las piernas como si fuera un gato. Karl escucha con atención, los ojos en sombras gracias a las largas pestañas. Su torso es poderoso y ofrece un contraste curioso con las piernas atrofiadas. Tiene brazos poderosos cruzados sobre el pecho.

—¿Y tenemos que esconderlo?

—Tiene que trabajar. Necesitas ayuda en la granja. Lo damos de alta como trabajador extranjero. Completamente legal.

—Se supone que eso es un chiste.

—Tu hermano, como buen nazi, está en la guerra por el Führer y la Madre Patria. Tu reverendísimo hermano en Múnich ha tirado de conexiones para proporcionarte un trabajador extranjero, porque la granja se va a pique. Aquí tienes una buena reputación en el Partido, quién no va a creerte. ¿Quién es el responsable de la policía?

—El Meier Johann. Ese nunca fue el más espabilado. Pero un español, ¿qué pinta un español en Baviera?

—Diremos que es francés. Me ha dicho que habla francés, es cierto, lo has dicho.

Ahora tiene que asentir.

—*Oui*.

—¿Tiene papeles? Necesita una tarjeta de identidad, una cartilla de trabajo y eso, cómo se llama, el certificado de obligación de servicio, que lo hemos contratado debidamente en Francia, ¿cómo vas a conseguir todo eso?, las cosas no son así, los trabajadores extranjeros simplemente no caen del cielo. O de un tren.

—Sí, aparentemente eso es lo que hizo.

—¿Y qué pasa con la Barbara? ¿Y cuando Hans venga de permiso?

—¿Puedes esconderlo durante una semana?

Karl intercambia una mirada con su esposa, que suelta la cruz que le cuelga de la cadena, acaricia la cabeza del niño de una manera protectora. Asiente con la cabeza casi imperceptiblemente. Karl pone la botella de cerveza con fuerza sobre la mesa.

—En el nombre de Dios. Sí.

—Lo escondéis durante una semana y en ese tiempo organizo en Múnich lo de los papeles.

—Creo que tengo una idea totalmente equivocada del tipo de vida que llevas en Múnich, hermano.

—Y hablaré con Barbara, porque sabemos cómo se comportó en la última romería con Huber, solo Hans y nuestra madre no lo saben y así debe seguir.

—Eso es extorsión, Martin.

—Es un mandamiento de la caridad cristiana.

El silencio se instala alrededor de la mesa. Entonces Karl se encoge de hombros. Mira a Antonio a los ojos. Hay simpatía. También compasión y escepticismo. Junto con resignación, como si no pudiera evitarlo.

—Bueno, si la Gestapo se cree la historia, la Barbara también se la tragará. ¿Francés, has dicho?

Martin asiente con alegría, como si hubiera bendecido un matrimonio.

—¿Entonces cómo se va a llamar el francés?

—Antoine.

—Lo que figure en los papeles.

—La ayuda será muy bienvenida.

Las palabras se le agolpan en la garganta.

—*Muchas gracias. Merci.*

Karl extiende la mano por encima de la mesa.

—Gracias.

Se la estrechas.

TÍO HANS

Noviembre de 1990

Maite entra en el pasillo de la granja, donde la recibe el olor a la madera, a hollín y a habitaciones cerradas. Carlos tiene que agacharse, porque las puertas son muy bajas. La mesa de centro es grande y está decorada de fiesta. El abuelo Karl celebra los setenta y cinco. La familia entra para transmitirle sus respetos al homenajeado, una situación de la que Maite habría intentado librarse por todos los medios en su propia familia. Carlos ha preparado a Maite para estas reuniones familiares. Ahora se recitan los nombres como si formaran parte de un vocabulario: Karl, Margot, Carlos. Carlos, Paul, Antonio. Le parecía que Paul era un nombre extraño para un español, Carlos se acercó a su oído y le susurró, por supuesto Pau, no era la único que se había reinventado. Conoce a Paul desde un breve encuentro después del primer fin de semana, cuando a Carlos no le importó pedirle a su padre que fuera a buscarlos a los dos y su bicicleta a las montañas y que llevase a Maite a la estación, hubiera querido que se la tragase la tierra. Entonces, como ahora, Paul es muy agradable, pero se trata de una amabilidad a distancia. Saluda a Maite con dos besitos, como si los acabaran de presentar.

—*Mucho gusto. Encantado.*

Un señor anciano grita desde el otro lado de la mesa.

—*Hijo mío, al menos se te ha pegado un poco.*

Les hace un gesto a Carlos y a Maite para que se acerquen. Este debe de ser el abuelo español, Carlos lo abraza casi como si fueran colegas. Karl, el homenajeado, está sentado a la cabecera de la mesa. En la esquina junto a la chimenea hay un andador, la historia de la cadera rota. Los dos abuelos están entronizados con cojines en la espalda como si fueran los ancianos de la tribu, aunque parecen amigos en el pupitre de la escuela. Margot es una mujer delicada con el cabello canoso, curiosa y amable con Maite. Maestra, después de la primera excursión lo sabe todo sobre sus nuevos alumnos, Maite se puede imaginar lo que Carlos ha querido decir con eso. El pelo corto y el ancho

brazalete de plata con una turquesa le recuerdan a su tía Teresa, pero Margot es maternal y enseguida agarra a Maite del brazo.

El cabello gris de Antonio está cortado muy corto, de él debe de haber heredado Carlos la delgada estatura de atleta. La mano en el bolsillo del pantalón, una camisa de cuadros debajo de un suéter rojo, el cuello abierto, una mirada relajada del mundo. Cuando se inclina hacia él para saludarlo con un beso de bienvenida, le asalta la nariz una nube de masaje para después del afeitado. Habla español.

—Maite, me gusta.

Tan a menudo como en estas semanas nunca ha respondido tanto a su nombre.

—Querida.

Al menos eso lo saben muy pocos.

—¿País Vasco? —Antonio se lo pone fácil a Maite. Le agarra el codo con la punta de los dedos. Como Carlos un par de semanas antes en la cocina.

—Valencia. María Teresa.

Pronuncia algunas palabras en valenciano, que surgen abultadas a través de los labios voluminosos, como si hiciera mucho tiempo que no las utilizase. De todas formas, Maite tiene que pasarlas por alto, las entiende, pero no le puede responder. Ni en casa ni en su escuela de monjas, ni en el Instituto Alemán lo aprendió.

—Normalmente el *señorito* no nos presenta a sus amigas.

—Abuelo, eso es completamente falso, simplemente no ha habido ninguna con la que hubiera valido la pena hacerlo —replica Carlos en alemán.

—¿Qué estás haciendo en Alemania?

—*Filología Alemana*.

La mano que sostiene el codo de Maite aprieta con alegría.

—Una buena elección. Yo también lo habría estudiado. O filosofía.

—Eso no lo sabía, abuelo —comenta Carlos en español—, *no lo sabía, abuelo*.

—No tienes por qué saberlo todo, Carlitos. Yo quería ir a Berlín. O a París. Sabía un poco de alemán, porque tuvimos una niñera de Suiza, pero para estudiar no habría sido suficiente. El lenguaje del pensamiento. Qué crees, Carlos, aún no te lo he contado todo. Al final se acabó convirtiendo en Múnich. —Señala al otro abuelo a su lado—. Maite, este es mi buen amigo Karl. Karl, esta es Maite, la nueva churri de Carlos. Así como lo decís los jóvenes.

—Ya está bien, abuelo.

Maite le da la mano a Karl.

—Feliz cumpleaños. Muchas gracias por la invitación.

—Sí, Dios te bendiga, está bien. Si es usted la amiga de Carlos. —Karl se inclina hacia Antonio—. ¿Qué has dicho, española? —Se ríe—. No sería la primera aquí. Con esto ya tenemos experiencia, ¿verdad? Tan pronto como llegan, se van.

Maite está tratando de entender, cuando escucha a Pablo por encima del hombro, agudo y bien audible.

—Vamos a ser buenos, Karl.

Antonio mira unos segundos al vacío. Luego levanta la taza de café aún vacía para brindar, como si lo hiciera para sí mismo. Maite descubre una mirada entre Paul y Margot. Algo que no se ha expresado con palabras se extiende por la habitación. Pero entonces Carlos se la lleva a seguir con la ronda alrededor de la mesa, le presenta a una docena de parientes cuyos nombres Maite olvida de inmediato. Los mandamientos de su padre le resultan ahora útiles a Maite. Ser correcta y agradable, lo puede ser, cuando quiere. Toda la etiqueta que le ha inculcado, con su rigor militar y el *crescendo* en el tono, se ha instalado en su cabeza. Las sacudidas de las bofetadas ayudaron a que cada grano de su educación encontrase su lugar, firmemente asentado en la conciencia como la harina, que Maribel distribuía con golpes enérgicos de manera uniforme por la bandeja para hornear.

Las atenciones de Carlos la han conmovido. Se siente protegida cerca de él. Carlos la tiene siempre en el radar. Se buscan con la mirada, con las manos, para descubrir que el otro también estaba buscando y ha sido más rápido. Siente que el dedo Carlos le acaricia el antebrazo. Si quiere ser tierno, no usa la yema del dedo, sino el dorso de la mano.

Vinzenz, el restaurador, acerca a su lado una silla para Maite, ella oye hablar sobre cocina y entiende sus gestos, cómo se besa la punta de los dedos y se ríe. Parece que con eso ha cumplido con su propósito y es silencioso. Margot entra de espaldas en la sala de estar manteniendo el equilibrio con una bandeja con un pastel en cada mano y los invitados aplauden. Sobre el mantel, en medio de la decoración otoñal, se han reservado tres zonas libres para las tartas, Vinzenz toma de su hermana una de las bandejas y pasea un poco alrededor la obra maestra, y todos la alaban y vitorean con «Ah» y «Oh». Maite aplaude con los demás. Carlos se ha inclinado hacia ella y le susurra:

—Fíjate en la tarta, más perfecta es imposible, pero está a punto de decir que desgraciadamente no ha podido distribuir las cerezas de una forma completamente

simétrica.

No lo dice, pero se disculpa porque la tarta no es tan alta como debería ser, porque la masa no había subido correctamente. La tarta está cubierta de nata, de manera que nadie se habría dado cuenta.

—Lo ves.

Maite mira el reloj. No hay ninguna diferencia horaria, pero aun así se encuentra en una zona horaria diferente, en su casa es posible que estuvieran llevando la paella a la mesa. Grandes «Ah» y «Oh». En la sala hay ruido y hace calor, confusión de voces y golpecitos de la vajilla, el roce de las patas de las sillas, el horno en funcionamiento y dos de las pequeñas ventanas están abiertas. La familia de Carlos no le va a la zaga a la suya en nada, ni en tamaño, ni en volumen de voz. Sin embargo, es completamente diferente. Ella también es diferente. Se trata de la política: en casa nadie habla de política, sería impensable. Se trata de las primeras elecciones después de la muerte de un político importante que Margot, Vinzenz y Carlos consideran muy desagradable, corrupto y criminal, pero parece que Karl lo defiende. Ganan los que probablemente ganan siempre, Paul y Karl están satisfechos, Antonio junta teatralmente las manos para mostrar su oposición, y Karl discute con Carlos si cierto partido nuevo es el futuro o la muerte para los agricultores.

Más adelante, por la tarde, todo este tumulto nubla la cabeza de Maite, el ambiente está cargado, ha comido tres tartas, porque las tres tenían buen aspecto y no quería decir que no. Margot tenía controlada cuál era la que aún no había probado y no ahorró en nata batida. Baviera, un paraíso de nata dulce. Karl le ha dicho a Antonio que había sido una gran suerte para él. Que sin él en la granja no habría podido sobrevivir a la guerra. Que nunca había creído que alguien como él pudiera ser su amigo. Por un momento, ninguno de los dos sabía qué decir, Maite se sentía fuera de lugar en esta intimidad, un bodegón de emociones, hasta Paul y su esposa le plantaron un beso en la mejilla y sacaron el licor de la vitrina. Tal vez la niebla también viene ahí, porque Vinzenz sirve con generosidad y Maite intenta en vano pronunciar la palabra «Stramperl».¹⁰ Está llena, lenta y amenaza con quedarse dormida.

Se disculpa y se tambalea por la planta baja y el jardín, se respira un poco de aire, que le parece tan limpio y ligero y tan imposible como este idilio. A través de la puerta trasera abierta entra en la cocina. La cafetera parece que ocupa el lugar que tiene destinada encima de la cubierta metálica cerrada de una cocina eléctrica nueva y

brillante. A su lado, una estufa de hierro fundido, que se alimenta con leña, y que es lo único que parece estar en uso, astillas de madera delante del fogón. La cocina está en penumbra porque las paredes son gruesas y las ventanas son bajas, y el alero de la primera planta evita que entre la luz. Se siente como en una capilla, recogida con devoción en sí misma.

Se desliza en el banco y coloca una mejilla sobre la mesa fría. La mesa de madera delante de su nariz está fregada hasta quedar reluciente. Tanta gente nueva. Todo tan agradable. Eso la hace sospechar. Pero aquí se podría sentir cómoda. La luz otoñal acaricia las jardineras de flores vacías delante de la ventana. Maite oye el vapor y las burbujas de la cafetera, el aroma del café y el borboteo se mezclan con el chisporroteo del horno y un aroma a establo y ahumado, a heno y madera, a recién limpiado y a leche agria. Dos meses de vida independiente en Múnich, que en general no han sido como había soñado, pero que en muchos aspectos han superado todas sus expectativas. Se siente tranquila. Nunca se había reído tanto. Despreocupación al levantarse, durante todo el día, hasta el regreso a casa. El encuentro con Carlos. La alegría de estar juntos. La extraña sensación de que todo está bien. Carlos ha empezado como auxiliar de emergencias y se ha mudado a un apartamento pequeño. Maite se adapta a él en lo esencial, su ritmo determina su día, encuentra un hueco entre sus servicios, los ejercicios con la gente de rescate de montaña, las visitas aquí a su patria y las citas para escalar. Al despertar piensa en Carlos, que probablemente ya está despierto y en camino. Delante del Moka Express que finalmente se ha podido comprar, la pregunta es si él tendrá un descanso para tomar un café. Maite asiste al seminario y escucha a Carlos, se sienta delante de los libros y lee a Carlos, está en el cine y ve a Carlos, junta sus manos y sueña, una de ellas es de él. Cuando él tiene tiempo, entonces tienen todo el tiempo del mundo. Pasear juntos por la calle, hombro con hombro, llenarlo todo hasta los bordes y más allá, cubrirse con sensibilidad, concentrarlo todo en este brazo que toca su costado. Sentir sobre ella su mirada benévola, su extraña sonrisita, porque nadie la ha mirado nunca así. En su presencia intenta dejarse ir. Intenta arrancar lo que ha echado raíces. La sensación de suciedad. Maite la arranca como si fuera una mala hierba. Esto es hermoso. Esto es correcto. Explora. Descubre un hueco poco profundo debajo de su esternón, descubre lugares secretos. No detenerse. Las yemas de los dedos, el dorso de las manos, el pulpejo. Piel con piel, delicadeza. Cómo se relajan las fibras de su cuerpo y se vuelven largas y flexibles. Las manos de Carlos acompañan su movimiento como la espuma a la

ola. Su roce sobre su pecho, sus dedos en su pubis y este pequeño y creciente dolor lujurioso. El peso de Carlos sobre las caderas. Los dos idénticos, los dos uno. Sus miradas se entrelazan. Carlos se hunde en su pecho y se mueve en su abrazo. Detrás de los párpados, una oleada de rojo y violeta, cuerpo ancho y ardiente. El aliento rompe contra su oído interno como el rumor de las olas del mar. Carlos llega rápidamente, pero Maite llega más rápido, y oye su propia voz, la respiración se seca, el júbilo conmovedor y completamente sorprendente. Después yacen uno al lado del otro. Siempre y para siempre. En algún momento el tiempo vuelve a correr. Maite oye el débil chasquido del condón, pies descalzos en el pasillo, la puerta del baño, se abre la nevera, un bloque ultracongelado de sopa cae en una olla. El cabello despeinado, el cuerpo enjuto, sus ojos marrones muy cerca. Voz ronca, *guapa*, ¿quién más le dice que es hermosa? Se acurrucan juntos en el calor de la cama. El olor de Carlos en la almohada. Dos platos de sopa caliente. Eso no puede ser un pecado.

A Maite le parece que el Jesús en la Cruz en el rincón con su corona de flores secas aquí no queda mal, sino que es devotamente campesino y casi simpático. Su mirada se posa en la esquina del banco. Hay un montón de pequeñas imágenes alineadas. De rodillas sobre el banco, las manos apoyadas en los muslos, Maite contempla los miembros de la familia de Carlos. Sus padres no hacen este tipo de arreglos, las fotos se guardan en un álbum. O en la caja fuerte. Fotos en blanco y negro y en color, policromos de los años sesenta, con una tendencia al verde. Grandes recuerdos y huellas pequeñas. Vivos y muertos, todos, los que son importantes, de una manera bastante banal sobre el respaldo del banco de la cocina. Un pequeño sitio para el recuerdo y ni una mota de polvo entre las imágenes. La foto de la boda de Karl y su esposa. Una foto amarillenta en blanco y negro de un niño pequeño, del que quizá no haya ninguna otra foto, no tenían ni idea de que el tiempo pudiera ser tan corto. Pequeñas, dobladas por la mitad con las imágenes de los fallecidos, con cruces y seguramente inscripciones piadosas en el reverso. Carlos en su primera comunión, muy serio. Maite saca la imagen como una pieza de dominó, lleva un traje tradicional y está segura de que desde entonces no ha ido nunca tan bien peinado.

Cuando Maite quiere devolver la foto a su sitio, vislumbra una imagen de su padre. Entre todas las personas mirar a una que se parece a su padre, el susto hace que tire algunas fotos.

Como uno de sus retratos. Como una de esas fotos que había encontrado en su caja fuerte.

Maite reconoce este uniforme, pero solo ahora lo examina con atención. El cuello es más oscuro que la tela de la casaca y lleva galones alargados. Charreteras enmarcadas con un borde blanco, desde el segundo botón, una cinta se pierde dentro de la casaca. Sobre el bolsillo pectoral derecho un águila con la esvástica, las alas absurdamente extendidas. A la izquierda del bolsillo una medalla redonda y una cruz de color negro con un borde blanco. La misma cruz que tiene su padre metida en una cajita en su escritorio, junto con ese amuleto pueril, «¡Detente, bala!», las cosas con las que tropezó Maite mientras buscaba su libreta de ahorros. El verano que se tuvo que quedar en Valencia con Maribel y aprendió a cocinar, su verano como persona *non grata*. El estado de emergencia a causa de aquel asunto tras la graduación.

Su padre había hecho una reserva en un buen restaurante, el tío Luis y las tías estaban allí, incluso la abuela, hasta la tía Teresa de Barcelona. Maite no quería celebrarlo, no con ellos, y no quería oír lo que su padre tenía que decir. Cuando se levantó con el vaso en la mano, entre el entrante y el plato principal, Maite se metió un trozo de pan en la boca y se fue.

Después de eso no la volvieron a llevar a los almuerzos dominicales en la finca de Luis. No le supo mal: un par de películas más a la semana, sola en su habitación, en el piso en silencio, comer la comida precocinada por Maribel. Pero la abuela se negó a entregarle a Maite el dinero que le había prometido para un viaje en autobús a Londres, su padre le confiscó la libreta de ahorros, y por tanto no tenía suficiente ni siquiera para un viaje barato a Benidorm. Maite trató de engatusar a Teresa, discutió con su madre, ni siquiera su hermano Alfonso la ayudó, aunque vivía en Londres. Tampoco Maribel tuvo buenas palabras para ella, y eso le debería haber dado que pensar. Hablar con su padre habría sido inútil. Lo registró todo, encontró muchas cosas, pero no la libreta de ahorros. En su escritorio se encontró con una caja con chismes militares, un par de medallas y cruces. Quería cerrar de nuevo el cajón y pasó otra vez los dedos por las medallas. Un amuleto ovalado mostraba a Cristo triunfante con un corazón en llamas, enmarcado por la bandera española, con el texto: «Voy a reinar en España – ¡Detente, bala! – ¡El cuerpo de Cristo está conmigo!». No le sorprendía que su padre tuviera algo así. El amuleto estaba rayado, abollado en un punto. En la parte trasera tenía pegada una llave pequeña y

delicada. ¡Detente, bala! Pero aquí ni siquiera Jesús podía ayudar. Maite desprendió la llave, la sopesó en la mano. Fue a la sala de estar, pasó junto a la mesa del comedor y por detrás del sofá. En la parte inferior de pared cubierta de estantería se encontraba la caja fuerte, una caja de seguridad anticuada, pintada de un color verde corrosión y la llave encajaba más con las manos delicadas de su padre que en la maciza caja de hierro.

Maite sabía que estaba traspasando un límite. Uno de los reproches habituales de su padre es que no tiene límites, pero en eso no tiene razón. Conoce sus reglas, las podría recitar en sueños, en el momento de quedarse dormida e inmediatamente después de despertarse. Se las conoce todas. Y la sensación cuando las incumple es su droga. Sabe exactamente cuándo traspasa un límite. Maite sopesó la llave en la mano, la puso en el ojo de la cerradura y la giró.

Probablemente se había llevado la libreta de ahorros al cuartel. Encontró lo que se suele encontrar en las cajas fuertes, registros y documentos, un reloj de oro grabado con un agradecimiento por el fiel servicio a la Madre Patria, las joyas de su madre, que no eran pocas, dinero en efectivo, para Londres o Benidorm más que suficiente. Cuando Maite quiso volver a ponerlo todo en su sitio, se dio cuenta de que no había seguido el orden correcto. Pero al mismo tiempo sus nudillos golpearon contra madera en la pared lateral de la caja. Una caja de puros. Fotos y cartas. En una imagen, se veía a una mujer, junto con su padre, ambos jóvenes, casi niños. La foto iba unida a una carta. Otras cartas con la letra del padre de Maite, unidas con una cinta azul. Dos retratos de soldado, uno de ellos, de eso está segura, como un gemelo del que está aquí.

Maite no se preguntó en aquel momento lo que estos hallazgos podrían significar, por qué su padre guardaba sus propias cartas en la caja fuerte, quién era esa mujer, porque la emoción por la llave la distrajo de todo lo demás. Oyó cómo sus padres entraban en el ascensor, el sonido de los cerrojos de la puerta principal. Lo metió todo de nuevo en la caja fuerte, por supuesto una parte de los documentos resbaló hacia ella, cuando consiguió cerrar finalmente la puerta, en el interior todo estaba revuelto. Su padre entró en la sala de estar mientras ella seguía agachada en el suelo. Se metió la llave en la boca, no se le ocurrió nada mejor, y se puso en pie, en este rincón estrecho entre el sofá y las estanterías en la pared, vio por encima del borde de la lámpara de mesa cómo su padre entraba en la sala de estar, se detuvo, y luego se precipitó hacia ella sorteando los muebles. Se encontró otra vez justo delante de sus ojos. En ellos había más desasosiego que ira. Habló sin voz. Como Maite apretaba la boca y no respondía, repitió la misma

pregunta de nuevo más alto. La madre de Maite entró en la sala de estar y su padre se quedó de nuevo en silencio. Amenazadoramente en silencio. Un silencio nervioso. Tranquilo como alguien que esconde un secreto. Ella lo había tomado por un soso. Pero había una segunda capa, algo oculto, y la mirada de su madre de él a ella y de vuelta iluminó la escena, como si se hubiera encendido la luz. Se trataba de algo que su madre no sabía, de lo que no se debía enterar. En la cámara oscura de la caja fuerte se guardaba el gran secreto de su padre. Eso le hacía parecer vulnerable. Le proporcionó una sensación de poder. Sonreír era difícil con la llave en la boca. Tal vez vio su osadía en la mirada. Tomó aire para decir algo, le soltó una bofetada con tanta fuerza que la llave se le deslizó por la garganta.

Le corría prisa recuperar rápidamente la llave. En el médico de la Guardia Civil no tuvieron que esperar, sino que pasaron por delante de las dos o tres personas de rango inferior que estaban esperando. Maite se imaginaba que oía la llave tintineando en su interior, tenía miedo de que él se lo fuera a arrancar todo. «¿Evacua con normalidad?», preguntó el médico, Maite asintió, aunque le pareció que eso no le importaba a su padre. Esperar. Esto lo arregla solo. El médico sonrió.

No se le podía dar alguna ayuda, preguntó su padre, el aceite de ricino, el médico pensó al principio que era una broma, se rio, se puso a jugar con una pluma en su escritorio moviéndola de un lado a otro, haciéndola girar entre los dedos, hasta que no pudo evitar durante más tiempo la mirada penetrante de su padre.

—¿Aceite de ricino?

Su padre asintió.

—¿Tiene prisa?

—Dosis baja.

El médico se rio una vez más. Se aclaró la garganta. Bajó la vista a los papeles que tenía delante. Se aclaró otra vez la garganta. Su voz había cambiado.

—Esos ya no son nuestros métodos. Con el debido respeto, teniente general, pero esos días pasaron hace mucho tiempo.

Maite miraba de uno al otro y no entendía nada. Observó que el estado de ánimo había cambiado. El doctor quería acabar cuanto antes. No vio el trasfondo de la sugerencia de su padre. Qué tiempos, pensó Maite, y qué podía haber de malo en un aceite. El médico se levantó y se alisó la bata, le extendió la mano. La presión fue cálida, Maite leyó en sus ojos una mezcla de sorpresa y simpatía y se preguntó qué era lo que acababa de ocurrir.

Su madre le preguntó lo que quería de la caja fuerte y se mostró satisfecha con la libreta de ahorros como respuesta. Su padre estuvo afable, la llevó a un lado, en la caja solo había unos pocos recuerdos personales, nada importante, le tocó ligeramente el codo como si fuera una de sus mariposas, y cuando ella asintió, le dio las gracias.

En un momento oportuno se lo preguntó a Maribel. Ella siguió trasteando, pero se puso rígida como si alguien le hubiera metido un tornillo de fijación en el cuello. Secó la jarra de agua, frotó con el paño toda la superficie, a pesar de que brillaba desde hacía un buen rato, y la colocó en el estante con más cuidado de lo habitual. El aceite de ricino, explicó al final, es un laxante. Pero no creía que Maite lo fuera a necesitar. Por la noche Maite oyó como sus padres discutían, lo cual era raro. Le parecía que su madre estaba llorando, no de tristeza, sino de mucha rabia. A través de la pared del dormitorio de sus padres le llegaban las voces, Maite puso más fuerte a Bob Dylan, no quería ser siempre joven, sino crecer con rapidez y abandonar esta casa.

Cada vez que Maite iba al baño, su padre se hacía el encontradizo en el pasillo. Recogía algo de la sala de estar, tomaba un café en la cocina, abría el correo. No salía de casa, y en otras circunstancias le habría parecido divertido que estuviera él y no ella bajo arresto domiciliario. Vigilaba la caja fuerte como un cancerbero. Dos días después reapareció la llave. Sin aceite. Sin lesiones. Maite no tenía ánimos para ocultar su reaparición o para tirarla por el desagüe. Había que terminar con esto. Pensó un poco si su padre tendría que acabar personalmente con el resto. Podía verlo de rodillas delante del inodoro, con las manos en la mierda. La idea era insoportable de una manera extraña. Maite sacó la llave con papel y la limpió con jabón, hasta que el latón quedó reluciente y sus dedos no olieron a heces, sino a limón. La colocó en el borde del lavabo y dejó abierta la puerta del cuarto de baño. Después de eso la vida fue durante un tiempo inusualmente tranquila. Disfrutó de esa paz, aunque sabía que era comprada.

En el pasillo se oyen pasos apresurados. Margot entra corriendo, lleva una bandeja de tarta vacía y una cafetera, se lame el pulgar.

—¿Qué haces aquí sola?

Se siente atrapada. Hurgando por aquí en las fotos de la familia. Se recompone, se sienta con la espalda recta. No entiende por qué su padre debe usar el mismo uniforme que un soldado en un alféizar en Baviera. Margot deja la bandeja en el fregadero. Siempre está a punto para recoger, para ayudar, para apresurarse, para hacer. Con

movimientos rutinarios llena el termo de café, recoge de la nevera un bote de crema para el café, como si la cocina fuera suya. Es muy probable que sea ella la que limpia el polvo de los retratos.

—¿Estás bien? —Se acerca—. ¿Qué ocurre?

—¿Quién es?

—Ese es Hans.

—¿Y quién es Hans?

—Hans —responde Margot—, Hans era el hermano de mi padre. Era el propietario de esta granja. —Hace un gesto con la cabeza hacia la puerta, hacia la sala de estar—. Mi padre era el menor de tres hermanos. El mediano era sacerdote en Múnich. En realidad, el mayor se quedaba en la granja, pero quería ir a la guerra, como si no tuviera ninguna responsabilidad en casa. Así que mi padre se encargó de la granja. En realidad, era lo ideal porque Karl era agricultor de nacimiento, puede con los animales y entiende la naturaleza. Dejó que Antonio trabajara aquí, algo que Hans no habría hecho nunca. Así se inició toda esta conexión. —Margot hace un círculo con el dedo en el aire, un gesto que implica a toda la familia que está en la habitación de al lado, a toda la granja. Hace un gesto con la cabeza a la imagen de Hans—. No tenía donde esconderse. Regresó después de la guerra y aterrorizó a todo el mundo. Pero murió al poco tiempo. Estaba roto, de la guerra y del cautiverio.

Tanta información a la vez abruma a Maite.

—¿Y el uniforme?

—¿Por qué lo quieres saber?

Maite vacila. Por otro lado, Margot parece alguien en quien se podía confiar.

—Creo que hay una foto de mi padre con este uniforme. Incluso con la misma cruz.

—Pero eso no puede ser.

—Lo es.

—Se trata de un uniforme alemán. ¿Cómo podría acabar un español con un uniforme alemán?

—No lo sé. Pero estoy segura. Este pájaro, esta cruz. Mi padre también tiene una cruz.

—Es el águila imperial. Hans estuvo primero en la Wehrmacht y después en las SS —explica Margot—. Ese es el uniforme de la Wehrmacht, ahí es aún un soldado normal. Carne de cañón.

—¿Carne de cañón?

—Los que tienen que luchar en primerísima línea. Alimento para los cañones. Luego se fue a la División Panzer SS o algo así. Los SS fueron los peores. Los principales nazis. También fueron los guardias de los campos de concentración.

Maite asiente con la cabeza. Esto le suena de la escuela. Hitler, el Holocausto, Auschwitz. Margot le toma la imagen de Hans de la mano y contempla pensativa la cara de su tío. Maite no tiene nada a lo que poder aferrarse. Las frases resuenan en su cabeza, un hangar vacío, cuyas paredes, techo y suelo desnudo se hacen eco de las palabras difíciles.

—¿Y estás segura de que tu padre llevó este uniforme? Pero no hay nada que no pueda ocurrir en la guerra. ¿Por qué no le preguntas al tío Toni?

—¿Toni?

—Antonio. Quizá sepa algo o alguno de sus colegas españoles. Yo hablaría con él. Nadie se lo cree, porque siempre actúa con mucha discreción, pero sabe un montón de cosas. Si quieres saber algo sobre los españoles en los campos alemanes, Antonio es tu hombre.

Margot se levanta del banco y agarra la cafetera.

—Debemos volver con los demás —comenta y balancea ligeramente la cabeza—. ¿Vienes?

Maite vuelve a colocar la imagen de Hans en su sitio y, cuando entra en la sala de estar, Margot ya está sirviendo el café que, aparentemente, estaban esperando con impaciencia. Mientras Margot hace la ronda alrededor de la mesa, mira una o dos veces a Maite, sonríe brevemente, pero también parece pensativa.

—¿Qué habéis estado haciendo durante tanto tiempo las dos en la cocina? —pregunta Carlos, y pone la mano sobre su pierna.

Maite solo mueve la cabeza.

NARANJAS PARA EL FRENTE

Agosto de 2004

Francisco cierra la caja fuerte. Se queda quieto durante un momento, se abstrae del ruido de la información sobre las Olimpiadas. Solo la nieta mayor puede comprender de qué se trata, pero lo más importante es que lo dejen en paz. Ha llegado el momento. Con el dorso de la mano barre la madera de la caja de cigarros. Hace tiempo que colocó las imágenes en el orden correcto y las volvió a ocultar. Pero las tiene que volver a pegar. Ese es su deber, que va a cumplir. Ha hecho que le buscasen su antiguo vade de escritorio y que le consiguiesen un álbum. Le gustaba la sobriedad del despacho. Más tarde, como teniente general, llegaron los despachos de representación con muebles de madera oscura. El vade de escritorio lo acompañó hasta esas alturas, en todos los lugares, hasta el final.

La vista desde la ventana tropieza con la pared de la casa vecina, aletea una salida de ventilación. La ventana le recuerda a su bar en el frente, una reja forjada atornillada a una pared, pero después vino todo lo demás. Se asegura de que el borde del álbum coincide con el filo del vade. El papel de seda cruje y la primera página se eleva ligeramente por la presión del lomo. La aplana con la mano como si fuera una garra. El color negro de las congelaciones, las ha llevado toda la vida con orgullo, pero las manchas de la edad son feas, indignas, y la artritis le ha deformado las extremidades. Todo se ha vuelto difícil. El cuerpo ya no obedece. Está dispuesto a retirarse como un hombre. Pero primero tiene que terminar lo que tiene entre manos. A la derecha coloca los lápices de colores y los ángulos para las esquinas, a la izquierda, la caja con las fotos. Contempla la pared frente a la ventana, entonces está listo para empezar, porque ha llegado el momento.

Cómo es posible que no haya pensado en ello: necesita una regla para pegar las imágenes paralelas a los bordes laterales. Quizá pueda evitar levantarse de nuevo. Se inclina hacia los cajones, con cuidado para no perder el equilibrio. El primer cajón está lleno de cosas de chicas. Isabel nunca lo ha limpiado. Se lo encargará. Pueden

aprovechar mejor el espacio. Muy pronto los hijos de Irene podrán hacer aquí sus deberes. Canicas, clips de plástico de color rosa, una goma de borrar en forma de corazón, un lápiz muy corto con el extremo muy mordido. Olor a frutas. Sus lápices huelen a madera, a grafito. Huelen a orden, porque todo está como tiene que ser.

Francisco encuentra una figura del pesebre, que en su momento desapareció de repente: el *caganer*,¹¹ el pequeño campesino cagando. ¿Ha estado aquí durante todos estos años? Francisco lo coloca delante de él en el escritorio. En el cajón también hay un llavero, un monstruo con una mueca horrible y una melena azul parecida a una fregona, que colgaba de la mochila de María Teresa, que aparecía tirado en el suelo del pasillo, que volaba violentamente por el aire cuando la obligaba a mantener el orden y desaparecía enfadada en su habitación. Siempre tan llena de rabia. Durante su estancia en el hospital, después de romperse el tobillo, con él sentado en su cama sin nada que decir, incluso allí estaba el monstruo, sentado en la mesita de noche y observándolo. Él solo había hecho lo correcto. Nadie podía sospechar que ella intentase una fuga audaz. No era su responsabilidad. No la volvería a encerrar, pero eso era algo que no se decía en voz alta, habría sido un error estratégico. En aquel momento parecía que María Teresa se alegraba de sus visitas. No hablaron mucho. Él percibió una rara sensación de afecto. Una cierta delicadeza, que no percibía a menudo en ella. Después de salir de servicio hacía que lo llevaran en coche al hospital, le leía en voz alta o la empujaba en una silla de ruedas por el parque, en silencio.

No encuentra ninguna regla, pero se puede ayudar con la tarjeta de un club de vídeo para marcar distancias uniformes. En la tarjeta roja y negra figura el nombre de «Maite Molins», esta contracción desfiguradora, Francisco le da la vuelta a la tarjeta. «Stromboli» puede leerse en letras medio borradas en la parte posterior, por qué llamar a un videoclub con el nombre de un volcán, pero tiene problemas más importantes de los que ocuparse. El paquete superior de la vieja caja de cigarros, un pequeño trozo de papel con el año 1936. Sus padres y cuatro hijos. Teresa aún no había nacido. Ya no sabe si es Ana o María la menor que está en brazos de la madre. Él está de pie al lado de su padre, grandullón para sus doce años; delante de ellos, Luis, un par de años más joven y más de una cabeza más bajo. Todos están bien vestidos, solo Luis parece que acabase de llegar de jugar. El objeto que se vislumbra al borde de la imagen podría ser en realidad un cazamariposas. Francisco contempla la pared desnuda de la casa y deja que lo asalten los recuerdos.

Luis tropezó y cayó en los arbustos, se ahogaba con su propia risa, se giró bajo los rayos del sol, que en los ojos de Francisco hacían que todo fuera de color blanco y cuando cerraba los párpados, verde y morado. Francisco se quedó en medio del camino, miró a los lados, se movió hacia delante. Se fundió con el cazamariposas que llevaba en la mano, se desplazaba con movimientos controlados hacia un arbusto, hacia una hoja. La mariposa voló hacia arriba penetrando en su red, Francisco colocó la prisión de vidrio sobre el animal. A Luis no le interesaban las mariposas, una vez atrapó una con la red, algo que era bastante raro, y la dejó escapar. Había ejemplares que a última hora de la tarde se podían recoger fácilmente en las hojas con la mano. Él ya las tenía, varios especímenes, pero estaban allí y eran víctimas fáciles. Había que aprovecharlo.

En casa, Luis dejó su cazamariposas en un rincón, desapareció en la cocina y muy pronto Francisco lo oyó reír con una de sus hermanas pequeñas. Esperaba que Luis no quisiese jugar en ese momento en su mitad de la habitación. Empezó los preparativos y vio con satisfacción cómo sus manos habían ganado habilidad para atraparlas. Tenía dos expositores, que había trabajado con papel de lija en el taller hasta que la madera había quedado tan uniforme que tenía un tacto aterciopelado y cálido. Francisco tomó la primera mariposa del tarro de cristal. El animal movió débilmente las alas. Le habría gustado que su padre lo dejase usar éter o cianuro para matar a los animales en el acto, ya tenía edad suficiente, o al menos amoníaco. Que tuviera que clavar a las mariposas vivas, por otra parte, tenía la ventaja de que los animales no quedaban rígidos y resecos. Salían aturcidas del tarro y las podía estirar directamente sin necesidad de ablandarlas. Apretó un poco para adormecer a la polilla, oyó cómo crujía el cuerpo. Francisco le atravesó el tórax. El cuerpo ofreció un poco de resistencia. Vaciló por un momento, giró a la mariposa en la aguja. Clavó otra vez, y ahora la aguja había quedado exactamente en un ángulo de noventa grados. Tomó una regla del cajón y midió, ajustando la aguja un milímetro hacia abajo. Luego colocó la mariposa en el expositor.

Mientras tanto llegó Luis y ocupó el lugar que tenía asignado en el extremo de la mesa. Con los pies se encontraba en su lado de la habitación, más allá de la línea de tiza que había trazado Francisco. La mesa era tan grande que no tembló cuando Luis se inclinó hacia delante y colocó la barbilla sobre los antebrazos cruzados. Se quedó allí como Charlie Chaplin, pero eso solo podía saberlo Francisco, porque su padre solo lo había llevado a él al cine en Valencia. Luis estaba acalorado, no rehuía ningún esfuerzo

para conseguir que riera la silenciosa Ana o saltaba salvajemente con María a través del patio.

María es la mayor de los dos, ahora lo recuerda Francisco. Ana la segunda, Teresa rezagada, aún era un bebé cuando se fue. Él no jugaba con sus hermanas. Tenía las mariposas, andaba a hurtadillas por la huerta y el bosque, y ayudaba a su padre, se hacía útil. Se dedicaría a los negocios. Pronto emprendería el viaje a París y Múnich. A Luis le quitarían las tonterías en el seminario. Eso era lo que decía su madre: Francisco para la empresa, Luis para la Iglesia, y luego ya veríamos qué pasaba con Luis.

Llamada para comer, cuando Francisco se ocupaba de la última mariposa. La más hermosa de todas, guardada para el final. Ahora tenía que trabajar bajo la luz de la lámpara. Colocó el expositor más cerca de la luz. La clavó con prudencia y se sintió satisfecho con el ángulo de la punción. Empujó con cautela las alas hacia abajo. Estaban colocadas de una forma perfectamente simétrica, cada una un ojo blanco en el ala superior y dos en la inferior, justo entre las nervaduras del ala, un verdadero hallazgo. Después de la cena, quería sacar el libro que le había regalado su padre, cuando el año anterior viajó a Alemania, al mercado mayorista de Múnich, que era tan importante para la venta de sus naranjas, tan importante como Barcelona y París. Su padre había traído para Luis una locomotora y dos vagones de chapa, para sus hermanas unos osos de tela con miembros articulados y un botón de metal en el oído. Cosas de niños. Para Francisco, una enciclopedia. *Schmetterlinge Europas*¹² aparecía escrito en la portada y «Stuttgart», palabras y nombres misteriosos. 1910 parecía que era una época muy remota, Francisco tenía casi trece años y de eso hacía trece años más, miró el calendario en la pared, en el que aparecía 1936, *Julio*, *Juli* y *Juillet*, enmarcados por flores de azahar. Su padre había impreso el calendario para los viajes de negocios, cada mes ilustrado con una imagen que hacía publicidad de las naranjas, los limones y otros productos procedentes de Valencia: arroz y aceite de oliva, almendras y chufas y licor de anís, y de los papeles con los que se protegía la fruta para el transporte. Sus padres se pelearon cuando entregaron los calendarios, porque su madre pensaba que eran una pérdida de dinero. No le gustaba el dibujante con el que había trabajado su padre y creía que el resultado era una vergüenza. Su padre no quería experimentar de nuevo una derrota como la del Jueves Negro, así que le dijo que necesitaban mercados nuevos para sus productos y que había que adaptarse a los tiempos. La disputa entre los padres terminó en un empate, el padre viajó con sus calendarios a Múnich y regresó con regalos

para los niños. Después de comer, Francisco buscaría en los dibujos de colores de la enciclopedia qué capturas habían caído en su red. De este libro surgió el término «lepidopterología», que aprendió como un vocablo. Luis no era capaz de pronunciar la palabra y siempre inventaba variantes nuevas: etipoderología, lopidopirólía, dopirolepiligía, riéndose, lo que para Francisco equivalía a que Luis se burlaba de él. Solo su madre reconoció el mérito de Francisco y trató seriamente de aprender la difícil palabra.

Francisco eligió el expositor a juego y colocó la mariposa justo en el centro, miró a través de la hendidura como un tirador a lo largo del cañón del fusil. La aguja perpendicular al tablero, el cuerpo completamente encajado en la ranura, incluso las patas se encontraban debajo del cuerpo. Las alas extendidas sobre el tablero. Perfecto. Se quedó mirando el cuerpo, estirado con las pinzas para dejar las alas con la forma adecuada. Luis apareció por segunda vez en la puerta. Francisco puso papel de cera sobre las alas, oyó desde lejos cómo Luis gritó por la escalera y la respuesta de la voz de su padre. Fijó las alas y oyó a su padre, impaciente, y otra vez los pasos de Luis en la escalera. Podría haber dejado así al animal. Se puso de pie, pero quería dar este último paso, completar su trabajo, regresó a la mesa, la última mariposa, la más bella del día, solo le faltaba alinear las antenas y fijarlas con agujas cruzadas, mientras aún eran elásticas, solo cuatro agujas, cuatro puntos en el tablero, entonces habría acabado, la mariposa estaría perfecta. La voz de Luis, Francisco colocó la primera aguja. Puso la segunda y oyó a su padre llamándolo por su nombre. Era para desesperarse, tenía hambre, quería obedecer, pero solo le quedaban dos agujas. Clavó la tercera, cuando oyó a su padre en la escalera, sacó la cuarta aguja de la caja, con los dedos sudados y un movimiento nervioso. Incluso antes de que su padre lo agarrase por el cuello, Francisco se encogió de hombros, su brazo extendido hacia la caja cayó sobre la mariposa. Las alas deshilachadas son irreparables, esta advertencia le pasó por la mente, las alas deshilachadas son irreparables, y agarrado por su padre echó un vistazo a la mariposa aplastada. Gritó y su padre lo soltó. Francisco se olvidó de todo, se olvidó de la reverencia y el respeto, no le gritó a su padre, sino que rugió su enojo, expulsó su ira sobre el mundo, sobre la mesa con el tablero y la mariposa destruida, la última del día, la más hermosa de todas.

Resulta difícil meter las fotografías bajo la lámina de plástico de las cantoneras cuando tienes los dedos entumecidos. Podía sacar unas pinzas del armario de las

mariposas, pero allí están los niños. Por fin lo consigue y siente una sensación agradable. La primera foto, la primera página. Francisco apunta el año, los nombres, el sitio. Deja a un lado la tarjeta del videoclub.

Con frecuencia se sentía abrumado por una furia que no lo llevaba a ninguna parte, pero que lo llenaba hasta la última fibra de su ser. La única salida era de golpear la mesa con las palmas de las manos abiertas, pero no fue suficiente, cerró la mano hasta formar un puño y golpeó la mariposa, la mariposa más bella del día, que era irreparable, una aguja se le clavó en el pulpejo, golpeó el tablero hasta lanzarlo al borde de la mesa, gritó y golpeó, y después de eso su padre no volvió a llamarlo. Levantó el expositor y pasó por encima de las marcas hasta llegar a su antiguo escritorio. La rabieta tuvo castigo. Se fue a la cama sin cenar y al día siguiente empezó en esta mesa, con las marcas, que brillaban como cicatrices.

No obstante, a la hora del almuerzo nadie quería saber nada de su castigo. Alrededor del mediodía llegó un socio de negocios de la ciudad y desde aquel momento sonó la radio sin cesar. La colocaron en el pasillo y subieron el volumen, por lo que las voces quedaban ahogadas. Nadie siguió trabajando. Su padre estaba con el hombre que entregaba las cajas de frutos a la sombra de una pared. Los trabajadores se mantenían en las inmediaciones de la casa. Francisco no podía estar seguro de que se hubiera disipado el enojo de su padre, que no estuviera a tiempo de recibir una bofetada, pero el padre se había olvidado de todo y le puso a Francisco la mano en el hombro como si fuera un adulto. La conversación de los hombres giraba en torno a acontecimientos en Valencia: desde el día anterior, los trabajadores se habían reunido en las calles. El Gobierno de la República había desplegado a las fuerzas policiales. Alrededor del antiguo convento de Santo Domingo, en las proximidades de la *Capitanía General*, se veía movimiento, idas y venidas, un aura de secreto y también inquietud pública: puertas que se abrían y cerraban, guardias que reaccionaban con agresividad cuando alguien se quedaba parado durante demasiado tiempo. Este lunes, 20 de julio, se habían movilizado los sindicatos, que querían ocupar con las milicias los puntos neurálgicos de la ciudad y los cuarteles. Poco antes los generales se habían levantado contra la República, y en Valencia parecía que la situación estaba fuera de control. El padre se preocupó inmediatamente por el negocio. Así que Francisco se quedó con su madre. Esta estaba de buen humor y le dio limonada. Ahora se expulsaría a los bolcheviques, comentó, ahora finalmente terminaría.

Francisco toma la siguiente foto: su madre está en el patio y llena cajas con mandarinas y naranjas. A la fuerza debía ser noviembre. La madre tenía la fruta en una mano y una caja delante de ella, sonreía a la luz, alegre por el trabajo. La lucha contra el bolchevismo, los bandidos en el Gobierno y la escoria en las calles, que había sido su cantinela en los últimos años, interrumpida ahora por las preguntas infantiles de Luis de por qué había muchas personas que no tenían lo suficiente para comer y por qué no se les daba simplemente de comer a todos. Cada uno recibía lo que necesitaba. Desde aquella primavera se habían producido tantas huelgas de jornaleros del campo y ocupaciones ilegales que ya no se podían contar, el enemigo de Francisco eran las colectivizaciones ilegales, su enemigo eran las antorchas delante de las puertas y los gritos en la noche, su enemigo era esa gente que se presentaba delante de su padre con exigencias y con esa expresión perversa en la cara, su enemigo era esa sensación de amenaza que no podía definir de una manera exacta, pero que podía percibir tanto en su madre como en su padre. Era un latifundista o lo sería muy pronto. A Francisco le gustaba su mundo tal como era, y había que aplastar los ataques contra el buen orden, en eso tenían razón su madre y los generales que habían tomado las armas para defender la patria. Valía la pena ir a la guerra para mantener la paz. Él quería ir a esta guerra, pero aún no había cumplido los trece.

El padre de Francisco llamó al fotógrafo a la finca y se fotografió con la familia delante de la casa. El fotógrafo hizo dos fotos, una solo con la familia y otra con todos los trabajadores e incluso con el burro, como si quisiera conservar en el papel un mundo cuya desaparición parecía inminente. La madre, por su parte, empaquetaba naranjas para el frente, que entregaba en el territorio de los facciosos, para apoyar la causa nacional. Probablemente maldecía el hecho de que su marido producía cítricos y no las balas de cañón. El padre, por su parte, también maldecía que ella regalaba la mercancía y perdía dinero. Esa temporada no hubo calendario publicitario. El negocio de las naranjas iba mal, el padre ya no hacía viajes comerciales fuera del país, el dibujante rojo luchaba en el ejército republicano. El lápiz rasga el papel negro. Francisco anota bajo la imagen de su madre: *Naranjas para el frente, octubre/noviembre de 1936*. ¿Debe poner un signo de interrogación entre paréntesis? Es mejor no demostrar ninguna duda.

¿Cuánto tiempo lleva sentado aquí? El sol dibuja una raya de claridad en la pared delante de la ventana. En esta habitación no entra nunca la luz solar directa. Muy diferente al dormitorio que hay al lado, donde siempre se mantienen las persianas

cerradas. Francisco está considerando la posibilidad de tomar algo en la cocina, pero andar le resulta difícil. Más difícil que la leve sensación de hambre. Puede pasar con poco. Eso es útil en la vida. Puede aguantar.

Le hubiera gustado participar en esta guerra. En su lugar, jugaban a nacionales y republicanos en la huerta, papeles claramente repartidos entre Luis y él, y siempre ganaban los nacionales, por el bien de la nación y la patria, en eso no hubo nunca ninguna duda. Este juego terminó abruptamente cuando Francisco una vez casi ahorca a Luis por accidente. Francisco oyó el tronar de los cañones en los alrededores de la ciudad, Luis había desertado porque prefería jugar a indios con el hijo de un trabajador. Pero era la guerra, esas cosas pasaban en la guerra, Luis gritó como si le fuera la vida en ello, un trabajador corrió como si hubiera una vida en juego. Ese día Francisco recibió una paliza. Entonces terminó la guerra. Por lo menos el padre prohibió los juegos de guerra. Luis empezó a evitarlo y Francisco vagabundeo solo con mayor frecuencia por la Sierra Calderona. Que fuera de la mano de su padre, que le explicase los libros y que cabalgaran juntos por la huerta solo ayudaba ligeramente a aplacar la sensación de sentirse al margen. Tal vez todo lo que siguió no fue más que una especie de venganza. Por eso Luis tuvo que trabajar muy duro año tras año en el negocio, mientras que Francisco iba de un lado para otro y recorrió toda España, hasta las islas Canarias, e incluso estuvo estacionado en el extranjero. Por eso Francisco se casó con la mujer más guapa. Tuvo cuatro hijos y Luis solo dos. Por eso Francisco acudió con su gran familia durante toda la vida a comer los domingos a casa de Luis y nunca hizo nada útil. Había sido suficientemente útil y nadie se lo había agradecido.

Al principio Maite no hace nada. Acude a sus clases. En Múnich hay miles de estudiantes de Filología Alemana, y hasta que Maite comprendió cómo funcionaba todo, tuvo que conformarse con lo que no le interesaba a nadie y a ella tampoco. Carlos opinaba que una estancia de Erasmus no estaba pensada para estudiar. Ella siguió su consejo y va a correr al Jardín Inglés, se sienta agotada en el Monóptero y considera agradable la perspectiva de vomitar. Sale y baila hasta reventar. Se hace muy pequeña en la última fila de un cine y se engaña para asistir al reestreno de *Eduardo Manostijeras*. Cocina de memoria las recetas de Maribel, pero antes limpia la cocina de la vivienda e incluso utiliza para ello el cepillo de dientes. Tiene un deseo inexplicable de ver florecer algo, de comprar flores, les quita el polvo a las raquíticas plantas de las macetas en la cocina, siembra berros y finalmente entierra bulbos de tulipanes en el prado helado delante de la residencia de estudiantes, hasta que el conserje le grita que lo deje estar y Hannah le aclara que se está pasando con la beca. Y todo el tiempo Maite siente cómo le crece un agujero en el interior que no consigue llenar con todas sus actividades y que posiblemente solo podrá llenar la respuesta a la pregunta de cómo su padre pudo acabar con un uniforme de la Wehrmacht alemana.

Con dedos nerviosos marca el número de Teresa, la hermana menor de su padre y su madrina, la persona con la que todavía podía hablar con sinceridad, y escucha cómo suena el teléfono en su piso vacío. En el verano que había pasado en Barcelona, Teresa había recogido a Maite en la estación de Sants y la había llevado en coche a la estación de Francia. Ahora, en retrospectiva, Maite se da cuenta de que Teresa quiso darle algo durante el trayecto. Hablaron de la despedida de Maite, de la pelea por el dormitorio, Teresa la miraba con intensidad, poniendo los ojos en blanco. Al menos por una vez alguien ponía los ojos en blanco por ella. Maite sintió el aguijón de la envidia, le habría gustado tener más confianza con su tía, formar parte de su vida, ser como ella. Libre. Mejor sola. Mejor tener a todo el mundo como familia que a la suya. Maite se quedó

mirando a través del parabrisas polvoriento las calles que iban pasando de largo, la plaza de toros, la estatua de Colón, el Nuevo Mundo. Le parecía que Valencia quedaba en la cara oculta de la Luna. Tuvieron una conversación dura sobre su padre, al que no le encontraba nada bueno, mientras Teresa trataba de convencerla de lo contrario. Su padre estaba orgulloso de ella. Maite tuvo que reírse. Pero no podía demostrarlo. La quería, como todos los padres quieren a sus hijos y no pueden evitarlo, dijo Teresa totalmente convencida, ella no tiene hijos. ¿De qué iba a estar orgulloso su padre, cuando siempre estaban peleando, cuando siempre encontraba algo que criticar, empezando por su ropa, pasando por sus amigos hasta la música que escuchaba? La quería como Irene, de la que estaba orgulloso, cómo baila y el aspecto que tiene, Irene, que estudia Administración de Empresas y no una especialidad inútil como Maite. Y cuando Teresa alabó su graduación de bachillerato en el Colegio Alemán, su padre no se olvidó de las preocupaciones que les había ocasionado ni de la facilidad con la que su hermana había pasado por la escuela. Teresa trató de explicarle algo a Maite sin llegar a decirlo con claridad, pero Maite no escuchaba, estaba enfadada con su padre y emocionada por el viaje. Sentimientos sobre los que no se hablaba y que era mejor no tener. Una generación rota, aunque no iba a servir de nada decírselo a la cara, pero de esta frase se acordaba Maite con toda precisión. Entonces Teresa se dirigió súbitamente a la entrada de un garaje, tan bruscamente que el cinturón de seguridad se le clavó a Maite en la clavícula, se inclinó sobre la separación entre los asientos y tomó la cara de Maite entre las manos, hasta el punto de que le dolía la mandíbula y empezó a sentir palpitaciones.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Esto no tiene nada que ver contigo en absoluto.

Teresa se limpió una gota de saliva de la boca y apretó los labios. Tenía la cara tan cerca que Maite retrocedió involuntariamente y ahora piensa que en realidad Teresa tenía algo más que decirle. Pero Teresa solo la abrazó. Maite se sintió muy poco reconfortada y muy insegura. Detrás de ellas alguien tocó el claxon y Teresa puso en marcha el coche para dejar libre la entrada al garaje. Cambió de tema, habló de la cerveza y del clima terrible en Alemania, todos estaban preocupados por el mal tiempo.

—Y una lengua horrible —dijo Teresa, e hizo la broma que hacen todos cuando se trata de la lengua alemana, una cadena de sílabas sin sentido que con un tono duro y gutural se supone que se parece al alemán y que más mal que bien suena como suban, empujen, estrujen, bajen.

Maite conocía la broma. ¿Cómo se dice autobús en alemán? «Subanempujenestrujenbajen.» Teresa rio mientras movía por el andén una maleta con una facilidad asombrosa, Maite casi no conseguía mantenerse a su altura.

—No estés siempre tan seria, *chica*. Pero tu padre no se ha reído nunca con esta broma.

—¿Por qué se tendría que reír mi padre con esta broma?

—Es verdad. No tiene ningún sentido del humor.

—¿Por qué tendría que entenderla?

Teresa dudó.

—Bueno. —Entonces le devolvió la pregunta—. ¿Tiene gran cosa que entender?

En eso volvía a tener razón. Pero ocultaba algo y ahora, con la foto con el uniforme alemán, el episodio adquiriría significado. Teresa había querido decirle algo y no se había atrevido.

Al despedirse, cuando Maite estaba ya en la puerta del tren, Teresa sacó un paquete de su bolso.

—Esta época será emocionante. Apúntalo todo.

Más tarde, durante el trayecto nocturno, vio que era una libreta muy gruesa. Entonces sonó el silbato y se cerraron las puertas. Teresa levantó el brazo, lanzó besos con las manos. Maite acercó en ese momento la cara a la sucia ventanilla de la puerta, hasta que el ángulo fue demasiado agudo y ya no pudo ver a su tía.

Después de diez días, después de dos intentos más para contactar con Teresa, después de sexo y sopa, Maite le pide a Carlos el número de teléfono de su abuelo. Carlos levanta una ceja interrogante, pero Maite guarda silencio, como si estuviera cortando las cebolletas con una concentración absoluta. Carlos lo deja ahí y ella se lo agradece en silencio, él apunta con su letra amplia e igualada unos números en un trozo de papel.

En la vivienda de Antonio, el olor a aceite de oliva caliente saluda a Maite. El pasillo es estrecho, porque para su sorpresa, a derecha e izquierda las paredes están cubiertas por estanterías de libros. En algunos estantes los libros están en doble fila, con ejemplares tendidos unos encima de otros. Él le había dicho que le habría gustado estudiar. Utiliza cajas de naranjas para guardar cosas y Maite observa las impresiones en los laterales por si descubre el nombre de su familia. Al final del pasillo está la cocina, la pared alicatada con cerámica española, apoyada en ella dos paelleras de diferentes

tamaños, en una sartén el resto de una tortilla y media rebanada de *Leberkäse*. En una esquina de la cocina hay un tocadiscos sobre un estante improvisado con cajas de fruta llenas de discos. Antonio responde a su sonrisa:

—Los otros siempre envían dinero a casa, pero ¿a quién le iba a enviar algo? Poco a poco me he ido trayendo España hasta aquí. ¿Te puedo ofrecer algo? ¿Un café? ¿Agua, una naranja?

Pone dos platos, dos cuchillos de fruta en la mesa y se inclina hacia el cajón de las verduras de la nevera, que está completamente lleno de naranjas. Maite siente cómo se le ilumina la cara, Antonio asiente, sonríe, se queda la que está desnuda y entrega a Maite la que está envuelta en papel.

—Mi tío cultiva naranjas. Nuestra cocinera siempre me reservaba las que iban envueltas.

—En la actualidad solo consigues la fruta envuelta si la encargas. También en los comerciantes preocupados por la calidad como yo. —Antonio hace una reverencia en broma—. O tal vez con tu tío. Valencia es ideal para el cultivo de naranjas. Pero estoy seguro de que lo sabes. El norte es demasiado frío, el sur demasiado seco. Valencia y Sicilia. —Aprieta la fruta con los dos pulgares para comprobarla.

—¿Qué haces?

—Nada. Mi *déformation professionnelle*.

—¿Qué es eso?

—Solo he comprobado si la fruta está llena y es firme, y no es demasiado ligera para su tamaño, además de jugosa. Que no haya sufrido ningún daño durante el transporte. Siempre adquiero producto de calidad A, pero eso ahora no tiene importancia. ¿Cómo se llama tu tío?

—Luis Molins Muñoz.

—He oído el nombre, pero no lo conozco. ¿Cuál es su especialidad?

—Ni idea. ¿Las naranjas?

Antonio se ríe y prosigue.

—Solo en Valencia se han adoptado la litografía, los italianos no lo han hecho. Este es un verdadero arte, todo hecho a mano, un proceso costoso, por eso las impresiones eran inicialmente muy pequeñas.

Maite agarra los extremos enroscados del papel y tira de ellos. Desenvuelve la fruta y alisa el papel sobre la mesa. Una imagen en el estilo colorido de la publicidad antigua,

una pareja en un paisaje rural, rodeada de árboles y vides llenas de frutas, de cajas y cestas llenas de naranjas, una más bella que la otra. El nombre de Luis aparece en letras amarillas cruzado sobre la imagen y la decoración muestra a un hombre y una mujer con el traje típico, ella lleva el cabello hacia arriba y recogido en dos caracolas a los lados de la cabeza y va vestida como para una fiesta, el hombre le ofrece la mano como si le pidiera un baile. El sol es amarillo, redondo y se encuentra en lo alto, aunque los dos aparecen frescos como si estuvieran almidonados, radiantes como estas naranjas, que se pasan las horas en la nevera como si fuera una promesa. Maite mueve el cuchillo arriba y abajo alrededor de la naranja, recorre rápidamente los lados abombados. En cuanto ha cortado la piel empiezan a manar los aceites esenciales. Con el pulgar derecho levanta la capa que cubre los polos, pela tira tras tira de la fruta. Una la dobla por la mitad, la coloca debajo de la nariz y cierra los ojos: el aroma del sol en los párpados. La cocina de Maribel. El suelo cálido del verano y las piñas bajo los pies descalzos, en pleno mes de noviembre en Múnich.

Charlan. Antonio habla de su trabajo en el mercado mayorista, le pregunta lo que está haciendo en Múnich, él pela la naranja con las manos desnudas, los hilos blancos no le preocupan. Maite parte la fruta en dos mitades con los pulgares. Elimina el grueso eje central. Antes de meterse el primer gajo en la boca, elimina con paciencia todos los restos de la parte blanca de la piel, hasta que solo queda la película más delgada. Solo un soplo de resistencia, que estalla entre sus incisivos y su boca se llena de frescura azucarada, que se extiende a lo largo de los bordes de la lengua, llena su cabeza y llega a todos los rincones. Al tragar, un sabor amargo fugaz.

Antonio sonríe.

—Todo el mundo pela y se come la naranja a su manera. Carlos la corta a cuartos con la piel y retira la carne de la fruta, pero eso solo puede hacerlo porque siempre lleva una navaja encima.

Su padre pela las naranjas con un cuchillo. No le gustan los hilos blancos, como a ella, pero además él pela cada gajo y como mucho se come uno o dos, sin importar lo jugosa y dulce que sea la fruta, como si afectara algo amargo que hay en él.

Antonio se levanta, se lava las manos y trae del pasillo una de sus cajas de naranjas, está llena hasta arriba, una sola pila de ligeros envoltorios de naranja alisados. A Maite siempre le han gustado los envoltorios, sobre todo el momento de desenvolver cada fruta como si fuera un regalo, pero ¿coleccionarlos? Antonio saca unos pocos.

—Hay envoltorios que fueron diseñados específicamente para el mercado alemán. ¿Lo sabías? —Maite niega con la cabeza—. El Münchner Kindl. Una especie de mascota de la ciudad. O aquí: Struwwelpeter, ¿lo conoces? —Maite vuelve a negar con la cabeza—. Lo conocen todos los niños alemanes, a Carlos también le leí la historia. Una buena educación alemana. En cuanto a los papeles españoles, hace tiempo que no vale la pena coleccionarlos. Los envoltorios viejos son fantásticos, los buenos diseñadores gráficos eran en su mayoría republicanos. Desde la victoria de Franco en España ya no existe una cultura del grafismo para cítricos. Mira, este es un buen ejemplo. Este es casi solo un esbozo, la impresión monocroma, totalmente descuidado.

Maite lee «Marca de Escuela» en esas letras alemanas tan extrañas y sigue en caracteres latinos «QUIEN COMPRE ESTAS NARANJAS, APOYA LAS ESCUELAS ALEMANAS EN VALENCIA Y CARTAGENA». Ella señala la palabra «Valencia».

—No estudié el bachillerato en la escuela alemana. ¿Qué tipo de envoltorio es?

—Aparentemente los cultivadores españoles de naranjas apoyaban las escuelas alemanas —responde Antonio, y le alcanza el envoltorio a Maite.

La conversación se detiene. Colegio Alemán. Uniforme alemán. Maite sabe que el siguiente tema debe ser el motivo de su visita.

Antonio reúne los envoltorios que todavía están sobre la mesa.

—Tendría que plancharlos todos y clasificarlos. Cuando sea viejo y tenga tiempo. —Ríe—. Ahora tengo setenta y sigo teniendo mi puesto. Pero el trabajo duro hace tiempo que lo realiza mi personal. —Se aclara la garganta—. ¿Te gustaría hablarme de la foto que has mencionado por teléfono?

Maite le devuelve el envoltorio de la escuela alemana y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Qué ha hecho tu padre? —pregunta Antonio.

—Estaba en la Guardia Civil. Se retiró hace dos años. Ha hecho cosas diferentes. Guardacostas. Operaciones antiterroristas. Mucho antes fue simplemente policía en un pueblo, para mantener la ley y el orden. Hasta que cumplí los catorce o quince años vivíamos en el cuartel, toda la familia. Mi hermano mayor también está en la Guardia Civil.

Antonio coloca en la caja el último envoltorio de naranjas que aún tiene en la mano. En la hoja delgada Maite puede ver claramente que su mano está temblando. La esconde en el bolsillo.

—Dicen que algunas personas se alistaron en la Guardia Civil por pura necesidad.

—Nosotros no teníamos ninguna necesidad.

—¿Después de la guerra civil? Fueron tiempos difíciles para muchos. España era pobre, se desangraba.

—Mi familia tiene tierras. Naranjas. Siempre les ha ido bien.

—¿Estás segura? Las naranjas no sacian. El cultivo y la venta de cítricos se derrumbaron con la guerra civil y la Segunda Guerra Mundial empeoró las cosas. La recuperación de la producción y las exportaciones llevó mucho tiempo. Con esto una familia podía tener necesidades, tuviera tierras o no.

Ella cree que siempre tuvieron dinero suficiente. Pero, francamente, no sabe cómo era la vida antes. Y en realidad la sorprende que el tío Luis lleve el negocio cuando su padre es el mayor.

Antonio se ha puesto en pie. Del armario que hay bajo el fregadero saca una botella y un vaso del escurrer platos. El cuello de botella repica contra el borde del vaso. Antonio se toma de un trago el vaso de aguardiente y se detiene por un momento.

—Por desgracia no puedo ayudarte. Pero podríamos pasar por el *Centro Español*, nuestro centro cultural español. Hoy habrá alguien que nos puede ayudar. David lo sabe todo sobre la guerra civil, recorre mercadillos de segunda mano en Alemania y en España. Lo tiene todo en maletas y es una especie de historiador militar. Y se explica mejor que yo. —Antonio ya se está dirigiendo hacia la puerta—. Perdimos la guerra porque estábamos pésimamente equipados y desde fuera no llegaron refuerzos porque el resto del mundo nos dejó solos, mientras que Hitler y Mussolini apoyaron a Franco. Ahí quizás haya una conexión. Te podría hablar sobre la guerra española, pero del resto sé muy poco. A partir del treinta y nueve ya no estuve allí.

Antonio solo se envuelve el cuello con una bufanda y abre la puerta. Mientras mantiene abierta la puerta del local, Maite vacila. Una parte la empuja hacia allí, pero también hay algo que la retiene.

—Antonio. Por favor, la foto... no podemos simplemente decir que se trata de mi padre.

El local tiene una acústica horrible y un revestimiento horroroso de plástico blanco. En la primera mesa están sentados unos hombres que juegan al dominó y a las cartas, en otras mesas hay alemanes cenando. Es increíblemente ruidoso, y la gente da la bienvenida a Antonio con alegría.

—¡Antonio! Hace tiempo que no te vemos por aquí.

—Mucho trabajo. ¡Silvio! Rodrigo. —Antonio saluda a la gente con la cabeza, le da una palmada en el hombro a uno de los jugadores de dominó.

—Tampoco te vemos en el fútbol. El *TSV España* te echa de menos.

—*Hombre*, me echaríais si siguiera viniendo.

Qué bueno es estar entre españoles. Incluso Antonio es de nuevo el viejo. Conduce a Maite a través del pasillo entre las mesas y tiene que escuchar con atención a lo que le dice al oído: «En los años setenta había tres veces más clientes que asientos en el local, en una mesa para cuatro se sentaban una docena de personas y en la calle había cola», entonces debía ser imposible escuchar tus propias palabras, «El vino es terrible, pero el año pasado tuvieron que pagar una multa de *Spatenbräu* porque la gente no bebe suficiente cerveza». Antonio se acerca a una mesa a la que está sentado un anciano con una bufanda de colores a pesar del calor que hace en el local, al lado de una foto en blanco y negro de una mujer mayor que parece ser familiar para todos, excepto para Maite.

—Un icono del Partido Comunista de España. Aquí, en Alemania, la democracia no es del todo completa porque falta un partido importante, piensa en ello.

El hombre de la bufanda debe ser David, mira a Antonio y señala la imagen de la vieja comunista, gritando a través de la estancia «¡No pasarán!», después se acercan a la esquina de su mesa.

—David —dice Antonio en lugar de saludar.

—*Sí, señor.*

—Esta es Maite, la amiga de mi nieto.

—*Encantado.* ¿Sabías, Maite, que los canallas han otorgado a la Virgen María el grado de general de honor del Ejército español?

Antonio va directamente al grano.

—David, españoles en el Ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial, ¿te dice algo?

—Pero eso lo sabes tú tan bien como yo. Por supuesto.

Por supuesto. Tan sencillo. Españoles en una guerra alemana.

—¿Qué se les había perdido a los españoles en la Wehrmacht?

Se cruza de brazos y se apoya en la mesa.

—Si me preguntas, nada. Pero a nuestros amigos Franco y Hitler les pareció una buena idea. Una especie de agradecimiento por la Legión Cóndor. ¿Qué quieres saber?

—Todo —le sale a Maite.

—¿Por qué?

—Ha encontrado una foto. Un español con un uniforme de la Wehrmacht.

—Genial. Enséñamela. —En los ojos de David brilla el instinto de caza.

—Solo la he visto.

—¿Y bien? —pregunta Antonio.

—Bueno. Guernica, ¿está claro?

Finalmente, Maite sabe algo.

—Picasso.

—Sí, ¿y la historia anterior, la ciudad, el ataque?

Más o menos. David asiente con la cabeza, como si le hubiera dado la señal de salida. Le explica con rapidez su versión del ataque a Guernica, el hombre es una mina de datos andante, da cifras, fechas, tipos de aviones, calibres de bombas, trayectorias de aproximación, número de víctimas, como si se tratara de un comentario en vivo en la radio, más de lo que Maite puede asimilar sobre la marcha.

—El primero de los muchos crímenes contra los derechos humanos de los nazis. El puente, que era la razón del ataque, no fue alcanzado por una sola bomba. Bombardearon la ciudad durante horas y por desgracia no acertaron en el puente.

Dos de los jugadores de cartas en la mesa de al lado se han girado en sus bancos. Maite se inquieta. Antonio le pone las yemas de los dedos en el brazo.

—David, la Wehrmacht.

—*Perdona*. Franco solo pudo ganar la guerra civil con el apoyo de Hitler y Mussolini. Antonio mueve la mano con impaciencia.

—Eso ya se lo he explicado.

Pero David no se da por enterado.

—Sin Hitler no hay Caudillo. Sin el apoyo alemán no hay franquismo. Después de la guerra civil, los representantes de Franco en Alemania siempre celebraban una recepción el 18 de julio, cada maldito año en el Día de la Victoria, también en la época de la República Federal, en agradecimiento por el apoyo en la guerra civil. Como compensación, Hitler explotó las materias primas españolas. Bases navales en España. Un sistema extraordinario de escuchas y de espionaje, el mayor departamento exterior de

la Abwehr¹³ alemana. Los alemanes crearon campos de concentración para Franco. Los nazis enviaron a sus expertos a España y exportaron su mejor producto. El primer exportador del mundo. La peseta, lamentablemente, nunca fue una divisa valiosa, nuestro gran éxito exportador siguen siendo los pobres con maletas de cartón. —David levanta su copa para un brindis cínico—. Campos de concentración en castillos, en conventos, en campos de fútbol, en plazas de toros. Cientos de miles de republicanos se vieron sometidos a trabajos forzados. Después de la guerra, a reconstruir las infraestructuras.

—Habían perdido la guerra.

David responde rápidamente y, al mismo tiempo, le lanza una mirada interrogante a Antonio.

—Muchacha, tuvimos que defender el orden legalmente establecido contra unos golpistas y sí, hemos perdido la guerra, pero ¿qué puede justificar los campos de concentración?

La vergüenza es bochornosa, más bochornosa que el bochorno que ya hace en este local demasiado lleno y demasiado ruidoso. Maite se siente estúpida y muy fuera de lugar.

—Otro ejemplo, el Valle de los Caídos.

Todos habían estado juntos ante la tumba de Franco, Maite era demasiado pequeña para recordar los detalles, pero hacía un calor increíble y las distancias eran muy largas, todo era increíblemente grande y muy aburrido. En la basílica sin ventanas se puso a llorar y cree que se acuerda de que su madre lloró con ella, en vez de regañarla. Juntas se escondieron en un escabel, Maite sentía el sudor entre su piel y la de su madre, que le acarició la cabeza y le repitió una y otra vez que pronto todo habría terminado, solo tenía que aguantar un poco, pronto se acabaría y volverían a casa.

—También trabajadores forzosos. Miles. Veinte años. Tallaron a mano una catedral en la montaña. Y como no tenían mártires suficientes para su loca empresa megalómana, también deshonraron a nuestros muertos para su propaganda fascista. A los que ellos habían asesinado, los volvieron a enterrar y a emparedar en su monumento de la victoria.

Antonio se apoya en la mesa e insiste con David:

—¿Qué pasa con la foto?

—Después, Maite, llegamos a tu soldado. Está el señor Serrano Suñer, ministro de Asuntos Exteriores de Franco, un petimetre, un hijo de puta. Muy germanófilo. Cuñado

del Caudillo, que, por cierto, era su mayor mérito. Quiere establecer una estrecha amistad con Hitler, así que acude a él y le ofrece una división de voluntarios españoles. A principios de los años cuarenta.

Uno de los jugadores de cartas se inclina hacia ellos. Su voz casi no consigue superar el ruido.

—Cuarenta y uno. El invierno del cuarenta al cuarenta y uno fue el invierno del hambre, mi hermana pequeña murió de hambre. Mi madre trató de cocinar sopa con astillas de madera. Y eso fue al verano siguiente. Mi hermano mayor quería ir, solo para no padecer más hambre. Mi madre no se lo pudo impedir. Nos quería enviar su paga.

—¿Y?

—Quedó allí.

La tristeza lo transforma, parece joven como su hermana pequeña en su rostro viejo. Por un momento, nadie dice nada y esta información queda huérfana en el aire. Maite se mira los dedos.

David interviene.

—Pudieron cerrar las oficinas de reclutamiento al cabo de unos pocos días. Júbilo, banderas, brazos estirados, todos los que quisieras. La estación de ferrocarriles de Madrid completamente llena. Dos tercios del Ejército, un tercio de la Falange.

David ha entendido que con ella le resulta difícil suponer nada. Pero esto lo sabe o lo cree saber a partir de las insignias de su padre, David sigue hablando y como lo formula le clava a Maite una banderilla.

—Los fachas. Ultranacionalistas y anticomunistas. Veinte mil de un solo golpe para una bonita cruzada contra la barbarie rusa. Los nuestros tallan una basílica de la roca, los otros se van en una excursión escolar. División de infantería de la Wehrmacht. Dos años más de lucha gloriosa contra el Ejército Rojo. Uniformes alemanes con insignias españolas y las camisas azules de la Falange. Y por las camisas azules recibieron el nombre de División Azul. *Voilà*: tu soldado.

David se reclina hacia atrás satisfecho y con las manos cruzadas sobre el vientre como si hubiera resuelto correctamente una ecuación matemática. La foto ya no flota en el espacio sin puntos de referencia, sino que ha aterrizado sobre el suelo de los hechos históricos. No obstante, Maite se siente abrumada por este viaje vertiginoso. Siente la mirada de Antonio sobre ella. El jugador de cartas mantiene un diálogo silencioso con su hermano, que tal vez sufrió mucho más, pero seguramente nunca volvió a padecer

hambre. Antonio recoge en la barra una jarra de vino. Reparte los vasos de vidrio grueso, Maite se queda mirando el suyo, el fondo de cristal distorsiona el dibujo de la madera de la mesa. Tenía que ver de nuevo la foto. Su padre, el facha, que fue a la guerra a Rusia.

Tal vez se había equivocado. Seguramente hay una explicación. David le ha abierto una brecha que puede atravesar para obtener una explicación. Siempre hay una explicación. Pero ¿sería capaz de entenderla?

—En tren hasta Alemania. En algún lugar había un campo de entrenamiento.

—En Núremberg —aclara el jugador de cartas—. Escribió una postal. Le gustaba la comida.

Antonio sirve una ronda.

—Y yo que pensaba que estabas interesado en el Ejército republicano.

—Conoce a tu enemigo. Sobre los nuestros te puedo explicar mucho más.

Antonio se ríe.

—En otra ocasión, David.

Pero David se ha puesto en marcha y agarra a Antonio excitado de un brazo.

—Piensa en lo siguiente: la Legión Cóndor es una organización camuflada con buena paga y todos los privilegios, vuelan en aviones ultramodernos atacando ciudades que no tienen prácticamente ninguna defensa aérea. El nombre en clave era, por cierto, «Feuerzauber».¹⁴ Con eso está dicho todo. —Toma un sorbo de vino—. Y cuando no vuelan, se sientan al sol y beben sangría. Por el contrario, a los voluntarios españoles casi se les congela la sangre en las venas en el invierno en Rusia, en verano los mosquitos les chupan la poca que les queda. Si Franco no los hubiera retirado en 1943, cuando se dio cuenta de que Hitler se encontraba en la vía rápida para ir al infierno, no habría vuelto ninguno. Suministro de materias primas a Alemania cuando, al mismo tiempo, nuestra gente estaba muriendo como moscas. —David levanta el dedo índice del vaso, señalando al otro lado de la mesa—. Porque la gente intenta hacer sopa con astillas de madera y simplemente se muere.

Deja el vaso en la mesa sin hacer ruido.

—Ahora dime quién ha hecho el mejor negocio.

LA PRESIÓN DE SUS MANOS

Marzo de 1939 a julio de 1941

A partir de 1939 no hay ninguna imagen real, sino un recorte de periódico que ha guardado su madre. La entrada de las tropas franquistas en Valencia. Frente al cine Rialto, en la multitud, irreconocible, pero allí, en el medio, la cabeza y la mano de Francisco.

Al caer finalmente Madrid, la guerra había durado un día más en Valencia, Francisco tuvo que esperar otro día más, tenía quince años y se sentía tan fuerte y fresco como la primavera, que prometía un nuevo comienzo. Francisco quería ser útil, participaría en la construcción de la gran nación, que promovería la unidad de todos los españoles, formaba parte de ella, *España una grande y libre*, ahora que habían expulsado a los bolcheviques. Oyeron hablar al general Franco en la radio, el padre de Francisco se sentó, con la cara oculta entre las manos, en una silla de mimbre en la sombra de la puerta, entre los trabajadores un silencio como si les hubieran arrancado las cuerdas vocales de la garganta. Solo la madre tarareaba satisfecha y tenía un brillo rosado en la cara. Pellizcó a Francisco en la mejilla, lo que le resultaba desagradable, y le trajo por iniciativa propia la bicicleta del cobertizo.

Era joven cuando recorrió los veinte kilómetros en bicicleta hasta Valencia. Tomó posición delante del Rialto, se abrió paso entre la multitud hasta primera fila, oyó el silbido estridente de flautas y clarinetes, cantó con muchos otros el *Cara al sol* y gritó «¡Arriba España!», y sintió en los dedos de los pies las pisadas enérgicas en los adoquines. Tenía la sensación de que en el pecho no le quedaba espacio suficiente para los pulmones. Los soldados llevaban boinas, pantalones bombachos. Habían luchado con dureza, asediando Valencia heroicamente durante dos años contra la resistencia tenaz de la horda bolchevique, antes de que Dios les concediera la victoria. Solo llenaban la mitad de la calle, si llegaba. No eran muchos, en comparación con lo que Francisco había esperado. Era algo menos glorioso de lo que había pensado, pero su entusiasmo engrandeció la imagen, la completó, la hizo perfecta. Por delante, la cruz. La cruz

marcaba el final de los ateos y viciosos rojos, ahora se harían cargo los nacionales, restableciendo el orden y la paz social para la salvación del país. Cada sección llevaba una bandera. Roja-amarilla-roja. Habían desaparecido las banderas rojas, amarillas y moradas, nunca más esos trapos sucios, no ver nunca más los colores de la República.

Al lado de Francisco en la multitud se encontraba una mujer elegantemente vestida. Tenía lágrimas en los ojos y movía los labios en silencio, como si estuviera rezando. O maldiciendo. Había cerrado los puños. Cuando se dio cuenta de la mirada de Francisco, abrió las manos y desapareció entre la multitud. Comprendía la unión que existía entre la alegría y la pena. Se iban a enterar. Les iban a arrancar las maldiciones. Opondría su propia mano a sus puños cerrados. Francisco se volvió de nuevo hacia el desfile para estirar, con muchos otros, el brazo hacia arriba y extendió la palma de la mano, como si quisiera deslizarse sobre la ola de euforia.

Los meses entre la victoria de Franco y la guerra de Hitler no habían sido suficientes para provocar un cambio en el negocio de las naranjas. La temporada de 1939 no fue mala, pero en el invierno de 1940-1941 el comercio se derrumbó. El padre de Francisco maldijo a la guerra. Francisco, por el contrario, no había tenido suficiente con la guerra, aún no había tenido su oportunidad. La invasión alemana de Rusia trajo la guerra a Francisco. Finalmente llevó a Francisco a la guerra. Fue la llamada a las armas, a la lucha contra el enemigo bolchevique mundial, una lucha a vida o muerte. La República española había llevado al pueblo al odio, al miedo y a la maldad, pero la parte sana del país había triunfado en la guerra de liberación española. Los valientes héroes de la Legión Cóndor habían ayudado a Franco en su noble empeño. El bloque anticomunista cumplió con su sagrado deber y respondió a la ayuda fraternal que se había recibido de Alemania: como una potencia pequeña, pero no insignificante obligarían a los rojos a arrodillarse.

Con doce años, su padre le había dado una paliza por actuar como un verdadero soldado. Con quince años, el padre de Francisco no pudo evitar que pedaleara hasta Valencia para saludar a las tropas. Con diecisiete años, su padre confió en que no lo aceptarían, pero los aceptaban muy jóvenes. Con amigos de la Falange, Francisco se encontraba en la larga cola delante de la oficina de reclutamiento en Valencia. Dio una edad falsa, que nadie se preocupó en comprobar. Como si la oficina de reclutamiento

fuera una máquina del tiempo, entró como civil y salió como soldado de infantería. Regresó a casa como soldado de Hitler.

Todo ocurrió muy deprisa. Quedaban solo dos semanas hasta la despedida. Las hermanas pequeñas miraban con los ojos muy abiertos la agitación repentina que distraía la atención de la otra noticia, el potrillo que tenía unas pocas semanas. En Luis, que en muchos aspectos parecía que había igualado a Francisco, aún seguía presente el niño y le preguntó: «¿Adónde vas y cuándo volverás?». La guerra no tenía lugar ni tiempo. Hubo otra vez discusiones entre el padre y la madre, y esta vez se decidió la controversia de su parte. El padre de Francisco salió corriendo, se detuvo bajo el porche, y su rugido convocó a los capataces y a la cocinera, aplastó una caja de naranjas, había conseguido que su familia superase sin daño la guerra civil, indemne en cuerpo y alma, y su hijo, su sucesor, no tenía nada mejor que hacer que irse voluntariamente a la guerra. A una guerra en la que no se les había perdido nada, pero que estaba destruyendo su negocio y ahora a la familia. Ordenó que le trajeran su caballo favorito, que empezó a moverse nervioso y desapareció en la huerta.

La madre de Francisco solo había sido capaz de apoyar la lucha contra los comunistas con unas patéticas naranjas delante de la puerta de su patio, sin contar con las donaciones de dinero a la Iglesia. Por eso consideró un golpe de suerte, un honor, enviar a Francisco a esta lucha. Planchó sus camisas azules y bordó de nuevo las insignias del Movimiento. Cepilló personalmente sus zapatos. Fue a la ciudad y le consiguió varios conjuntos de ropa interior de abrigo. Iban a equipar a Francisco con todo lo que pudiera necesitar en la División, pero ella no se dejó engañar. No les podía perdonar a los rojos que su vida no fuera como antes: la crisis, la guerra civil, la falta de mercados, para ella todo formaba parte de la conspiración mundial bolchevique y ahora Francisco sería el instrumento de su venganza.

Francisco era un muchacho de una explotación agrícola, su cosmos era la franja fértil pero estrecha de terreno llano entre la playa y la Sierra Calderona. Algunas veces, con los viajes de negocios y los socios de su padre, había pasado por la casa de campo la idea de un mundo mucho más grande. Y ahora de repente participaba de los grandes acontecimientos. Una ruedecita pequeña en un engranaje poderoso, sin duda, pero como se decía en todas partes, importante e indispensable, porque eran los mejores de la juventud española. En su camino por el mundo, Francisco desfiló bajo el sol abrasador con sus nuevos compañeros, arriba y abajo, adelante y atrás. La mayoría de ellos

procedían de la Falange, instruidos en la organización, pero no eran soldados, y querían aprender la disciplina militar. De mala gana se acordó de las milicias republicanas, fotos en los periódicos, cómo vinieron de todas las regiones y se reunieron en Albacete para entrometerse en algo que no era de su incumbencia. Su madre se había burlado de ellas porque tenían un aspecto improvisado y poco bélico. Y ahora los pantalones de Francisco procedían de reservas del Ejército de la República, porque con las prisas parecía que no había otra manera de equipar a miles de voluntarios. Sus uniformes eran deficientes, improvisados, poco marciales, lo que no se podía obviar ni siquiera con las boinas rojas. Allí estaban para marchar contra un enemigo y lo primero que hacían era vestirlos con esta ropa vieja. A más de uno le bailaban los pantalones en la cintura y todos seguían con los zapatos con los que habían llegado, algunos tenían las botas adecuadas, otros al menos zapatos de cuero, unos terceros solo alpargatas con suela de paja. Heroicamente pusieron un pie delante del otro en el camino hacia Rusia, tres meses, entonces vencerían al enemigo, borrados del mapa, e incluso antes de la llegada del invierno estarían de regreso en España.

Cada uno de sus pasos alejaba a Francisco de Elsa. La bella Elsa Ribas Cano, tímida, suave y de castidad demostrada. Desde hacía algún tiempo se intercambiaban miradas, propiciaban oportunidades para hablar en la plaza de la iglesia bajo la supervisión benévola de su madre. Su partida a la guerra lo aceleró todo, salieron a dar un paseo, Francisco vivía con gran intensidad y memorizó todos los detalles: un pequeño lunar en su mejilla. Las gruesas pestañas cuando Elsa lo miró a los ojos y luego bajó los párpados. Cómo el dobladillo del vestido blanco descansaba sobre su clavícula. Su pequeña cintura y sus caderas redondeadas. Lo memorizó todo, lo recordaría en la distancia como si fuera una película, y cuando regresase, haría que el sueño se hiciera realidad, se casarían, pondría su mano sobre esas caderas. Cuando se produjo el último encuentro, Francisco no supo qué decir. Ella lo esperaría, dijo Elsa, y el roce de la punta de sus dedos delicados fue como un sello.

Las dos semanas hasta la partida transcurrieron en silencio para Francisco y su padre. El padre no entendía, pensaba Francisco, que en un mundo sin comunistas se podría comerciar mejor con las naranjas. El día de la partida el padre deambuló en silencio por la casa, apareció como una silueta en la puerta y salió al exterior sin saludar. Francisco se preguntó si esa había sido la despedida. Se encontraba de pie con Luis a la sombra del

patio interior y oyó cómo la madre enviaba a un trabajador para que trajese el coche y a otro a buscar al padre, cuando este llegó corriendo, casi con miedo.

La madre estaba sentada en el asiento trasero al lado de Francisco y le puso la mano sobre la suya, vio cómo la silueta de su hermano se hacía más pequeña en el arco del portón. Nadie dijo nada, ni cuando entraron en la ciudad y cruzaron el río, ni cuando apareció la plaza de toros, ni cuando cruzaron la plaza de la estación y se dirigieron hacia el edificio de color crema, con sus torres angulares y sus almenas. Su madre iba agarrada de Francisco, porque estaba orgullosa y emocionada, saludaba con la cabeza a los desconocidos, como diciendo, mirad aquí: mi hijo. Lo que sentía él casi se podía llamar felicidad.

Delante de la estación, la madre se colocó de espaldas al edificio y quiso pedirle a un desconocido que tomara una foto de los tres, pero el padre de Francisco se apropió de la cámara. Se encontraban en el lado oriental, a contraluz, la madre se había protegido los ojos con la mano, Francisco casi iba ahogado en el uniforme cerrado de cuello alto.

El andén estaba lleno de gente, euforia y alegría en los rostros, continuas proclamas patrióticas por los altavoces. Pero su padre se arrastraba detrás de ellos, la madre le reprendió, que le estaba fastidiando un día de júbilo. Por último, agarró a Francisco con una fuerza excesiva y dolorosa por ambos brazos, como si quisiera sacudirlo. Se miraron a los ojos, parecía que los del padre casi se habían humedecido. Francisco apartó la mirada. Su padre dejó caer las manos. Pero entonces se abrazó a su hijo, lo abrazó con fuerza y desapareció entre la multitud.

POZO

20 de junio de 1939

La madera es demasiado fresca, quemará mal. Las provisiones habían durado unos pocos meses, provisiones de una casa de verano. Una casa solo para el frescor del verano, desde que el vino los había hecho prosperar, desde que el abuelo había ido a comerciar a Valencia y allí había una casa en la ciudad con locales para las oficinas y el bufete, con una cocinera y una niñera de Suiza, donde una foto con tres generaciones, tres hijos, con un marco de plata se había colocado de pie en el aparador.

A causa de la guerra su padre había rebobinado la modernidad, que una vez habían intentado extender desde aquí. El marco de plata se encuentra ahora en la cocina sencilla como un cuerpo extraño. Se calientan y cocinan de nuevo con madera, y por eso Antonio recorre los campos y el bosque, pero ya no queda mucho que recoger. Podrían quemar las vides. Hace tres generaciones que no producen vino, pero el padre se niega a tocar las vides. Prefiere destrozar los muebles. Ha cerrado el futuro como su bufete, pero no quiere talar las vides, como si pudieran dar algún fruto.

Las ramas le arañan la barbilla, la corteza se le clava en la piel. Un mechón de pelo le toca los ojos, molesto como una mosca. La piel le pica por el nacimiento de la barba. Después del almuerzo se afeitará e irá al bar con Manolo. Su ambición se ha reducido hasta niveles ridículos: en lugar de París, una velada en el bar con un amigo.

Aún no quiere volver a casa. Deben llevarse bien sin él. Mañana se irá. Si no es mañana, la próxima semana. De un tirón reúne la leña, un tirón que le ha parecido impaciente, de manera que la deja caer al suelo. Merodea por el prado, en dirección al cráter. Sentir de nuevo esa sensación de peligro, la ligereza del vuelo arrastrado por la onda expansiva.

La hierba está tan seca que parece gris. Hoy en día la detonación podría provocar un incendio. El pozo tiene un diámetro de unos dos metros, las capas de arcilla no han cedido. En el fondo se encuentran los restos de cartuchos y la madera de las cajas

convertida en astillas blanqueadas por el sol. Nadie se la ha llevado. O nadie se ha atrevido.

Piensa en su hijo. Lo hace de todos modos. No se deja extorsionar. Su cabeza se sumerge desde el calor infernal en la sombra del pozo. La arcilla le refresca la espalda. Las manos de Julia están siempre frías. En verano, el roce de sus dedos es una bendición, sigue teniendo la blusa impecable cuando él ya lleva la camisa pegada al cuerpo. Incluso ahora huele la calidez del día en sus poros cuando se agacha para recoger fragmentos de cajas y se incorpora para tirarlos hacia fuera.

La linde del bosque está cerca, ahí ladra un perro, no es amistoso, su amo se apresura, si se puede llamar apresurarse a lo que hace un hombre de sus dimensiones, y apunta con la escopeta. Antonio no espera, aunque está seguro de que solo disparará al aire. Deja caer la leña, cuando a sus pies se levanta el polvo.

Disparar a matar por unos trozos de leña, que ni siquiera son suyos, que se encuentran en sus tierras por casualidad, en sentido estricto, los restos de las cajas de munición le pertenecen a él y a su gente, un pensamiento absurdo, rebelde y desesperado, y sale corriendo. El cacique retiene al perro con un silbido, cuando Antonio llega a la linde del bosque.

Dispararle por la espalda a una persona indefensa, eso solo lo hace la Guardia Civil y la considera la aplicación a la ley de fuga. Arrestan a la gente y les dicen que se pueden ir. Quien se da la vuelta está muerto, acribillado mientras huía. Antonio corre hasta que sale del bosque al otro lado de la colina. Se apoya en las rodillas e intenta recuperar el aliento.

A los pies de la cordillera se encuentran las casas bajas del pueblo, de una sola planta, pequeñas. Una imagen pacífica. Parecen rojizas bajo la última luz del día, sonriendo a la noche como una cara orientada al sol. Incluso su casa sonríe, en el patio brilla el Hispano-Suiza, ese coche elegante que encaja mejor en las espléndidas calles de Valencia que en este pueblo polvoriento, mejor para un abogado que para el hombrecito psicótico en que se ha convertido su padre. El momento ha pasado, los edificios vuelven a ser ocre y beis. Se les ha borrado la sonrisa. Una paz que no lo es. Una paz en la que las casas están destrozadas, pero las calles tienen placas nuevas con los nombres de golpistas, generales y criminales de guerra. Transmiten el mensaje de a quién le pertenecen ahora la tierra y el aire que respiramos. Ya no existen los nombres y los

sueños de los perdedores. Aplastados, expulsados y silenciados, y Antonio puede dar gracias si se queda en los sueños y no se trata de la vida.

Debería volver a casa. No debería merodear por ahí y hacer cosas arriesgadas. Debería recoger la pila de leña, debería comer con su familia, afeitarse e ir al bar con Manolo, por lo menos. Tal vez Julia esté despierta y esperándolo cuando regrese. Y si no lo hace mañana, entonces la próxima semana.

HÉROE DE GUERRA

De julio a diciembre de 1941 • diciembre de 1990

Este cálido día de julio, el padre de Francisco se ha sentido fascinado por una foto y se ha despedido sin decir una palabra. Francisco cree que sigue sintiendo en el hombro el apretón impetuoso. Con la imagen de Elsa y el amuleto en el pecho sube al tren, pierde rápidamente de vista a su madre en el andén abarrotado.

En San Sebastián garabatean con tiza *Heil Hitler* y *Heil Franco* en su vagón. Pasan por encima del puente del ferrocarril hacia Hendaya y entran en el Reich, desde el Atlántico hasta Moscú. Después de Burdeos Francisco se duerme y se despierta en un pueblo llamado Angulema, estiran las piernas, fuman, una botella de vino de la tierra hace la ronda. Francisco siente veneración por los compañeros que han defendido victoriosamente la nación durante la guerra civil y que ahora se embarcan en una nueva aventura con las condecoraciones en el pecho. Extiende la mano y toca la insignia de su vecino, le resulta embarazosa la delicadeza de sus dedos. El camarada se quita la medalla y se la cuelga, Francisco no puede creer su buena suerte, pronto tendrás tu propia medalla, se ríe el camarada. Sí. Mientras tanto lleva sobre el pecho, invisible para los demás, solo un talismán y una foto. Ha tenido la imagen de Elsa tan a menudo en las manos que los bordes se han redondeado. En una esquina aparece la marca de los alicates del estudio fotográfico en Valencia, contempla esta marca como una indicación de su origen, ahí va a regresar, con la gloria de la guerra en su solapa. Cumplirá con su deber de soldado, luchará con valor, se casará con Elsa y formará una familia, según lo ordenado por Dios. Combatirá con inteligencia y con una perseverancia inquebrantable, demostrará que es digno de cumplir todas las órdenes. ¡Sí!

* * *

Un comienzo. El libro de David contiene un mapa de Europa, líneas que se unen en el norte de España y serpentean a través de un pasillo estrecho en el Atlántico hasta Francia, pasando por París, a través del sur de Alemania, por el norte de Múnich y en

un trayecto increíblemente largo hacia el este, adecuado para un viaje en tren y descartado para ir a pie. Con el dedo Maite sigue la ruta. Intenta hacerse una idea de la distancia, su propio viaje en tren unos meses antes había durado un día y medio.

David ha incluido una nota: «Recuerda: no son los nuestros los que escriben estos libros». Su *¡Cuidado!* está doblemente subrayado, como la advertencia de Maribel para que apague la cocina. Maite pone al lado el libro de notas de la tía Teresa y, aunque no ha perdido ni una palabra sobre las sensaciones vitales de su nueva vida en Múnich, ahora empieza a apuntar línea tras línea de datos:

16-30.9.1940 Serrano Suñer en Berlín -

23.10.1940 Hitler y Franco se reúnen en la frontera de Hendaya F/ES -

(1940-1941 invierno del hambre: Sopa hecha de madera)

22. 6.1941 «Barbarroja»: Serrano Suñer

-> Hitler: *Voluntarios españoles contra Rusia* -> ¡entusiasmo!

-> 4.7.1941: cierre oficinas de reclutamiento: son suficientes: cerca de 19.000 pers. primer contingente.

-> 13.7.1941 «CRUZADA contra la barbarie rusa»

Maite reconoce expresiones que se van repitiendo: valiente, tenaz e inteligente, límite de la capacidad de resistencia. Batalla del río Vóljov entre octubre de 1941 y agosto de 1942, en el lago Ilmen, cuartel general en Grigorovo, cerca de la ciudad de Novgorod, durante la Edad Media capital de un principado.

No debía quedar mucho del principado. En el verano de 1942, los alemanes despliegan la División Azul en el borde sureste del anillo de asedio de Leningrado, van a expulsar a los bolcheviques de Lenin, hasta ahí lo ha comprendido Maite.

* * *

Francisco se emociona por el espectáculo en las estaciones de ferrocarriles alemanas, la gente los saluda con música y banderitas, personalmente a él, las rubias chicas alemanas le dan flores, solo a él. Los soldados alemanes saludan las banderas con el haz de flechas, el águila de la unión de estudiantes. Al igual que sus compañeros, saca medio cuerpo por la ventanilla, extiende el brazo y canta el *Cara al sol*, brilla el sol y el júbilo es grande. La gente lo mira. Él representa algo. Él es uno de ellos, va a la batalla contra el enemigo mundial en el este y aquí todo el mundo puede entenderlo, aquí todo el mundo comparte su misión sagrada.

A su llegada, toman el mando los instructores alemanes, que, como esperaba Francisco, tienen una organización impresionante y una gran disciplina. Se había imaginado de otra manera el centro de instrucción militar, en lugar de una verdadera ciudad con casas de paredes entramadas y tejados de tejas rojas, incluso con flores a lo largo de los bordes de las calles, los alemanes tienen estilo y saben cómo embellecer las cosas. Francisco le informa a Elsa del uniforme gris de la Wehrmacht de buena tela, por el que cambia encantado su caqui raído. Le escribe lo orgulloso que se siente del escudo español que brilla en su brazo derecho y le escribe que realmente «brilla». Quiere borrarlo, escribir de nuevo la carta, pero lo deja estar. Pinta los márgenes de la hoja de papel, dibujos a lápiz finos y precisos de sus objetos de uso cotidiano: su divisa, su cantimplora, la foto de Elsa apoyada en los cubiertos de campaña, una mariposa; por qué solo iban a dibujar bien los rojos. Su madre estaría orgullosa de él. Espera que Elsa también se sienta orgullosa.

Francisco está ansioso por que empiece todo, ir a Rusia, contra el enemigo rojo. Con las piernas cruzadas sobre su manta en la hierba le escribe cartas a Elsa, apoyado en una pequeña caja, el cigarrillo en la boca. Este verano huele a heno recién cortado, a aceite de motor, a jabón duro. Se siente muy adulto e informa a Elsa de muchos detalles, cómo participa España en la cruzada europea contra el bolchevismo, y que sus vivencias estén bastante coloreadas no viene al caso. Le habla de su heroica vida militar, escribe con impaciencia, porque objetivamente hablando su hazaña más heroica hasta el momento ha sido fotografiarse con sus compañeros de la sección antitanque.

* * *

Tal vez se pueda conocer a una persona a través de los mapas.

La División Azul no aparece como palabra clave en la biblioteca de historia. Maite lo intenta con Leningrado. Operación Barbarroja. Segunda Guerra Mundial.

El campo es tan grande que no sabe por dónde empezar la excavación.

* * *

En el acuartelamiento del pelotón de Francisco tiene una actitud retraída. La jovialidad de los hombres, algunos tan jóvenes como él, muchos con experiencia en la guerra, lo intimidan y se encuentra de nuevo al margen. Mantiene su parte del dormitorio en un

orden ejemplar, que haría honor a cualquier alemán. Se las arregla sin ningún problema con la disciplina, mientras que los otros transmiten una imagen de abandono. Sus consejos caen en oídos sordos, aunque solo los expresa para beneficio de todos. Piensa de la línea de tiza en su habitación infantil, seguro que Luis ya se habrá apropiado de su mitad, usando su mesa, sentándose en su silla.

Elsa le escribe que lee el *Arriba*, por él, siempre en busca de noticias de Alemania y la lejana Rusia. Que el sol brilla, que espera su regreso, que lo está esperando. Frases que brillan como el mar bajo el sol. Su escritura es exacta, él le presta mucha atención al tipo de letra y a la legibilidad, mientras que las letras de Elsa son redondeadas e infantiles, la tilde sobre la ñ es tan abombada que parece un ocho tumbado. Acaricia suavemente con la yema del dedo la línea curva, Elsa espera y muy pronto recorrerá con toda la mano la figura redondeada de Elsa tumbada.

Su siguiente carta resume un largo camino, unos días en tren, luego una larga marcha, siempre que resulta posible a los mandos les gusta que vayan a pie. Valientemente Francisco marcha bajo el sol del verano por las llanuras de Polonia y Lituania hacia Smolensk, pero a quinientos kilómetros de Moscú, una nueva orden, volver de donde venían, y en vagones de carga hacia el Grupo de Ejércitos Norte: Grigorovo, en el lago Ilmen.

¿No lo hubieran podido decidir antes? Él mismo se llama al orden. No se cuestiona una orden de marcha. Las órdenes están para cumplirlas. No están motorizados, tienen caballos de Serbia que se les mueren entre las manos porque no saben demasiado bien cómo tratarlos, Francisco sabe de caballos, pero qué puede hacer uno solo. Así que observa cómo mueren los animales, se presentará ante los mandos, no por compasión hacia los animales, sino porque sabe cómo hacerlo mejor. Ha aprendido el idioma de sus mandos, lo ha absorbido, quiere integrarse con ellos, hablar como ellos. Evoca el espíritu de la verdadera camaradería, el valor de fiabilidad, quiere mostrarse digno, uno para todos. La muerte del héroe se experimenta con la conciencia orgullosa de haber cumplido con el deber. Se viven fases de actividad y días heroicos con combates con fuertes pérdidas. Por otra parte, la guerra continúa como de costumbre.

«¿Cuál es el ritmo habitual de una guerra?», pregunta Elsa, y Francisco se acuerda de su hermano: «¿Por qué no tienen todos suficiente para comer?». En los términos más simples posibles describe los largos períodos de espera, cuando tienen tiempo para pintar *Arriba España – Viva Franco – Heil Hitler* en las paredes de las casas. La limpieza de

las armas. Él tiene dotes técnicas y trabaja con precisión, le divierte. Vaga por los alrededores y observa mariposas que no existen en España, pero no tiene ningún equipo para atraparlas y prepararlas. A la cotidianeidad de la guerra pertenece el pan blanco, que la compañía panadera elabora específicamente para los españoles, porque todos odian el pan negro alemán. Francisco lo considera nutritivo y sus compañeros para blandengues, en la lucha contra el enemigo del mundo es necesario hacer sacrificios y el pan negro es el más pequeño.

Ha entablado amistad con un compañero. Alfonso diseña escenarios: una Europa, un mundo libre de comunistas. En comparación, los planes de Francisco son relativamente modestos: regresar a Valencia, teniendo en cuenta sus orígenes, una Valencia sin comunistas, desde luego, y encargarse de la empresa de su padre, ampliándola hasta convertirla en un imperio europeo de las naranjas, se casará con Elsa y tendrá cinco hijos, si Dios quiere, Alfonso ríe, ese sí que es un gran proyecto. Francisco se lo toma en serio: en pocos meses todo esto habrá terminado, Europa será libre y él estará preparado para fundar un imperio y una dinastía.

Para pasar el tiempo juegan a corridas de toros. Cuando Francisco le clava a un camarada una lanza improvisada en la cruz, sabe que se ha pasado, sin querer, pero la disculpa apaciguante sale solo de los labios de Alfonso, que se entromete entre ellos. Los compañeros se visten de mujer y dejan que les saquen a bailar, y también Alfonso, Francisco lo encuentra afeminado, el amigo se ríe de corazón e insiste, por lo que Francisco le ofrece la mano. Como un marica. Francisco prefiere sentarse tranquilamente en un rincón y leer *Hoja de Campaña*, observar mariposas, dibujar en los márgenes de las cartas, hasta que en algún momento llega Alfonso y lo anima a dar un paseo. Deambulan por el lugar y entran en contacto con los autóctonos, los alemanes consideran que están locos. Le escribe a Elsa que no debe temer a las chicas rusas, no debe preocuparse por ellas, sino esperarlo, tiene que esperarlo.

* * *

Durante una semana, dos semanas, Maite vuelve continuamente al tema. Como Carlos con sus servicios, Antonio en el mercado mayorista, ella va a la biblioteca. El ataque alemán es la invasión más grande que jamás haya visto el mundo. La Operación Barbarroja debía realizarse con una dureza sin precedentes. Bolcheviques, judíos,

eslavos: todo fuera, todos muertos. Debía ser de manera deliberada la mayor matanza desde la Guerra de los Treinta Años.

El día de la declaración de guerra una familia rusa va al fotógrafo, como si supieran que nada será como antes. Un soldado escribe a su prometida: «¡Al frente! ¡Probarse! ¡Experiencia extraordinaria y significativa!», algo que su padre hubiera podido escribir exactamente igual. Los soldados queman graneros, matan ovejas para tener provisiones, en una foto aparece una docena de ellos alegremente sentados en una era, cada uno con un pollo, el pie de foto es jovial, despreocupado, veraniego, alguien no pudo comer ese día ni los siguientes. Los alemanes llaman a los españoles héroes de boquilla y tenores de opereta, pero la División adquiere una buena reputación en el Estado Mayor, y por eso Franco envía refuerzos, también reclutas forzosos.

Hitler quiere borrar Leningrado de la faz de la tierra. Otros asedios, entre otros no menos importantes el de Madrid durante la guerra civil, duraron más tiempo, pero costaron muchas menos vidas. Aunque se podía obligar a los soldados a disparar contra los civiles que huían, podían volver a casa desequilibrados y violentos. Durante el verano, abandonan Leningrado tantas personas como Londres en cuestión de días. Los habitantes no tienen ni idea de lo que los espera, envían a sus hijos de vacaciones de verano y directamente hacia las líneas de alemanes y españoles en el lago Ilmen. En lugar de llevar a las personas a un lugar seguro, Stalin fija objetivos para detenciones y deportaciones, es decir, la violencia asesina aleatoria del bolchevismo, la voz de su padre. Durante el verano, incluso antes del bloqueo, se forma una milicia civil, incluyendo algunos españoles que los descubren y los entregan al servicio secreto. La gente piensa que los reclutan para fines civiles, para tareas especializadas, no tienen ni idea del camino que han emprendido.

Maite repasa las páginas anteriores de su cuaderno.

En España, la primera cohorte voluntaria de la División Azul se recluta casi al mismo tiempo. El primer tren para Alemania sale de Madrid el 13 de julio de 1941. El 31 de julio, juran fidelidad a Hitler, se abotonan la camisa azul hasta arriba y parten hacia el este. Tal vez no tenían ni idea. En el frente se encuentran dos ignorantes de su suerte.

* * *

A finales de octubre llega el embajador español en Berlín y con él el invierno, temprano y duro. Los zapatos claveteados de Francisco conducen el frío, en lugar de frenarlo, como no puede ir sin ellos, lo intenta con paja. Se alegra de la ropa interior de abrigo de su madre. Las trincheras se refuerzan contra el peso del hielo y la nieve, el suelo helado es una dura prueba para la voluntad. Los caballos rusos confiscados están hundidos en la nieve hasta la panza, para los movimientos nocturnos de tropas durante el día tienen que abrir pasillos con las palas. La prensa bolchevique se burla: la División Azul debido a sus caras azules congeladas. Se dice que los soldados alemanes cazan a los rusos por sus zapatos de piel: ahí fuera hay uno que está mal, ¿alguien necesita algo?, entonces sale alguien y liquida al ruso. La técnica falla, nada funciona. Los coches se protegen con paquetes de paja sobre el capó. Incluso los motores que funcionan durante la mayor parte de la noche por la mañana no arrancan. ¿Cómo se puede luchar enterrado en nieve, con un uniforme pensado para el verano, cuando todo tenía que haber acabado en tres meses? A cuarenta grados bajo cero se congelan todos los líquidos, ya sea gasolina, vino, leche o tinta, y también las palabras. Al infeliz que no tiene para cubrirse la cabeza, el cerebro se le congela bajo el casco de acero, en esta guerra ocurren muertes peculiares y nada heroicas. Cómo enterrar a los compañeros caídos, el batallón disciplinario no consigue cavar tumbas suficientes, habrá que esperar hasta que el suelo se descongele.

Bosques oscuros rodean a Francisco, junto con el temor a que se le bloquee el arma, porque el ruso está mejor adaptado al frío que él. Le aseguran que este invierno está siendo tremendamente frío, incluso para los estándares locales, pero de qué sirve contra el temor a que el ruso ataque y los borre del mapa. Él que quería luchar con valor e inteligencia, no tuvo en cuenta el miedo. Por la noche le asaltan todos sus miedos. Se dice que los soldados del Ejército Rojo estaban muriendo de hambre, atacaron a sus propias compañías de abastecimiento antes de que llegaran a las tropas, pero las patrullas enemigas en esquíes o patines, camuflados en chaquetas blancas, están terriblemente vivas. Emergen de la niebla y la noche, una y otra vez, una y otra vez sobre el hielo del lago Ilmen, lanzan sus granadas y desaparecen como fantasmas, dejando chozas en llamas, búnkeres destruidos, heridos y muertos. Muertos, así de simple, sin que se haya entablado una batalla. Francisco intenta acostumbrarse a que cada día alguno de ellos está vivo por la mañana y muerto por la noche. Al cabo de unos meses es raro que Francisco escriba. Elsa debe conservar en la memoria la imagen veraniega de su heroísmo, sobrevivirá a este invierno y volverá el verano, un verano brillante, cuando

vuelva a verla. Se rinde, los guantes son una broma, y el olor reconfortante de los lápices no le ayuda a seguir adelante. Elsa lo entenderá, lo esperará, aunque no reciba cartas.

* * *

La Guardia Civil controla los puestos a lo largo del cordón umbilical: provisiones y tropas de refresco a través de Hendaya y París, Estrasburgo, Karlsruhe y Fráncfort, a continuación Hof, por donde pasaban todos los batallones en el viaje de ida y de vuelta para cambiar de uniforme. Berlín, Königsberg, Riga, posiblemente también Reval,¹⁵ que Maite conoce solo como marca de cigarrillos. La Guardia Civil realiza las funciones de policía militar y tiene las mismas tareas que en España: ley y orden. El papel para envolver naranjas empieza a temblar en la mano de Antonio. La Guardia Civil se encarga de las detenciones, el transporte de prisioneros, la deportación de los elementos indeseables, sea cual sea la verdad que se esconde siempre detrás de estos conceptos. Los compañeros de armas le tienen muy poco aprecio, la consideran prepotente y brutal. Pero se trata de un servicio a la comunidad, ofrecer la vida, renuncia, humildad y valentía, Maite cree que está oyendo a su padre y de repente no está segura de la edad a la que ingresó en ella y los lugares en los que prestó servicio, sabe tan poco.

Siete directores generales de la Guardia Civil formaron parte de la División Azul, siete, Maite anota tres signos de admiración. El último nombre de la lista le es conocido, está relacionado con el intento de golpe de Estado en 1981, de sus propias filas, que ayudó a sofocar. Tenía once años. El rey en la televisión. El miedo a la guerra. ¿Qué hizo su padre en aquel momento? No pudo participar, los que formaron parte de la conspiración fueron a juicio, al menos de eso se habría dado cuenta. ¿Por qué no llegó a ser el responsable máximo cuando la División Azul fue para muchos el comienzo de una carrera cada vez más brillante?

Maite está agotada como después de su primera excursión demasiado dura por la montaña. Entonces Carlos la estaba esperando en la valla. No lo ha visto desde hace una semana. Él sabrá algo, Margot le habrá hablado de la foto, Antonio habrá mencionado que han estado en el *Centro Español*. En esta familia no se puede guardar un secreto. Como Maite está segura de que ya ha traicionado a alguien, se está volviendo cada vez más difícil comunicarse con Carlos.

Debe ordenar sus pensamientos. Tiene miedo de cómo se lo tomará él, de repente se acuerda de su primer novio, José, que preguntó cuándo vio a su padre: «¿Quién es el facha?». En su cara se derrumbó todo el afecto que podía sentir, polvoriento y gris, como escombros de una casa después de la voladura, «Putá, vete a la mierda», fue lo último que escuchó de José.

Por la noche, se sienta con las piernas cruzadas delante del escritorio y mira por la ventana las luces de la ciudad. Cuanto más tiempo permanezca en silencio, mayor será su secreto, cuando aparece uno al final será insoportable. Su enfado no sabe qué dirección debe tomar y regresa para centrarse en ella. La sensación es conocida. Pero ahora ya no se trata de su rebeldía, su difusa incompreensión mutua, sino de la mayor matanza desde la Guerra de los Treinta Años.

Se siente estúpida y sucia. Se avergüenza. ¿Podría haber adivinado algo, tendría que haber sospechado algo? Unas semanas antes, tenía un padre anciano, a quien consideraba demasiado estricto de una manera bastante ridícula, que corría los domingos a la iglesia y pretendía imponer a sus hijas reglas anticuadas, un uniformado reaccionario, que coleccionaba medallas viejas en una caja de cigarros. Él sigue siendo el mismo que ha sido siempre, pero Maite sabe ahora con el resplandor frío de la Cruz de Hierro que debe hacer algo, y también había una medalla que ha reconocido en el libro de David, el dudoso honor de los azules, la única división de la Wehrmacht con su propia medalla por la gracia de Hitler.

De pensamiento, Maite lo ha ridiculizado a menudo para que sus ataques de ira fueran perdiendo fuerza. Ahora se descubre que, casi un niño, participó en una situación que va más allá de los límites de su propia imaginación. Por otra parte, ahora se pregunta cuál es el eje sin corazón alrededor del cual gira. No tiene claro qué hacer con sus nuevos conocimientos, pero le ha hecho algo a ella y sola no puede hacerle frente. Reprime sus ganas de llorar e intenta dormirse, se vuelve a levantar y se sienta con los pies fríos delante del escritorio, sigue leyendo y se observa cómo va escribiendo con lápiz en el papel la historia de su distante y desconocido padre.

* * *

Cuando no llegan más cartas de Elsa, Francisco se obliga a creer que se debe a la logística. Los compañeros reciben correo de campaña y Francisco dos cartas de su madre

por Navidad y su cumpleaños, escritas varias semanas antes. Su madre le envía naranjas, envueltas individualmente en papel de seda, protegidas con serrín contra los golpes y el frío. Como había ocurrido tal vez años antes en España, su envío consigue llegar a su meta en el frente, pero la mayoría de la fruta está podrida.

Del fiel pueblo español llega un paquete por Navidades lleno de ropa, alimentos, tabaco y papel para cartas. Francisco envía a su madre cortas señales de vida y relatos de sus éxitos. Elsa debió leer en *Arriba* cómo se celebra la Navidad en el frente y se debía encontrar con su madre al ir a la iglesia, que se lo podía contar todo con muchos más colores que sus dibujos. Elsa sabía con qué valor combatía su Francisco. Él había comprendido cómo era la guerra y lo que le había escrito a Elsa quedaba oculto bajo una realidad indescriptible.

Durante la misa del gallo Francisco se encuentra con muchos otros en la parte trasera de una habitación desnuda y tiene que estirar el cuello para ver, sobre el altar y el portal, la imagen de Hitler que los camaradas han tallado en madera. Él también ha tallado figuras durante días, con lo que al menos se había podido calentar las manos. Un pope ortodoxo celebra la misa con ellos, está bien dispuesto a la cruzada contra los ateos. El ángel de la Anunciación y el páter de Hamburgo cantan «Paz en la tierra y a los hombres de buena voluntad», pero primero deben liberar a la humanidad del yugo del comunismo.

* * *

Maite toma el metro hacia el sur, va al *Centro Español*, pero David no está allí, y sin Antonio los otros hombres no le prestan atención. Dejan las preguntas en el aire. Esta vez debe quedarse donde está. Nadie le ofrece un sitio donde sentarse. Al final uno se pone en pie, tiene que dejarlos a todos en paz, le dice como si lo estuviera vomitando y sale al frío sin ponerse la chaqueta.

Maite cruza la calle y entra en el patio interior del edificio de Antonio, a través del follaje ve los fragmentos de ventanas iluminadas, faros en la noche. Llama a la puerta y limpia el botón con la manga, como si sus sentimientos pudieran contaminar la casa. Mientras sube la escalera, se apaga la luz. Dobla la esquina en la oscuridad y ve que bajo la puerta de Antonio se filtra un débil resplandor. Él le agarra el bolso y la chaqueta, el peso libera sus hombros. Antonio la acoge con preocupación, la empuja hacia las

brillantes luces de neón de la cocina, oye cómo apaga luces y cierra puertas, luego arrastra los pies hasta la cocina. Parece adormilado. «¿Café con leche?» «Oh, sí, con la leche muy caliente», el ruido de la cuchara en la lata de café, el alegre ruido al enroscarse la cafetera, los golpes repetidos del mecanismo de encendido de la cocina y cómo prende la llama. Las ocupaciones humanas de Antonio liberan a Maite de la soledad de los libros. Cuando le sirve una taza humeante le pregunta: «¿Has averiguado algo más?», empuja hacia él al otro lado de la mesa el cuaderno de notas sin decir palabra. Lo abre. «¿Y ahora?» Maite sopla la leche, sobre la que se ha formado una película. Su impotencia limita con la obstinación. «No lo sé.»

Antonio sigue ojeando en silencio las notas de Maite. En un momento dado se estremece.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

La misma nada que le dio a Carlos en la granja. Maite mira las páginas, su lista de la ruta de España a Rusia a través de Francia, ahora puede ver cómo Antonio se ha visto sobrecogido por algo. Él empieza a hablar y parece que piensa muy bien lo que quiere decir, mira hacia el pasillo, los libros en los estantes, como si se encontrasen allí las palabras que está buscando.

Al final pone el dedo sobre una fecha en el libro de Maite.

—Había otro tren en Angulema camino de Alemania. —Tiene las mismas manos de Carlos, y las suyas están mejor cuidadas. La uña redondeada señala bajo la fecha 16-30.9.1940 en el papel—. Nuestro tren ya había pasado.

—¿Qué tren?

—Esto resulta totalmente ridículo. Es ridículo. Uno no puede ser tres veces seguidas víctima del fascismo.

Antonio le da vueltas a su alianza en el dedo como si tuviera una embarazosa triple avería.

—España te persigue porque eres un rojo, un antiespañol. En Francia te meten en un campo por *indésirable*. Y los nazis te deportan. Eres el enemigo político, tienes que trabajar y perecer.

Se pierde durante un instante, luego parpadea. Fuera lo que fuese que lo había atrapado, consigue reprimirlo y frota la muñeca contra los párpados. Es como si le hubiera dado a un interruptor, la expresión herida en sus ojos ha desaparecido. Antonio

habla con rapidez, como si quisiera acabar de una vez. Maite tiene problemas para seguirlo, se está familiarizando con el frente oriental y no sabe nada de la guerra en Francia, se pregunta qué era lo que Antonio buscaba allí, pero no puede intercalar ninguna pregunta, porque él sigue hablando con un tono extrañamente neutro, como si todo eso no le hubiera pasado a él.

—Dicen que fue el primer tren de deportación de los nazis, pero no sé si es cierto.

Una pequeña ciudad de provincias en el sur de Francia. Un verano los nazis deportan a casi mil republicanos españoles en un tren de mercancías, después, durante el mismo verano, pasan por la misma estación el millar de voluntarios de la División Azul.

—Julia se había quedado en el campo de refugiados, la dejé sola en Francia con el niño. —Entonces su voz se desmorona bajo las palabras—. Crees que la has visto y subes al tren.

Gira una y otra vez el anillo en el dedo cuando hace una pausa, frotando el dedo índice y el pulgar de una mano sin control.

—Y así fue. Y desapareces.

Antonio deja a Maite sola en la mesa y regresa al cabo de un rato que parece bastante largo con una botella de vino. Ella lo había tomado por un emigrante.

—¿No querías regresar a España?

—¿Cómo lo habría podido hacer? Nos habrían metido en la cárcel. Aquí me fue bien, con Karl, solo se puede tener una vez tanta suerte. Después de la guerra llegó Julia, la gente nos trató bien, para Pau había oportunidades. Imagínate lo difícil que se lo habrían puesto en España. Hijo de rojos españoles.

La Guardia Civil. Gente como su padre. Maite cree que Antonio no lo dice, pero lo piensa. Ley y orden. No es lo que se dice, sino lo que surge como un eco desde la oscuridad. Los segundos pasan, durante los cuales Maite oye el zumbido de la nevera y el gruñido de su estómago.

—¿Tienes hambre?

Tres días en un tren sin alimentos. Ella niega con la cabeza.

—Después de la guerra, la gente tenía miedo. Y en la actualidad la gente sigue teniendo miedo. El precio de la democracia. La democracia, ¿qué cosas!

Se dispersan, historias de la infancia de Carlos, Antonio pone música y habla de su vida en Múnich, vuelven a hablar de Rusia, que es la razón por la que realmente ha venido Maite.

—Con Stalin el comunismo perdió su inocencia. Si alguna vez la tuvo. En Alemania el KP¹⁶ era demasiado radical. No estábamos en España, eso nos iba bien. Aburguesados. Me pasé al SPD.¹⁷ En Múnich tuvimos nuestra propia agrupación local en la Gewerkschaftshaus¹⁸ de la estación de ferrocarriles.

En el exterior ya hace tiempo que ha oscurecido y suena tormenta cuando Maite oye la llave en la cerradura y la voz de Carlos en el pasillo, «¡Hola, abuelo! Traigo algo de mamá», entra por la puerta empujando una nevera portátil y tropieza con la mochila en el marco.

—Estás aquí. No sé nada de ti y encuentro aquí a la señora sentada y bebiendo vino tinto.

Con un estallido deja caer la caja al suelo. Él, que rara vez tiene tiempo y no responde durante días, está enfadado. Antonio habla a toda prisa, agradéceselo a tu madre, si no se va a quitar la chaqueta, si quiere una copa de vino o una cerveza, Carlos la rechaza y se vuelve a ir. De todas formas, Antonio quería meterse temprano en la cama, dice, y retira las tazas de café de la mesa, para él ya es tarde, ya no es joven. Solo faltaba que le quitase la silla bajo el culo. Se dirigen en silencio al metro, Maite pone su mano en la de Carlos, él al menos no la suelta.

En el tren comienza a preguntar:

—¿Me vas a explicar ahora de dónde surge ese interés histórico tan repentino y urgente? Y lo más importante, ¿por qué has desaparecido de esa manera? Mamá ya me ha contado lo que ocurrió con la foto del tío Hans.

Maite se apoya en la esquina entre la puerta y el vidrio de separación con los asientos.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Chorradas, cómo has cambiado. Y empiezas a interrogar al abuelo, ¿qué tiene eso que ver con el tío Hans? —Se inclina hacia ella, que vuelve la cara hacia él—. ¿Tenéis secretos entre los dos?

Maite no quiere tener secretos para Carlos, pero la única respuesta que le puede dar en ese momento es un sí, en ese instante pregunta de una manera totalmente fuera de lugar:

—¿O es que no quieres saber nada más de mí?

Maite comienza con la foto y se aproxima a la historia con el cuidado de una desactivadora de minas. Carlos abre la puerta y tira de ella hacia fuera, bajo el cartel con las palabras «Münchner Freiheit»,¹⁹ Maite sigue contando, a su alrededor entran y salen

los trenes del metro, un estruendo de anuncios, frenazos y el sistema hidráulico de las puertas, sobre la caja fuerte y el aceite de ricino y el misterio que es su padre. Carlos se sienta y tira de Maite para que se siente en su regazo, ella se avergüenza, y ahora la podrían mandar al diablo. «Putá, piérdete.» Carlos dice algo que Maite no entiende y sus brazos se cierran dolorosamente alrededor de sus costillas.

* * *

Por su 18 cumpleaños, el 30 de diciembre ofrecen unos vítores, un camarada alemán abre una botella de *brandy* de la campaña del año anterior en Francia, se sorprenden de las cosas que siguen intactas después de transportarlas a través de un continente. Le desean suerte. Por Dios, la va a necesitar. Para celebrar la ocasión, un afeitado.

* * *

El abuelo incluso había estado con él en la escuela y había hablado de los emigrantes y del mercado mayorista, recuerda Carlos.

—Los hijos de los campesinos en la clase se podían imaginar un mono de trabajo, levantarse temprano, todo esto les resultaba muy familiar. Pero en realidad no había ningún emigrante. Nadie me ha explicado nunca que no llegó como emigrante. Toda la historia del campo de refugiados, los años de papá sin padre, ¡podrían habérmelo dicho!

Carlos cancela una cita para escalar para visitar con Maite a Antonio, que les tenía que hablar de los niños españoles que durante la guerra civil habían sido enviados a Rusia por su seguridad. Carlos preguntó sobre el tren que había sacado a la luz toda la experiencia de Antonio. Un tren fantasma, que no constaba en los archivos de los ferrocarriles franceses ni de los alemanes, ni en la Zona Libre, que se encontraba a un tiro de piedra. Fue desde Angulema a París, cruzó el Rin probablemente por Estrasburgo, al igual que los trenes de la División Azul. Tres días y tres noches. Una sola parada, la decisiva para la historia de Antonio. La estación, el cementerio, el mercado mayorista, una noche en el sótano y, finalmente, una granja en un paisaje increíblemente hermoso, con flores en las ventanas y un agricultor que no podía seguir adelante.

Antonio busca en una de sus cajas mapas de Baja Baviera y Alta Austria. Señala alternativas, en línea recta hacia el este, tal vez por Passau, tal vez sin dar ningún rodeo a través de Braunau am Inn, donde ahora se cruza una frontera que entonces no existía,

Carlos asiente con la cabeza y Maite vuelve a no entender nada. Desde Linz no está demasiado lejos, vegas fluviales, el tren retumba a través del Danubio y ha llegado a su destino.

—En un principio nuestra gente construyó el campo de Mauthausen como un castillo que se encarama en la montaña, cuando llegaron allí casi no había nada más que unas pocas chozas.

En esa estación solo bajaron los hombres, lo que incluía a los niños mayores de trece años. Para las mujeres y los niños fue un viaje de ida y vuelta, más largo de lo que nunca hubieran querido.

—Julia me explicó más tarde de lo que se había enterado sobre el tren. Debió de pensar que yo también. Estaba sola. A solas con el niño.

Parece que el destino de Julia le preocupa mucho más que el suyo.

Carlos se levanta de la silla y da unos pasos. Que les habían dado de comer unas mujeres con atuendo de presidiarias, le han explicado a Julia, posiblemente prisioneras de Ravensbrück, después los habrían llevado de Mauthausen a Berlín, lo que explicaría también los bombardeos. En cualquier caso, el tren regresó de nuevo al punto de partida, al cabo de diez días regresaron otra vez a Angulema, el tren se detuvo todo un día al sol, Julia escuchó los gritos. Aquí, dice Antonio, volvemos de nuevo a terreno seguro con una nota en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español, que contiene la fecha del paso por la frontera. El tren llevó a sus pasajeros el 1 de septiembre de 1940 de regreso a España, dos años y medio después de huir de allí. *Ida y vuelta*, y hasta el infierno, a la patria, que ya no lo era.

—El destino puede tratarte bien. Pero tal vez podrían haberse salvado algunas vidas. Al menos una.

Antonio levanta las manos con los dedos cerrados y los abre en forma de flor.

DECIR QUE SÍ

Agosto de 2004

El ritmo del tren los sacude a todos. Maite se abandona a la monotonía. Carlos se ha vuelto hacia la pared, el cabello se le riza en el cuello. Ella se huele las yemas de los dedos y siente su felicidad por el olor de su sudor. Está despierta desde las cuatro, que es algo más tarde de su hora habitual. Sus amigas con niños pequeños se quejan de las noches cortas, a veces piensa en ellas cuando se sirve la segunda ronda de café a las cinco de la mañana en la oficina.

Le encanta el trabajo en el mercado mayorista. A pesar de la responsabilidad. A pesar de que el negocio se pone más difícil. Le gusta el mercado y parece como si ella también le gustase al mercado. Ese lugar mantiene unida su vida. Cuando va en bicicleta al trabajo, se siente segura y bienvenida a este terreno ajetreado, a esta isla iluminada en la ciudad dormida. Se siente realizada en la parte física del trabajo, aquí tiene un buen equilibrio entre la naturaleza perecedera de sus productos y la persistencia de las rutinas, entre el silencio y la socialización. Todo se engrana como eslabones de una cadena que se extiende sobre esta gran rueda durante la mitad de una noche y la mitad de un día. Maite conduce entusiasmada las carretillas elevadoras y aprovecha todas las oportunidades para escapar de la sala. El becario se ha prendado de ella, ella lo disfruta y lo utiliza, solo un poco. Mañana aparecerá Antonio para realizar su ronda habitual en busca de envoltorios, seguro con una sola mirada de si lo tiene o no, aunque ya deben ser centenares. Hannah, la compañera de piso del primer piso compartido, trabaja en la administración del distrito, un trabajo que Maite no querría ni regalado, y en ocasiones se acerca al mediodía, aunque los tiempos son difíciles de coordinar, lo ideal es un almuerzo con Weißwurst²⁰ en el restaurante, demasiado temprano para Hannah, pero en el momento perfecto para Maite. Cuando se levanta finalmente de la siesta, hace tiempo que sus amigos han alimentado a los pequeños con el Babyccino²¹ y están pensando en la cena. Al terminar el horario laboral por las tardes, no necesita ningún contacto más con el mundo exterior, se ha vaciado hablando, luchando y riendo. Le sigue gustando la

cocina y se ha especializado en encurtidos, que regala a la familia, a los amigos e incluso a los clientes y colegas. Un libro y una hamaca en el balcón, una visita a la cervecería. Carlos vuela hasta caer la noche, lo que hace que el verano sea más difícil que el invierno, de manera que ya está en la cama cuando llega a casa. Durante el invierno tiene la sensación de que su vida se desenvuelve en la oscuridad, podría empezar a fumar solo para salir de la sala cinco minutos cada hora y ver el día. Perdona alguna siesta para poder captar algo de luz por la tarde y pensar con melancolía en la claridad de España, en el sol sobre el mar. La nostalgia es peor en invierno, aunque nostalgia parece una palabra inapropiada porque su casa está aquí, su lugar en el mundo.

En la empresa lo ha dejado todo impecable y desconfía de su propia perfección. Los muchachos no tendrán ninguna dificultad, por supuesto, llevaban trabajando diez o veinte años para Antonio antes de que ella llegara. El apoderado sospecha que su nerviosismo no tiene nada que ver con la duración de las vacaciones, porque no es la primera vez que se ausenta durante dos semanas, y ha tenido mucha paciencia con ella. Llegó a casa agotada y se perdió mientras hacía las maletas. Carlos se presentó en la puerta con una cerveza después del trabajo, su mochila estaba preparada en el pasillo, estaba afeitado y duchado, para quedarse diez minutos más en la cama por la mañana. Contempló durante un rato cómo iba de un lado a otro, después se colocó detrás de ella, Maite sintió una de sus manos sobre el pecho y la otra en la cadera. No tenía los nervios para sexo, tenía miles de cosas en la cabeza, pero entonces olvidó todo lo demás y se quitó la camisa por encima de la cabeza.

El tren atraviesa una llanura estrecha, que ha atrapado el agua y las montañas. En Cerbère los engulle un túnel que los expulsa de nuevo a la luz en el lado español. Sobre el océano sale el sol. Estaciones pequeñas. Zona solitaria. Tierra fronteriza. ¿Qué memorias conserva el país? ¿Qué historias explicaría este paisaje? En aquella época pasaron por aquí. Medio millón de personas en una o dos semanas de invierno del año 1939, después de la caída de Cataluña. Antonio, Julia y el pequeño Pau ni siquiera medio año más tarde. En dirección contraria, también los perseguidos por los nazis, con pasajes marítimos reales o falsos, por caminos de contrabandistas, la Gestapo controlaba la frontera. Nazis deseosos de emigrar que fueron recibidos fraternalmente en España y llegaron sin ningún problema a América del Sur. La historia está escondida en filones, bajo todas las capas de vivencias que las generaciones fueron depositando, intencionadamente o no. Las pisadas en la capa más fresca acaban por borrar las huellas

de las generaciones pasadas. Al final hay que excavar capa a capa en el pasado y se descubren las historias en la historia. A veces, el subsuelo ofrece resistencia con tierra apisonada y rocas, que no liberan con facilidad lo que está escondido.

Maite se estira en la litera. El rocío es otra cosa. Cae sobre ella, así como en el aire del compartimento, pero no quiere despertar a los demás mientras abre la ventanilla. A sus padres no les ha explicado nada del viaje a Valencia, donde llegarán al mediodía, subirán a un coche de alquiler en la estación y se irán a la sierra, al pueblo de Antonio, en una historia que se podría desarrollar en cualquier lugar de España. Había soñado que allí no quedaba nadie. Se ve de pie en uno de esos pueblos muertos, rodeada por un gran paisaje, claro como la paja, verde como el roble, marrón como las tierras de labranza, se ve a sí misma como algo encargado y no recogido, extraña con su ropa urbana para estar al aire libre, Margot, con la que no se puede comunicar, y Antonio, con cuyo regreso no había contado nadie. Antonio y ella misma, dos exiliados, cada uno en su época y a su propia manera sospechosa. Dos entregas con defectos ocultos, de las que habría que descargar todas las cajas del palé y revisarlas, tomar cada pieza individual en la mano y retirar la fruta podrida, documentar el daño, pero ¿quién era el remitente ante el que se podría reclamar la mercancía defectuosa?

En aquel entonces, cuando atravesó este paisaje en el tren nocturno en el verano de 1990, su padre había reservado un compartimento completo del vagón dormitorio para ella sola, había tomado la decisión, de la misma manera que había querido decidir dónde debía vivir. Solo los esnobs y los inmaduros viajaban de esa manera. En aquel momento, ella creía que él no confiaba en ella para nada. Delirio autoafirmativo posadolescente. Era época de vacaciones, el tren estaba abarrotado y hacía demasiado calor. En la cafetería el vapor se escapaba de la cafetera, la gente olía a sudor. En el pasillo había un hombre asomado a una ventanilla abierta, la miró con interés y al mismo tiempo con hostilidad, y casi no la deja pasar; cuando intentó pasar a su lado, distribuyó su peso de modo que el trasero rozó sus pasos. Su padre solo quería lo mejor para ella, al menos eso era lo que siempre aseguraba mamá. Podría no estar de acuerdo en lo que era lo mejor para ella, a pesar de que en la actualidad a Maite le parecía bastante claro en el caso del compartimento para dormir. Pasó una noche en vela, pero maravillosa en su compartimento individual, un compartimento para ella sola, su pequeña habitación de hotel, que la transportaba a través de Europa. Sacó todos los artículos de cuidado personal y los alineó encima del lavabo, delante del espejo, dentro de la protección

contra caídas, parecían turistas en un mirador. Maite se dejó caer en la cama y escuchó los latidos de su corazón, las voces del compartimento vecino. Estaba sola. La prueba había comenzado. Si su padre se hubiera ocupado de todo, probablemente habría estado menos nerviosa. Esta época será emocionante, había dicho Teresa, cuando le entregó en el último momento el cuaderno de notas en el tren. La época de su nuevo comienzo había sido emocionante, aunque en ningún momento había querido una época emocionante, sino simplemente estar tranquila.

Maite se ha traído en el último momento el libro, que no estaba en su lista de viaje. En gran parte ya está lleno, pero seguramente no de la manera que hubiera podido imaginar su tía. Catorce años de Múnich, catorce años de Carlos. Su gran amor, el verdadero, el único, el que valía la pena, pero que al principio no fue un asiento seguro. Demasiado y demasiado rápido. Una relación a muchas revoluciones, porque mientras las historias de vida se entrelazaban, solo se acaban de conocer y ya tenían un pasado. Maite se aferró a Carlos, en especial tras aquellas acortadas vacaciones navideñas de 1990. Era mejor que empezase a trabajar con Antonio. Él percibió algo de su miedo y jugó al caballero de la brillante armadura, ofreciéndole un puesto de trabajo insignificante. Con el dinero, Maite compró tiempo para ella y para Carlos durante el semestre de verano de 1991. Al considerar lo que perciben en la actualidad sus empleados, Antonio le remuneró evidentemente en exceso las pocas horas a la semana. Más tarde la rescató del masoquismo de las prácticas, la liberó de la idea descabellada de convertirse en profesora de lengua e historia españolas en un país extranjero. Como regalo de boda le entregó la empresa, una dote a la inversa, como si la familia nunca regalase lo suficiente. Su padre no podía entender que abandonase los estudios. Pero cuando estudiaba, le parecía que estudiaba la materia equivocada, querer ser maestra tampoco le parecía lo correcto. Parecía que siempre la medía con unos criterios a los que Maite no tenía acceso. Se había pasado antes de realizar la apuesta. En realidad hacía lo mismo que hacía Luis, que hacía el abuelo antes que ellos, seguía una tradición, solo que en el lado malo del negocio, de qué podía quejarse.

Hoy hace siete años que se vieron por última vez. Después se apagó el horno, como diría Margot, pero nunca debió permitir que llegara tan lejos. Porque en el momento de la despedida, después de una boda que había transcurrido en líneas generales de una manera muy armoniosa, comprendió que su deseo no era que se casase en junio, sino el 23 o el 30 de agosto, que tenía que ver con un tipo de planificación muy especial. Él no

voló de vuelta con los demás, sino que se encontró con sus compañeros de la División Azul, como hermandad viajaron a Núremberg y Grafenwöhr y a través de recuerdos de gloria hacia el norte y a mediados de septiembre se encontraron en el lugar, cuando en un cementerio militar de Rusia se inauguraba un monumento en recuerdo de los españoles. El primer ministro en persona se había comprometido a la exhumación en Rusia de más de un millar de soldados de la División Azul, mientras que en casa los muertos del otro bando permanecían ignorados por todas partes. Miles de muertos solo en la provincia de Valencia, una cagada de pájaro en el mapa de España, también como una de las últimas regiones caídas en manos de los franquistas. A veces los lugares están señalizados, la mayoría no. Ramos de flores y cruces de madera al borde de la carretera que no recuerdan a las víctimas mortales de accidentes de tráfico. Las víctimas de accidentes son recuperadas y enterradas con dignidad. Los otros yacen desde hace sesenta o setenta años sin nombre en un terraplén. En algunos sitios, los cínicos dicen que hay más muertes delante que dentro de los cementerios. Hubo mucha violencia indiscriminada, civiles contra civiles, de miembros de la Falange, también de los republicanos, entre soldados de ambos bandos, pero a los muertos que van a visitar les disparó la Guardia Civil.

Han pasado dos años desde que Julia envió sin previo aviso y sin ningún comentario el artículo de un periódico sobre una exhumación, desde que Antonio se presentó delante de su puerta, angustiado, pero decidido por fin a hablar, a romper el gran silencio y Maite tuvo que descubrir que él no se lo había contado todo. Había mencionado la huida y la deportación, había explicado la situación en España y le había abierto los ojos sobre el papel de la Guardia Civil. Sin embargo, había callado la relación que tenía su huida con la Guardia Civil, así como sobre la noche en la que todo terminó y todo empezó. Maite escuchó la historia de Antonio por primera vez entera. El vaso de agua se convirtió en una copa de aguardiente, más para ella que para él, y luego abrió una botella de vino de Utiel-Requena, que él había traído en otra ocasión, siempre traía una botella igual, y comprendió de repente por qué tenía predilección por estas cepas. Cocinó, como Antonio lo había hecho una vez por ella, después de la puesta del sol llegó Carlos, juntos analizaron lo que significaría buscar la fosa común y dejar que la abrieran. Pero aun así no pudo liberarse de la sensación de que esta historia también tenía flecos sueltos. Burbujas de aire atrapadas.

No te preocupes, le dijo el arqueólogo por teléfono. Su voz sonaba aterciopelada a través de la línea, atravesando Europa hasta llegar al pasillo de la vivienda en Múnich donde se sentó con las piernas cruzadas en medio de sus preguntas. *No te preocupes*. Inicialmente se celebrará una reunión con los familiares, el equipo explicará el trabajo en detalle y entonces Maite lo entendería todo. Todo quedaría muy claro, *no te preocupes*, repitió en medio de la rapidez de su forma de hablar, intercalaba algunas risitas en su voz, el alcalde apoya el proyecto, un contratista incluso pone a disposición una excavadora, no tenía que preocuparse. No es que hubiera mucho que entender. El panorama general estaba claro: desenterrar a los muertos. El arqueólogo no tiene ni idea de sus preocupaciones y así debe seguir siendo. Maite ha declarado a su familia terreno vedado. Prohibido el paso, para todos los demás, pero ella pasa las noches en vela y tiene demasiado tiempo para vagar por el paisaje desolado de la relación malograda con su padre. El arqueólogo ha hablado con ligereza. *No te preocupes*, Maite lo repite en voz baja como un mantra.

De repente, le vuelve como un puñetazo el recuerdo de que fue uno de los vinos de Antonio lo que bebió en la noche en vela antes de la boda. Todo estaba en calma hasta que apareció ese fantasma, esta sociedad formada en una montaña. Carlos suspiró en sueños y subió la sábana hasta el cuello, Carlos podía destruir el mundo a su alrededor, se podía dar la vuelta bajo la manta y dejar que el mundo fuera el mundo. Esta hora en la que no circula ningún coche, no canta ningún pájaro, no hace ruido ningún erizo. El cabello le resultaba a Maite pesado y caliente alrededor de la cabeza. Levantarse. Beber agua. Tomar aire. Acostarse de nuevo. De bocarriba a bocabajo y volverse del vientre a la espalda. Carlos la tocó, le acarició la pierna. Su respiración, su pelo, todo su ser olía a sueño, mientras que su nerviosismo picaba como pequeñas punzadas. Cuando se levantó y su movimiento hundió la cama, Carlos murmuró: «Ya no lo puedes cancelar, así que deja de moverte y duerme» y se volvió hacia el otro lado.

Quería complacer a todo el mundo, encontrar un lugar para cada uno. Vinzenz dirigió los actos y se superó con un menú hispano-bávaro, con platos rústicos para estómagos con capacidad y joyitas para los *gourmets* curiosos. Él, que ocultaba muy bien al niño que llevaba dentro detrás de camisas abotonadas y una bufanda áspera, había probado las recetas nuevas durante toda la temporada con sus clientes y cada vez que se encontraba con él tenía una nueva idea. Carlos era probablemente una especie de hijo de repuesto. Vinzenz había sido el principal candidato como padrino de boda, pero tendría que

ocuparse de la cocina mientras se intercambiaban los votos en el valle, con gran brillo y fanfarria, de manera que era feliz de poder trabajar entre bambalinas. Quedó sin decir que es importante, en algún momento se lo tendrán que decir.

En cuanto a la distribución de los asientos, Maite creía que había encontrado la única combinación posible: lingüística, política, sentimental. Una familia que pagaba un precio muy alto y otra que había emitido la factura. Un abandono, que cuarenta años después aún llevaba la alianza en el dedo. Habían compartido con los amigos el desayuno tardío del domingo, entre las tazas de café y las estanterías estaban repartidas las preocupaciones de Maite, solo las suyas, porque parecía que Carlos no tenía. A causa de la muerte y el asesinato, ni siquiera estaban en Venecia. «Verona, Macho», corrigió Ole. Se habían sentado en casa de Margot y Paul y le habían preguntado a Antonio, que solo hizo un gesto negativo con la mano, un encuentro más o menos no alteraba las cuentas, lo más importante, que los niños sean felices. En eso Julia era más complicada, pero al final se negó, demasiado vieja y cansada. Todos sabían que aquello era un pretexto y Julia sabía que ellos lo sabían. A Maite le dolió, en algún momento consideró la negativa de Julia desde el punto de vista pragmático, una mina menos, pero al final vino de todos modos. Todos aseguraban que sería una boda maravillosa, Carlos el más convencido de todos, la gente quería vivir un día hermoso, incluso su padre. Carlos estaba contento con la idea de casarse, actuaba en estas situaciones como si estuviera en una montaña rusa, cuanto más alta la caída, más intenso el cosquilleo. Pero ella se encontraba en el carrusel de su familia y, por mucho que se moviese, siempre se encontraban en lados opuestos. La noche antes de la boda deseó que hubiera estado dispuesta a hacer concesiones.

En el silencio nocturno de la vivienda el sonido del corcho sonó con fuerza. Maite aguzó el oído tras el estallido y luego oyó el tictac del reloj, el sonido de sus pies descalzos sobre las baldosas. Le encanta empezar una botella nueva. Cuando al servir gorgotean los primeros segundos en el cuello de la botella. Utiel-Requena, la etiqueta prometedora, con un diseño precioso y moderno, un regalo de Antonio. Maite llena el vaso, huele a bosque fresco y frutos negros y se pasea con la copa por la sala de estar. Sobre la gran mesa del comedor se extiende un caos, objetos rutinarios de varias semanas abandonados al descuido, facturas, cartas, la infame lista de invitados, lápices de labios, lápices, un sujetador, tazas de café. La clave de la bodega que ella había buscado el día anterior. Un ramo marchito. Mosquetones de Carlos, su bolsa de

magnesio, sus gafas de aviador, la cazadora de rescate aéreo sobre una silla. Las gafas estaban encima de los vasos, Maite les dio la vuelta para que no se rayaran, Carlos llevaba estas gafas con una veneración religiosa. En estos objetos se podía leer que habían tenido poco tiempo para vivir en la casa, que había sido suficiente para el sexo rápido, que sus habitantes se habían alimentado con comida precocinada, cuanto más llena estaba la mesa, mayor era la tentación de encargarse algo en el chino o ir al *Centro Español*, Maite no había ido nunca a un local en el que le diesen la bebida sin hacer preguntas. Desde el lavavajillas subió olor de moho. Maite tiró las flores, ordenó papeles en una pila de «boda» y en otra de «no boda», se sirvió, casi sin mirar, vino, repasó en las listas las cosas que no podía olvidar. En la cabeza no tiene una sino varias listas. También tiene siempre varias listas en papel y como por regla general no puede encontrar el papel más importante, empieza otra vez desde el principio.

Tomó un sorbo de vino y casi se ahoga en ella. Su padre. Se había olvidado de decírselo. Se había propuesto llamar a sus padres justo antes de la fecha límite para que pudieran hacerse una idea y tener claro que estaban descartadas las discusiones interminables. Temía esa conversación. Simplemente lo había pospuesto. Había desaparecido, por completo, y ahora, en la noche antes de la boda, estaba de vuelta. Tenía ya el teléfono en la mano para llamarlo a su hotel. Se refrenó. A las siete podía llamar, lo llamaría a las siete, y hasta entonces dormir quedaba descartado. Bebió más vino, casi se bebió toda la botella, y luego se durmió de todos modos.

Por la mañana, Hannah llamó a la puerta con los *bretzel* del desayuno. Maite vio cómo Carlos se tambaleaba hacia la puerta. La voz alta y clara de Hannah se le metió a Maite en el cráneo. El pitido del despertador dejó de sonar. Carlos ya estaba bien despierto y delegaba. Hacer café. Los papeles simplemente ponerlos todos en una pila, recoger todos los trastos del suelo, ¡No!, quería gritar, pero fue demasiado lenta. Carlos repartió agua y aspirinas y desapareció en la ducha. Para Maite todo iba demasiado deprisa. Cayó en la cuenta de que durante la noche había atrasado el despertador. Moviéndose la cabeza de un lado al otro. Tenía la boca un poco menos pegajosa, Hannah le llenó la copa por segunda vez, pronto habría café. Negro. Mucho azúcar, una cucharada extra para celebrar el día. Carlos se había cortado al afeitarse, un trozo de pañuelo de papel le colgaba de la barbilla. No era la única que estaba nerviosa, Carlos sacudió la cabeza masticando. Hannah volvió la botella en sus manos, «En cualquier caso, un buen trofeo». Los *bretzel*

maravillosamente crujientes, la mantequilla fresca en la punta de la lengua antes de que se fundiese el dulzor y se mezclase con la sal.

—Lo llevas bastante bien para haberte ventilado una botella de vino.

—Mi esposa, querida Hannah, bebe rioja como Astérix se toma la poción mágica. Siempre le gusta antes de acontecimientos especiales, pero tampoco le hace ascos en los días de cada día.

—Aún no soy tu esposa. Y eso no era un rioja.

—Le confiere poderes mágicos. ¿Ves cómo brilla? ¿Tiembla, relumbra, sale disparada como un cohete?

Le dio un beso de mantequilla en la mejilla. Estaba de muy buen humor.

Maite puso tan caliente el agua de la ducha que se encontró en medio de una columna de vapor, y luego dejó que el agua fría del lavabo le refrescara las muñecas. Una amiga del teatro de Ole llegó para maquillarla. Durante una barbacoa a orillas del Isar, Carlos le había sacado con pericia un trozo de comida que se le había quedado atascado a su hijo en la tráquea y estaba agradecida. Cuando Maite se fue con Hannah a la habitación para ponerse el vestido, habían desaparecido las huellas de la noche. Sus ojos marrones brillaban. Los rizos sujetos con flores, horquillas y laca brillante. Un escote de vértigo. Habían pasado mucho tiempo en las montañas, Maite se miró en el espejo, fresca y saludable, la purpurina le brillaba sobre la piel. Extraña y hermosa. Por primera vez creyó que tenía alguna idea de lo que Carlos había visto en ella. Hannah le acarició la espalda, Maite cerró los ojos, disfrutando del contacto de los dedos de Hannah en sus brazos. El crujido de la enagua, seda fresca y suave bajo sus dedos, el aire caliente del verano en sus piernas desnudas, descalza en la alfombra. Se tocó el cabello, Hannah le dio un golpe en la mano. Al otro lado de la ventana un cielo azul de ensueño, sin una nube.

UN CIELO LLENO DE PÁJAROS

21 de junio de 1939

En el patio se enciende la luz y se vuelve a apagar. Los faros del Hispano-Suiza. El coche necesita una bujía nueva, pero dónde conseguir una bujía en estos tiempos.

No es la bujía.

Antes de que llegue la cabeza, el cuerpo ya lo sabe. El cuerpo sabe quiénes son esas personas y lo que quieren. El cuerpo va dando tropezones pendiente abajo, para encontrarse con las luces, oye voces masculinas y un grito de la madre, y finalmente la cabeza sigue al cuerpo. Pero ¡aquí no, no en el pueblo de su infancia!

Lejos, bajo la protección del bosque, o hacia abajo al pueblo, por el callejón hasta el portón, ¿estará abierto?

En este patio lleno de hombres de la Guardia Civil, entre ellos su padre y su madre, ¿su esposa y su hijo?

O en el bosque.

O en la granja.

Por la pendiente hacia arriba, hacia abajo, al final Antonio se acucilla en el suelo, incapaz de ir en una u otra dirección. Le gustaría arrastrarse entre la hierba y desaparecer, fundirse con la tierra, convertirse en tierra.

Por la noche se desliza a través del portón de la propiedad, que Julia no ha cerrado. Se mete a presión a través de una rendija muy estrecha, sabe exactamente cuándo la puerta comienza a crujir. Sabe a ciegas dónde está el arcón, cómo se va a la cocina, dónde se quita su padre los zapatos. Penetra cuatro pasos en el pasillo, busca con los pies. Lo esperaba, pero de todas formas se lleva un susto. Pasos detrás de la puerta de la cocina y luego aparece la figura de su madre en el marco de la puerta: «Antonio. ¿Eres tú?».

No recordaba que sus hombros fueran tan frágiles. Al tocarla se da cuenta de que tiene resina en la yema de los dedos. Agacha la cabeza bajo el dintel de la puerta de la cocina. Julia se encuentra en el rincón junto a la estufa con Pau en brazos, se sienta allí por pura costumbre, porque no arde ningún fuego. Ninguno de los dos dice nada, como si

supieran que él lo sabe. En el marco de fotos mira a toda la familia, sus hermanos, el muerto, el vivo y el padre. Su silla está vacía, la chaqueta echada sobre el respaldo, como si se hubiera ido con prisa. Su gorra está sobre la mesa, ahora habla su madre con una voz desconocida, dijeron que ya no la necesita.

La voz de Julia desde su lugar junto a la cocina, tal vez todo se aclare. Tal vez solo van a interrogarlo. Tu padre no ha hecho nada, no tiene sangre en las manos.

Antonio sostiene la mano de su madre, junto con la gorra. Cuando la madre vuelve la cabeza, ve los morados en su cuello y piensa que es ingenuo, pero espera que Julia tenga razón. Espera que sientan respeto por el nombre de la familia o piedad por su padre, porque él es frágil y viejo para su edad. Pero ¿por qué él?

Lo que la madre le dice a continuación se confunde con una cacofonía, con un caos súbito, porque dice que en realidad te querían a ti. Tu padre te ha protegido, pero no lo han creído.

Por supuesto que no lo han creído.

En realidad, te querían a ti.

Dijo que estabas en la ciudad, dijo que no tienes nada que ver con el asunto, lo golpearon, y luego se lo llevaron, pero en realidad te querían a ti.

Las dos mujeres retienen a Antonio con lágrimas y todas sus fuerzas, en realidad te querían a ti, y aún lo quieren. A él no lo volverían a soltar y lo sabe, pero podría liberar a su padre o podrían retenerlos a los dos. En la cocina arde una vela, como si la luz eléctrica fuera insoportable. Su madre sigue sentada a la mesa y espera, espera con un anhelo sin sentido. Julia contempla la oscuridad del fogón, mañana podemos recoger la leña, comenta Antonio, y extiende las manos hacia el niño. Un niño a deshora. Rodea un dedo con su puñito, que abre en sueños y vuelve a cerrar. Siente el calor de Pau, que se transfiere y encuentra el camino hacia su corazón. Se tiene que ir, si no mañana, la próxima semana. Los rumores de listas de fusilamiento. A los asesinos más efectivos les espera el paseo.

Se coloca al niño del brazo encima del pecho y cruza las manos sobre su pequeña espalda. ¿En qué época crecerá esta espalda? El día del nacimiento de Pau cayeron bombas en Valencia y la partera se negó a salir de casa. Julia recurrió a su núcleo duro y lo consiguió sin ella. Mostró frialdad ante el dolor. Su resistencia fue espeluznante, Antonio buscó en ella a la muchacha bailarina y despreocupada con la que había pasado

las noches. ¿Qué hacer? ¿Como hijo? ¿Como padre? ¿Como hombre? Le tiemblan los huesos ante estas preguntas. Se encuentra al borde de un acantilado y ve el terreno que se precipita hacia las profundidades. La mañana está devorando el suelo y se va acercando a los dedos de sus pies. El tiempo, que parece ir hacia atrás desde esta paz perdida y mentirosa, se aleja rápidamente y no se preocupa por su deseo de que se detenga. No hay solución, solo malas decisiones. Huir o caer. Al otro lado de la mesa, se incorpora su madre, el roce de la ropa, el arañazo de su alianza en la madera. La respiración del niño se ensancha en sus palmas. Antonio se siente caliente y a la vez frío, tiene una respuesta a su pregunta: si no mañana, la próxima semana. Con su hijo, por él. Mejor ayer.

Pau está satisfecho y muy pronto oye la respiración uniforme de Julia y se siente maravillado. Está despierto en la cama, la mano sobre el vientre de su hijo, y no encuentra descanso en su ritmo. Se libera de las sábanas y se pone los zapatos, se desliza hacia el exterior, más allá de la madre, que está dormitando en su silla. Si no es hoy, será mañana. Recoger una vez más madera para la familia. Sigue sus propios pasos de regreso al bosque hasta el haz, que recoge y que al amparo de la noche quiere llevar a casa, por última vez. Doblado en dos, con las manos ya bajo las ramas, oye el primer disparo. Y aun así existe una esperanza alocada y absurda. Pero entonces retumba un segundo disparo en la noche. Desde el otro lado de la colina, donde han quedado dispersas sus astillas de madera. Junto al cráter. Su haz de leña cae al suelo, al sonar más disparos, los cuenta como latigazos. Son siete, después de una pausa siguen dos más, en realidad te querían a ti, de repente el cielo está lleno de pájaros, y tú corres.

HABER DICHO QUE SÍ

Agosto de 2004

Antonio se agita, pita el reloj de Margot. Maite se da más prisa que todos los demás para entrar en la ducha para un lavado rápido. Esta noche ha sido buena, fue ligera y juguetona, solo se trataba de ellos dos, solo se trataba del presente y no del futuro, no se trataba del niño que no quiere venir, un buen comienzo para el aniversario de boda.

Maite tenía recuerdos más concretos de los prolegómenos de la boda que de la propia celebración. Incluso tiene muy clara y presente la resaca anterior a la fiesta. Ole había anunciado que la recogería con una limusina, que conocía a alguien que conocía a alguien y así sucesivamente, pero algo se torció en el último minuto. Con Ole siempre hay algo que va mal en el último minuto. Maite se lo había temido cuando no contestó al teléfono y le dejó un mensaje grabado cuando sabía que ella no podía estar en casa. Llegó puntual, pero vino con su propio coche, y como estaban las cosas, podría haber sido un poco más convencional. Un R4 oxidado, cuyo interior estaba totalmente cubierto con una ridícula piel de vaca sintética. Ole había tratado de compensar la rebaja con una exuberante decoración floral que no había montado solo sobre el capó, sino en cualquier sitio en el que se pudiera fijar aunque fuera de la manera más peregrina posible, espejos exteriores e interior, manillas de las puertas, antena, incluso en el tubo de escape. Parecía como si hubieran corrido a través de un prado y no solo se habían llevado una vaca, sino también todas las flores silvestres. Carlos estaba totalmente pasmado. Iba delante con las largas piernas dobladas como un becerro en el útero materno. Maite iba sola en el asiento trasero, la falda colocada con cuidado, la apertura de la ventanilla un compromiso entre el peinado y la refrigeración, por fuera las flores volaban por todos lados. Maite se inclinó hacia delante y tocó el hombro de Ole, «*Gracias, amigo*», su mirada en el espejo retrovisor, «*My pleasure*». Era sábado, Múnich no sería Múnich si no hubieran quedado atrapados en un atasco de tráfico en dirección a los lagos y las montañas. Ole habló con rabia contra la manía múniquesa de salir de la ciudad con los primeros rayos de sol, con lo agradable que era quedarse en Múnich, en el Isar, en el Jardín Inglés, en la

Gärtnerplatz. Por qué siempre dice todo el mundo que Múnich es hermosa, porque las montañas están tan cerca, de Berlín no dice nadie que sea hermosa porque Polonia no queda muy lejos. Ese era Ole, Ole con sus ocurrencias, un poco más tarde consiguió un contrato en otro lugar y por eso lo han perdido de vista, padrino de boda o no.

Cuando llegaron, habían perdido buena parte de su decoración floral, les quedaba poco tiempo, Margot estaba en el pasillo enfundada en un traje tradicional tirolés, Carlos todavía tenía que ponerse el traje, Julia bajó la escalera. Paul ya había salido para recoger a la familia de Maite en su hotel, explicó Margot, e incluso en aquel momento a Maite no se le ocurría lo que tendría que decirles. Margot se puso en camino a pie, con brío, como si fuera una niña. Con Julia en el asiento del pasajero de la tartana, apareció la pareja de novios en el Ayuntamiento. La gente, los amigos, allí donde mirase Maite, y todos ellos estaban allí solo por ellos. La traspasó una ola de simpatía, rio, saludó, lloró. Vio a sus padres, su madre sonrió formalmente, no parecía que su padre tuviera claro por qué expresión se debía decidir, su hermano Francisco parecía molesto. De repente se acordó de nuevo y en ese momento se le secaron las lágrimas. Hacía mucho tiempo que no se habían visto, pero sentía de nuevo una mala conciencia hacia él, pero en realidad para qué y por qué lo que pensaba que era correcto siempre tenía que estar asociado con un sentimiento de culpa. A pesar de eso trató de disculparse, lo que en medio del bullicio general estaba condenado al fracaso. Su madre le puso un paquete en la mano, que debía abrir de inmediato. El paño suave y voluminoso de un *mantón de Manila* brotó del papel. La tela de color rosa oscuro, casi violeta, combinaba a la perfección con el vestido lila. El mar de flores en la punta superior, en azul, púrpura, plata y rosa, estaba bordado a mano. Su madre le colocó el mantón sobre los hombros, debía haber recabado de Margot información secreta sobre el vestido, porque los colores se complementan perfectamente. Luego tuvieron que darse prisa.

El regalo, el gesto conmovió a Maite en lo más profundo, pero con las prisas no podía corresponder adecuadamente a su madre. En retrospectiva, Carlos tenía razón. Todos querían mantener la armonía, sobre todo su padre, que en esta situación, al menos desde su punto de vista, tenía derecho a armar un escándalo. Se movilizó todo lo que une, no lo que separa. Irene y mamá tiraron arroz, la pequeña Isabel, la ahijada de Maite, tiró su puñado justo delante de los pies de Carlos. Con su vestido de valenciana debía esparcir flores, pero estaba intimidada por los hombres de verde con las armas temibles. Los tiradores flanqueaban la salida, las escopetas cruzadas formando un cenador, los

compañeros de Carlos en el rescate alpino, en lugar de los más veteranos del semestre. Sonrisas, guiños, un sol brillante. Amigos de él tocaron música y algunos espontáneos se unieron a ellos con sus instrumentos en el teleférico. Maite había vislumbrado a sus padres en algún lugar entre la tuba y la trompeta, su padre se inclinó hacia su madre, ella lo vio sonreír, con la mano apoyada suavemente en su hombro.

Vinzenz había preparado una recepción con cava delante del restaurante. Cuando los tiradores estuvieron preparados, sonaron explosiones en la cercanía, un ruido ensordecedor, frente al cual el club de tiro parecía una clase de preescolar. El tío Luis y los primos habían encendido una *mascletà*, olía a pólvora, como en casa, estas son las cosas que a Maite le gustaría experimentar de nuevo, y tal vez cuando en el viaje de vuelta aparezca por casa de sus padres y no resulte demasiado molesta la posibilidad de una visita en primavera. Después de que los patriotas bávaros y valencianos hubieran satisfecho su sed de pólvora, siguieron las felicitaciones, el padre de Maite olía a pólvora, tenía las mejillas enrojecidas. Se dio cuenta de que era imposible aclarárselo todo, mientras que en la fila ya estaban esperando los siguientes, pero lo abrazó con fuerza y sintió que sus brazos también apretaban. Con Francisco júnior y su yerno Alberto se dirigió hacia los tiradores, Maite lo siguió brevemente con la vista, pero luego Carlos llamó su atención.

La comida era excelente, Maite se acuerda de la tortilla campesina y de la variante hispanizada del *Fleischpflanzerln*,²² y Maribel se precipitó con entusiasmo sobre Vinzenz, aunque no quedó claro cómo se entendieron los dos. Paul pronunció un buen discurso, que Antonio tradujo frase por frase al español, Maite se sorprendió de lo que Paul pensaba de ella, había esperado algo más general. Mostró su respeto por cómo había seguido su camino, consideraba que su influencia sobre Carlos era positiva, el soñador había aterrizado, se había vuelto a unir a sus raíces. Y Carlos le hacía bien al convertirla en una persona más relajada, que debería dejar con mayor frecuencia que el aire de la montaña rodeara su hermosa e inteligente cabeza. El cielo y la tierra unidos en ellos y el amor es lo único que importa. Toda la felicidad del mundo. «¡Amén! Tendrías que haber sido cura en lugar de capitalista», gritó Vinzenz desde el otro lado de la sala. Paul se sentó y se aflojó la corbata, agotado por tanta emoción y probablemente también tardó unos días en recuperarse del abrazo de su hijo.

Finalmente se puso en pie el padre de Maite y a diferencia de lo que ocurrió después de su graduación, estaba dispuesta a escuchar lo que tenía que decir. Estaba nervioso. En

uno de sus muchos libros había tropezado con un episodio: a finales de los años cuarenta la selección española jugó en París, Franco envió una delegación encabezada por Serrano Suñer. En algún momento, los de derechas se arrancaron las insignias de partido de la ropa, porque el estadio era rojo: la selección de la España de Franco completó su primer partido internacional contra la España roja en su exilio parisino. Su padre más solo que la una. Maite se relajó. Expresaba buena voluntad. Felicidades, suerte, que Dios os bendiga. Antonio se había levantado de su asiento, frente a Maite y Carlos, y traducía. Que Dios os dé muchos hijos. El día hermoso, el tiempo espléndido, la joven pareja. Antonio cometió un error en el guion, obvió la mención a la boda eclesiástica. El padre de Maite habló de la amistad histórica entre Alemania y España y confundió las relaciones entre estados con la comprensión entre pueblos, pero a excepción de Maite en su paranoia probablemente nadie se dio cuenta.

Antonio tradujo según el sentido del discurso y rebajó las puntas de la jerga derechista. Su padre trazó paralelismos, hizo hincapié en la historia común, probablemente no pensó en los escritores alemanes en las Brigadas Internacionales ni en los españoles en Mauthausen. Habló de sus buenos momentos en Alemania cuando era joven, Antonio no podía traducirlo aproximadamente, la mano de Carlos desapareció debajo del mantel y acabó sobre la pierna de Maite. Los alemanes siempre lo habían tratado bien: su padre dijo en español «*el alemán*», Antonio tradujo «las personas en Alemania», y tomó un sorbo de agua. Tormenta en un vaso. Miró durante un instante a Maite a los ojos y prosiguió. Si su padre terminase ahora mismo. Quizás ayudaría rezar. El alemán siempre había mirado un poco por encima del hombro al español, a causa de los uniformes mal abotonados. Su padre se rio. Pero en el combate no habían quedado en nada por detrás de sus camaradas alemanes. Virtudes alemanas. No podía evitarlo. En el estadio de París habría entonado el *Cara al sol*.

Antonio le hizo un guiño. Este gesto pequeño y valiente de aliento en esa situación todavía le puede desencadenar una oleada de profundo respeto, mucho más que la empresa y todo lo demás, constituye su legado.

¡Viva Alemania! Y ahora su hija se había casado con un alemán. Sobre el papel, al menos, no era mentira, pero tampoco era del todo verdad. Como lo formulaba su padre sonaba sobre todo como si Carlos se hubiera casado con él, como si su familia le hubiera concedido una gracia a la suya. Antonio hizo una pausa. Tomó un sorbo de agua, se aclaró la garganta, habló de la unión de dos familias, de la felicidad del amor, y de todo

lo que los rodea, los que únicamente hablan uno de los dos idiomas asintieron con la cabeza, porque por lo demás probablemente era el único pasaje del discurso en el que aparecía el amor. La mano de Carlos apretó con tanta fuerza que el nuevo anillo de bodas se le clavaba entre los dedos. Maribel parecía que se limpiaba una lágrima de emoción en el rabillo del ojo, ella tampoco lo podía evitar. *¡Viva Alemania!* En el pasillo se oyó un ruido como si Vinzenz hubiera dejado caer una pila de platos, que era lo que había hecho en realidad, y no se molestaba en recogerlos en silencio. *¡Viva España!* Su padre se puso firme y Maite se imaginó que en su interior había dado un taconazo. Julia miraba fijamente la mesa, Antonio sudaba mucho. Maite sintió el miedo en la sala, el viejo miedo. Ella había tenido razón. Su padre levantó la copa. Su segundo *Viva Alemania, Viva España* quedó ahogado por un toque de la tuba y los amigos de Carlos se embarcaron directamente en una canción, Carlos la agarró de la mano y Maite bebió Utiel-Requena con los ojos cerrados, quería beber hasta quedar inconsciente.

Hoy a Maite le habría gustado que en aquel entonces Antonio hubiera traducido las palabras exactamente como las había pronunciado su padre. Él le había querido hacer un favor, pero ahora desearía que no hubiera protegido a su padre con una traducción aproximada. El silencio convirtió el franquismo en el crimen perfecto. Y la negación de la realidad de su padre es una cuestión de poder que se puede permitir. El pacto de silencio en su propia boda.

Su madre intervino antes de que Maite pudiera beber con mucha rapidez demasiado Utiel-Requena, Maite sintió su mano con los gruesos anillos de oro sobre el hombro, «*Ya está, ven conmigo*», mamá la condujo hacia el lavabo y dejó que el agua helada de la montaña le mojase las muñecas. Mantuvo las manos de Maite bajo el chorro de agua con un apretón de hierro y la miró a través del espejo; desde la perspectiva de Maite, la unión de las dos superficies del espejo cortaba su cara en dos, mientras se disculpaba por su padre. Maite liberó las manos y se sacudió el agua, con los brazos estirados y la falda con vuelo debía parecer un derviche, hasta que mamá dijo finalmente:

—Ojo por ojo, los dos habéis cambiado muy poco. El asunto con el registro civil era una exigencia muy poco razonable ¡y lo sabes!

Pero como siete años sí cambian algunas cosas, Maite se disculpó con su madre, al menos con ella.

Salieron de la casa, mamá la tomó de la mano y tocó el nuevo anillo de bodas.

—El matrimonio es un viaje conjunto. Se toma la decisión de aceptarse como compañeros de viaje. Se decide seguir el camino juntos. Tal vez no se esté siempre de acuerdo sobre hacia dónde conducirá el viaje. Para uno de los dos será más importante determinar la dirección y, si es posible, el otro se tiene que conformar con ser el copiloto. Ambos encontraréis vuestro camino común y la manera de ser buenos compañeros de viaje, estoy segura.

Cuando su madre se dejó caer con esta verdad de perogrullo, sabía por supuesto lo del viaje a Rusia, y era lo suficientemente sabia como para no decírselo a Maite en su boda. Antes de la boda habría sido el momento perfecto, así como para su propio mensaje de que no iba a haber ceremonia eclesialística. Ojo por ojo. En ese momento, se sentía traicionada, engañada, y posiblemente por los dos. A él lo envió al desierto helado en Rusia y desde entonces no lo ha vuelto a ver. Su madre, la copiloto, no lo acompañó hasta allí, ella y Maribel fueron unos días a Salzburgo y se llenaron la barriga con Mozartkugel.²³

Maite termina el aseo matutino, cuando abre el cerrojo de la puerta la luz se apaga automáticamente. Delante del compartimento de la ducha espera Antonio en el pasillo. En caso de necesidad, Carlos puede pasar los días con un mínimo de higiene, algo inconcebible para Antonio. Sus manos están muy bien cuidadas, se afeita cada día y entre las pocas cosas que ha metido personalmente en la maleta se encuentra sin ninguna duda una botella XL de loción para después del afeitado.

—¿Has dormido bien?

Él sonríe melancólico.

—¿Cómo crees que puedo dormir bien en un tren? —Y añade con una sonrisa—: Sin contar con las migraciones nocturnas.

Guiña un ojo y pasa a su lado. En el compartimento, Maite acaricia la espalda de Carlos, en un punto vulnerable donde el cuerpo resulta permeable, ya no es espalda, pero aún no es culo. Con suavidad quiere que se acostumbre a la idea de que se tiene que despertar, pero Carlos reacciona como si ya estuviera en marcha.

La Costa Brava hace tiempo que ha quedado atrás, la mirada de Maite se pierde en los campos de naranjos y hortalizas, cuadrados ocres atravesados en línea recta por acequias, salpicado de cobertizos blancos encalados, cerca de las vías férreas grandes naves industriales, un mosaico de colores marrones y rojos, tonos verdes, la jugosidad

fructífera de la primavera aún solo se puede adivinar. El jardín frutal de España, pero aun así se trata de un paisaje duro, árido y desnudo. Maite lo compara con las colinas suaves y las autopistas alemanas bordeadas de arbustos y se pregunta lo que se percibe como normal y como extraordinario, si su instinto de la normalidad se ha invertido en un punto determinado y cuándo pudo ocurrir. Tenía que salir de este mundo para descubrir lo que significaban las cosas.

Acaba de aclararse, pero volvería a hacerlo, volvería a tomar la píldora roja. Habría podido elegir la pastilla azul: una se acuesta y a la mañana siguiente no se acuerda de nada. Si una se decide por el rojo: el mundo como realmente es. El Reino de las Sombras, en el que Antonio empezó a temblar cuando explicó, con toda su inocencia, que su padre había estado en la Guardia Civil. Un mundo para el que no encontraba palabras, así que dejó que David hablase de él. El reverso siempre había estado allí, se vislumbraba a través de las bofetadas, en la obsesión por la disciplina y el honor. Maribel, que se hizo la graciosa y dijo a continuación que el aceite de ricino era de lo más normal. Su madre, que se conformaba con viajar por su propia vida como acompañante. La agresividad apenas amenazaba con salir a través de las costuras de su padre. Un domingo la sacó de la cama tirando del tobillo, de su tobillo roto. Eso no lo olvidará nunca, aunque ahora se esté empezando a ablandar, esa falta de cariño, esa violencia apenas disimulada con la que tuvo que crecer. No puede acordarse de si en su infancia, en los inicios, fue un padre amoroso. Nadie ha apartado las mentiras para ella, todos han elegido la pastilla azul.

Había tantas preguntas. Ella nunca le ha podido preguntar por lo que hizo, lo que realmente hizo. Fuera cual fuese la culpa que pudiera haber acumulado, ella la temía como una enfermedad hereditaria. ¿No actúan en ella algunas de sus obras? Antonio dice que no, por supuesto que no, Carlos también, Hannah argumenta en su defensa que se había instalado en un marco jurídico existente. Había tomado la píldora roja y había mirado detrás del escenario, pero no puede evitar la sensación de que ha acumulado conocimientos inútiles. Leer los hechos, familiarizarse con las películas que le permiten identificarse con su propia incomodidad, son solo soluciones lamentables si uno realmente quiere sentarse con su padre alrededor de una mesa. Él envejece. Todos envejecen. Maribel le ha dicho hace poco que no está bien. Debería echarle un vistazo antes del viaje de regreso.

Durante la lenta entrada en Valencia, Maite ve más allá de los terrenos baldíos los nuevos edificios de apartamentos de lujo, en uno de los cuales vive Irene con su fabricante de muebles y los niños, una familia con nombre, que ya han estado allí antes, aunque cada niño quiere escribir su propia historia. Como una caja de sorpresas que esconde un diablillo, le asalta un recuerdo: un día hace catorce años, un coche bajo el sol del mediodía, Irene ante el chorro de aire de la climatización, la juvenil Irene con el cuerpo moldeado por el *ballet* y la piel pálida, delicada como un duende y dura como el acero, Maite en la acera bajo el sol, brillante y enojada como un volcán, suave y maleable como lava. Está enviando paquetes para el cumpleaños de su ahijado y también para los otros tres, los niños son como son. Al más pequeño no lo conoce. Tampoco sabe nada de su familia. Llamadas ocasionales a su madre, ¿cómo estás?, bien, gracias, ¿y tú?, te deseo lo mejor y hasta la próxima, una postal por Navidad, cumplidos contenidos por el cumpleaños y por Reyes, aunque no siempre. Eso, de lo que se trata realmente, queda sin decir.

El tren se ralentiza, Maite ve la hilera de casas que han construido a lo largo de las vías del tren y a la vez muy cerca del agua. La presión, le gustaría deshacerse de esta presión. Se parece más a él que a su madre, está a punto de cumplir los treinta y cinco y le están saliendo las canas en los mismos lugares que él. Se mira en el espejo y piensa que es horrible, también piensa que él no ha visto estos mechones y la sobrecoge el dolor.

Cuando se da cuenta de que se está mordiendo el labio, se obliga a que sus pensamientos vayan en otra dirección. En ese momento Carlos se inclina sobre las maletas, se le sube la camisa y Maite le echa un vistazo a su lugar favorito.

Su cuñado Alberto disfrutó de la buena cerveza y el ambiente pintoresco en la boda, aprendió el brindis adecuado y gritó «Prosit» en la ronda. *Welcome to Bavaria*. A muy altas horas se le vio bailando el Schuhplatter,²⁴ pero la cerveza de Baviera era más fuerte que él, por lo que Carlos, lo suficientemente sobrio y dueño de sus manos, le tuvo que cerrar con oficio una brecha en la ceja. Teresa, que asistió sin Jordi, estaba sentada con Hannah en el prado. Maribel y Antonio se quedaron un rato en la valla y finalmente desaparecieron en el piso de arriba.

Maite miró instintivamente hacia el viejo que había cargado con su mochila infantil, en esta posibilidad no había pensado nunca.

Incluso Vinzenz se había ido a la cama después de dejar su cocina impecablemente limpia, aunque no tenía ni idea de cuándo lo pudo hacer y de tomar una copa, Grappa di Brunello di Montalcino, recuperada de un rincón, el rincón para las ocasiones especiales. Vinzenz dormía en el dormitorio comunitario para que Maite y Carlos pudieran utilizar su dormitorio como *suite* nupcial, pero antes salieron fuera y se detuvieron junto a la valla. El valle no se veía, solo se podía intuir para los que creen que pueden sentir el calor que sube de él. Maite puso el brazo alrededor de la cadera de Carlos y buscó su boca. Habían superado la fase de la alegría achispada, el cansancio apático de la noche, ahora era la primera hora de la mañana, y donde el horizonte se deslizaba hacia el azul oscuro ya se podía intuir la luz del día.

—No huyas —susurró Carlos y desapareció en la casa.

¿Adónde habrá ido?, se estremeció bajo el chal que le cubría los hombros. Oyó la puerta y escuchó sus pasos. Trajo una manta y chaquetas, de alguien, porque no eran las suyas.

—Ven.

Así subieron al Hausberg, como el primer día, el calzado de Maite era tan poco adecuado como entonces, tampoco fueron muy lejos. Cuando emergieron de su lujuria y nadaron en su felicidad y contemplaron la tierra gris, sobre la que el cielo se iba tiñendo de amarillo, Maite se apoyó en Carlos y se maravilló de lo diferente que se sentía. Lo que conseguían una firma, un voto, un anillo. Tener confianza. Haber dicho que sí.

HÉROE DE GUERRA

De enero a julio de 1942 • diciembre de 1990

Su anhelo por Elsa, por el calor de Valencia y su mundo solitario lo llevan hasta el año 1942. Nunca se ha sentido tan cerca de su amada y nunca se ha sentido tan extraño como en esta hora. Las manos heladas se calentarán con su suave piel, la sangre circulará de nuevo, Alfonso vendrá de visita desde Teruel, se hundirán en los recuerdos y se dejarán iluminar por el sol, en algún momento tendrá que terminar este invierno.

La nieve cruje y se rompe, con ella se puede cortar la piel, en otros lugares es polvo, cuando uno se hunde hasta la cintura, no oye la nieve, sino los gemidos y la respiración dificultosa del hombre. En la compañía de esquiadores se consiguen mejores guantes. Alfonso sabe esquiar y le dice a Francisco que aprender es fácil. Trajes blancos de camuflaje contra el enemigo, contra el miedo, y esquíes que son treinta o cuarenta centímetros más altos que él. Uno practica, uno se cae, Alfonso echa la cabeza hacia atrás y se ríe, muy pronto le ha pillado el tranquillo y sale a patrullar, con relativa facilidad y rapidez, a lo largo de un frente de ocho kilómetros en el lago Ilmen. Una tropa rápida, flexible y móvil. Una élite. Precisamente lo más adecuado para ellos, los dos juntos.

* * *

A finales de agosto de 1941, los alemanes cortan la última conexión ferroviaria con Leningrado, el 8 de septiembre ocupan el Schlüsselburg en el lago Ladoga, cierran el cerco y tiran la llave. A mediados de septiembre Leningrado está a punto de caer, pero la Wehrmacht no consigue tomar la ciudad. Hitler lo apuesta todo a Moscú. Lo que no parecía una locura significativa, lee Maite, en retrospectiva fue el momento en que perdió su oportunidad. A partir de entonces, el Grupo de Ejércitos Norte estará desabastecido y desgastado, atrapado en una guerra de trincheras polar, y el padre de Maite se está congelando en ella. El terreno de retaguardia cubierto de nieve y descuidado, lleno de minas y lleno de muertos como la taiga cerca de Leningrado, un

paisaje insoportable y vetado, que el sol de España no podría descongelar nunca más. Maite no se sintió tan cerca de su padre, a pesar de todo el desprecio, como en este momento. Héroe de guerra ante las puertas de esta ciudad, dos años más joven que ella, que está sentada en Múnich y suele sentir nostalgia de vez en cuando.

Este estado de ánimo no solo la asalta durante las noches en la cocina de Carlos cuando pone en la mesa el pan y la mantequilla. Helado o no, quería exterminar a los rojos. La inanición de la población era una estrategia principal de los generales alemanes, que salieron bien parados en Núremberg, sobre todo el jefe del Estado Mayor del Ejército, que más tarde dirigió el principal centro de investigación histórica del Ejército de los Estados Unidos y que recibió el más alto honor para un no americano.

—Ese era probablemente el puesto perfecto —comenta Carlos entre bocado y bocado—, para hacer feliz a partir de ahí al mundo occidental con el mito de la Wehrmacht limpia.

Por lo demás, Carlos no tiene ningún problema en reconocer que hay historias ocultas que no le importan a nadie. No sabe nada del bloqueo de Leningrado, en la escuela se centraron en Auschwitz y en Dachau. Los alemanes tienen tanta mierda en los zapatos que no se pueden ocupar de todo al mismo tiempo, sigue hablando con la boca llena.

—En la escuela somos demasiado pequeños. No lo puedes comprender en toda su extensión, levantas barreras de protección, porque es demasiado brutal, se podría empezar a aullar, pero nadie se lo puede permitir. Descanso de cinco minutos, a continuación, deporte o física. Al final se sale de la escuela y uno cree que ha aprendido lo que pasó. A uno le han dado tres manos y cree que con eso es suficiente para el resto de la vida, y se ocupa de otras cosas.

En Leningrado las personas protegen las ventanas con cinta adhesiva, una ciudad llena de cruces de San Andrés, una ciudad tras las rejas. Aprenderá a interpretar las noticias propagandísticas, la verdad detrás del lenguaje, y lo mismo aprende Maite: conocer la verdad detrás de lo que se considera normal. El reino sombrío se ve detrás de frases que parecen inofensivas, el mundo detrás de las palabras y los números. La violencia impregna el relato de hechos heroicos como papel secante. Stalin deja que Leningrado se desangre, pero en Moscú el armamento no puede dar la vuelta al timón, en Leningrado podría haber sido suficiente para la liberación. A principios de diciembre de 1941, el ataque a Pearl Harbor y la declaración de guerra de Hitler contra los Estados Unidos. El frente ruso, dice Churchill, romperá el corazón de Alemania. En diciembre de 1941,

Hitler se ha excedido. Lo que sigue solo retrasará el final. Todo lo que sigue será en vano.

* * *

El 9 de enero de 1942, por la tarde, la orden. Los esquiadores españoles son los únicos disponibles, operativos y la única unidad de la Wehrmacht disponible para este tipo de tareas. Al sur del límite de su zona de operaciones quinientos hombres están rodeados. ¡Liberadlos! La marcha a través del hielo en la orilla sur fue corta pero dura. Superioridad en número de las tropas soviéticas. ¡No se permite ninguna debilidad! A primera hora de la mañana 206 hombres se ponen en marcha en la oscuridad. Se estima que necesitarán ocho horas y los abastecen para tres días. Se han acostumbrado a 30 grados bajo cero, a 40 grados bajo cero. En la superficie barrida por el viento del lago Francisco estima que la temperatura llega a los 50 grados bajo cero. Son esquiadores, antitanques, tropas de reconocimiento, reserva móvil, sanitarios, veterinarios, operador de radio. Un traductor ha estado en España como miembro de la legión extranjera. Setenta trineos. Setenta caballos con sus dueños rusos. Nueve MG34. Innumerables piezas de munición, granadas de mano. Para cada manta, comida. Un transmisor de radio. Una brújula. Una heroicidad.

Se han embadurnado de grasa y se cubren la piel con gasas, pero el viento corta a través de todas las capas de tela, corta sin cesar, arranca trozos de cara. Las marcas de la mordedura se llenan inmediatamente de nieve. Los aparatos fallan. El operador regresa en busca de repuestos y con él 23 hombres, congelaciones. Paredes de hielo, insuperablemente altas. La columna de marcha se ha disuelto, pero no se separan de la pista. Dunas de nieve, en las que se hunden hasta el cinturón. A través de las pestañas pegadas no se ve el paisaje, solo un entorno sin forma, blanco y mareante. La nieve se mueve sin rumbo, se deja llevar por el viento, a veces aquí, a veces allí, oculta grietas, pero no consigue llenarlas, grietas grandes como barrancos donde desaparecen todos los trineos con caballos. Se necesitaría equipo de montañero. Una gruesa capa de hielo de un metro de espesor, pero aun así se nota cómo debajo de ella fluye la corriente.

El trineo médico no puede acoger más soldados. Los que padecen congelaciones se retuercen de dolor. El teniente dice: «Pronto habremos llegado, ¡muchachos!». El oficial dice: «¡Es fácil para nosotros! Un paseo». El teniente médico recorre la columna y da el

sabio consejo de respirar por la nariz, no por la boca. La radio funciona de nuevo. Pero la brújula está rota. A mediodía aparece el sol. No se nota en la temperatura, pero la blancura deslumbra. Pronto, demasiado pronto anochece, noche negra. Los pies son bloques helados, las manos transformadas en garras. Los sanitarios no dan abasto. Entablillar, algodón, *brandy*. Radiograma del general: ¡Operación imprescindible! ¡El honor de España y el espíritu fraterno de nuestro pueblo! ¡Todos los ojos están puestos en los heroicos soldados españoles! ¡La gloria en sus manos! *¡Arriba España!*

* * *

Carlos le había empujado la llave hacia el otro lado de la mesa con una mezcla de deseo y reticencias. Un estreno para él, para ella desde luego, una época de estrenos brillantes y maravillosos. La llave recién tallada brilla como la joya de la corona en su llavero. Cuando Maite entra en su vivienda, la acaba de arreglar. Carlos tiene solo una butaca, también ha colocado la cama delante del televisor. Ha tomado prestado de su colega Benni un reproductor de vídeo. Huele a *pizza*, se está calentito, él viene a recibirla y la abraza. Esta noche es su comodín. Carlos descubre la obsesión con la que se ocupa del tema, exagerado. Esta noche ve con ella la película bélica que le ha prestado David y que él ya conoce, y luego lo mejor será que lo deje a un lado. Todo el mundo tiene que llevar alguna carga y aunque la suya pueda ser más grande que la de los demás, debería dejar las cosas como están. Para él es suficiente. Él quiere volver a hablar de otra cosa.

A pesar de eso, para esta velada cinematográfica ha profundizado en el tema. A espaldas de Maite se abre la nevera, el abridor se sujeta con una goma elástica en el asa de la puerta, golpeando contra el metal. Carlos, con dos botellas de Augustiner en la mano, señala su cama como un acomodador. Le corta la *pizza* en forma de triángulos. A continuación: gran cine alemán. El actor que interpreta al reportero de guerra se ha hecho desde entonces mucho más famoso como cantante, y cuando Maite no vuelva a comprender a los bávaros debería escuchar sus canciones realmente incomprensibles. A continuación, aprieta el botón de reproducción y se acurruca a su lado bajo la manta.

Cuando Carlos le quita la botella vacía de la mano y coloca la cabeza sobre su hombro, el U96 ha hundido dos barcos mercantes y ha abandonado a su suerte a personas en llamas y ahogándose. Repostan en Vigo, la tripulación se desplaza durante unas horas a ese ridículo barco mercante alemán, donde no falta nada, que brilla como

un centro comercial, el capitán se come lentamente un solo higo fresco y tiene el barco surtido con plátanos, Maite lo puede entender con facilidad, plátanos en todos los ganchos que se pueden encontrar. No permite que el reportero y el técnico con la esposa enferma en Alemania caigan en manos de los agentes alemanes en España, para que puedan salir del país. Una división española en la guerra de los alemanes, agentes alemanes en la España neutral, Maite recuerda vagamente del relato de David, el departamento más grande de espionaje en el extranjero, el U96 se hunde frente a Gibraltar, claustrofobia, el aire se acaba. La guerra es solo esta tripulación en una misión suicida hacia el fondo del mar. Maite está tan agradecida por esta pesada cabeza en su hombro, debajo de la que se le ha quedado dormido el brazo, le da un beso a Carlos en la coronilla y aspira el olor familiar. Submarino o trincheras, calor o frío, cómo se pudo resistir en la guerra, especialmente cuando al final todo fue en vano.

* * *

El tiempo y el espacio ya no tienen sentido. Sin orientación se va en círculos. Andar en círculo en un desierto de hielo, a miles de grados bajo cero, territorio enemigo. *¡Arriba España! ¡Viva la División Azul! ¡Muerte al comunismo!*

* * *

Maite no puede hacer gran cosa con las idas y venidas de todo el ejército. Se calcula solo en miles, pero incluso con miles aquí no se llega demasiado lejos. En la ofensiva de invierno alrededor de Leningrado, el Ejército Rojo perdió 308.000 de los 326.000 soldados. Los Reyes no trajeron regalos en 1942, sino 3.000 muertos rusos en media hora. Cien por minuto. Más de uno por segundo. Cuenta los cuadrados en su papel. El cuaderno de notas tiene 31 casillas de ancho, el margen no cuenta, 51 de altura, lo que hace 1.581 casillas en cada página. Cada hombre una casilla, doscientas páginas en negro, la mitad del libro. Aun así, no puede imaginarse cómo suena y cómo huele. ¿Cómo se siente uno cuando mueren tantas personas?

* * *

Tierra, después de 24 horas. Una cabaña de troncos. Tres soldados alemanes que no creen lo que ven sus ojos, pero no son los que buscan. Extraviados, desviados 20 kilómetros al oeste. 102 hombres de baja por congelaciones. Para los 104 restantes significa 45 kilos de equipaje por hombre. El teniente informa al cuartel general: ¡Moral alta en la tropa!

Los soldados rusos están tan hambrientos que durante el ataque les quitan las latas de conserva de los bolsillos a los compañeros caídos. Son buenos luchadores, como prisioneros de guerra son sumisos. Muchas armas, poco coraje. Cantan: 3.000 esquíadores siberianos en las inmediaciones. Algunos de los rusos no pueden mover los labios, tienen las manos completamente negras. Tiro de gracia.

En la mañana del 14 de enero la pérdida de más camaradas debido a la muerte o la congelación o las heridas. Mensaje del general: rescatar a los compañeros alemanes a cualquier precio. ¡En nombre de la patria! ¡Él confía en su habilidad, su valentía y en Dios! ¡Adelante hasta la muerte! *¡Arriba España!* Disponibles para el combate 76 hombres. Francisco siente el amuleto de su madre helado contra su pecho. Cubre casi toda la palma de la mano agarrotada por el frío, Jesucristo en medio de los preciosos colores españoles. Un seguro, una promesa en la cinta con las palabras: «Voy a reinar en España – ¡Detente bala! – ¡El cuerpo de Cristo está conmigo!». Francisco devuelve el amuleto a su sitio, se asegura de que la foto de Elsa se encuentra en el bolsillo interior con la cara orientada hacia el cuerpo. Como si Cristo pudiera librarlo del enemigo y Elsa del frío. En la tarde del 14 de enero, 58 hombres operativos.

* * *

Carlos no está. Los últimos días ha salido a la carrera cuando aún era de noche, por lo que Maite despertó sola, y pasó una tarde más en el salón de escalada. Ahora le ha dejado una nota en la mesa del comedor, se ha ido a casa. Se verán más tarde. Maite no sabe si va a pasar sus dos días libres con Vinzenz o se ha ido a esquiar, tal vez tiene servicio y no le ha dicho nada. Durante un rato sigue todavía sin decidirse, insegura, al final se pone el jersey de lana y se encuentra localizable en casa cuando llama su madre.

—A menudo he intentado hablar contigo. Irene me ha apuntado en inglés la frase que tengo que decir, pero no sé si me entienden.

Tenía cuatro notas sujetas en el resquicio de la puerta, que su familia pedía que devolviese las llamadas, algunas de Hannah con indicación de fecha y hora, otras un garabato precipitado, alguien solo había marcado dos rayas como en los pedidos de los posavastos.

—¿Sales por las noches con tus nuevos amigos? Ya te puedes imaginar que a tu padre le gustaría saber dónde andas. No le digo nada cada vez que no puedo hablar contigo. Le mando regularmente tus saludos y le cuento que te va bien, cómo te van los estudios. Cómo me imagino tus estudios. Pero estoy preocupada.

—Todo va bien, mamá. Me va realmente bien.

Maite sujeta el teléfono entre el hombro y la cabeza, y tira de las mangas largas del jersey de lana hasta cubrir sus manos. Se desliza hacia abajo por la pared debajo del teléfono. Como casi todo el mundo se sienta en el suelo para telefonar, el cable está completamente estirado.

—¿Cómo lo estás viviendo?

Ahora Maite le podría explicar a su madre cómo se había imaginado el intercambio estudiantil. Cómo habían transcurrido las primeras semanas, hasta que conoció a Carlos y se sentó en el banco rinconero en la cocina de tío Karl.

Empieza, dice unas cuantas trivialidades y se interrumpe.

—Papá te puede escribir la frase directamente en alemán, así no tienes que preocuparte por el inglés.

—¿Qué quieres decir?

—Sabe alemán.

—Ah, te refieres a su época en Bonn, lo sé, aún erais muy pequeños. Al menos tú todavía eras pequeña, los niños fueron a la escuela durante bastante tiempo.

—No, me refiero a la vez anterior.

—¿A cuál?

—La guerra en Rusia. Para serte sincera no voy mucho por la universidad.

—Eso no se lo vamos a decir a tu padre.

—Aquí he descubierto cosas. De joven debió de estar en Rusia. Una vez vi una foto de él y aquí he comprendido que en ella lleva un uniforme alemán.

—¿Qué clase de foto?

—Primero se fue con los nazis, y cuando volvió, se fue con la Guardia Civil, siempre he pensado que había sido el policía del pueblo, siempre se decía que los rojos eran

bandidos y criminales, que lo que hacía tenía algo de policías y ladrones.

Su madre no contesta.

—¿Sabes algo sobre eso?

—No le gusta hablar de ello.

Eso no es una respuesta a su pregunta. Pero algo le impide seguir escarbando o ampliar sus hallazgos, una sensación vaga de inquietud, de la que no podía decir si tiene más que ver con su madre o con su padre. Una cuestión de respeto. Él tiene buenas razones para esconder las cosas en la caja fuerte. Una fina capa de hielo. El pasillo de esta vivienda por el que puede pasar todo el mundo. Maite no entiende la relación entre los dos, no se los puede imaginar por la noche sentados en la cama uno al lado del otro y hablando con confianza entre ellos, por no hablar de todo lo demás.

—¿Estás todavía ahí, mamá?

—¿Tienes frío, *hija mía*? ¿Te has comprado un jersey con el dinero que te di?

Maite retira un pelo de Carlos de los labios y se estira el cuello hacia arriba hasta que le cubre la punta de la nariz, asiente y niega a la vez con la cabeza, lo que su madre no puede escuchar, lo agradable que sería hablar abiertamente con ella acerca de todo lo bueno que está viviendo. Le gustaría preguntarle cómo fue para ella la época en la que se enamoró, si realmente se enamoró, quizás antes era diferente.

—Aquí no hace tanto frío como él cree.

—¿Hay algún otro número de teléfono en el que pueda localizarte?

—No, ¿por qué?

—Solo pensé que como pasas tan poco tiempo en la residencia quizá te pueda llamar a otro sitio. Tal vez incluso podrías llamar un poco más a menudo. Pero ahora nos veremos pronto por Navidad. ¿Te compramos el billete y te lo enviamos?

—No, mamá, lo puedo comprar aquí, gracias.

Su madre habla un poco más, Maribel está bien, Irene va en serio con su amigo Alberto, su padre no sabe qué hacer como jubilado, pero durante el período que precede a la Navidad siempre es un poco más fácil. Está orgulloso de su primer nieto y ella incluso está sorprendida de lo juguetón y agradable que es el mayor como padre, mientras que Alfonso desafortunadamente se tiene que quedar en Londres durante las Navidades. Maribel envía saludos, Maite debe disfrutar de su tiempo en Múnich, se dice que los alemanes tienen una sensibilidad especial para ello y finalmente se despide de manera sorprendente, de modo que Maite tarda unos segundos en colgar el auricular.

—Te amo.

* * *

Una noche congelados. Un día congelados. Otra noche. Ahora Valencia y sabe que va a volver a casa como un extraño, roto y estropeado, tan podrido como las frutas el día de su cumpleaños. Alfonso diseña sus planes para un futuro sin comunistas y sin invierno, un mundo con un verano eterno, irán a cazar a las montañas, solo los dos. En el vivac su cuerpo irradia una sensación de calor. La sangre en las manos desheliéndose zumba como abejas bajo la luz de la mañana y pica como todo un enjambre. El sonido más bello en la guerra es el crepitar de un fuego. Suena a calor, a luz amarilla en este paisaje sin contorno y sin color. Suena a comida, después a un estómago lleno, de manera que se puede dormir mejor. Suena a café caliente. Últimamente se ha quemado las manos con la taza, unas manos tan entumecidas que no se dio cuenta y así a los sabañones se añadieron las ampollas de las quemaduras. Con esas manos quiere preparar mariposas cuando esté de vuelta en casa. Arrancar naranjas de los árboles. La piel de Elsa. Para Francisco resulta un misterio cómo puede esquiarse y utilizar un arma con este tipo de manos, pero lo consigue. Ya no siente las manos, le resultan tan ajenas como si ya no formaran parte de su cuerpo. Ya son solo herramientas, que ni siquiera tiene que controlar conscientemente, ellas saben lo que tienen que hacer. Con estas manos deformadas quiere salir al exterior, tumbarse en la nieve y morir.

El 17 de enero, la mañana del ataque para abrirse paso hasta los amigos alemanes. Los rojos ofrecen resistencia, un contraataque, la vanguardia ha desaparecido. El amuleto de la madre sufre daños. Jesús sostiene su mano protectora sobre él. La sangre fluye lentamente a estas temperaturas, casi no se extiende por la nieve. Los heridos que no pueden ser rescatados vacían sus cargadores. El campo está cubierto de cartuchos, cascos, bolsas, paquetes de primeros auxilios. Francisco busca a Alfonso. Tienen que recuperar a los muertos. No pueden dejar a sus muertos en la taiga rusa, sin protección en la nieve, lo mínimo que se les debe es una sepultura digna. Se avanza luchando como una máquina, más allá del alcance del fuego de artillería, muerto, con el fin de sobrevivir. Una recepción con música, música de ametralladora y fuego de granadas, la música como fuegos artificiales. Inferior al enemigo en posición, número y equipo, lo único que le queda es gritar, gritar, gritar desde el fondo del alma ardiente *¡Arriba*

España!, a lo que los rusos siempre responden con *¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!*, un enemigo que simplemente deja a sus muertos tirados en el campo.

* * *

Maite ha puesto las piernas sobre los muslos de Carlos, se masajea los dedos de los pies cubiertos por los gruesos calcetines de lana y lee el periódico. No puede librarse de la sensación de que está acumulando conocimientos inútiles. Está cansada. Carlos le ha demostrado durante semanas que, en la medida de sus posibilidades, la apoyaba en su búsqueda, le ha servido de frontón, con él ha discutido las cosas. Ahora ya no quiere, según le ha dicho, hoy ya no quiere. El olor de la *pizza* permanece en la cocina y se mezcla con el aroma de las dos manzanas que se están asando en el horno, Maite ha conseguido convencer a Carlos para que no se coma la *pizza* directamente de la bandeja. Sobre la mesa arde una vela roja y gruesa con una decoración de abetos. De Margot, una para Carlos, una para Antonio y una para la propia Maite, que se encuentra en su escritorio en la residencia, aunque allí duerme muy pocas veces. Margot ha admitido a Maite en el sistema asistencial interno de la familia, Carlos lo maldice últimamente porque no puede dar cabida en el congelador a las fiambreras más grandes. Maite comprende lo que quiere decir, pero, por otro lado, solo se trata de un poco de sopa. Un poco de sopa puede sentirse como un lugar en el mundo.

* * *

¡A formar de nuevo! Fingir que son muchos.

¡Atacar! Fingir que tienen una oportunidad.

¡Aprovechar el factor sorpresa! Hacerlo como si aún tuviera a su mejor amigo a su lado.

Francisco no será capaz de volver a sentir el viento en la cara sin pensar en esto.

El viento se abate sobre la taiga, borra con facilidad caminos y senderos, cubre todos los desniveles del paisaje, nada es ya fiable. Una fatiga abrumadora, como si fuera fiebre. Frío que aplasta. Punto muerto. Alfonso. Retirada a posiciones seguras. Recoger a los heridos. Alfonso. Cansado, hambre, sed. Alfonso. Comer nieve. Las patrullas soviéticas se mantienen a distancia, sin atacar. Rostros manchados de humo, ojos inyectados, laceraciones. Llegan a un pueblo. Retirarse al siguiente, pero la orden es un

paso, luego otro. Cada paso lo aleja de Alfonso, al que no ha podido encontrar. Las 22 horas. Mensaje de éxito al general: ¡Brecha! De los 36 españoles de la vanguardia, 14 muertos, muertes heroicas.

* * *

Maite Molins, por favor, diríjase a la salida.

Maite ha contemplado durante los últimos minutos los copos de nieve a través de la ventana, su primera nieve, lucha contra la somnolencia. Dentro de una semana sale su tren. Se acerca la Navidad, pero ¿qué es lo que puede desear para Navidades, para Reyes? Recordó la vieja historia que se inventó con su niñera Rosa. Rosa desapareció un día, Maite no podía entenderlo y se dispuso a buscarla con su pequeña bicicleta de color amarillo y deseaba que volviera su niñera. No podía entender por qué se fue Rosa sin más, y ahora sabe lo que significaba que Rosa quisiera casarse con un comunista, ahora está claro por qué su padre no quería seguir teniendo a Rosa en casa durante más tiempo.

«Maite Molins, por favor, diríjase urgentemente a la salida.»

Se asusta.

Maite Molins con urgencia va a la salida.

Recoge sus papeles, entrega los libros y se apresura a salir, allí está Carlos en el vestíbulo.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

—¿Alguna vez has visto la nieve? —Ella niega con la cabeza—. Me lo imaginaba. —Tira de ella para besarla—. Hoy vamos a ser buenos. —La agarra del brazo y la empuja hacia fuera. Toman el metro, después de cuatro estaciones Carlos dice—: Vamos. —Y lleva a Maite a un parque.

—Carlos, ¿qué estamos haciendo?

—Ir en trineo.

—¿Ir en trineo?

—Ya verás.

Un sendero conduce a través de los árboles subiendo el pequeño Schuttberg, el gran allá arriba en el Olympiapark, otra allá abajo con el abuelo en el rincón, Maite apenas escucha a Carlos, solo oye su voz y el aire a su alrededor fresco, crujiente, maravilloso,

los árboles se van abriendo, delante de ellos una pendiente suave. Carlos extiende una bolsa de basura como una manta de pícnic. Hace una reverencia.

—*Señorita, por favor.*

—*Estás loco.*

—No, en absoluto. Verás lo divertido que es.

Es escéptica, pero bueno, Carlos es el experto, se sienta en la bolsa, que comienza a deslizarse por sí sola, Carlos apenas se las arregla para sentarse detrás de ella y estirar hacia arriba el borde delantero, cuando ya se están deslizando colina abajo, Maite cierra los ojos por las salpicaduras de nieve y se deja llevar por la carrera, que se acaba demasiado pronto.

¡Más! Como niños vuelven a subir corriendo por la pendiente, en trineo hacia abajo, pierden la bolsa y caen uno encima del otro, tras una media docena de descensos Carlos amplía la primera lección de Maite sobre el tema de la nieve para fortalecer la unidad, ella es una estudiante con talento y aprende deprisa que quien tiene poca fuerza para agarrarse debe trabajar con una combinación de cosquilleo y mordiscos. Después de una hora regresan a casa, las mejillas de Maite están hirviendo, si el invierno en Alemania es así, le gustaría más de lo mismo, lleva un pijama de Carlos y gruesos calcetines de lana y canta las alabanzas de la provisión ultracongelada de la sopa de calabaza otoñal de Margot. Por la noche Carlos le besa el morado que tiene en el culo.

* * *

Por la noche el enemigo tira bombas. Grandes movimientos de tropas de los rusos, se puede oír el rugido de los tanques y se ven sus líneas en el horizonte. Nunca se esfuerzan en ser invisibles. Si atacan, lo hacen con las banderas rojas y un griterío brutal, están borrachos de vodka, gritan su *¡Hurra!* cuando abandonan sus posiciones y disparan un popurrí de balas contra las líneas de la Wehrmacht.

Hay un Dios, tiene que haberlo, que les otorgará la victoria, porque son los hijos más valientes de España. Uno se puede quedar simplemente acostado en un agujero en la nieve y matar a tiros a un ruso tras otro, siempre que las armas funcionen. Los tanques rusos se dejan fuera de combate con bombas incendiarias. El ataque enemigo llega a un punto muerto. Hay un Dios y está de su lado.

Llevar diez días de viaje. La liberación de los alemanes de su cerco en la orilla meridional del lago Ilmen está prevista para la noche del 20 al 21 de enero. Evasión por el lago, 15 km al oeste, hacia España. Una patrulla, siete hombres, les sale al encuentro a lo largo de la línea de la costa. En lugar de bengalas solo fuego enemigo de ametralladoras desde la orilla. Sobre las cinco parte Francisco con el siguiente grupo y hacia las cinco y media oyen voces y el crujido de pasos sobre el hielo. La señal acordada, las bengalas de respuesta, que se elevan como luceros del alba, bajo su resplandor no se encuentran los Reyes, sino la línea borrosa de una columna de marcha con uniforme de camuflaje. Francisco daría saltos, si pudiera, tiene dieciocho años y forma parte de este acto heroico, todas las dudas olvidadas, quemadas por el calor del triunfo y el frío de Rusia que aspira profundamente en sus pulmones, *¡Camaradas! ¡Camaradas! ¡Camaradas!*

No pueden saborear el triunfo, ataque de cazas rusos, se tiran entre las cabañas miserables, y así quedan tirados en las cunetas y con las manos se protegen unas cabezas que hace tiempo que no pueden pensar, que hace tiempo que no saben qué hacer con todas las imágenes para las que nunca encontrarán palabras para todo este blanco. Se cubren la cabeza y esperan para ver si de repente una descarga les va a perforar el cuerpo y se quedarán tendidos en la cuneta, con o sin amuleto. Como ya no pueden caminar con estos pies, se arrastran a cuatro patas de regreso al acuartelamiento, donde incluso se ha helado un sanitario, pero ¿por qué debería soportar mejor el frío? Bombardeos desde el aire, el ritmo habitual de esta guerra. Comunicación por radio con el Alto Mando en Grigorovo: «¡Misión cumplida!». El general quiere números. Los sanitarios recuentan a los heridos y dan el alta a los casos más leves. Por la tarde ya está la estadística que separa a los vivos de los muertos. Alfonso desaparece en un número, Francisco en otro. 22 de enero de 1942: de 206 hombres quedan 34.

* * *

Maite se ha resfriado y estornuda en la biblioteca. Con el fin de facilitar el transporte sobre el lago Ladoga hacia Leningrado, los trabajadores forzosos rusos construyen en solo dos semanas una carretera de 200 kilómetros de longitud. Desde principios de enero de 1942, existen seis rutas paralelas a través del lago, la carretera del hielo, la carretera de la vida. Solo uno de cada tres camiones llega a su destino. El 22 de enero de 1942,

demasiado tarde, ordena el Comité de Defensa de Moscú la evacuación de Leningrado. Muchos dejan atrás en su desesperación a familiares, niños, ancianos, enfermos, cuyo abandono se condensa con los últimos alientos en las ventanas congeladas. Medio millón de personas consigue salir de la ciudad, pero nunca se sabrá cuántos no consiguieron llegar a ninguna parte. Los habitantes de Leningrado se abren camino a través de montones de nieve de la altura de un hombre, se disponen a recuperar el aliento y a morir. Los muertos quedan tendidos donde están, porque no hay nadie que se haga responsable. Los transeúntes se apoderan del calzado, de las prendas de vestir y algunas veces de la carne. No hay ataúdes, las personas se envuelven en telas, si se puede. En los camiones se transportan como si fueran troncos, los cuerpos congelados en posición vertical a los lados de la cubierta para asegurar la carga. Fosas comunes en parques públicos cuya vegetación hace mucho tiempo que han quemado. Como el suelo no se puede dominar de otra manera, utilizan explosivos. Ya no hay ninguna identificación ni tumbas individuales. En febrero hay más de 20.000 muertos sin enterrar, al final del invierno han muerto medio millón de personas, 700 fosas comunes en la ciudad. Cada casilla un hombre, 60 páginas ennegrecidas solo para las 100.000 muertes mensuales durante el invierno de 1942. Para los muertos de hambre en Leningrado las 500 páginas no son suficientes, Maite tiene que pintar de negro cada casilla en su libro, este cuaderno de notas, tan grueso que debería bastar para toda una vida, sigue sin ser suficiente, nunca será suficiente.

* * *

Es una mentira que conserva el frío, que provoca que el hielo se haga inmortal. Este invierno ha devastado. Se emprende el regreso a través del lago hasta Grigorovo, y después de dos semanas de operaciones regresan doce hombres.

* * *

Una joven soborna a un enterrador para que entierre a su padre en el mismo borde de una fosa común, por favor, para que sepa dónde lo pueden visitar. El anhelo de un lugar. El luto necesita un lugar concreto. Una tumba. Solo cuando la estudiante de la tabla vecina se inclina hacia ella y le pregunta si todo está bien, Maite se da cuenta de que está llorando.

* * *

La gloria de la guerra en la solapa. Las cruces de hierro y una medalla de valentía colectiva. Francisco pasa un dulce y agradable momento en una verdadera cama en el hospital, si no sintiera el dolor de los puntos de sutura en las manos, el dolor en el dedo del pie amputado y en realidad en todos sus miembros. El tacto en la yema de los dedos no vuelve. Siguen siendo negras. Podía limpiar las armas con tanta facilidad, ganaba todas las competiciones de velocidad. Lleva un pijama a rayas, hacen chistes, vestidos como los condenados. En una silla de ruedas, va al reparto de alimentos y se toma su sopa de alubias bajo el retrato de Hitler, sonríe a la consulta médica de la pequeña Gretchen con sus trenzas rubias, ya ha tenido bastante de las rubias alemanas y rusas, anhela los rizos oscuros de Elsa, cuya foto ha empalidecido, raspada por el metal del amuleto. Una delegación de Berlín trae regalos para una pronta recuperación, incluyendo naranjas de Murcia, envueltas en papel como las de su madre. Naranjas jugosas en el frío increíble del invierno ruso, un saludo desde el paraíso, pero ya no las puede pelar. Los representantes de la delegación elogian el espíritu de camaradería genuina, la marcha extraordinaria y el heroísmo en ataque y defensa, él les deja hablar y se aleja en sueños, sueña con el calor del verano y con el baile de Alfonso, disfrazado de mujer y riendo con la cabeza echada hacia atrás. Piensa en Elsa, tendrá que explorar su cuerpo con el dorso de las manos. La visita de la delegación queda documentada, Francisco pide una copia y se la envía a su madre, cuyo amuleto y ropa interior de abrigo lo han convertido en uno de los doce supervivientes. Si hubiera muerto como un héroe, no tendría que soportar ahora estos dolores. Con la palma de la mano extiende el envoltorio de las naranjas y le pide a una enfermera que lo ayude a bajar de la cama. Piensa en paseos a caballo a través de la huerta, bajo un sol siempre brillante, siempre cálido, con zumo de naranja y leche de almendras, con el calendario promocional de su padre, y en su madre y se estira la manta sobre la cabeza.

* * *

En algún momento Leningrado se descongela solo. A finales de marzo llega por primera vez el correo. Los borrachos el 1 de mayo proclaman normalidad, pero qué puede volver a ser normal en esta ciudad. Durante el verano, la gente cultiva jardines y acumula reservas de leña, destrozaron su propia ciudad para sobrevivir y reconstruirla más tarde.

Después de las evacuaciones masivas a través del lago, al final, Maite imprime a presión dos signos de exclamación en el papel, Leningrado tiene una quinta parte de su población. Una ciudad de mujeres. Hitler atacará Leningrado con su endeble Grupo de Ejércitos Norte, los partisanos ponen en un aprieto a la Wehrmacht, cientos de carreteras y puentes del ferrocarril, almacenes, miles de automóviles y camiones, aviones, tanques saltan por los aires, los fuegos artificiales de la voluntad de sobrevivir. El 9 de agosto de 1942, se estrena la sinfonía de Shostakóvich en Leningrado, por desgracia Antonio no la tiene entre sus discos, pero, por supuesto, por supuesto, a Maite se le ocurre la idea de que la Wehrmacht se sintió abrumada por altavoces gigantescos que proclamaban el triunfo de la vida sobre la muerte.

Antonio pone en su lugar otros discos, puede ofrecer Tchaikovsky, en un aria está de pie con su copa de vino en la mano y escucha atentamente mientras mira por la ventana, parece que tiene predilección por la ópera italiana y por Maria Callas, y por el vino de su tierra, que sirve noche tras noche. Carlos tiene los pies en alto y Maite se da cuenta de que durante su primera visita no había cuatro sillas en la cocina, sino solo una. Antonio habla de su juventud en Valencia. Maite nunca se había parado a pensar ni nadie le había hablado nunca de ello, que la guerra civil, obviamente, también había pasado por allí, y se preguntaba cuántos de los edificios más nuevos podrían estar contruidos sobre cráteres de bombas. Antonio levanta su brazo en un amplio movimiento de vuelo. Hemingway había descrito los ataques aéreos de los italianos contra Valencia, que volaban desde Mallorca, y solo un minuto después de aparecer en el horizonte, lanzaban su carga sobre el puerto y el centro. Los habitantes del barrio de pescadores de El Cabanyal recogieron los peces muertos en el agua. Su hijo, que tuvo que venir al mundo sin una comadrona.

—No hay nada que se pueda comparar con el terror a partir de entonces. Los últimos años de la década de 1940 fueron los peores. Entonces tus padres ya jugaban juntos en el jardín. En Alemania había paz, pero aún no un milagro económico, pero al menos un huevo para cada uno, todos los días. A principios de los años cincuenta, el partido retiró a Francia los últimos partisanos que tenía en España. Esa fue nuestra derrota definitiva.

—¿Qué partido? ¿Qué partisanos?

—En Alemania no lo sabe nadie. Pero incluso allí casi nadie habla de ello. Nadie que tenga algo que decir. Sobre la derrota no le gusta hablar a nadie. El maquis en las montañas, la guerrilla contra Franco. Hubo un intento durante la Segunda Guerra

Mundial. —Antonio mueve la mano hacia la ventana—. Sobre eso David también os podría explicar más. El plan consistía en derribar a Franco mediante la invasión de los Pirineos desde Francia, que daría lugar a una huelga general y a la ayuda de los aliados para liquidar el fascismo en España. Pero los comunistas estaban mal informados sobre la situación en el país, y las potencias occidentales vieron que sus intereses económicos estaban muy bien cuidados en manos de Franco, además estaban muy ocupados con Hitler, 1944, no nos volvió a ayudar nadie. Franco envió la Guardia Civil al Valle de Arán. Todo terminó en unos pocos días.

Nacido en 1923, su aventura rusa debió terminar como muy tarde en 1943, cuando Franco retiró la División Azul y dejó a Hitler solo con su derrota. Su padre participó en el peor momento. En la flor de la vida. Cómo podía no haberse ensuciado las manos.

* * *

En primavera el agua del deshielo lo convierte todo en barro, luego vienen los mosquitos. Lo que queda de la compañía de esquiadores recorre el bosque en busca de partisanos: despioje. Capturan a cientos de prisioneros, quien no se detiene recibe un tiro por la espalda en su huida. La precisión de Francisco mejora con el tiempo, aquí se trabaja con precisión, ya no se trata de los imponentes disparos pesados de la artillería. Observa con fascinación y sangre fría mientras persigue, respira, calma el pulso, apunta y aprieta el gatillo, cada rojo muerto una venganza por el amigo que le han arrebatado, cada acierto, un triunfo sobre su herida.

En verano se produce el relevo. Reciben una bandera española como recompensa. El intercambio tiene lugar en Viarjlevo, lo llaman *Villa Relevo*. En Berlín, donde en abril le hubiera gustado asistir al partido de Alemania contra España, Francisco acude a un estudio fotográfico con la gloria de la guerra en la solapa y luego se bebe una parte considerable de la soldada. El viaje de regreso pasa por Hof, entrega su uniforme de la Wehrmacht, aunque antes ha retirado de la chaqueta el águila imperial que quiere conservar como recuerdo. El pecho en la camisa azul y la cabeza bajo la boina roja ya no son los mismos que antes. Está listo para una vida tranquila con Elsa en la fertilidad de la huerta de Valencia, cree que ha cumplido de sobras con su deber de soldado, pero solo aquí, de vuelta al caqui español, entiende que tiene que seguir sirviendo, se

comprometió a ello cuando pasó por el Wetterhäuschen²⁵ de Hitler en Valencia, que ahora se aplica a todos en España, él puede sumar su tiempo en Rusia.

Le parece irreal abandonar el paisaje llano y pantanoso de Rusia, la oscuridad helada y la omnipresente y clara plaga de mosquitos para regresar a España, una tierra seca y con el aire sofocante, la sierra a la espalda, el mar a los pies, el sol en la cara. En San Sebastián come hasta saciarse, se llena de pinchos y tortilla, pero su cuerpo no está acostumbrado a la grasa y tiene que vomitar en la cuneta. Una vez más etiquetan los vagones: *¡Ayer Wolchow! ¡Mañana Gibraltar!* En Madrid, la estación es un mar de personas, Francisco recibe honores y reza para poder frenar la diarrea el tiempo suficiente. En tren llega a Valencia, donde nadie sabe de su regreso, emprende a pie el camino, cojeando, una infección, había que volver a operar. Los últimos kilómetros lo lleva alguien en un carro tirado por un burro. Francisco ha estado fuera cuatro estaciones, está preparado para una recepción triunfal, se coloca la bandera española alrededor de los hombros y desde la carretera sube por el camino polvoriento que lo conduce hasta su casa, hasta un muro blanco y brillante.

* * *

En febrero de 1943, sale mal la Operación Estrella Polar de Stalin, que tiene mucho que ver con el hecho de que después de Stalingrado Hitler descubriera por sí mismo la prudencia militar y la División Azul se había batido cuerpo a cuerpo en una batalla de trincheras enconada y brutal. Ya no hay héroes de boquilla y tenores de opereta. A partir de septiembre de 1943 Stalin planea la liberación de la ciudad y el 14 de enero de 1944 pone en juego todo lo que el Ejército Rojo tiene que ofrecer.

Después de eso hay que seguir viviendo. Uno vive, ingenuamente, en versiones de la historia que se pueden soportar. Hay ganadores vociferantes, verdades oficiales y mentiras que se repiten hasta que se convierten en hechos. Hay perdedores que, tal vez, tras las puertas cerradas y las ventanas selladas susurran su historia. Hay muertos sin nombre y lutos sin lugares. Lo que se mantiene vivo en un paisaje saturado de fosas comunes. La gente llega a casa y descubre que no hay nadie que la esté esperando. Están reconstruyendo con lo que les queda, con lo que han perdido. El fin es silencioso.

CARTAS EN ENVOLTORIOS DE NARANJA

Agosto de 2004

Francisco deja el plato con los restos de una tostada y la taza de café en el salón. Se ha levantado tarde, aunque eso le parece de afeminados. Ha leído el periódico, pero se cansa de él. Isabel está de camino. Las compras, los nietos, ella siempre tiene algo que hacer. Maribel tiene libre, tal vez las dos estén sentadas en un bar, para que él no pase vergüenza. Camina por el pasillo en penumbra hasta la habitación de María Teresa, donde se encuentra el vade verde sobre el escritorio y el álbum espera. Con la mano derecha vuelve a dar golpecitos contra la pared, eso es suficiente para mantener el equilibrio.

La foto no tiene fecha. Tampoco había ninguna fecha exacta para ella. Había por lo menos dos: de... hasta. Las dos no eran muy concretas. No le gustaban este tipo de cosas aproximadas. La imagen está deteriorada y de ir en el bolsillo del pecho ha adoptado la forma del medallón. La había llevado detrás del amuleto y por eso se marcó el hueco en el papel, pero a la foto no la había atravesado ningún balazo. No consiguió convencerse de tirarla a la basura.

Francisco coloca la tarjeta del videoclub en el borde del álbum. De camino hacia las esquineras para fotos, su brazo vacila. ¿Por qué conserva esta imagen si la historia terminó antes de empezar? No tiene tiempo para sentimentalismos. Dobla la carta y mete la foto en ella. En la caja de puros. Todo lo que queda.

Luis siempre se había dejado ganar en el juego. Estaba sometido a Francisco, no tenía la misma dureza, conocía sus limitaciones y sabía cuándo era prudente ceder. En eso siempre podía confiar Francisco. Esas eran las reglas. Francisco para la patria y para el padre, Luis para la Santa Iglesia. Ese era el pacto. No estaba previsto que Luis se interesase por las mujeres. En especial, no por la chica que Francisco se había reservado. El juego había terminado.

Quedaba descartado convertirse en sacerdote. Luis se había convertido en la mano derecha del padre en la finca, había asumido el trabajo que Francisco había pospuesto. El

padre estaba contento con él, Luis aprendía con rapidez, calculaba correctamente y vendía bien. Luis no esperaba que pudiera conseguir el negocio de la familia ni la novia del hermano. No le preocupaba abandonar el camino de la Iglesia. Francisco no tenía idea de que incluso en casa existía un frente donde estaba todo en juego. Había luchado como defensor de una causa justa, por la España en la que creían. ¡En la que creían todos ellos! Sus operaciones de combate llenas de sacrificios eran importantes para la Europa libre. No para sí mismo, sino contra el odio y la maldad de los rojos, había ido a la guerra por su patria y por su familia. Aquí vivían bajo el sol español, comían naranjas y no tenían idea de sus privaciones. El padre dio a entender que los dos hermanos podrían tomar conjuntamente el negocio. Sus palabras llegaron a Francisco desde muy lejos, ruido en medio de la tormenta de nieve. Encontrarían una solución que sería buena para todos. Para empezar, los dos tenían que cumplir con el servicio militar, él, Francisco, probablemente querría seguir siendo militar y podría con toda seguridad recurrir a sus buenos contactos para intentar que Luis tuviera un destino cerca de su patria, lejos de los conflictos, en logística o abastecimiento, después ya verían, el negocio en realidad no daba para dos familias, no en esa época. Y al menos iba a haber una familia, Elsa y Luis, con la bendición de Dios y también la de su padre.

Francisco golpeó a su hermano, le hizo sangre en el labio, que provocó el grito de Elsa y una gallina salió corriendo y cacareando. Luis ya no era el Luis que prefería ceder y Francisco estaba demacrado y tambaleaba con sus pies mutilados. Luis lo apartó y se echó hacia atrás, de manera que Francisco cayó en el polvo. Por un momento vio el cielo tan claro como antes la pared reluciente del patio. Luis le ofreció la mano. La apartó con un golpe. Para levantarse, Francisco se tuvo que poner a cuatro patas. Un momento como un reloj roto cuyas manecillas saltan continuamente sobre el mismo segundo. Intentó quitarse la vergüenza de la ropa. El polvo seguía pegado y también la vergüenza. Escupió a Luis en la cara y a Elsa en los pies. Desapareció en la Sierra. Quien se había preparado en el invierno ruso sabía cómo sobrevivir unos días en las montañas españolas.

La mayor traición era que su madre no hubiera intervenido. Al pensar en su madre a Francisco se le saltaron las lágrimas. En Rusia había guardado luto como un hombre por sus compañeros, no iba a lloriquear como una niña. Cómo han podido jugar a eso. ¡Que lo habían olvidado en Rusia y simplemente habían seguido con sus vidas sin él! Si nadie lo había necesitado, si nadie lo había echado de menos, volvería a Rusia. Era un hombre

de verdad, pero quién lo iba a ver entre la maleza, así que se quitó el soldado y lloró como un niño.

Esperaba que la excitación reinase en casa. El padre preguntaría por él en el cuartel general regional, la madre telegrafiaría a Madrid, todos los trabajadores recibirían la orden de buscarlo. Dos días después encontró en uno de los lugares en los que había jugado antes con Luis una cantimplora con agua y otra con vino, una fiambra de latón con huevos duros, jamón y pan, una bolsa de lona llena de tomates. Solo Luis podía conocer el lugar. Se debía haber puesto en camino y había recorrido todos los refugios que le habían venido a la cabeza entre el mar y la montaña, leyó huellas y dejó las provisiones. Si Francisco tocaba los alimentos, Luis lo sabría. Francisco no quería comer nada de eso. Saldría adelante sin ello. Dio la vuelta y se alejó, pero no le abandonó la idea del jamón y los huevos, unas horas más tarde cayó sobre la comida. Al día siguiente vio a Luis sentado en el mismo lugar. Francisco permaneció a cubierto y, como mínimo, podía confiar en la impaciencia de su hermano. Unos días después encontró sentada a su madre. Ella no se iba a rendir con la misma facilidad que Luis y Francisco se sintió aliviado.

Se pudo lavar y acostar en la cama. Su madre se asustó por su estado físico, sus congelaciones y su pérdida de peso, empezó a lamentarse, en el espejo de sus ojos Francisco contempló su figura lastimosa, y en un acuerdo secreto los dos apartaron a la vez la mirada. Francisco se pasó días enteros en su cama en la antigua habitación que había compartido con Luis, donde aún estaba la segunda cama. Es más, aquí estaba su cama y durante un año Luis había dormido solo en esta habitación. Se había sentado en su silla. Aún podía verse la raya de tiza casi borrada.

Una vez que apareció Luis, intentó hablar con Francisco y por su silencio se sintió cada vez más empujado a dar explicaciones y justificarse, hasta que Francisco dijo, mirando a la pared, que quería que le devolvieran todas sus cartas a Elsa. Luis salió de la habitación y no volvió nunca más. A la mañana siguiente, la madre trajo el paquete de cartas con aroma a café y a pan tostado. Elsa lo había envuelto a conciencia en un pliego de envoltorios de naranjas y lo había atado con una cinta azul cielo, con esmero, como un gesto tardío e inútil de respeto. Francisco tocó el papel de seda con los dedos entumecidos, lo rasgó con violencia, como si se tratara de su blusa, tiró las cartas al suelo, solo para un poco más tarde atormentarse al bajar de la cama y recogerlas, envolverlas en el papel rasgado y ocultarlas bajo el colchón.

La mano de Isabel presiona sobre su hombro. Debe ser Isabel. Lleva el calor del verano en la ropa. ¿Lo ha pillado durmiendo? ¿Se ha quedado dormido en la mesa? Ven a la cocina, le dice, hay horchata, leche fría de almendras, pero Francisco tiene que pegar muchas fotos. Ven a la cocina, insiste Isabel, puedes seguir después, tira un poco de la silla, antes nunca se habría atrevido, había perdido el respeto, también en eso se percata de los cambios. Ella empuja el álbum hasta el centro de la mesa, le molesta que haya destruido las líneas limpias. Cuando recupera la estabilidad, cierra el álbum y pone las cosas en el orden correcto, antes de seguirla a la cocina.

Ella está guardando la compra en la nevera. Desde hace varios años, Maribel solo viene un par de días a la semana, cuando están los hijos de Irene y más para charlar que para trabajar. A él le parece un paso atrás, le es completamente indiferente que haya menos que hacer que antes, no le gusta que Isabel vaya a comprar como una mujer corriente. No le ha pedido permiso, lo han decidido entre las dos, Francisco incluso tuvo que preguntar por qué hacía las compras Isabel y no Maribel, tampoco eso lo habría permitido antes. Le incomoda que se siente con tanta frecuencia en la cocina como la gente común.

—Me gustaría que esta noche cenásemos en el salón.

Isabel pone un vaso de leche de almendras sobre la mesa.

—¿No te gusta esto?

—Tenemos un comedor, así que me gustaría que lo utilizásemos. Como antes. Como debe ser.

Levanta el vaso, parece que le pesa. La pajita tiembla. Francisco no se puede decidir a favor o en contra de la pajita, la pajita se inclina hacia un lado y le pincha en la mejilla, pero siempre ha sido un hombre de decisiones claras, tampoco acierta exactamente el borde del vaso con los labios y la horchata se le escurre por la barbilla como un viejo baboso. Antes de que el cristal húmedo y frío se le pueda resbalar de los dedos, lo deja en la mesa con un golpe, saca la pajita y se la tira a Isabel, que es la que lo ha puesto en esta situación. Ella no dice nada, ella nunca dice nada y así tiene que ser, simplemente toma la pajita azul y la mete en su propio vaso al lado de la amarilla, bebe un trago con las dos, que es un buen contraste con sus labios rojos, ella sigue siendo hermosa, su Isabel, antes de que se levante y vaya a buscar un trapo y una servilleta. Se dispone a ayudarlo a beber, aguantar el vaso, con la servilleta debajo, si sigue así pronto va a

necesitar un pistero, Francisco le aparta la mano con el vaso y se levanta, la silla cae hacia atrás, su ira sigue siendo rápida y fría, pero el camino para salir de la cocina ha sido dolorosamente largo.

PAZ EN LA TIERRA Y A LOS HOMBRES

Diciembre de 1990

Resulta un cambio duro del tintineo de los mercados navideños de Múnich, de los dedos pegajosos alrededor de las tazas de vino caliente, ya frío, de los pies húmedos y fríos y la oscuridad de la tarde, de la cercanía de Carlos bajo la colcha y de las veladas en la mesa de la cocina de Antonio, a un radiante día de invierno sobre el Mediterráneo. Maite viaja a través de un mundo lleno de luz. Entra por la ventanilla del tren y se refleja en la mesa que tiene delante. La camisa blanca del hombre que tiene delante la deslumbra. Lluvia de luz sobre el mar. El sol disuelve el cielo y brilla incluso a través de las claraboyas de la estación de tren.

Anuncios por los altavoces en una lengua familiar, un olor a trenes, coches y mar. Sus padres esperan a Maite en la cabecera del andén. Cuanto más cerca de ellos, más lento anda. Su madre va del brazo de su padre. Están hablando entre ellos y por eso al principio no ven a Maite. Entre ellos se transmite una confianza que hace que vuelvan a parecer jóvenes. Maite se alegra, incluso de volver a ver a su padre. La esperanza del mapa. Él abre instintivamente los brazos. La sonrisa suaviza la dureza de la barbilla y su abrazo es firme. La memoria de Maite recupera de repente algunos recuerdos, él salía del baño y la levantó, cara a cara, la tela recia del uniforme, las filas coloridas de sus medallas, el fuerte olor del masaje y su suave mejilla, recién afeitado. Volver a ser una niña, sin preocupaciones, Maite también participó del abrazo, hasta que esa cercanía se convirtió en vergüenza.

Él da un par de pasos en su dirección a través del vestíbulo. La ha visto, durante un instante se toca las puntas del cabello muy corto y lo aparta de una manera que le hace pensar qué ha vuelto a hacer mal. Le quiere preguntar por su soledad, sus congelaciones internas y externas, le quiere mostrar que lo ha entendido, se puede ser a la vez víctima y verdugo, pero en el trayecto hasta el coche vuelve a sentir la vieja incomodidad. Esta familia es como una chaqueta demasiado apretada. Realmente aún no ha llegado y ya tiene ganas de despojarse de esa chaqueta. Mientras su madre le pregunta por el viaje,

Maite clava la vista entre sus omoplatos. Responde ausente, «Todo estupendo», siente la pequeña mano de su madre alrededor del codo, casi con timidez, como si no se atreviera a agarrarla correctamente por el codo, «Sí, he dormido bien», y «No, no llevaba demasiado equipaje» y piensa en la mano de su padre, en la fuerza con la que se cerraba alrededor del codo cuando conducía a los pobres diablos para interrogarlos. En cómo su dedo aprieta el gatillo de un arma. En cómo golpea el puño hasta que consigue respuestas o hasta que las respuestas de sus oponentes son siempre culpables. Su imaginación lleva límites incorporados, eso también lo ha aprendido en las últimas semanas. La bloquea cuando se cierra la puerta. Maite ve su dedo en el gatillo, pero no a su padre al completo. Ve su puño, pero no su rostro. Nunca entra con él en la cámara de tortura.

Podría ser tan simple. Volver a ser una niña o al menos tener la actitud impasible e infantil de Irene, a la que parece que todo le da igual y que pasa por la vida sin preocupaciones. Maite podría salir por la noche y cerrar la boca durante el día. Podría dejarse cebar por Maribel a lo largo de todo el día y pasear con ella por el mercado de Ruzafa. Podría ir a Stromboli e inevitablemente volver cargada de películas, toda una bolsa llena de sedantes para los días de Navidad y hasta la fiesta de Reyes. Podría dejar que el sol le brillase en la cara y callar, como todos a su alrededor. Dejarle su historia e ir por caminos separados. Podría ser tan simple.

Durante un viaje en coche por la calle Colón y sobre el río, Maite piensa en el viaje en sentido contrario unos meses antes y en la criatura inocente que había sido. Había querido reinventarse en Múnich, pero no se había esperado que del pasado surgiera una garra para atraparla. Ha sido muy aplicada en Múnich, pero sabe que no va a superar el nivel de disciplina a la que se había apuntado, de manera que no iba a conseguir su aprobación. También sabe que a pesar de todo lo va a intentar.

En casa retumban en sus huecos los tres pasadores de la cerradura de la puerta y aunque Maite ha echado de menos el ruido, resulta deprimente. Ironías del destino. El atacante dentro de las murallas. Irene no está allí, así que no le puede dar los pasteles de Margot ni el pan de jengibre, en cuya búsqueda de los mejores acudió a Dallmayr,²⁶ donde consiguió sin duda los más caros. Desde la cocina se extiende un aroma tentador y cuando Maite asoma la cabeza por la puerta, ve a Maribel sonriendo encima de la sartén. Churros con chocolate. Bienvenida a casa. Maribel deja que el chocolate viscoso fluya lentamente en el vaso y se lo entrega a Maite con un gesto que es como un abrazo. Sus

dedos se rozan duran- te un instante. Maribel saca el churro del aceite y las tiras brillantes se enrollan sobre el papel de cocina.

—Más despacio, quema.

Maite envuelve el primer churro en un trozo de papel de cocina y lo sumerge en el chocolate caliente. Lo prueba con la punta de la lengua.

—Nunca has podido esperar.

Crujiente. Dulce. Cremoso. De nuevo una niña.

Después del tercer churro, Maite oye la voz de su madre en el pasillo.

—Francisco, deja que acabe de llegar.

—Tú te quedas al margen, Isabel.

La expresión satisfecha de Maribel se derrumba. Acaba de verter el aceite de la sartén en una jarra y a la campeona del trasiego se le cae un poco fuera.

—¿Qué pasa?

Maribel no responde. Deja la sartén, encoge los hombros, mueve la cabeza, suspira. Es casi cómico.

—¿He vuelto a hacer algo?

—María Teresa, por favor, ¿puedes venir?

Maribel asiente con la cabeza.

—No estaba aquí.

Maribel asiente de nuevo.

—¿Qué se supone que he hecho?

Maribel busca intensamente un trapo.

—¡María Teresa! Por favor. Ahora.

El por favor no hace más que reforzar la orden. Maribel, con el trapo en la mano, se golpea el pecho con la palma de la otra mano. Como si eso fuera una explicación. Ahora ruge.

—Está bien.

Maite se mete aún medio churro en la boca y sale masticando de la cocina. Todo es como de costumbre. Él está en la puerta de la sala de estar. Pasa a su lado hacia uno de los sofás al lado de la lámpara. La luz se refleja en el cristal de las vitrinas, detrás de las que se extienden sus mariposas empaladas, él se sienta y corta por un momento la reflexión. La puerta se abre y se cierra de nuevo, y la madre de Maite se sienta a la mesa

del comedor. Ahí está ella, él delante de ella, su madre a la espalda. Tiene los dedos grasientos. No tiene buenas sensaciones.

—Siéntate.

El instinto le dice que no. Se mete las manos en los bolsillos del pantalón.

—¡Siéntate!

—Francisco. —La voz de su madre es tranquilizadora, pero demasiado floja para imponerse de verdad—. Teresa, niña, siéntate conmigo.

En la guerra gana el elemento más flexible. Maite se acerca nerviosa a una silla. No se siente flexible. Lo siente como una primera derrota.

—¿Sabes de lo que se trata?

No tiene ni idea. Hace cuatro meses que se fue, de qué se podría tratar.

—¿Cómo te va en la residencia?

La respuesta la arrastra hacia la pregunta.

—¿Bien?

—¿Sí?

—Sí. Claro. ¿Cómo no?

—¿Tienes una habitación con un armario y una mesa de estudio? ¿Una cama para pasar la noche?

Aquí está actuando un *sheriff* sádico, que tiene algo en la reserva contra el tipo desprevenido, que ya está prácticamente en el saco. Maribel se ha dado unas palmaditas en el pecho.

—Ha llegado a nuestros oídos —Maribel se ha dado unas palmaditas en el pecho, en el lugar donde está el corazón— que no necesitas esa cama. —Mierda. Su padre descruza las piernas y vuelve a cruzarlas hacia el otro lado—. No todas las noches, según hemos oído.

Maite siente calor en la línea del nacimiento del cabello.

—¿Quién lo dice?

—Eso no tiene importancia.

—Sara Rodríguez. Nos encontramos con su madre después de misa.

Difundir y recoger rumores, para eso la entrada de la iglesia ha ofrecido siempre la mejor oportunidad.

—Sara miente.

Él cree más a una conocida encontrada por casualidad que a ella. Seguramente ella haría lo mismo en su lugar.

—¿Dónde estás, cuando no duermes en la residencia?

En la biblioteca. En la discoteca. Varios días de excursión a la montaña. Bajo el puente. En el parque. Un trabajo como portera de noche. Como repartidora de *pizzas*. Como limpiadora. Descargadora de cajas en el mercado central. Me paso toda la noche en un autobús, *Munich by night*. Hago la calle.

—Respóndeme.

Tantas opciones. Ninguna de ellas tan grave como la verdad. La ira hace que Maite esté muy tiesa en su silla. La cólera gana. Sube la apuesta. Lo siente como una manera flexible de librar la guerra.

—Follo con mi amigo.

La frase vibra en la habitación, una pompa de jabón maravillosa y deslumbrante. No tardará en estallar, pero ese momento es mágico.

Alrededor de su padre se desmorona la tierra firme. En ese momento no sabe si debe mirar hacia abajo por esa grieta del infierno o pretender que no existe. Se tira de la corbata, el nudo no está perfectamente colocado, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Tenía que saberlo. No ha preguntado desde la ignorancia. ¿Qué más podían ocultar esas noches?

Coordina pensamientos y voz. Su cara es una máscara y habla como si lo hubiera memorizado.

—No volverás a ver nunca más a ese joven. Te puedes mudar a una habitación en la residencia española. Como yo lo había previsto. O te quedas aquí. El dinero lo recibirás cada semana a través de la administración de la residencia. Solo si pasas todas las noches en tu habitación. ¿Entendido? Eso es todo.

Se lo había pensado muy bien. Ya lo tenía todo en la cabeza cuando la había abrazado en la estación. Sonrió, calló, la condujo suavemente del brazo antes de que pudiera colocarla aquí ante su tribunal.

—Papá, por favor...

Pero qué le va decir. ¿Que pueden hablar de todo? Eso ya no se lo cree ni su madre. Con esto se había levantado el campo en el que tenía la esperanza de encontrarse con él, como después de la batalla.

—Te puedes ir.

Pero también se puede quedar.

Maite permanece sentada a la mesa. Al otro lado, mira a los ojos a su madre. Parece exasperada, como siempre. Dos miradas desoladas. Las huellas del amor oculto, decepcionado, pero que tal vez han demostrado demasiado poco. Maite cree que ha encontrado un poco de comprensión en esos ojos. De lo contrario, solo puede contar que Carlos esté abajo para atraparla cuando se caiga directamente hacia el infierno a través de la grieta en el suelo. Permanece sentada hasta que su padre baja los ojos. Si Maite resistiera lo suficiente, sería él quien se fuese. Eso era lo que estaba esperando. Solo entonces se levanta y se encuentra de nuevo en su antigua habitación, con el escritorio vetusto y lleno de arañazos. Antes, cuando la castigaba, se encogía y se endurecía en su interior, para que él no pudiera alcanzarla. Ahora que ya había terminado de crecer, no se volvería a hacer pequeña nunca más. La vista a la pared desnuda del edificio de pisos al otro lado de la calle es la misma, pero sus castigos se han vuelto demasiado pequeños para ella.

Algo tarde oye la puerta y se vuelve en la silla de oficina. Su madre se sienta con cuidado al borde de la cama, reacia, como si no tuviera ningún derecho. Pone las manos sobre las rodillas y estira la espalda para formar una línea recta. Cuando está nerviosa, se oye cómo sus anillos se rozan entre sí, algo que Maite ya había olvidado.

—No puedes hablarle así. No lo soporta.

Ahí está de nuevo. Maite se vuelve otra vez en la silla hacia la ventana. Ella siempre tiene la culpa.

—¿Cómo se llama el joven?

Maite calla durante un rato, pero su madre no hace ningún amago de hablar o irse. Está sentada en silencio en el borde de la cama y espera con tenacidad.

—Carlos.

—¿Español?

Una sonrisa en la voz de su madre. Maite se vuelve hacia ella.

—Su madre es alemana. Los padres de su padre son españoles.

Vuestros antiespañoles, vuestros infrahumanos moralmente degenerados, vuestros enemigos de la patria.

—¿Qué hacen allí? Están ... —La voz de su madre se pierde buscando la palabra correcta—. ¿Cómo se llamaba entonces, tantos... —chasquea los dedos— ... *Gast-ar-bei-ter*?

Su madre la sorprende con la palabra alemana. Pero está claro, los años sesenta. Su época.

—Llevan más tiempo allí. Desde la guerra. Se tuvieron que ir.

Todo lo ligero, toda la luz desaparece de la cara de su madre.

—Nieto de republicanos. ¿Y sabes qué? Estoy orgullosa.

Maite estaba preparada para un reproche. Pero no encuentra ninguno en la mirada de su madre. No está segura, porque en esta familia nunca puede estar segura de sus percepciones, pero le parece que reconoce una cierta emoción. Una brecha que se abre. Maite sospecha un vacío que su madre es incapaz de llenar, oye cómo los anillos rozan entre sí. Su madre se queda con los labios entreabiertos y mira alrededor de la habitación como si su búsqueda se detuviera en el techo, sus ojos brillan húmedos, no debería exagerar, piensa Maite. Espera que la sensación de cercanía que ha sentido por un momento encuentre el camino hacia su madre. Entonces no lo aguanta más y se vuelve a girar hacia la ventana. Le gustaría seguir mirando a su madre, hablar con ella de lo que ha descubierto, de lo que no pudo decir por teléfono, comprender a su madre, porque su padre es demasiado severo y hermético. Un carraspeo a su espalda. Maite siente un beso en la coronilla y luego se cierra la puerta. Tiene que pensar en algo, pero por ahora solo se siente agotada y sola. Extrae de la mochila el forro polar de Carlos, se tiende en la cama y se envuelve en su olor.

A última hora de la tarde Maite oye los preparativos habituales para acudir a la iglesia, las puertas del armario en el dormitorio de sus padres, agua corriendo en el baño, el cajón en el pasillo. Espera la llamada dura e implacable en su puerta, pero entonces escucha la voz de su madre, «Deja que se quede», y su padre, «¿Qué va a pensar la gente?», en medio Irene, «Siempre, siempre hay estrés con ella, no podría dejar de hacer dramas», y su madre, «Les puedes decir que no llega hasta mañana, o que le ha sentado mal el viaje», y así la Misa del Gallo se celebró sin ella.

Por fin se ha hecho el silencio en el piso. Maite rompe el envoltorio del pan de jengibre, que era para Irene, y se come tres trozos. Desde antes de jubilarse, su padre construye un pesebre en la sala de estar, que se va ampliando cada año con personajes y edificios. Construye personalmente las ampliaciones y las figuras las compra en bruto y las pinta, algo que se le da muy bien. Antes Maite se divertía mucho cambiando continuamente figuras de lugar, un pastor en la procesión de los Reyes, un Rey entre los

campesinos, normalmente se daba cuenta y volvía a colocar las figuras sin decir nada. Si no se confunde, este año se ha añadido un río con un molino, junto con una lavandera y una campesina hilando lana. Es probable que también haya algunas ovejas más, un magnífico camello de carga. Maite busca al *caganer*, el cagador, el personaje favorito de los niños. Cada año lo ocultaba en un lugar diferente del pesebre y como era la más joven era la encargada de buscarlo. Encuentra al campesino con los pantalones bajados y cagando en el rincón trasero, los escondites de su padre no fueron nunca muy imaginativos. Maite agarra la figura y la esconde en el bolsillo del pantalón.

En la sala de estar ya está dispuesta la mesa de las grandes ocasiones, con platos para quince personas preparados en el aparador. Maribel debe llevar días ocupada con los preparativos. Como la tía Elsa se está recuperando de una gripe severa y no puede ocuparse de la cena para toda la familia, sobre todo porque uno de los primos está esperando un niño durante estos días y no podrá venir, están todos invitados a su casa. Maite había olvidado que Alfonso lo celebra en Londres con la familia de su esposa. Teresa ha regresado de Bolivia de su misión con Médicos Sin Fronteras, pero se ha quedado en Barcelona, aunque en agosto había prometido lo contrario. ¿Por qué no se habrá quedado en Múnich? Maite extiende el gran mantel.

Al mediodía, Maribel la llamó a la cocina, le puso delante un plato de guiso de garbanzos y repasó con ella la receta, como si mamá no se fuera a ocupar de la cocina mientras ella estuviera fuera. Las ciruelas pasas y los trozos de manzana empapados en jerez están en la nevera, el pavo ya ha sido preparado y salpimentado. Maribel le muestra cómo hay que cerrarlo después de rellenarlo. Maite toma las servilletas, las dobla a lo largo, y pone encima el cuchillo y la cuchara. Sin duda, está todo mal, lo más seguro es que no pueda hacerle bien a nadie. A partir de una sensación vaga quiere acercarse a su madre con un gesto. Como Maribel teme que un pavo no sea suficiente para tantas personas, tiene preparadas grandes cantidades de jamón, *manchego*, *butifarras*, queso fresco y anchoas, además de un pastel de almendras y grandes trozos de turrón envueltos en la despensa. Maite tendrá que comprar el pan recién hecho, le informó Maribel, y también le indicó en qué panadería, porque todas no estarán abiertas ni son buenas, Maite seguramente tendrá que deambular una hora por la ciudad para conseguir un poco de pan, aunque también podrían ser dos. Rodeó la mesa con los tenedores y las cucharillas, limpió las copas, una para el vino y otra para el agua. Cuando Maribel se

despidió para las vacaciones de Navidad, le preguntó: «¿Te veré cuando vuelva?»: ¿qué tipo de pregunta era esa?, Maite se quedaba hasta después de Reyes.

A la mañana siguiente su madre le da las gracias por poner la mesa y la abraza. Todo correcto. Maite va a la panadería, de camino se toma *un café con leche*, por fin un buen café, el sol brilla, un tiempo como ese no lo había disfrutado en Múnich probablemente desde la excursión a la montaña con Ole. A continuación trastea al lado de su madre en la cocina y trabaja para ella, su madre rellena el pavo con manzanas y ciruelas, Maite la ayuda a cerrarlo, «No sabía que supieras cocinar», su madre no sabe muchas cosas, piensa Maite, y recubre el pavo con manteca de cerdo derretida, ni que Maribel le estuvo enseñando a cocinar durante todo un verano, ni de aquella primera velada en el restaurante ni que a Carlos le gustan los dulces y que Maite ha fracasado con los *Dampfnudeln*,²⁷ aunque su intento de *Kaiserschmarrn*²⁸ es bastante aceptable. Con tantas joyas, Maite casi abre el cofre.

Mamá le habla de Navidades anteriores, cuando Maite y sus hermanos eran pequeños, se arrodillaban delante de la puerta del horno y miraban pensativos los tubos incandescentes. Suena como si fuera una vida familiar feliz, en su conjunto. Maite corta las manzanas a cuartos y las rehoga en mantequilla, el vapor del jerez sale a su encuentro desde la olla, mientras su madre la informa de los preparativos de este año de su padre con el Nacimiento, riega el pavo con cava, y, finalmente, le pregunta con una sonrisa si Maite ya ha buscado al *caganer*.²⁹ Maite pasa las manzanas por un tamiz y niega con la cabeza, siente la dureza de la pequeña figura en el bolsillo del pantalón, condimenta la compota de manzana con zumo de limón y azúcar, las preguntas de su madre sobre la Navidad en Alemania no las puede responder, «Estoy aquí y no allí, mamá». Después le dan juntas la vuelta al pavo y lo humedecen con salsa de carne, se colocan una al lado de la otra ante los fogones, Maite siente el suave roce de la mano de su madre, «¿Te va bien allá arriba?». Maite no puede mirarla. «¿Eres feliz?» El aroma del perfume que no cambia nunca, el oro del collar caliente en sus labios, «Quiero que te vaya bien», Maite asiente con la cabeza apoyada en el nacimiento del cuello de su madre, una gran tensión se retira de sus hombros. Isabel le aparta los rizos de la cara y con los dos pulgares le limpia las lágrimas, antes besaba a Maite en la frente, pero ahora ya no llega. Maite levanta la nariz y dice, cuando vuelve a tener aire, «Hasta ahora ha ido todo muy bien». Si se hubiera quedado en Múnich, su madre la habría echado de menos.

La mano de Maite en el picaporte de la puerta de la sala de estar. Podría devolverle el *caganer*.³⁰ Quiere explicarle que ahora comprende lo que vio entonces en las fotografías, recuerdos personales, le había dicho, y también comprender por qué los guarda en la caja fuerte. Quiere saber en qué año estuvo allí, ya sea en el lago Ilmen o en Krasny Bor. Dónde estuvo destinado como guardia civil, cuáles eran sus obligaciones. Qué pasó con los partisanos, de los que le había hablado Antonio. Había disparado a gente, pero ¿cómo puede preguntárselo, cómo podrá preguntárselo jamás? Ha comprendido algunas cosas, pero nada de eso la protege contra el temor de rebotar contra su fachada helada. Suelta el picaporte y se da la vuelta hacia su habitación cuando se abre la puerta desde dentro.

—¿Quieres algo?

Se ha convertido en alguien aún más extraño. Ella niega con la cabeza.

Él se dirige al interfono, aún antes de que suene, más alemán que los alemanes. Es su hermano. Discusiones sobre estrategia, planificación de la carrera como aperitivo para la cena de Navidad. Es un error que uno pueda acercarse a una persona a través de los mapas. Si no hubiera mapas, no habría guerras.

Felicitaciones navideñas y bromas, los fuertes abrazos de la generación infantil y los saludos como siempre más formales entre sus padres y el tío Luis y la tía Elsa, interés educado por su salud, novedades sobre hijos y nietos, la postal de Navidad inglesa de Alfonso hace la ronda, su hermano le da vueltas a su hijo pequeño en el aire, que grita de alegría y quiere más, es como fueron siempre los domingos, Maite reparte platos con jamón y queso por la gran mesa. En casa de Carlos ya están pensando en tomar el café, quizá Margot acaba de entrar con una tarta. El tío Luis la agarra por los hombros y sacude con fuerza, «¿Estás contenta de estar de vuelta? ¿El sol, la comida, la familia?». El meneo es una broma, pero las preguntas las plantea con toda seriedad.

A una señal con la cabeza de Isabel, Maite se va con ella a la cocina, champiñones salteados, Isabel coloca el pavo en una bandeja y retira la salsa del asador, le añade crema, la condimenta. Cuando Maite agarra el cuchillo grande, su madre la detiene:

—Eso lo hace tu padre.

De vuelta en el comedor, todos exclaman «Ah» y «Oh», a Maite siempre le pareció una tontería, mamá elogia su forma de cocinar y Elsa comenta que Múnich le ha sentado bastante bien. Maite vislumbra cómo Irene pone los ojos en blanco. Mientras su padre

trincha el pavo, su hermano sirve el vino y el tío Luis le pide a Maite al otro lado de la mesa que explique cómo le va por Alemania.

—Bueno.

—¿Qué estás haciendo?

—Estudiar.

—¿Sólo estudiar?

—También divertirme.

Se pregunta cuánto durará. Su padre sigue tajando el pavo de un lado al otro.

—¿Y qué es lo que estás estudiando?

—Ahora me intereso por la historia.

—Creía que estudiabas literatura.

—Sí, también. Por ejemplo, escritores alemanes en la guerra civil española.

—Precisamente. —Luis ríe—. ¿Merece la pena? De eso hace mucho tiempo, ¿a quién le sigue interesando? ¿Los alemanes no tienen nada mejor que hacer?

—¿Como qué?

—No me refiero a nada en especial. Retórico.

—Por ejemplo, ¿bombardear ciudades españolas o deportar a los republicanos a campos de concentración?

Su padre se queda helado con el gran cuchillo y el tenedor largo en el aire, solo durante un instante, como una película que se hubiera quedado atrancada. Francisco deja la botella de vino, el tío Luis dice: «Uy». Irene dice: «¿Por una vez no puedes hablar de algo agradable?». Tía Elsa agarra la servilleta del plato y se concentra en extenderla sobre el regazo. Luis intenta el rescate con una anécdota.

—Me acuerdo de los aviones cuando era un niño. Por allí arriba en nuestra casa no pasaban muchos, porque volaban más al sur sobre la ciudad, pero de vez en cuando podía verse alguno. ¿Te acuerdas, Francisco? Mama mandó al viejo cestero a buscarnos, ¿cómo se llamaba?, pero cuando nos encontró ya había pasado todo, ¿te acuerdas?

Su padre repartía los primeros trozos de pavo.

—Se llamaba Abel, sí, me acuerdo.

La figura del pesebre en el bolsillo del pantalón de Maite le aprieta la ingle. Hay un elefante en la habitación, pero Irene quiere hablar de algo agradable. Si Maite no prosigue ahora, todos se entretienen alrededor del elefante. Pero en cualquier caso, se seguirían entreteniendo mientras el elefante se mantenga en el centro en silencio y sin

romper la porcelana. Su prima e Irene siguen hablando. Si Maite se detuviera ahora sobreviviría.

—¿Sabes, tío Luis, que hubo miles de españoles que combatieron voluntariamente para Hitler en la Segunda Guerra Mundial? ¿Que invadieron Rusia con él?

Solo un corto tintineo de los cubiertos.

—Sí, Maite, lo sé. Lo sabemos todos los que estamos aquí, cómo no lo íbamos a saber. ¿Adónde quieres llegar?

—Yo no lo sabía. Nadie me lo había dicho.

—Eso fue hace cincuenta años, ¿por qué te interesa? Ya pasó.

—Con ayuda española los alemanes libraron la peor guerra de todos los tiempos, ¿y no te importa?

—No me da igual, pero solo estoy diciendo que debemos dejar en paz el pasado.

Dejar en paz el pasado, eso es traicionar a Antonio, cuyo pulgar y el índice, y se apostaría el culo, no descansan desde cierto verano. Una traición también a ella, a la que habían arrebatado la niñera, a la que habían llamado puta y enviado al infierno, que todo lo tenía que hacer por sí misma. Nadie se conmovió por eso, ni siquiera Teresa, que parece tan progresista y liberal.

—Me pregunto qué sois para la gente.

Un zumbido en el aire, como si quedase corriente en un cable. Maite mira directamente a su padre.

—¿Qué había para comer en Rusia por Navidad? ¿Había caviar y rusos fritos?

Si no quieren lo contrario, entonces el elefante se les caga en medio de la mesa, el pequeño cagón.

—Maite, ¿qué es esto?

—Era la guerra. Eran rojos.

—¿Todo Leningrado, hasta el último ratón, todos rojos?

—Rusos.

—¿Y los rusos valen menos? ¿Los rojos deben morir? En Leningrado, la gente murió de hambre. Simplemente caían muertos en las calles. Nada de pavo. *Njet*.

Su padre sigue todavía con el gran cuchillo en la mano.

—No llegamos hasta ahí.

—¡No me expliques ninguna mierda!

—¡Maite, así no se le habla a tu padre!

Él se encoge de hombros.

—Sabíamos que no les iba demasiado bien en la ciudad. Se sabía. Lo suponíamos.

—Suponer.

—Actuamos con honor, tuvimos una buena relación con el pueblo ruso.

Él solo se encoge de hombros. La pone enferma.

—En Rusia ahorcaron, fusilaron y deportaron a la gente. Además, también deportaron a españoles a Mauthausen y Buchenwald.

—¡Estaban en su derecho! —Clavó el cuchillo y el tenedor en el pavo—. ¡Nuestro enemigo era el bolchevismo, que amenazaba con arrasar Europa! ¡Nuestra guerra fue una cruzada de las personas que creen en Dios! ¡En el ideal! Luchamos contra el ateísmo y el materialismo que humillaban la dignidad humana. ¡Eran gente sin fe y sin moral! Ya vimos aquí lo que eran capaces de hacer. ¡Niños e inocentes! ¡Diez mil mártires de Paracuellos!

—¡Eso es mentira, son muchos menos!

—Francisco, nadie está diciendo que los republicanos fueran inocentes.

—¡El bolchevismo habría invadido el mundo entero! ¡Los rojos eran los antiespañoles, no eran humanos! ¡Eran una peste, la lepra!

—No obstante, esa lepra ha trabajado muy bien para nosotros en la huerta, Francisco, no lo olvides.

—¡Los republicanos querían mejoras, querían modernizar el país, querían una España más justa!

—¡Querían sustituir la antigua cultura de nuestra España con esa llamada civilización de los sóviets! Los rojos, que eran el espíritu nihilista de la capa más inferior de los eslavos. ¡Fue la lucha de un pueblo sano contra la interferencia extranjera y atea del comunismo! ¿Es que no lo quieres entender? ¿Que todos no lo queréis entender? ¡Los rojos eran una amenaza, una enfermedad! —Todos los ojos están fijos en él, se sienta. Se recuesta y casi desaparece detrás de la pila de pavo trinchado—. Habían atacado a nuestra patria desde el interior y tuvieron que ser extraídos como un cáncer. —Su mano se dispara hacia arriba como una serpiente detrás del pavo—. Fueron atacados por el virus del marxismo y se les tuvo que extraer ese veneno del odio.

—Y eso es lo que habrías hecho conmigo, por eso fuiste conmigo al médico, querías hacer conmigo lo que ya habías hecho con los rojos, sin piedad.

Tía Elsa se pone la mano delante de la boca. Irene lloriquea, Francisco III lloriquea, la nuera lo saca del comedor. Maite siente la mano de su madre a su lado, deslizándose sobre la suya. Aparta la mano, los cubiertos caen ruidosamente al suelo.

—¡Habrían sido nuestra ruina si no los hubiéramos detenido! Era la ley del vencedor sobre el vencido, como en todas partes, como siempre y en todas partes. ¿Por qué allí iba a ser diferente? Simplemente no podían ocultar que habían estado en el lado equivocado.

—¿Aprendiste allí a fusilar, para más tarde? ¿Fue una buena escuela para la Guardia Civil? ¿Cómo se siente uno cuando se carga a la gente en camiones y sabe que pronto los va a matar a todos? ¿A cuántos has disparado por la espalda? ¿Son estos los méritos que te hacen ascender en vuestro meritorio montón de mierda?

El apretón de su hermano es duro.

—¡Ya es suficiente, deja ya de calumniarnos!

Como si la Guardia Civil no hubiera ensuciado ella misma su honor, Francisco se la lleva fuera, un dolor agudo en el hombro, en el pasillo la pone de espaldas a la pared, le puede dar una bofetada antes de que su madre se le cuelgue del brazo, Maite no la ha oído nunca gritar de ese modo:

—*¡Ya está, Francisco!*

Su madre la empuja a su habitación y cierra el pestillo, las encierra a las dos y abraza a Maite, le cubre la cabeza con un brazo, como si no se tratase del arresto domiciliario del siglo, sino que las dos se han atrincherado juntas.

HONOR DE MADRINA

Diciembre de 1990

Teresa se reclina en el asiento y cierra los ojos. Si es cierto lo que han explicado Luis y Elsa, entonces ahí arriba los bandos enfrentados llevan tres días en sus trincheras. Antes de ayer llamó Isabel: Francisco no quiere que Maite vuelva a viajar. Lo excepcional es que no trata de mediar, sino que al parecer ha tomado la decisión por encima de Francisco de enviar lejos a Maite y promulgar un alto el fuego.

Teresa se había imaginado de manera diferente sus días libres. Así que informó a Jordi de que llegaría por la tarde de la víspera de Año Nuevo, llegó ayer a casa de Luis, bebió demasiado y se preparó para lo que podía esperar en casa de su otro hermano. Parece que se desarrolla una especie de programa de emergencia, se llama a la cocinera de sus vacaciones de Navidad, aunque habría que ver qué puede hacer la cocinera en esta situación. ¿Por qué Maite tiene que enfrentarse a él con esa historia el día de Navidad?, no lo había llamado cuando lo descubrió, ¡así que habría podido esperar! Maite no conseguirá arrancarle ninguna confesión, jamás. Él solo conoce su propia verdad y no la pone en duda ni un segundo. Pero hay que vivir con él. Vivir a su alrededor. Incluso ella lo consigue. Resulta increíblemente dramático, pero solo es la vida normal. No hay que armar tanto alboroto. Uno se puede retirar en silencio de una familia.

Quién sabe lo que le pasa a Francisco. Quién era cuando se fue y quién cuando regresó. Teresa debería haber hablado con Maite durante el verano, pero cómo, entre dos estaciones. Tiempo suficiente para un almuerzo rápido, pero no para la historia de una vida. Toda una historia familiar. Teresa recuerda que en agosto sintió esa presión acumulada en su interior, todos viven bajo la presión innombrable de lo que no se dice. Podría haber hablado de cosas de las que solo conoce la mitad, y explicar por qué no se hacen preguntas sobre ciertas vivencias. Presintió la pena de Maite, pero qué debería haber dicho, su charla nebulosa sobre la incapacidad de Francisco para manejar las emociones era una vergüenza. Se detuvo en medio de la calle, tenía que abrazar a Maite, como para imprimir un seguro en el cuerpo joven, que se transmite por contacto sin

palabras. Con eso solo se consolaba por su propia inaccesibilidad, porque no le podía dar a Maite más que consejos manoseados. Ahora intenta hacer una penitencia con esta operación de rescate, porque durante el verano no dijo nada, ella, que era la que menos tenía que ver con toda esta historia, pero quizá precisamente por eso es la más adecuada. Teresa saca la llave del contacto, las pulseras tintinean, la radio enmudece.

Arriba, en el piso, Isabel la recibe con susurros, como si hubiera un paciente al que no se debe molestar. La cocinera saca brillo a la plata, seguramente no es una mala decisión. «Irene está con su novio —susurra Isabel—, no lo aguantaba más», algo que Teresa comprende muy bien. Maite no debe volver a Múnich, pero Francisco no ve ningún peligro inminente entre Irene y su novio, al menos no hasta este momento del día, como si la luz del día guardase a alguien del pecado. Pero sí, en este tema Teresa confiaría más en Irene que en Maite. Isabel le ofrece café, la pregunta le sale por los ojos como un ruego, pero aquí y ahora Teresa solo puede obtener la acidez de ello. Otra vez. Isabel exuda una determinación de acero y actúa como si hubiera caído del nido, como si quisiera que Maite la empaquetase en la maleta y se la llevase consigo. Se sitúa en el pasillo, desde aquí ve la puerta de la habitación de Maite al mismo tiempo que está cerca de la cocinera. Teresa llama, pero no obtiene respuesta. Empuja para abrir la puerta. Maite está sentada con el rostro vuelto hacia la ventana y no reacciona. Teresa quiere tocar a Maite y tiene al mismo tiempo, como casi siempre, la sensación de que Maite, cuando embiste como un toro, no desea nada más urgente que el afecto. En ese joven de Alemania, es probable que haya encontrado precisamente eso, ha descubierto la libertad y tal vez el amor, y Francisco quiere prohibírselo. Mucha tensión en los hombros y láminas de acero. Jordi dice que todo lo demás afecta a los órganos, pero que la prisión, la prisión se puede ver en la tensión en los hombros. Él lo debe saber.

—¿Vienes?

Maite se vuelve bruscamente en la silla.

—¿Qué haces aquí?

No se pone de pie de un salto, ningún abrazo como en agosto.

—Los acontecimientos dramáticos requieren medidas drásticas. ¿Vienes?

—¿Adónde?

Teresa mira a Maite directamente a los ojos y no la suelta, cierra la puerta a su espalda.

—¿Quieres correr el riesgo de que no te permita volver a Múnich?

—Entonces me largaré.

Dios, qué dura de mollera es esta chica.

—¡Vamos, Maite, haz las maletas! Te pondré en el tren en Barcelona. Tu madre lo sabe. Es idea suya. Le puedes dar las gracias.

También fue idea de Isabel y no de Francisco preguntar a Teresa si quería ser la madrina. Francisco puso el nombre de María por delante. Francisco, que siempre fue llamado por el nombre completo, nunca Paco, no era Paco. Esta distancia entre ellos no tenía nada que ver con la diferencia de edad, era tan grande que Teresa no pudo evitar examinar más de cerca como médico la cicatriz nudosa de Francisco, que sugería una sutura frenética y un cuidado deficiente de la herida, en una época en la que ella acababa de nacer. Francisco dejó en Rusia algo más que un par de dedos de los pies. Se fue y después no fue capaz de reconocer su mundo nunca más. Teresa debió de hablar abiertamente con Maite, al menos lo debió de intentar, cuando reflexionaba sobre el viaje a través de Barcelona, sobre las razones de enviar a Maite a Alemania. Inglaterra también habría estado bien. El idioma más útil. O Italia. Mejor comida. Hombres más guapos, si te gustan. Alemania encajaba bien porque Maite conoce la lengua, está cerca, en un sentido literal, porque Francisco tenía una relación. Resultaba problemático saber si los rígidos alemanes estarían dispuestos a insuflar un poco de ligereza en la muchacha, se preguntaba Teresa, pero a Maite le explicó demasiado poco, y ahora Maite ha aguzado la vista en el extranjero y ha puesto a su padre contra las cuerdas.

Maite es obstinada y parece cansada, pero parece que entre ella e Isabel se ha establecido una nueva confianza, tal vez, al menos, han hablado las dos. Isabel se esfuerza sorprendentemente por encontrar una solución en interés de Maite. Ante la sala de estar las dos vacilan.

—¿Te gustaría despedirte? Pronto será su cumpleaños.

Pasado mañana cumplirá los sesenta y siete. Lo más probable es que se hubiera imaginado el día de otra manera. Maite se encoge de hombros. Isabel llama a la puerta, una vez, por segunda algo más fuerte.

—¿Francisco?

Deberían encadenar juntos a padre e hija y enviarlos a una isla desierta. Están de pie en el mismo pasillo oscuro y esperan. Esta puerta se tiene que abrir desde dentro. Si lo intentasen desde fuera, se encontrarían con que habrían cerrado el pestillo. A Teresa le

gustaría salir rápidamente a la luz, a la amplitud del cielo abierto. Se encamina hacia la salida.

Los encuentros en su familia son siempre tensos. Mueven las cosas que están cuidadosamente equilibradas. La medida de tiempo que puede permanecer en el área de influencia de su familia, antes de que se le rompa el equilibrio, es limitada, la relajación independiente que muestra hacia el exterior, frágil, es un papel cuidadosamente ensayado. Para algunas cosas —menuda una palabra para el amor— no parece que haya ninguna posibilidad de convivencia. Aquí o allá, solo puede vivir por partes, pero nunca llegar a la plenitud. Es humillante que sus seres queridos siempre vayan de la mano con silencio y ocultación. Probablemente todos piensan lo mismo, al menos Luis y Elsa, pero lo que no debe ser se elimina. No hace tanto tiempo que los habrían cubierto de alquitrán y plumas, encarcelado y matado desde el interior, su hermano mayor por delante. Ironías del destino, en realidad debería haber sido más socialmente aceptable con un hombre a su lado, pero se ha equivocado de nuevo en la elección, ella o simplemente la vida, mucho más joven y ocupado con asuntos que no pueden ser, al menos en esta familia, donde es justo reconocer que aquí muchos podrían situar una línea roja. La única solución que se le ha ocurrido, aunque con la que nunca ha sido feliz, es el aislamiento, en paralelo, una vida oculta. Desea que Maite encuentre otros caminos.

Teresa abre la puerta de la casa e Isabel dice frente a la sala de estar cerrada, en realidad con una voz demasiado suave:

—Francisco, se va ahora.

Maribel ha preparado un gran pícnic y aún le quiere añadir una caja de naranjas, pero Teresa ya lleva dos en el maletero que le ha dado Luis. Maribel e Isabel de pie una al lado de la otra en la calle, una rechoncha y robusta, y la otra delgada y delicada y con una gran tensión en los hombros. Maite tiene una cinta de vídeo en la mano y le pregunta si podría pasar por allí, Maribel dice:

—Tonterías, eso está camino del mercado. —Y se la queda, junto con la tarjeta del videoclub.

Teresa le da la vuelta al coche hacia el lado del conductor.

Isabel abraza de nuevo a Maite. Las deja ir, pero le resulta difícil apartarse de ellas.

Maite está junto a la acera y sigue mirando hacia arriba, al piso.

Al final, ve un movimiento en la ventana del primer piso. Maite levanta con timidez una mano.

Francisco las mira a ambas por la ventana. Teresa se besa la punta de los dedos y le lanza la mano abierta, hasta que finalmente él saluda a regañadientes.

Abandona la ciudad en dirección norte, ya han pasado antes por el semáforo de Europa, durante años el único entre el mar del Norte y las playas del sur, que los turistas pueden rodear desde hace poco por una autopista nueva, para llegar con mayor rapidez a sus quemaduras solares. Valencia se moderniza, van a remodelar media Barcelona para los Juegos Olímpicos, Teresa está de acuerdo con muchas novedades, pero toda la costa mediterránea le parece un gran parque de recreo para los turistas. Los rascacielos marcan la frontera con el mar, son ajenos al paisaje. Se aferran al suelo como postes de cerca y son testigo de la voluntad de las personas para apoderarse de esta franja de terreno. De la voluntad de la gente, en contra de las leyes vigentes, para situar los bloques de hoteles directamente en la playa, para poder pasar sin transición de la cama a las olas. Y en realidad eso está empezando ahora.

Maite aún no ha dicho nada. Tienen tiempo. Tres horas y media en coche, Teresa de todos modos no sabe con qué tenían la intención de llenarlas, sin hablar de toda una noche y medio día que aún les quedan por delante. Desliza la mirada sobre el mar, mar a la derecha, montañas a la izquierda. Muy a menudo la redención se revela después de una visita familiar. En eso consiste para ella el hogar, ciertas formas del paisaje, un orden de la geografía, por ejemplo, que al oeste haya montañas y al este el mar. Que las rocas están a la izquierda cuando vuelves a casa, a su propia vida.

Teresa enciende la radio. Tertulia política, sobre el año viejo y sobre el nuevo, esta tendencia de la gente a hacer un recuento al final del año, como si fuera a cambiar algo. Busca música, tropieza con una retrospectiva cinematográfica y Maite le pide que se pare aquí, asiente con la cabeza a la mayoría de las películas y dice tan a menudo «la he visto» que Teresa se pregunta si Maite conoce algo más de Múnich que no sean las salas de cine. Pero el hielo se ha roto, Maite se mueve en el asiento del copiloto.

—¿Te gustaría hablarme de ese amigo?

Maite exhala.

—¿Qué quieres saber?

Obstinada. Pero está deseando dejar que alguien más entre en esta felicidad, que es lo que desea Teresa.

—¿Qué te gustaría explicar? —Maite encoge los hombros—. ¿Cómo se llama? ¿Qué hace?

La voz de Maite se suaviza a medida que va hablando de Carlos, de las montañas y de estar enamorada, parece que ya ha conocido a la familia, todos muy agradables, especialmente el abuelo de España. Él la ha llevado a un centro cultural español, emigrantes, izquierdistas, intelectuales. Otra España, de la que no sabía nada. De ahí la evolución. Teresa siempre pensó que la política formaba parte del enfrentamiento con Francisco. ¿Cómo era posible que Maite no se hubiera dado cuenta antes de que más allá de su mundo protegido y privilegiado, pero por desgracia también contaminado, debía existir otro?

Maite ha hablado con ganas y con ello ha florecido, y pregunta si Teresa ha conocido cuándo en el primer día todo está ya claro. Por supuesto, Maite nunca lo ha experimentado, se puede llegar casi a los cincuenta y vivirlo por primera vez, un afecto abrumador que trastorna las certezas y hace la vida más complicada. Teresa no se debería haber guardado nunca la nota con el número de teléfono de Jordi si no hubiera sentido esa atracción a través de la habitación, debió irse, pero en lugar de eso se dejó atrapar en una especie de callejón sin salida del amor. Sí, entiende lo que Maite quiere decir, cuando el primer día todo está claro. Teresa no se fía de la nueva felicidad que ha encontrado en el camino, pero nunca la ha cuestionado. Es más feliz de lo que lo ha sido durante mucho tiempo y, al mismo tiempo, está más sola. Está protegida e insegura, su red ha empezado a moverse, se han roto amistades, las nuevas sensaciones se desplazan por su vida, nuevos conocidos y nuevas posibilidades, pero casi todo en lo que pudo confiar durante años, para bien o para mal, simplemente ha desaparecido.

¿Por qué no puede ser bombero? Con su nacionalismo, que no comparte, Teresa se siente más cómoda que con el hecho de que defienda a criminales ante los tribunales, terroristas y asesinos, a pesar de que, naturalmente, está a favor de proteger los derechos humanos con un juicio justo. No pondría a esa gente delante del paredón como haría Francisco, que luchó contra ellos por su profesión, pero Teresa tuvo que admitir que tenía problemas con su derecho a una buena defensa. Las discusiones interminables no conducen a ninguna parte. Con Jordi no sirve de nada ante las propias dudas escaparse a Bolivia, porque después de regresar los conflictos siguen estando en su casa, yacen a su lado en la cama, junto con el sentimiento de felicidad. Teresa trata en el hospital a las víctimas de la violencia, sigue atendiendo las cicatrices de la bomba de hace tres años,

Jordi también trabaja como abogado defensor de aquellos que a todas luces son culpables. Teresa no podría nunca condenar el acto y defender a la persona. ¿Cómo se pueden condenar los crímenes, pero aun así estar al lado del criminal? Tendrían que hablar en la familia que uno de ellos se ha convertido en un asesino. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Qué conclusiones pueden extraerse? ¿Cómo se puede seguir viviendo, como familia?

—¿Siempre lo has sabido? —Teresa se despierta del susto. Solo ha estado escuchando a medias a Maite y no está segura de lo que ha dicho y de lo que estaba pensado—. ¿Por qué nunca has dicho nada?

¿Por qué tendría que haber hablado Teresa cuando todos callan? Por qué precisamente ella, la más joven, que no había nacido cuando Francisco se fue a la guerra a favor de Hitler, ella, que sabe tan poco y solo puede informar de intuiciones difusas sin información precisa, de preguntas cuidadosas que responden cejas alzadas con rapidez, conversaciones en las que las palabras quedan en el aire y caen en silencio. ¿Por qué ella si ninguno de los otros lo creía necesario?

—Quiero decir que puedo comprender que mi padre mantenga la boca cerrada, pero de ti no lo habría esperado.

¿Cómo se le puede decir a una niña que su padre maltrataba a la gente y probablemente les disparaba, porque así eran las cosas, en esa época en la Guardia Civil, en sus destinos, con sus obligaciones? ¿Cómo puede asumirlo una niña, aunque ahora exija la verdad? ¿No era mejor que siguiera su propio camino y descubriera la historia por sí misma? Ella tiene que decidir lo que quiere saber, hasta qué punto quiere profundizar. En verano a Teresa no le pareció que lo que quedaba entre líneas hubiera llamado la atención de Maite. Esperaba que en la cabeza de Maite las ruedecitas empezasen a engranar, en algún momento. Le dio papel para las notas. Con torpeza intentó indicar a Maite la dirección, sin tomar partido, y se juró por su honor de madrina que en Navidad se lo explicaría todo a Maite, unos meses no tenían importancia. Le había prometido a Maite que estaría presente en Navidad, las dos consideran que las celebraciones familiares son insoportables, pero juntas pueden tomarse el ceremonial con ironía y transmitirse la sensación de que en algún sitio hay una salida, tan solo es cuestión de tiempo, pero luego rompió su promesa y le hubiera gustado celebrarlo con Jordi.

—¡Maldita sea, quédate conmigo!

—Pero ¡si lo has descubierto tú sola!

—Eso no es cierto, he aprendido algunas cosas, pero no sé si he llegado a las conclusiones correctas. ¡No se trata de los hechos, se trata de que alguien sea honesto en esta familia de mierda! —Golpea con el puño el revestimiento de la puerta—. ¡No quiero tener que preguntar! ¡De eso se trata!

Eso no lo puede exigir. ¿Tienen que ir con la verdad por delante como si fueran canapés en una bandeja de plata?

—Luis y tú, todos vosotros, ¡sabíais lo de Rusia! Y lo que hizo la Guardia Civil, ¡estabais allí!

—De qué estás hablando, no estábamos allí.

—Vivisteis la época. ¿Qué hicisteis?

Teresa controla el tráfico en el retrovisor exterior.

—Ni idea. —Mentira—. Exactamente no lo sé, Maite. Yo era una niña pequeña. Estuvo fuera unos años. —Por lo menos esto no es mentira. Pero es deshonesto, y Teresa lo sabe. Cobarde.

—Pero ¡todos tenían que saberlo! ¡Todos lo saben y nadie habla!

Nadie habla. Nadie pregunta. No escarpa en los cimientos, que son los mismos que antes. Una nueva planta para la sociedad. De vez en cuando una ruptura de las láminas podridas del suelo, como Maite ahora.

—¿Crees que nos pareció estupendo que se fuera a la Guardia Civil?

—¿Y la abuela?

Touché.

—Nuestro padre no estaba a favor.

Eso es cierto en realidad. Pero había perdido el derecho a intervenir cuando le entregó la empresa a Luis. Teresa echaba de menos a su padre, a pesar de que eso es absurdo desde hace mucho tiempo. Él tampoco habló nunca, estaba muy lejos, en su exilio interior. Había dejado que su bandera ondeara con el viento, en la tormenta de palabras que soplaron contra él desde el otro lado de la cama matrimonial, aunque sabía, muy en el fondo sabía, que estaba mal. Teresa tenía veintitrés años cuando murió su padre. La última de cinco hijos, una rezagada, diecisiete años más joven que Francisco, nacida diez meses después del final de la guerra civil. Una niña de la gloriosa victoria, que puede saber si la alegría incontenible había rejuvenecido a su madre. Si debía ser así, el experimento alquímico no funcionó, Teresa no se correspondió desde muy pequeña con

todas las expectativas de su madre, el ideal de la familia católica con muchos niños. Casi se podía sentir pena por su parte, ninguna de las hijas ha funcionado como se lo había imaginado, Ana se quedó viuda antes de poder casarse, María se retiró en un convento. Teresa tenía treinta y cinco años a la muerte de Franco, la única de los hermanos que podía sentir que tenía su futuro por delante. Empezar de nuevo como médico, en lugar de trabajar como enfermera. Se pasa la palma de la mano por el cabello, desde la nuca hacia delante, un gesto masculino, comentó alguien una vez. El recuerdo se le clava en el brazo como un tirón. Deja caer la mano. A alguien le gustó este gesto. La echa de menos, aunque por nada en el mundo quisiera perder a Jordi.

—¡Quédate conmigo!

Y ahora tiene a su ahijada sentada en el asiento del acompañante y la mira con expectación y enojo, y aunque se lo merece, Teresa sigue contando lo que ha oído de Luis, de lo poco que recuerda.

—Cuando regresó, se fue a la Guardia Civil. Había una historia con Luis. Una desavenencia.

Se puede llamar así. No es una mentira, pero tampoco toda la verdad. ¿Cómo le puede explicar a Maite que no se pregunta porque existe la inseguridad de si de verdad se quiere saber? Si puede obviarse, porque los domingos compartimos juntos la paella.

—Lo estás protegiendo.

—Tonterías, Maite. ¿Por qué tendría que proteger a tu padre?

Esa es una buena pregunta de por sí. Hay razones por las que se podría proteger a Francisco. Aunque también se puede preguntar durante cuántas décadas han estado presentes dichas razones. Teresa solo las conoce porque Luis bebió demasiado una velada, porque su pérdida del control se unió a su curiosidad, después de un almuerzo dominical especialmente tenso. Cuando el hosco hermano mayor con su hija rebelde y toda la sagrada familia regresaron finalmente a la ciudad, Luis y Teresa se dejaron caer en las tumbonas de la terraza y contemplaron el atardecer como supervivientes de la tormenta. No se habían contenido con el vino durante la comida y en ese curioso estado de euforia, cuando en realidad solo se está muy agotado, Luis trajo una botella y luego otra. La puesta de sol sobre la Sierra era increíblemente hermosa, Teresa aún lo recuerda, rosa y dulce como el ChupaChups que recibía como recompensa por ser valiente. Teresa escuchó a Luis, cuya pronunciación no era demasiado clara, y añadió imágenes de su propia memoria, fragmentos sueltos hasta esta tarde cuando entendió cómo los bordes

rotos encajan. Dos veces estuvo presente Francisco durante un corto espacio de tiempo durante el cual cambió el estado de ánimo, y se marchó de nuevo, después de lo cual todo fue como de costumbre. Pero nada volvió a ser como siempre. Luis señaló con el dedo algo impreciso en el patio, «Francisco regresó un día sin previo aviso, ondeando una bandera», pero su triunfo se convirtió en derrota cuando comprendió por qué Elsa no le había escrito más cartas, Luis sonrió con malicia en la noche: «Pero qué le íbamos a hacer, allí estábamos los dos, me soltó un puñetazo, pero me defendí, y él se puso de rodillas. La habitación de los invitados era entonces la suya y se pasó días sin salir de ella».

Elsa se unió a ellos en el porche, se quedó algunas frases en la sombra y luego le quitó a Luis el vaso de la mano. «Las viejas historias», dijo en tono de broma, pero tenía una expresión dura en la boca, quitó las botellas de la mesa, la vacía y la medio vacía, y apagó las velas. Final del espectáculo. Teresa no siguió preguntando. Se podía imaginar el resto. Con la mayor voluntad no se podía imaginar a Elsa con Francisco, ni a Luis sin Elsa. Y no podía entender por qué hacían cada semana el teatro de comer juntos el domingo. ¿Por qué no siguió cada uno su camino? ¿Alguien se lo ha dicho a Isabel? ¿Sabe que fue la segunda opción, que probablemente aún persistan sentimientos cuando se reúne la familia y Francisco queda un poco apartado entre bambalinas, observando la escena? A Teresa le quedó claro de golpe por qué Francisco trata siempre a Elsa con esa arrogancia, por qué la hace más campesina de lo que es. ¿Por qué Isabel aparecía todos los domingos ataviada como una señora de la ciudad y no se relajaba como todos los demás? Lo que pasa con el cigarrillo dominical de Elsa, que se fuma sola en un pequeño paseo detrás de la casa cuando el trabajo de la cocina está hecho. Teresa está segura de que Isabel sabe algo. Aunque no le hayan dicho nada. Tiene que saber algo y con la mayor paciencia se obliga domingo tras domingo a ponerse el delantal sobre sus vestidos elegantes y al lado de esta cuñada corta el *manchego* en triángulos finos y las verduras para la paella.

Teresa elimina estas historias de su relato. Asunto privado. En esta familia ya se ha sufrido bastante, con Maite no se puede estar seguro de que el conocimiento lo pueda utilizar como arma a la primera oportunidad.

El padre debía tener claro que bajo estas circunstancias Francisco no toleraría tener a su hermano menor a su lado, además tuvo que ver realmente adónde conducía. Con esas llegó la oferta de unirse a la Guardia Civil, ¿quién en su lugar no hubiera aceptado? En

señal de protesta, por desesperación, sirvió un segundo período en Rusia, ahora como guardia civil, con toda seguridad no en el frente, era un mutilado de guerra, sino en la retaguardia, logística o administración. El servicio en el Reich alemán lo convirtió más tarde en un candidato predestinado para proteger la embajada en Alemania, lo que debió considerar una especie de operación bélica, porque Isabel se quedó con los niños en Valencia.

De su segundo regreso en 1943 le quedaron a Teresa algunas impresiones difusas. Un hombre extraño, muy grande y muy delgado. Un hermano mayor, le explicaron, grande lo era en realidad, y nunca se hacía pequeño como el otro, Luis tenía manos, ojos y boca, de los que salían sonidos divertidos, palabras de cariño y aliento cálido, mientras que Francisco en su memoria solo consistía en zapatos y piernas. En los años cuarenta entrar en la Guardia Civil significaba dejar de lado todos los escrúpulos y quizá todas las esperanzas. Se pregunta si Francisco siempre lo había visto desde un punto de vista diferente o con el tiempo ha adaptado sus opiniones a su propia biografía. Dónde estaría mejor alguien como él que en España, donde en 1945 se podía levantar el brazo legítimamente. Sus actividades para la Asociación de Veteranos de la División Azul. Se negó a utilizar sus conexiones para favorecer a Luis y ahorrarle el servicio militar o por lo menos obtener la comodidad de una oficina. Estaba completamente en su naturaleza: la caza de los rojos, la lucha contra la guerrilla, las detenciones y los interrogatorios, las torturas y las ejecuciones. Hay algunas razones para proteger a Francisco y muchas otras para no hacerlo.

Solo después de aparcarse el coche, Teresa es consciente de lo agotada que se siente. Podrían ir al cine. No quiere seguir hablando. Está mentalmente ronca. Va a excusarse con Jordi. Celebrará la Nochevieja sin ellos. No puede soportar a más familia. Cuando abre la puerta de la vivienda, la luz del pasillo está encendida.

—Creía que vivías sola.

—Eso es lo que hago. —Teresa deja a Maite y empuja a Jordi de vuelta a la cocina—. ¿Qué haces aquí?

—Café. Os estaba esperando.

—No habíamos quedado en eso.

—Lo sé. —Le quiere dar un beso, pero ella vuelve la cabeza—. Relájate. —Cómo odia esa palabra—. ¿Me vas a presentar a tu familia?

Él sonríe, pasa a su lado y da la bienvenida a Maite, Teresa oye las voces de ambos y se apoya en la fría pared de azulejos. Jordi le ha concedido un momento a solas, de lo contrario tendría que haberse encerrado en el lavabo. Una primera risa desde el pasillo, eso es lo que ocurre siempre con él. Teresa apaga el gas, a través de la sala de estar ve abierta la puerta de la terraza, una silla, el cenicero, habrá visto cómo llegaban por la calle y ha puesto el café.

Con la misma facilidad con la que dos años antes había tomado el camino en su vida, Jordi acompañó a Maite por la pequeña vivienda de Teresa, la mesa del comedor ha desaparecido por completo bajo sus trastos de activista, afortunadamente nunca se trae trabajo a casa, pero a Teresa le molesta que meta en sus habitaciones la política de ahí fuera. Lleva el café y tres tazas al rincón con los cojines, la leche se ha echado a perder y no hay nada más en la nevera que pudiera ser adecuado para cenar, Teresa abre un nuevo cartón de leche, pero calentarla sería mucho pedir. Maite entra detrás de Jordi en la sala de estar y muestra una mueca de alegre complicidad. Ha consolidado aún más su posición de liderazgo entre los familiares, pues bien. Se sientan alrededor de la mesita baja de café, que proviene de Argelia, y en realidad es muy bonita, Jordi puede tratar a Maite con más naturalidad, porque está más cerca de su lenguaje, conoce la música que Maite también conoce. Teresa estira la pierna hasta que llega a él y le acaricia la rodilla. Le pregunta a Maite sobre Múnich, estuvo una vez en el festival de la cerveza y le ha explicado antes a Maite que había visto la tienda médica desde el interior. Teresa se relaja.

La tarde sigue su curso, van al cine, Jordi y Maite están de acuerdo en la película, *Misery*, precisamente, pero en realidad a Teresa le da igual, lo más importante, lo más importante es que puede pasar dos horas sentada en silencio en un cine a oscuras. Deja que Jordi la tome de la mano y antes de que Kathy Bates pueda mostrar toda su personalidad, se queda dormida. Después siguen la ronda, hablando y riendo, como una familia normal, como amigos. Teresa se dirige a un bar, por las mañanas se toma aquí el café de camino al metro, la charla de la televisión se mezcla con el ruido de los platos y el silbido de la cafetera, los golpes apagados de las puertas del refrigerador. El camarero, atento y rápido, sin pasarse con la amabilidad. Ahora el local está lleno y el ruido es grande, a la izquierda el mostrador de tapas iluminado, a la derecha, mesas de plástico. Taburetes altos sin respaldo, servilletas de papel arrugadas en el suelo. Los palitos de pan surgen de la ensaladilla rusa como antenas. Las croquetas caseras de ensueño. El

tipo de local que Teresa echa de menos cuando está fuera. La comodidad del provincianismo dentro de la ciudad, y Teresa se pone nostálgica porque con las Olimpiadas más de uno de estos bares se convertirá en salones de diseño.

Teresa se bebe la cerveza y deja que le sirvan una jarra entera en el mostrador. Cuando vuelve a la mesa, Jordi habla de política, y Maite lo escucha embelesada, estupendo, ahora la convertirá en una nacionalista catalana. Le está explicando en su sobria jerga legal lo que está podrido, a su juicio, distingue entre España y el Estado español, habla de déficit fiscal y de cultura. Él es un hombre para los argumentos de ordenación política, las apelaciones emocionales las deja siempre a los demás. Trabaja de manera constante y con calma para alcanzar su meta. Eso le gusta a Teresa, a pesar de que no comparte la meta y no cree que la alcance nunca. La gente como Francisco representa la mitad del país o más y siempre ha sido capaz de proteger sus intereses.

Teresa fuma, toma cerveza y juega con las llaves de Jordi sobre la mesa y así sigue sus pensamientos. Solo quería lo mejor para Maite. ¿Habría sido mejor la relación de Maite con Francisco si lo hubiera sabido? ¿Realmente era mejor saber todas las verdades? Por ejemplo, parece que Maite no sabe nada de que los enchufes de Francisco permitieron que entrara en la escuela alemana. En el colegio de monjas, las cosas no le habrían ido bien, bueno, nunca fueron demasiado bien. Luis tuvo la idea de enviar a Maite al Colegio Alemán, a Francisco no le gustaba que lo convencieran y mucho menos si se trataba de Luis. Isabel contribuyó con complicidades silenciosas y habilidades negociadoras. La decisión se podría haber tomado un año antes, si Francisco no hubiera sido tan terco, si no hubiera tenido una cuenta pendiente con Luis. Solo se implicó en el proyecto con ambición cuando Maite fue rechazada. De pronto, se convirtió en una cuestión de guerra estratégica. Francisco puso en juego su rango. Tal vez también sus servicios al Reich alemán, quién sabe. Tiró de contactos en una organización de ayuda alemana, a Teresa le cayó un folleto en las manos y tuvo una idea de qué espíritu debía soplar allí. Después de 1945 se hablaba de soldados huidos y de compatriotas en la indigencia. Los perseguidos sin medios, que antes habían huido atravesando la misma frontera, probablemente no se consideraban de la misma forma que los compatriotas dignos de ayuda. Una mano lava la otra, la influencia de las relaciones germanófilas de Francisco fueron suficiente para conseguir que Maite entrase en la escuela. Y la apuesta funcionó. Maite se había dado cuenta de que esta era su oportunidad. En el *Colegio Alemán* no había monjas y más diálogo. Maite dedicó su exceso de energías a un club de cine y algunos temas que le

interesaron, por las razones que fueran. En cualquier caso, fue bien. Pero parece que no aprendió demasiado sobre historia española reciente. Y resulta obvio que hasta ahora no había tenido ni idea de las razones por las que su padre tenía tan buenas relaciones con ciertas personas y por qué creían que le debían un favor.

Teresa pondera si su familia tiene cierta culpa en las acciones de Francisco. Si hubieran logrado algo con conversación y cuidados, sin dejarlo solo después de su regreso. Ella personalmente, con sus tres años de entonces, era la que tenía la menor parte de ese deber. Pide otra jarra de cerveza y la cuenta, en cuanto vuelva a disfrutar de unas vacaciones irá a Bolivia o a cualquier otro lugar, con dos semanas ya se puede hacer algo. Y de repente la pregunta de Jordi. Maite la mira, no, ella no le ha dicho nada de quién es su hermano ni de quién es su sobrina, ni por qué viaja de regreso antes de Reyes. Jordi se va a enterar en esta ocasión, pero este momento es tan malo como los demás. Teresa deja que las cosas sigan su curso.

Jordi adopta su modo interrogatorio, mientras que Teresa se siente superada por la situación de la familia, Jordi la disecciona para Maite en categorías legales objetivas. Habla de ideologización y sistema de opresión, le aclara a Maite que no se puede castigar a Francisco. Con sus dedos cortos y gruesos Jordi le cuenta las etapas de la historia, la amnistía amplia a los verdugos, la transición a la democracia, una democracia con deficiencias, expresado de manera amable, la continuidad del poder judicial y la policía. En realidad en todo el personal dirigente, que se recluta entre las élites del franquismo, socialistas o del Partido Popular, o, en caso de duda, habían estado en las mismas escuelas. Ante todo, hay que cambiar la legislación, el país, en última instancia, el mundo, antes de poder llevar a estos criminales ante la justicia. Él personalmente empezaría todo de nuevo en una Cataluña independiente. Teresa, por su parte, considera que es una tontería, pero está feliz de que Jordi haya estado aquí hoy.

Estación de Francia. Un nombre como una promesa: al norte, a Europa, para salir de España. El mar a la derecha. Vivir su propia vida. «*Subanempujenestrujenbajen*», dice Teresa y exagera los sonidos. Se siente como un payaso que quiere llevar un poco de risa a una paciente pequeña. Payasos en el hospital, sería una buena idea. Se lo tiene que apuntar cuando suba al coche, de lo contrario se le olvidará. Payasos de hospital. Nariz roja y piruletas por ser valiente. Maite también se ríe. Acaba de escapar de la prisión. La tensión en los hombros sigue siendo grande, también tendrá que dominar la vida por su

cuenta. Teresa no sabe qué le debe desear a Maite, ¿que siga con ese Carlos? ¿Cuáles serían las consecuencias? Pero se queda con eso. Teresa siente una pequeña punzada de celos, la posibilidad de una vida tan autónoma, aunque solo sea en el horizonte lejano. Siendo tan joven. Con tantas opciones.

Suena el silbato. El tren comienza en la estación una curva a la izquierda, que atraviesa una gran zona de obras, detrás la Barceloneta, el mar. A Teresa le parece que allí la bóveda del cielo es diferente a la de la ciudad.

Espera hasta que ha desaparecido el último vagón. Respira, dentro, fuera. Le gustaría uno de los cigarrillos de Jordi. En el quiosco compra los periódicos, *El País* para ella y los diarios nacionalistas para Jordi, el presidente de Cataluña escribirá lo de siempre para el cambio de año y Jordi lo defenderá, en este país nunca pasa nada. Un nuevo año. Tal vez se podría llamar Amparo. Tal vez le podría contar a Jordi sobre su familia. Tal vez podrían empezar a hablar entre ellos. Se pasa la mano por el cabello y añade dos ChupaChups a los periódicos.

ENTRETIEMPOS

Agosto de 2004

Maite toca el hombro de Carlos. Toma las curvas demasiado deprisa, se mantiene por encima del límite de velocidad, lo que según sus cálculos no le saldría demasiado caro. Margot duerme, consigue lo que no pudo hacer con el traqueteo y el movimiento del tren nocturno, la cabeza se le inclina hacia un lado, y el cuerpo debilitado de Antonio se inclina en el cinturón de seguridad. Carlos levanta el pie del acelerador y deja que el coche ruede solo durante un momento. Maite baja la ventanilla, el viento le revuelve el cabello. Le da tres, tal vez cuatro segundos. Se apoya en el montante de la ventana, cierra los ojos y cuenta. Ha llegado a siete, cuando Carlos mira hacia atrás por encima del hombro:

—Cerrad la ventana, el aire acondicionado está encendido.

Antonio gira la cabeza hacia la izquierda, pero las vértebras del cuello ya no tienen la movilidad de antes, como para que pueda conseguir realmente que Maite quede dentro de su campo de visión.

Carlos agarra el volante con las dos manos y se inclina hacia delante, con el fin de ver una mayor extensión del cielo, nunca había visto un cielo de nubes tan tridimensional. Las nubes cuelgan en el aire como las ballenas en el agua, enormes y a la vez livianas, algunas gris oscuro como nieve sucia después del invierno, otras de un blanco translúcido, iluminadas por el sol. Por encima la luz sin fin y sin límite. Luz y oscuridad, como en El Greco. El cielo claro de las tierras altas. Más grande, más amplio, más poderoso y más hermoso que cualquier cielo en Alemania. Hay algo así como emoción. Maite toma contacto y tal vez Antonio hace lo mismo en su asiento, una conversación muda con la patria extranjera.

El pasaje más largo en su cuaderno son sus investigaciones. Por lo demás, ha empezado en varias ocasiones, ha tomado notas unos pocos días seguidos, después con intervalos mayores para finalmente dejar de escribir, durante meses o años para volver a empezar de nuevo y dejarlo. Como si no hubiera encontrado ninguna palabra, al menos

no las suficientes como para llenar el grueso libro de Teresa. No es su camino, librarse de las cosas escribiéndolas. Se cuecen en su interior y cuando han alcanzado el punto de ebullición, le ayuda mucho más que se apaguen cocinando con ella. Abraza la sensación embarazosa que se siente cuando estás leyendo las entradas antiguas de un diario. Le ofrece a su yo más joven y lleno de ira unas caricias con efectos retroactivos. No lo hizo tan mal, piensa en la actualidad, había sido muy ingenua.

Una entrada en Nochevieja en ese primer año, se sorprendía que se hubiera llevado el libro a casa por Navidad. En casa. En aquella época no lo sentía su hogar, pero no había nada mejor. Su madre le ofreció seguridad y después llegó su experiencia en el tren nocturno. Teresa la había acompañado nuevamente a la estación, Maite pasó la noche sentada en el compartimento porque con las prisas no fue posible conseguir una litera, y bajó totalmente limpia el día de Nochevieja, una semana antes de lo previsto. Pensó que ahora tenía que ir todo bien con Carlos, «Espero que nos vaya bien», de otro modo no tendría ningún lugar en el mundo ni a nadie más a quien poder recurrir. El dolor del fin del mundo radical de su ego de veinte años. Con las alas heridas y caída del nido. Las lágrimas acechaban espesas justo debajo de la superficie, todo estaba en juego, cuando bajó del tren en Múnich, los tres Reyes Magos vendrían a traer regalos, pero no para ella. Caminó desde la estación directamente hacia Carlos. Con el dedo ya puesto sobre el timbre de la puerta, tuvo que reunir todo su valor. El primer timbrazo fue corto como una frase interrumpida. No se movió nada. Tal vez estaba de celebración, tal vez estaba ganando un buen dinero en el servicio de urgencias en la noche más agotadora del año. La emoción de Maite se derrumbó en su interior. Ella se puso en cuclillas en la escalera, contemplaba a la gente con ánimo festivo, todo el mundo se divertía. Por último, sacó la llave. Se quedó parada a la entrada de su casa. Se familiarizó con ella. Se lo podía permitir. Había demasiados lugares en los que creía que en aquel momento se debía preguntar si sería bienvenida.

En el pasillo estaban tirados montones de zapatos, Maite se acuerda de manera absurda que ordenó algunos y los colocó por parejas. En la librería modelos de aviones. Los manuales de medicina, libros sobre volar. Un envoltorio de naranja con un avión histórico. Libros ilustrados y revistas apiladas. Apenas se atrevía a dar pasos por la vida de aquella persona en la que había entrado de forma tan inesperada. Tocó las cosas, pero realmente no llegó a agarrar nada. Alrededor del equipo de música había un montón de casetes sin anotaciones y sin funda, en aquel momento Carlos aún se sentaba a veces

delante de la radio con el dedo sobre el botón de grabación. Era la época en la que escuchaba casi siempre Everything But The Girl, tenía unos gustos musicales muy horteras, Maite enciende el reproductor de CD, «Love Is Here Where I Live» dio paso a «The Night I Heard Caruso Sing». Apagó las luces y se enroscó en el suelo. En el exterior, los primeros fuegos artificiales de fin de año. En algún momento se levantó, encendió la luz contra las sombras. El material de escalada de Carlos colgaba en el perchero. Había tratado de persuadirla para que lo probara, pero no había subido a un avión, y se la habrían llevado todos los demonios y habría permitido que la subieran por una pared tirando de una cuerda. Maite descolgó el arnés del gancho y pasó las piernas por las aberturas, se enredó y volvió a empezar. La tela de los pantalones se le subió y el arnés quedó atascado, Carlos era más delgado que ella. Se volvió a quitar el arnés, ajustó el lazo de la cintura y se acababa de quitar los pantalones cuando se abrió la puerta del piso, justo antes de la medianoche.

Su rostro se iluminó cuando la vio, y se ensombreció.

—¿Ha pasado algo?

Y Maite asintió.

Carlos cerró la puerta. Allí estaban en este pequeño pasillo uno delante del otro, ella con los pantalones bajados. Ninguno pronunció ni una palabra.

Aquí estoy. Tómame.

Junto con el padre, no tenía a nadie más.

Soy como soy. Piensa lo que quieras.

Pero tómame.

El tiempo titubeó, poderoso péndulo, dudó durante un segundo antes de darse la vuelta y Carlos, mudo, dio un paso hacia ella.

Maite le sostuvo la mirada mientras se acababa de sacar las perneras. Se agachó para recoger el arnés del suelo y sintió con claridad cómo sus pechos caían hacia delante. Un débil chasquido de Carlos, tiró de los pasadores que ella había vuelto a poner mal. Se puso de rodillas y deslizó las correas sobre sus pantorrillas, sus manos se encontraron con las suyas. Ciego, se enderezó siguiendo las sensaciones de su piel, Carlos olía a un día en las pistas, su chaqueta, de la que se deshizo mientras se levantaba, crujía. Cuando Maite sintió su cabello en los labios, abrió los ojos, él sonrió y le murmuró directamente en la lengua, bruscamente agarró el arnés por ambos lados, las puntas de sus pies perdieron el contacto con el suelo y se dejó caer.

VECINO

Agosto de 2004

De repente tu antiguo pueblo se encuentra a tu alrededor. Como si no hubiera habido ningún viaje, sin principio ni fin.

Carlos se para en la plaza del pueblo. Maite abre la puerta cuando el coche aún está rodando. Margot baja y estira los brazos en el aire.

Vas a quedarte sentado en el coche. Actúas como si nada fuera contigo. La uña del pulgar cabe en la huella del cuero artificial en la manecilla de la puerta. Te deberías haber quedado en casa. Julia había sido fácilmente capaz de proponer algo así, Julia con su recorte de periódico, y lo que le daba derecho en realidad a interferir en su vida.

Cuando se presiona la palma de la mano con fuerza suficiente sobre los ojos, se forma un patrón como en un calidoscopio, y se siente muy ligero el pulso. Dura un momento, hasta que vuelve a ver con normalidad.

Maite, Carlos y Margot están al lado del pozo del pueblo. Carlos se apoya en el borde, Margot se protege los ojos con la mano. Maite se enreda el cabello en los dedos. Están dispuestos como una foto de grupo, y no está claro cuál es su sitio en esta composición.

Carlos se acerca. No podrás abrir.

Estos coches modernos ya no tienen botones. Antonio aguanta desde dentro la manecilla de la puerta. Al escalar, Carlos aguanta su peso corporal con dos dedos. Antes Antonio podía cargar una pila llena hasta arriba, pero ahora nada de nada. Tiene los nudillos casi blancos. Carlos suelta la puerta, se vuelve a cerrar con un clic, a través de la ventana el nieto mueve la palma de la mano delante de los ojos de un lado al otro. Todos los demás hacen una peineta, solo los alemanes mueven la mano como un diábolo. Habría que pensar en eso.

La puerta se abre de ancho, el aire de verano se precipita al interior. Carlos habla un dialecto más amplio de lo habitual. Tiene que hablar de manera que le puedan entender. Las personas deben hablar contigo de una manera que las puedas entender. Eso lo podemos conseguir.

—Ahora hemos llegado tan lejos que vas a conseguir el último pedacito.

La última pieza, como si eso fuera la parte más fácil.

Antonio pone la mano sobre el cierre del cinturón. Para desabrocharlo o evitar que Carlos se incline sobre él y lo haga por sí mismo, de repente no hay nada claro. Mira hacia delante y no se mueve. La gente-Mikado. Quien se mueve primero pierde.

Carlos cierra la puerta, como si hubiera recibido una señal. En el lado del conductor se monta Maite, mete la llave, arranca el coche, enciende el aire acondicionado. El aire fluye frío sobre la frente, Antonio respira hondo. Con un gesto amplio, Maite señala el panorama delante del coche. En el movimiento, Antonio ha oído su sudor, el dulce desodorante femenino. Ella se mueve de nuevo. Es como siempre, Maite se ha mantenido normal, y eso lo calma.

—Ahí se puede ver de nuevo. El punto más alto del pueblo, y si nos fijamos en el edificio, iglesia y el cuartelillo de la Guardia Civil y las villas de los peces gordos locales. Insignias del poder sobre el pueblo. Y mira el resto de las casas, pequeñas y encorvadas, es así de simple. Sin palabras.

—Pero en eso no nos diferenciamos.

—¿En qué no nos diferenciamos? ¿Allí en casa?

—La iglesia en una colina, el castillo en el otro. Es lo mismo en todas partes. Iglesia, Ayuntamiento, fortaleza, Policía. El poder está siempre en la parte superior. Y hoy en día por lo general hay algún banco entre ellos.

Pudiste hacer la revolución todo lo que quisiste. Mantuviste la cabeza agachada. Aquí debería ir con la cabeza bien alta, pero en lugar de eso se esconde en este coche, como si quiera hacer algo que no le corresponde. La injusticia lo empequeñeció, mientras que los autores siguen libres. ¿Qué ha conseguido? ¿Hasta dónde sería capaz de llegar con sus ideales? Lo lejos que iría por sus ideales y, de hecho, ¿cuáles son? ¿Cuáles fueron alguna vez? ¿Y qué queda de ellos después del gulag? ¿Tuviste suerte, o solo estás aquí porque has traicionado a todos y todo? Ahí está la calma.

—¿No quieres bajar?

En realidad, no.

—Pero ¡ya voy!

—Podemos dar la vuelta y volver. Vacaciones en la playa. Una semana en Benidorm, *all inclusive*. Piscina, bufé, entretenimiento. Olvidarse de todo.

Seguir como hasta ahora. Eso sería aún más agradable. Se encoge de hombros. Ha llegado el momento de recuperarlo.

Maite no hace ningún comentario: para el abuelo, lo vas a conseguir, el último trocito, abuelo, estamos contigo. Maite está tan sola aquí como él. Ella le toma la mano, él siente la presión y el calor.

—Bueno, entonces.

Que Margot y Carlos estén aquí es casi irrelevante. Ah, eres injusto con ellos. Que esté Maite es importante. Habéis recorrido un camino. Cada uno por su lado. Juntos. Como lo vino a ver en Múnich, con el rostro desencajado de ira y sorpresa, debió ser poco después del cumpleaños de Karl, un cumpleaños muy importante antes de que Karl se tuviera que trasladar finalmente a la silla de ruedas. La inigualable tarta de cerezas de la Selva Negra de Margot. La primera vez que Carlos trajo a Maite. La historia de la fotografía.

En aquel momento eso no le permitió descansar. Antonio había vuelto a llevar los libros en la mano, tras los años que no se había dado cuenta de que se habían convertido en el papel pintado del pasillo. A David le sería más fácil hablar que a él, David sabía todos los hechos de memoria y Maite debía conocer el *Centro*. Le quería mostrar la otra España. Unos días después estaba delante de su puerta, acalorada y al mismo tiempo helada por un viaje en bicicleta a través de la ciudad, él no necesitaba más que una bufanda alrededor del cuello para el corto paseo hasta el *Centro Español*. Hacía tiempo que no iba por allí, ironía del destino que la muerte de Franco representase para el *Centro* una decadencia cultural, el hijo de puta se lo había llevado todo bien atado a la tumba. Pisar el local era como volver a casa, acústica horrorosa, la cacofonía de voces, los gritos de los jugadores de cartas, el ruido de los vasos, los golpes de las puertas del refrigerador, el raspar de las sillas en el suelo. Reparto de palmaditas en la espalda entre la gente, a los que hace tiempo que no ve y se acuerda de viejos tiempos, cuando aquí se celebraban grandes debates, a quién se lo dices, todas personas educadas y políticas. Habían fundado el *Centro* como una alternativa a la *Unión Española* en Landwehrstraße, de manera que los izquierdistas, no religiosos y laicistas emigraron muy pronto a la Daiserstraße, los buenos años del sesenta y ocho al ochenta. Los alemanes padecieron múltiples simpatías por España y por los oponentes de Franco y, ciertamente, por la buena comida, los inquilinos cambiaban cada dos años y volvían a casa como gente importante. Aquí pasó muchas noches y persiguió viejos sueños de la Sorbona, Julia se

había ido demasiado pronto, tendría que haberlo visto aquí en medio de la izquierda y de los más a la izquierda. La vida cultural que consiguieron poner en pie, él y Sebastián, Agustí, Ismael y como se llamasen todos los demás, los debates continuaban hasta altas horas de la noche y la votación no se producía a veces hasta las dos de la madrugada. Muchas veces Antonio se iba después directamente a trabajar, por la Oberländerstraße, donde las claraboyas de los edificios le salían al encuentro mucho antes de que apareciera el frontón, la sala 1 iluminada como una catedral, que era la única que habían respetado las bombas. Entonces murió Franco, muchos regresaron, llegaron personas nuevas de clases menos educadas, el trabajo de la asociación perdió sus horizontes políticos y culturales, como ocurre tantas veces.

Cuando llevó a Maite, dos incansables discutían de política, esta vez no de la española, sino de la alemana, si Lafontaine era suficientemente radical y si tenía una oportunidad contra Kohl.³¹ Así fue entonces también, todo seguía siendo lo mismo.

Antonio recurre a David. Al lado del amigo había un retrato de la Pasionaria colgado en la pared, con un crespón negro en una de las esquinas, y Antonio necesitó realmente un momento hasta que recordó que se acercaba el primer aniversario de su muerte o acababa de pasar. Siempre había parecido inmortal. Maite no conocía a Dolores Ibárruri, la Pasionaria.³² David vio a Antonio y gritó «¡No pasarán!» por encima de las mesas. Una época de esperanza, que había existido en aquel momento. Llevaba una bufanda con los colores de la República, que su hija le había hecho a punto, su orgullo y su alegría, en Múnich seguramente nadie era capaz de establecer la conexión, aquí solo era un viejo español emigrante con una bufanda a rayas en rojo, amarillo y púrpura, unos colores que combinaban muy bien. David se apoyó en el borde de la mesa y miró a Maite con su mirada abierta y amistosa, la muchacha estaba atemorizada, eso se podía ver a simple vista, pero se hacía la valiente y estaba llena a la vez de curiosidad y de inseguridad.

Espanoles en la Wehrmacht, repitió David con sencillez, por supuesto. Como andaluz cortaba las palabras y dejaba que muchas explicaciones quedaran colgadas en el aire, y su interlocutor tenía que deducir todo el contexto de referencias muy breves. Pero llegó un momento en que David se había calentado hablando y ya no tuvo freno. Se apartó de la mesa y señaló las sillas. Y como David era David, comenzó la historia con Adán y Eva. Guernica. La Legión Cóndor. Por último, la División Azul. Con trenes a Alemania, pero sin duda más cómodos que los de Antonio y sus compañeros, y no a Mauthausen, sino a una guerra en la que querían participar, querían esa guerra, querían tomar las

armas contra el Ejército Rojo, y se habían merecido ese infierno blanco. David hablaba y hablaba, hablaba en voz baja, pero detrás de sus palabras arrastradas brillaba la ira como a través de alabastro. La tormenta que sacudía las ventanas. Quién hizo el mejor negocio, era una pregunta que no era necesario plantear.

Cuando Antonio se encontraba con Maite en la oscuridad al lado de su bicicleta, sintió que no podía dejarla ir a casa así. No sería bueno exponerla a David y después dejarla sola con sus nuevos conocimientos. Le pidió que lo acompañase arriba y ella entró en su piso como Alicia en la habitación de las muchas puertas. La cara de Maite se iluminó, recorrió con asombro las estanterías llenas de libros, ¿qué se había pensado, que era un tonto ignorante, solo porque su época no le había proporcionado los mismos privilegios académicos que a ella el presente? Lamentó haberle pedido que subiera, entonces lo lamentó realmente por un momento. Como no podía echarla, la dejó en el pasillo, para que echara un vistazo al País de las Maravillas, y fue a buscar vino y vasos. Llegó con un rioja barato, que sería suficiente, pero entonces se dijo, no seas un patán, y rajó con sus llaves la caja de cartón todavía cerrada con buen vino de Utiel-Requena, que le había enviado un socio de negocios desde Valencia, una casualidad, el hombre no podía saber que su familia era de un pueblo de allá arriba. El vino era excelente, aromas de bayas oscuras y casis, sangre y huesos bajo las viñas de su patria, Antonio degustó las notas complejas, mientras que Maite se lo bebió como si fuera sangría.

Maite se dejó llevar por un regocijo infantil con los envoltorios para naranjas, explicó cosas de su casa, que la cocinera le reservaba las naranjas envueltas, en casa de su tío abundaban las naranjas, pero hacía tiempo que no las envolvían en papel. Pues bien, Antonio puso la caja a su alcance, coleccionaba los envoltorios, pero no se animaba nunca a ordenarlos correctamente. Era un coleccionista y un nostálgico incorregible, pero no era un archivista. En realidad, siempre estaba a la búsqueda del país que había perdido, tras la destreza de los grafistas de los años veinte y treinta, y cada uno de los envoltorios tristes y los carteles mal dibujados de la época de Franco eran testigos de la decadencia cultural. Precisamente le estaba entregando a Maite uno de esos papeles cuando mencionó su graduación en el *Colegio Alemán*, una educación limpia, pensó Antonio, y miró las dos palabras en la escritura quebrada, pero allí tampoco aprendió nada de la División Azul. En la familia de Maite no se explicaba nada, eso lo había entendido Antonio. Era bastante plausible que ni en el Colegio Alemán ni en las otras escuelas se aprendieran las cosas importantes, bueno, tal vez Maite había oído hablar de

la División Azul en ciertos colegios españoles. Los vencedores escribieron de nuevo la historia oficial y difundieron su versión de esta, y comenzaron con los más pequeños, en eso ninguno de los dos bandos se regalaba nada. Una vez Antonio se tuvo que relacionar con un productor de Valencia, un franquista de la peor clase, y tuvo miedo; se sintió aliviado cuando Maite pronunció el nombre de su familia. Ella no tenía idea de la ley y el orden de una dictadura. Antonio quería tomar un sorbo de vino, pero cuando se dio cuenta de cómo temblaba el vaso, se abstuvo. La División Azul, después teniente general de la Guardia Civil, desde luego el padre no había ido a Rusia por necesidad.

Maite sirvió más vino, se movía con confianza alrededor de este desconocido, que aún lo era para ella. A él le pareció extraña su propia sensación de sentirse cómodo en la presencia de esta hija de una casa de derechas, de la que se había enamorado su nieto y con la que en otras circunstancias no se habría relacionado nunca. Ella habló de lo conservador y reaccionario que era su padre, de lo repulsivos que le resultaban los uniformados, lo ridículas que eran las poses sobre el honor y la patria. Pero nunca se había preguntado qué defendían los reaccionarios. La chica era un fenómeno. ¿Cómo se podía ser a la vez tan rebelde y tan ignorante? ¿Cómo podía ser que no se hubiera enterado de nada? Debía vivir como quería su padre, pero quería algo más, y cuando Antonio le preguntó lo que era, su desamparo quedó colgado de las pestañas como si fuera nieve.

Cuanto más hablaba Maite de su padre, menos podía contarle Antonio del suyo. Cómo podía hablar de su historia con Maite, qué idea tan ingenua y sentimental, quizás en otro mundo, pero en este no. Le hablaría de la lucha de los partisanos en las montañas, descubriría lo que se escondía detrás de las palabras ley y orden, y no le ahorraría los fusilamientos. Pero cómo le podía confiar ahora que había sido testigo de cómo la Guardia Civil se llevó a su padre. La gorra que ya no iba a necesitar. Cómo el cielo se llenó de repente de pájaros.

Se había hecho tarde, Maite se fue a su casa y volvió otra noche, pasaron varias veladas en la cocina de Antonio, que abrió la segunda y la tercera botella de Utiel-Requena y encargó más cajas, Maite aguantaba sorprendentemente bien la bebida y multiplicaba sus historias de la infancia, sus recuerdos de la sensación permanente de insuficiencia, las exhortaciones constantes, la denigración continuada, le avergonzaba ser tan ingenua e ignorante, que se hubiera dejado adormecer, se bebió el buen vino sin comprender y no tenía idea de su atractivo.

Antonio cocinó para Maite, más de una vez, mientras que sentada a la mesa leía libros de David. Una y otra vez su mirada volvía a ella, bajo la luz de la lámpara sobre la mesa, con una mano en el cabello, ese cabello increíblemente hermoso. Escribía en un cuaderno de notas, tan apretado que se podría pasar toda la vida escribiendo en él, anotaba frenéticamente como si se le estuviera acabando el tiempo, el de ella y no el de él. Se sentaba a la mesa como un regalo, joven y llena de preguntas. Pensó en Julia y que le habría gustado tener algo igual o parecido. Ponía discos de Mozart, éxitos y zarzuelas, una vez se tropezó con *Eugenio Onegin*, hacía tiempo que no había pensado en Lensky y se alegró del encuentro inesperado con un viejo amigo. Maite se sentaba con las piernas cruzadas en el suelo del piso delante de las estanterías y leía varios libros a la vez. Algunas de las preguntas las planteaba mientras tanto, con las mejillas encendidas, él bajó el gas, se secó las manos y se acercó a ella. Antonio se puso de rodillas, fue muy consciente de la tensión en las articulaciones, se sentía joven y muy muy viejo. Ella se volvió hacia él, muy ligero el roce en su hombro, él se apartó espantado. En otra ocasión le puso una mano en el hombro. Como sustituto, como consuelo, para guardar las distancias. Le habló de la guerra civil desde el punto de vista de los hechos, a la que se habían apuntado todos, perdedores, víctimas, verdugos, perseguidos, soldados de ambos bandos: en el verano de 1939 nos fuimos a Francia. Huimos de la represión. En Francia, nos internaron en un campo de refugiados. En junio del 40, entraron los alemanes. En agosto nos separamos por un tonto malentendido. Estas frases no olían a nada. No sangraban. Se hablaba, pero no se diferenciaba demasiado del silencio.

Quería introducir a Maite en el mundo detrás de las palabras. No quería seguir sacando frases estériles de la boca. Este impulso hizo que se preocupara, hacía que sospechase de sí mismo. La caja de Pandora, qué pasaría si sacase a la luz lo que hacía cincuenta años había convertido en algo pequeño y compacto, había ocultado y enterrado, lo que en las largas noches de invierno con arias de Lensky y muchas botellas de vino tinto había intentado arreglar consigo mismo. Mientras en Antonio se ampliaba la disposición a hablar de verdad, Maite siguió su propio camino, en cada visita había más páginas escritas en su cuaderno y nuevas sinapsis se habían formado en su mente, se había confiado a Carlos, sus preguntas fueron más específicas y profundas. De los libros y los hechos pasó a las preguntas personales, fue un abanico de cosas lo que le echó encima hasta que de alguna manera llegaron a la fosa.

Antonio se concentró en los capítulos de su historia en los que no aparecía la Guardia Civil. Los caminos de su huida con Julia. Cómo los trataban los franceses en el campo, los *indésirables* de España, intentaba ser justo, y le habló de su jefe en el café y de los gestos de solidaridad. Finalmente, el tren a Alemania, la parada en Múnich, la nueva vida en Baviera. Todo esto era cierto, pero no era toda la historia. Existe la gracia del silencio. El tren a Mauthausen era magnético, atraía toda la atención y Maite no preguntó por qué exactamente habían huido de España al principio de la historia. Antonio habló como no había hablado nunca con nadie. Había escapado, mientras que otros entraron en el campo y unos pocos salieron de él. Como individuo no había muerto, ni había sobrevivido, ¿y con quién podría haber hablado de ello? Nunca había tratado abiertamente y por voluntad propia esta experiencia, y no en menor medida por el hecho de que vivía porque a otros los había dejado atrás. Pero ahora intercambiaba con Maite el dolor y la culpa como si fueran donativos. Ella se sentó frente a él en esta mesa sencilla, la luz resplandeció en la capa superior de su cabello.

Se acercaba la Navidad, Maite iba de visita a su casa, tenía que revisar su imagen de su propia rebelión o seguir siendo rebelde, más rebelde, verdaderamente rebelde, y tendría que vivir con las consecuencias. Y lo que ocurriera después, porque pronto se terminaría el tiempo del programa de intercambio. Su padre iba a insistir en que regresase. Antonio podía entender a Maite y descubrió que sus preocupaciones eran conmovedoras, amigo de la comodidad, si en aquel momento hubiera encontrado una solución para él, también habría una para ella, y ella no estaba rodeada de gente que pudiera ayudarla. Tal vez Pau tuviera algún empleo en importación-exportación. Antonio también podía ayudar, en el mercado mayorista podría echarle una mano en la oficina, que era un altruista interesado. Así fue como al final se decidió por las consecuencias. La fuente de dinero no se secó, el padre de Maite no podía consentir que una familia extranjera mantuviese a su hija, pero a pesar de eso Maite comenzó a currar con Antonio, que era como ella lo llamaba, y ahora seguía con el negocio. Tuvo la sensación de que una velada justo antes de Navidad iba a ser la última juntos. Como si su visita navideña fuera a marcar un punto de inflexión. Como si hubieran llevado la conversación a su conclusión, aunque todavía quedaba mucho por decir.

Ella se había cortado el cabello. Al despedirse, su mano en la mejilla. La mejilla de Maite era suave. Su cara se acercó. «No eres tu padre, Maite. Lo que ha hecho no te hace culpable.» Por un momento cerró los ojos, Antonio creyó que se iba a escapar, pero ella

lo miró, abiertamente y sin miedo, con esa gran cuestión de su pequeña vida en la película de sus lágrimas. Sus dedos se deslizaron por la curva de su cuello. Alrededor de los dos, alrededor de sus cabezas, las manos, los ojos, una esfera en la que durante un instante todo se podía curar. «Tú eres tú, Maite. Solo eso.» Antonio la quería redimir, le salió como una absolución y pareció que ella lo creía. Si la historia de su vida había sido buena para que ahora estuviera en disposición de eximir a Maite de la culpa de su padre, entonces al menos no habrá sido en vano. Las comisuras de sus labios dejaron de sonreír. Ella todavía estaba cerca, dejó la cabeza quieta, quería mantener cerca a esta mujer, curar todo lo que antes se había disuelto a través de sus dedos, Antonio sintió el borde seco de los labios, después el interior húmedo. Ella le devolvió la presión, un regusto a vino, una idea de lo que podría haber sido. Ella se apartó. La boca de nuevo fría. Sus ojos estaban llenos de confianza, Antonio no se había dado cuenta de que había tomado su otra mano con la suya, ahora se soltó y agarró el pomo de la puerta. La mano de Antonio en su mejilla, su mano en la suya, un beso más en los labios cerrados. Los golpes de sus tacones en la escalera. Cuando se cerró de golpe la puerta, Antonio entró en su cuarto a oscuras y fue cariñoso consigo mismo como hacía tiempo que no lo había sido nadie.

—Antonio. ¿Dónde estás?

La mano de Maite.

El aire frío de la ventilación.

—*Perdona.*

—No hay necesidad de disculparse.

Nunca habéis vuelto a hablar de aquella velada, pero siempre está presente. Entendido como un cimiento. Y ella sigue todavía cerca de ti. Su mano en la tuya.

—¿Te acuerdas de David? Cuando hablamos con él en el *Centro*.

Maite asiente con la cabeza.

—El friki.

Los jóvenes a veces tienen palabras. Eso puede ser difícil entre el alemán y el español. Pero ahora no se les entiende en el mismo idioma.

—Un hombre extraño. Al mismo tiempo, una persona entusiasta. Encantadoramente extraño. Viene del inglés.

Lo recalca con la voz, como queriendo decir que no es necesario que lo entiendas en tu vejez.

—*Friki.*

—Exactamente. ¿Podemos?

Maite para el motor. El indicador del aire acondicionado se apaga.

Las casas están separadas uniformemente con diferentes pinturas. Dos pisos, una puerta abajo y encima un pequeño balcón, ventanas a izquierda y derecha, y recuerda una canción de cuna que Carlos tarareaba durante horas, agarrando el lápiz con fuerza en su pequeño puño, la página, no se cansaba y garabateaba hoja tras hoja, punto, punto, coma, raya,³³ exactamente igual son estas casas. La suya es medio piso más alta porque tiene una buhardilla con pequeños tragaluces que dan a la calle, y también es más ancha, con unas dependencias de servicio. Parece que su hermano ha tenido muy poco interés durante todos estos años. Las persianas exteriores verdes están rotas, la madera cuelga en jirones. Los contadores de electricidad modernos se han saltado la casa y el cable pasa simplemente por encima de la puerta. El yeso se ha descascarillado, como el color de la puerta de entrada. Bajo la cerradura, las huellas de una palanqueta. Carlos examina las astillas con el pulgar, pero la cerradura está intacta. Toma la llave, le da una vuelta, dos, Carlos gira la llave hasta que llega al tope, no la va a romper. Carlos tira y empuja la puerta hasta que cede.

Maite y Margot están de pie una al lado de la otra, tan cerca que solo tienen que levantar los brazos para colocarlos alrededor de sus hombros. Margot asiente, con las cejas levantadas, como un estudiante que solo necesita reunir un poco de valor para dar la respuesta correcta. Antonio no levanta lo suficiente el pie y la punta tropieza con el escalón. Cambia el peso de lado, se apoya en la muñeca de Carlos, lo intenta con el otro pie, esta vez lo levanta más y entra. La fuerte luz se extiende como un trapecio sobre las baldosas. En la línea entre la luz y la sombra, llega a su límite. Se queda ciego en el vestíbulo. De repente recuerda el color de los azulejos en las paredes, verde y azul en filas como las hojas de vid y las uvas, desapareció durante décadas y ahora está de vuelta, tan claro como lo fue para el niño que seguía con el dedo los arabescos de colores, la red de ranuras en el pasillo frío, cuando fuera hacía demasiado calor para jugar. Los azulejos están fríos, casi húmedos bajo la palma de la mano. Carlos pasa a su lado, «Voy a ver si puedo abrir una ventana», Antonio siente en la espalda su calor y el aroma de las dos mujeres, una mano agarra la suya, se pregunta lo vieja o joven que puede ser. Estás en tu antigua casa, muchos años después, y querías tener tu bastón o

una silla en la que poder reflexionar sobre este monstruoso lapso de tiempo, sobre el cual podrías agarrar la mano del niño que jugaba con las ranuras, volver a ser un niño, todos esos veranos, dos hermanos, padre y madre, la noche, la casa y la huida (y piensa, eso es lo que ocurre), la noche que arrastraron a su padre delante de dos faros (eso es lo que ocurre cuando se muere), el campo de refugiados y aquel tren, todo te pasa por delante, este brazo pesado y el vacío en los pulmones (si esa va a ser la puerta de salida, si el corazón retoma de nuevo el pulso del lugar), los años solo, sin esposa ni hijo, y en su lugar solo las visitas nocturnas de las sombras, necesitas aire (tal vez no haya venido aquí para sacar a su padre de las profundidades, sino que ha venido aquí a morir).

Delante de ti se abre un campo blanco y brillante, sientes la presión firme de Margot debajo de las axilas y su voz, demasiado alta en el oído, «Carlos, trae una silla, rápido, Toni», y desde muy lejos, «Mierda, ¿dónde voy a encontrar una silla?», todos están a tu alrededor y te sientan en el suelo. Maite abre por completo las hojas de la puerta, más luz. Carlos suena bastante tranquilo, ni siquiera ahora, «¡Mamá, para!». No puedes tenderlo completamente plano. Todo gira, quieres ponerte en pie de nuevo. «Muy despacio, abuelo.» Carlos te toma el pulso y hace preguntas y te mira los ojos, y tú le devuelves la mirada, esta es la primera vez que ves trabajando al pequeño. No, sin dolor y sin entumecimiento, solo te sientes mal, sin opresión en el pecho, lúcido, y te fascina cómo Carlos pellizca la piel de tu brazo entre las puntas de los dedos y tira de ella, las arrugas que tiene, lo delgada y seca que está encima del brazo delgado. Con ellos ya no se pueden mover cajas. «Maite, mira si puedes conseguir agua del vecino y mejor si añade algo de jamón», la muchacha desaparece, «Mamá, ahora lo puedes tender».

Margot sostiene en alto tus piernas, el miedo en sus ojos te resulta embarazoso, así como toda la conmoción alrededor de tu persona. La cara de Carlos cuelga sobre ti como una gran luna. «Dime, abuelo, ¿cuándo has bebido por última vez?»

La boca está seca. «Al comer, este mediodía. Una copa de vino y café.»

«¿Y el agua que hemos pedido para ti?»

No dices nada, entonces la luna se acerca aún más, y la luna dice en voz baja, casi con ternura, tonto.

Maite no solo trae agua, sino a todos los vecinos. Y la invitación a su casa al otro lado de la calle. El hombre es un extraño, pero no la casa. Pero Antonio no consigue situarla, hace demasiado tiempo. El jamón es al mismo tiempo salado y dulce, se deshace en la

boca y deja que la saliva vuelva a fluir. El vecino vuelve a llenar el plato, lonchas pequeñas, cortadas muy finamente a mano, en las que se reconoce al maestro, atravesado por vetas blancas de grasa, donde se asienta el sabor al masticar, la boca se llena de aromas, se siente la sensación granulosa entre los molares. Su deleite se refleja en la mirada del vecino. Reímos de nuevo, y si Maite no le estuviera llenando constantemente el vaso de agua y moviéndolo delante de él de un lado a otro como un trilero, ya habría olvidado todo el asunto.

El vecino tiene zarpas, en cuyas arrugas se ha asentado el trabajo del campo. Sus dedos gruesos sujetan los trozos de jamón con una gracia inesperada, toma y come poco a poco, se limpia los dedos en un paño de cocina, que en sus manos parece una servilleta. Isidoro saca una botella de vino, sin etiqueta, vino de la temporada, que será afrutado y fresco. Delante de Antonio hay dos vasos, su mano duda cuál de los dos debe usar, sabe muy bien, pasando la mirada de un lado a otro, de Maite a él y de él a Maite, durante cuánto tiempo lo va a tener en agua como un bacalao, Maite a Carlos y Carlos a él, al final Carlos a Maite, una oración que es como un permiso, está bien, Maite, él ya está flotante y la mano se cierra alrededor del esbelto pie de la copa de vino.

Y entonces la pregunta de Isidoro.

¿Tienes que responder o lo puede hacer otra persona?

No sabes lo que piensa sobre ello.

No puedes saber cómo va a reaccionar la gente.

En el silencio te concentras en la contemplación del jamón, un rojo oscuro y brillante. Maite susurra, Margot dice, «Ya lo he entendido», su voz hace que el silencio sea aún más espeso. Pero el vecino se pone en pie de repente. No has oído la puerta. Él presenta a su esposa, con una blusa colorida, con brazos carnosos y el cuerpo de una madre múltiple. El anciano al lado de tu silla debe llevar ya algún tiempo de pie y mirándote, un hombre de la misma edad que tú. Su mano deforme se apoya en el puño de un bastón. Sobre la camisa a cuadros una barbilla llena del nacimiento de una barba blanca, sobre ella una sonrisa, dice: «Antonio». Sus rasgos no son desconocidos, pero no es un extraño. Una sonrisa de reconocimiento, de invitación, una sonrisa de tristeza y beligerancia, y finalmente de diversión. Pero a ti y después a todos los demás, como si tuviera que explicarlo, «¡No me ha reconocido!». Se cambia el bastón de una mano a la otra y, finalmente, dice: «Me preguntaba si vendrías. Si todavía existías».

Recorrías los senderos de tu cerebro como los pasillos de un almacén. Esta casa, esta calle y la casa de enfrente. Los recuerdos toman forma. Su casa, esta calle y tu casa enfrente, una noche y la mañana del día siguiente; tu madre está en camino; sostienes al niño contra tu pecho y te asustas cuando ves a un hombre en la ventana de enfrente; te ve y levanta el puño durante un instante.

Este anciano te señala con un dedo retorcido, su sonrisa se ensancha, pero aún carece de nombre, el sonido que se asocia con estos rasgos y aquel puño, borrado en dos ocasiones por la ventana y la historia. Había más, tiempo juntos y algo más, más directo, con la participación de otros sentidos, entonces llega algo a través del agua salobre de tu memoria, hay contacto, piel y tierra, olores, podridos y penetrantes. Se alegra y junta las manos cuando resuelves el acertijo de su nombre, la primera prueba de esta búsqueda del Grial, y tanteando pronuncias las tres sílabas: «Manolo».

NOCHE

22 de junio de 1939

Sigue sus pasos de regreso al bosque hasta la pila de madera, que recoge y quiere llevar a casa al amparo de la noche, por última vez. Doblado, con las manos debajo de las ramas, oye el primer disparo. El segundo, desde donde están dispersas sus astillas de madera alrededor del cráter de la bomba. Siete disparos, después de una pausa, dos más, en realidad ellos lo querían a él, el cielo está lleno de pájaros, y corre.

El fuego ya no calienta. La comida ha perdido su sabor. Hay una necesidad que ya no se puede satisfacer. La madre emitía un tono, dice ella, doloroso, como si saltase a la cuerda. Habló sin mirarlo, y él pensó que aquí terminaba el acorde de sus vidas. Se puso en camino cuando la luz gris se deslizó a través de las ventanas. Se puso un pañuelo negro sobre los hombros. Desde la ventana del segundo piso, la vio encorvado por el dolor, aunque caminaba muy erguida. Muy erguida subiendo por la calle hasta la plaza del pueblo, al cuartelillo de la Guardia Civil. Él lo sabía, y ella lo sabía, pero fue a pesar de todo.

Pau en su brazo tenía los ojos abiertos. Acababa de nacer, pero ya estaba enredado en culpas y deberes, entonces la suave boca se curvó en una sonrisa, y los pedazos dentro de Antonio chirriaron como un carillón de viento espeluznante. En la casa al otro lado de la calle vio una cara. Retrocedió asustado, reconoció a Manolo, que levantó el puño hasta la sien en señal de saludo. Manolo tenía los nervios templados. Antonio se refugió en las sombras.

La madre le dijo en un *staccato* agotado. Habían encerrado a cinco en una cárcel improvisada al final de la calle mayor, en una pocilga vacía. Estaban allí por la noche y por la mañana ya no estaban. Un hombre ya había estado en el cuartelillo de la Guardia Civil. Solo se llevaron a casa a uno. En realidad, te querían a ti. Antonio incluso le podría haber dicho que a dos no los habían matado con el primer disparo, contra dos tuvieron que disparar de nuevo. En realidad, te querían a ti, masticaba su saliva, siete disparos y otros dos y un cielo lleno de pájaros. Debió ser un remolino de miedo,

indignación y preocupación delante del cuartelillo de la Guardia Civil. Y después todos guardaron silencio, todos los que estaban allí, porque uno en uniforme se presentó en la escalera. Callaos, porque si no. La mano sobre la pistola. No dijo dónde estaban los hombres. Y si alguien sabía algo, se lo guardó para sí mismo. Incluso la tierra está en silencio. En silencio acoge a los siete cadáveres que yacen como cayeron, unos encima de otros en el cráter de una explosión, cubiertos por capas de arcilla aislante.

Por la noche, Manolo se presenta en la puerta de atrás. Necesita un hombre. Antonio sabe cuándo la puerta cruje sobre sus goznes y sale de la casa sin hacer ruido. Al regresar se le pega la camisa a la espalda y la tierra a los zapatos, tiene sangre en las manos.

La madre limpia los zapatos y los coloca en el lugar donde antes habían estado los del padre. Antonio borra de su mente la imagen de los siete cuerpos, pero por la noche comienzan los sueños, tal vez en la próxima, tal vez en la siguiente. Busca a los muertos. Los encuentra, pero cuando mira en el interior del cráter, se convierte en un agujero que da vueltas, un pozo sin fondo. El brazo de su padre le quita la respiración, en el espacio entre el sueño y la vigilia busca bichos en la colcha, hasta que roza el dedo de Julia y vuelve a la realidad. Julia con sus manos frías le arranca de la espalda los tentáculos del sueño. Por la noche el sueño abre las puertas y la pesadilla entra a lomos de su caballo de Troya, así son todas las noches, y el sueño, simplemente, no aprende la lección.

FREE SOLOING

Agosto de 2004

Para Carlos es demasiado. Manolo llena toda la tarde con aquella época de la que Antonio no fue testigo, la paz, que debió ser peor que la guerra. Manolo se sienta encorvado y marchito a la mesa y habla entre el vino y el jamón sobre las cosas que Carlos no se puede imaginar para no volverse loco. Manolo habla de su propia vida como de una obra de teatro, que se representa sobre un escenario distante, como si estuviera situado muy atrás en el auditorio. Está ahí y se ríe en la oscuridad de cosas que no son divertidas. Probó los límites, al menos lo explica de esa forma, en el aniversario de los asesinatos, el Día de la República, el 1 de mayo, atravesaba el pueblo con crespones de luto hasta la tumba, apiló piedras, trajo flores. Lo dejan hablar. No pasó nada. Lo que no significa nada: lo amenazaron, lo apalearon, lo tendieron sobre una mesa y lo golpearon hasta hacerle sangre, Manolo lo aparta con un gesto, como si no fuera nada, se ríe como si fuera Old Shatterhand y hubiera vivido una aventura con Winnetou.³⁴ Manolo habla del miedo, pero también del hecho de que a veces la ira se imponía al pánico, que una viuda se ponía a gritar a pleno pulmón, cuando cierto guardia se cruzaba en su camino: «¡Asesino!» y que sorprendentemente sobrevivió. Manolo explica que algunos emigraron cuando ya no pudieron soportarlo.

Los hombres figuraron como desaparecidos. ¿Como si se hubieran ido de safari o algo por el estilo? ¿No regresar de comprar cigarrillos o algo así? Muertos que no son declarados muertos, de manera que las viudas no son viudas y huérfanos que se deben dedicar al contrabando en el mercado negro, en lugar de jugar o aprender a leer.

El luto estaba prohibido. La tristeza también fue prohibida. Las mujeres en avanzado estado de gestación, cuya mayor suerte podía ser que las obligasen a asistir a la misa de los melones en la primera fila con la cabeza rapada, en lugar de someterse a los rituales de purificación, a veces mortales, con dosis excesivas de aceite de ricino. Las mujeres que traían al mundo hijos de los muertos. Maite, que durante varios minutos ha estado sentada inmóvil y escucha fascinada, cambia de postura y se seca los ojos. Manolo

cuenta y mientras tanto su hija y su yerno asienten con frecuencia. Este hombre habla y habla, mientras que los demás se tienen que arrancar las palabras del cuerpo. No eran una familia normal, lo normal era callar.

El torrente de palabras de este vecino provoca que el mutismo del abuelo resuene con mayor fuerza. No había mucho a lo que pudieran asentir Carlos y su padre. Su casa está vacía, la historia, deshabitada. Su familia tiene una acústica extraña, quizá por eso Paul habla tan poco.

Ya tiene bastante de la casa de Manolo, necesita un descanso, aire fresco, está a punto de levantarse cuando Manolo le dice al abuelo: «Pero tú estuviste allí, ya no te acuerdas, Antonio, nosotros dos, tú y yo, enterramos a los muertos», y a Carlos se le derrumba su familia como un castillo de naipes.

Carlos tiene que hacer ahora lo que necesita. Gira por un callejón lateral y sube el ritmo. Siente un hormigueo en las piernas, como si tuviera las pantorrillas llenas de tensión, lo reconoce, después de una lesión, después de las Navidades, después de un largo viaje. El movimiento es la única ayuda.

Maite y mamá han colocado al abuelo entre las dos, como un paciente que intenta dar unos pasos trabajosos. Juntas lo llevarán a casa. El abuelo no ha guardado silencio intencionadamente, en realidad lo había perdido. Incluso en el abuelo acabó de encajar algo, allí sentado a la mesa en casa de Manolo, si no, no habría llorado de esa manera.

Carlos tiene el sol en la espalda y camina sobre su propia sombra. Una vista como un regalo. Recuperar la felicidad paso a paso, como siempre, pero hoy no es así. No son las pantorrillas, es la cabeza. La sensación no es buena y, por lo tanto, tampoco están bien las piernas.

Que el abuela ya no se acuerde de nada, ¿cómo puede olvidar alguien, cómo puede desaparecer algo sin dejar rastro? ¿Cómo puede el abuelo enterrar a su padre fusilado y no acordarse de nada? Construir una vida y siempre callado, y fracasar en el matrimonio y siempre callado, quizá se le habría quedado bajo otras circunstancias. Tal vez la abuela no fue tan egoísta, sino que intentó salvar la piel desnuda y no convertirse en piedra a su lado. ¿Quién es el hombre que ha jugado al abuelo simpático, como si todo estuviera en orden, aunque había enterrado con sus propias manos a su padre, después de pasar días de calor veraniego en campo abierto?

Va cuesta arriba y Carlos se esfuerza. Unos perros se abalanzan detrás de una cerca, ladrando hasta que abandona su territorio. Carlos les tira una piedra a los perros, uno se retira gañendo, el otro salta más alto contra la valla. Carlos se acerca a la valla y regaña al perro, «¡Cállate!». Él habría podido nacer en este país en lugar de su existencia de vino y rosas. No se necesitan estudios de medicina para saber que el cerebro cierra sus puertas, el estrés postraumático y todas esas cosas. Carlos pisotea todo lo aprendido con cada paso en el suelo polvoriento. Si no se había dado cuenta durante todos estos años, ¿quién es la persona a la que llama abuelo? Su incomodidad lo lleva a ir a toda velocidad, ¿cómo se pueden entender correctamente cuando los separa algo así? El corazón le bombea esta ira sagrada a través del torrente sanguíneo, en una parte de su interior se siente roto. Carlos puede entender por fin a su padre, que se mantiene alejado de toda la farsa. A la mierda esta relación armónica e íntima con un abuelo que se hace pasar por un tipo divertido y en secreto es alguien muy diferente.

Carlos abandona el camino y se encamina hacia a una pared de roca al final de un campo. No puede ir simplemente y preguntarle al abuelo: ¿por qué no lo has contado nunca?

Sin embargo.

Carlos prueba con la punta de los dedos. La roca no resbala. Piedra caliza. Ideal.

Abuelo, explícalo.

¿Cómo lo habría podido explicar?

Simplemente explicarlo, maldita sea, simplemente explicarlo, todo, ¡sencillamente todo!

Esto es una gran mierda, sin magnesio, agotado y enfadado, Carlos lo sabe, pero se caga en todo, se quita los zapatos. En las zonas de caída se va a destrozarse los pies, y no solo los pies si llega el caso. Carlos se ata los zapatos a la cinturilla del pantalón. Se impulsa hacia arriba y balancea el pie derecho hacia un lado. Agarre entre los dedos del pie y la roca. Se agarra, tira, tiene un apoyo seguro.

¿Cuántos cadáveres más tienes en el sótano, abuelo? Hablo literalmente.

Maite le podría decir mucho acerca de la represión como táctica de supervivencia y que no se aprende a hablar de lo que nadie quiere saber. Pacto de silencio. Lo sabe. Ha compartido con él sus opiniones, no hay ninguna estadística que no haya compartido con él como el pan de cada día, llegó a Alemania tonta del haba y en blanco como una hoja de papel y parecía macabramente fascinada por su propia ignorancia. Si no se hubiera

encontrado con el tío Hans, se habría movido como una estudiante Erasmus normal en la órbita de la residencia, el barrio de bares y los sótanos donde se celebran las fiestas, y habría permanecido atrapada en la tibia piscina infantil de la ignorancia, junto con sus compañeros de una generación en apariencia espectacularmente desinformada, una quinta parte no sabe cómo llegó al poder Franco y cree que respetó los derechos humanos. Pedos estadísticos, polvo histórico y babas sociológicas. Carlos no necesita ninguna explicación. Ahora necesita un *friend*, que pueda escalar en la roca de su mundo y que pueda detener su caída.

Se apoya en la roca. Como si pudiera sostenerlo cuando todo lo demás se disuelve. Si fuera la solución. Licuefacción de los problemas, desde luego en la piedra.

Comprueba la ruta. La dificultad está unos pocos grados por debajo de su nivel. De todos modos no debería hacerlo. Aún puede dar la vuelta. Es demasiado viejo para esas tonterías. Y cuando ha pensado eso, demasiado viejo, que es demasiado viejo, continúa.

Extiende el brazo y tantea. Busca y encuentra y da fuerza a los dedos, siente cómo la fuerza se transmite por la muñeca, el antebrazo, el codo hasta el hombro y su cuerpo sigue el pulso de las yemas de los dedos. Fluye, abandona la altura de salto. Maite enloquecería y con razón. Se ha cagado en el cerebro. Se ha cagado en el cerebro y se ha olvidado de tirar de la cadena.

Él fue quien descubrió que Maite debía dejar tranquilo el pasado.

Él también se ha adulterado con el silencio. No solo era la hija de un verdugo. No iba a traer al mundo a la nieta de un verdugo, sino a la hija de los dos. Su esposa, su Maite, una persona sensible, puede ser divertida en los días buenos, es una persona de una pieza, se puede confiar en ella, en la cama es descarada, es torpe en algunas situaciones, pero en la cocina lo tiene todo bajo control y también en el mercado, dirige una empresa, maldita sea, es una buena jefa para los empleados, se ha ganado su lugar en el mundo de los hombres, es más bien más que menos, se baña con agua demasiado caliente y sale de la bañera roja como una langosta, toca un poco el piano, pero canta horriblemente.

Sigue subiendo por la pared. Hoy le da todo igual.

Maite es su puerto de origen. Cuando llega a casa, la besa en el cuello, su aliento caliente vuelve a él, ella da la vuelta en su abrazo, y ahí es donde está él. Todo esto es Maite, y cuando se reduce a su padre, no se ayuda a sí misma ni a él ni a ningún vivo ni a ningún muerto. ¿Y qué pasará con él, si Maite decide irse, como la abuela abandonó al abuelo?

Incluso sospecha de sí mismo. Hay algo que les impide continuar. Algo que no tiene nada que ver con la biología y que deberían ir al psicólogo en vez de a la clínica de fecundación asistida. No puede construirse nada completo a partir de medias historias. Pero con su idea de que un tubo de ensayo podría resolver estos problemas. De nuevo. Vio cómo la primera lágrima se deslizaba desde su párpado y se preguntó, se preguntó absurdamente en ese momento, si siempre empezaba a llorar con el ojo derecho. La atrajo hacia él, sabía lo que estaba por venir, y entrecerró los ojos, como si después no fuera tan malo. Ella ya se lo había dicho una vez. Que en ella existe un vacío que él no tiene. Porque ella es suficiente para él y él para ella no. Es como el mal de amores.

Ya ha dejado atrás el *point of no return*.

Él se fue, ella se quedó sentada a la mesa. Media hora más tarde ella todavía estaba sentada allí. La vio desde el recibidor, la vio allí sentada tan sola que levantó la silla volcada y trató de calmar su interior.

Trata de confiar. Que funcionará. Que puede seguir así. Que Maite se queda con él, aunque no sea suficiente para ella.

Pero ¿y si no es suficiente? ¿Qué será de él si decide que estará mejor con otro?

Como si esta pregunta le hubiera asestado un golpe, le hubiera quitado el suelo bajo los pies, Carlos escuchó su propio grito. El dolor corta todos los demás dolores. Estos son problemas concretos que debe resolver. Ahora está totalmente en sus manos, lo que será de él, Carlos se adhiere a la pared. Debe moverse, debe continuar, los antebrazos se agarrotan, porque en caso contrario no será nada. Trabaja mecánicamente hacia arriba, agarre tras agarre, el pie lesionado solo para estabilizarse, le salvan su experiencia y su rutina, consigue salir de la pared, porque tiene que hacerlo, aunque siga dentro, pero ya no puede recordarlo. Al final yace arriba del todo, con la cara en la tierra y no importa si uno es hijo de un verdugo o hijo de una víctima, ¿ahora cómo puede hacer frente a esto?

Ve la uña del pie hecha jirones, se le revuelve el estómago, consigo mismo es impresionable, lo sabe, se quita la camiseta y cubre el pie con ella de modo que, al mismo tiempo, siente frío. Lucha por regresar, el sangrado mal taponado, el pie hinchado atado con los cordones del zapato, el dolor se distribuye desde allí por todo el cuerpo.

La cuestión se ha resuelto por completo cuando se presenta ante Maite y ella lo mira como si fuera a darle una bofetada, todo su miedo concentrado en la mirada, simplemente había desaparecido, tenía miedo de que hiciera alguna tontería y él había hecho una tontería, *tonto del culo*, él y sus imprudencias, es que se piensa que ella no lo

necesita, *gilipollas*, lo abraza, la pregunta se disuelve en el olor de su piel, en el tacto suave de sus manos sobre su pie, con la confianza de quince años. Ignora las miradas de Antonio y no responde las preguntas de Margot, quiere mandarlos a todos al infierno y al final se lo grita. Maite se ocupa de la herida, mientras tanto le pregunta mejor así o mejor así, pero él no puede mirar, confía en que ella lo haga todo bien, el cabello se le cae en la cara, maldice su pelo y a los imbéciles, de los que se ríe. Es lo que hace, no lo que dice. Carlos intenta tocarla, quiere apartarle el cabello, pero antes de llegar a la cabeza, se pone de pie, el hombro redondo bajo su brazo cansado, el pasillo en penumbra y al final, la puerta del dormitorio que cierra a su espalda. Maite lo mete en la cama como un niño enfermo, y como un niño enfermo le pide: «No te vayas todavía, quédate un poco más, tiéndete a mi lado, abrázame fuerte».

La noche es mala, por supuesto, la noche es mala. Carlos está tendido de espaldas y ha apoyado el pie en su mochila. Desliza una mano a lo largo de Maite, toca y sonríe, ha atrapado un pecho. Carlos ya muy callado al lado de su esposa desnuda y oye su sueño. Cuando le acaricia el vientre, ella responde con un gorgoteo, Maite suspira y se vuelve un poco. Se las arregla para ponerse de lado a pesar del pie y la mochila y acercarse un poco más a ella, y contra el insomnio recuerda la noche en el tren, el pulso del dedo del pie palpitante, el traqueteo de las ruedas, en el ombligo una pista reluciente, Carlos la siguió, se puso de rodillas, Maite se apoyó en él, en los oídos de su deseo solo un zumbido lejano, y ahora también coloca su gran mano sobre su vientre.

Cuando la luz de la mañana penetra a través de las láminas, Carlos se levanta de la cama. Maite está de lado, acurrucada en posición fetal, el aire del sueño ocupa la habitación. Busca su música en la mochila, intenta no hacer ruido, pero la ley de la mochila: lo que se necesita siempre está en el fondo. Se inclina hacia la ventana, en algún momento se despertará con el gorjeo de los pájaros. O pasará el camión de la basura. Va dando saltitos hasta la cocina, prepara café, de pie el dolor es peor, cuando el pueblo comience a vivir, tiene que conseguir unas pastillas. Pone el pie en alto, con la rueda de desplazamiento busca en su lista de canciones, hasta que encuentra el sonido adecuado para esta mañana, cansado y magullado, pero también de alguna manera limpio, algo esférico, piano ligero y ritmos fáciles de seguir, Carlos selecciona la canción. La ira se ha transformado en un agotamiento relajado como tras una ruta larga y dura.

Cuando Carlos levanta la vista para servirse más café, ve cómo baja el picaporte de la puerta. El abuelo lleva bóxers y una camiseta vieja. Carlos se lo habría imaginado con un pijama a cuadros. No quiere ver a nadie, ni hablar con nadie, pero no puede desaparecer.

—Aún es temprano, abuelo.

Antonio no dice nada. ¿Qué puede responderle? El propio Carlos bromeó en el tren nocturno sobre las pérdidas de orina seniles en la cama; el abuelo tendría que responder, sí, es verdad, tienes razón, y volver a la cama como si se hubiera levantado por error. Antonio se sirve café. Carlos se da cuenta de la energía con la que realiza cada movimiento. Lo ensayado que se ha vuelto todo.

El abuelo se sienta. El silencio se alza entre ellos como una cordillera.

—Era incapaz de acordarme.

Carlos se quita los auriculares de las orejas y enrolla el cable entre los dedos.

—Lo siento.

El mundo al revés.

—No, abuelo, lo siento, abuelo.

¿Qué otra cosa podía hacer que ser un abuelo encantador con su único nieto? Pasar tiempo juntos, sin preocupaciones, al menos por el pequeño nieto. Hacer tonterías, contar chistes, campeonatos de pedos. La vergüenza arranca a Carlos de la silla, quiere disculparse por lo de ayer, por sus pensamientos, por los disparates que ha construido, de los que ha querido escapar. Cuando Antonio ve que Carlos se levanta, él hace lo mismo, y así quedan frente a frente en calzoncillos. Ya hace mucho tiempo que no se han abrazado, desde luego no desde que Carlos superó en estatura al abuelo, y Antonio da unas palmaditas demasiado fuertes en la mejilla, Carlos hace una broma e inclina la cabeza bajo el peso de la bofetada imaginaria, pierde el equilibrio al aguantarse con un solo pie, y se ríen de nuevo, los dos. Antonio se acerca al sofá, alcanza un cojín y lo coloca bajo el pie herido de Carlos.

—Te tendrías que cuidar un poco más.

Pone otra cafetera, se va a su dormitorio y regresa con un sobre. Acerca una silla y se sienta junto a Carlos. Se levanta de nuevo y trae el café.

Antonio pone las manos a los dos lados del sobre, el pulgar y el índice de la mano derecha tiemblan, finalmente aparta el sobre y lo coloca en el centro de la mesa. Allí estaba antes el silencio.

—Eso es todo lo que tengo.

De forma totalmente inesperada Antonio le pone esta imagen. El hombre era delgado, pero no tan enclenque como el abuelo. Lleva un traje, el sombrero colocado en diagonal sobre la frente. Elegante. Urbano. En los ojos se refleja algo para Carlos. Se imagina que siente cómo surge algo en su pecho, un nervio que recibe un impulso y lo transmite. Como tras décadas de interrupción algo del pasado crece hacia él. En lugar de preguntar, de dónde lo has sacado, cuánto hace que lo tienes, por qué no lo has enseñado nunca, Carlos señala a su bisabuelo:

—¿Cómo se llamaba en realidad?

IV

RESTITUCIÓN

Agosto de 2004

EXPLORACIÓN

Manuel Bosch i Mora.

—Te pareces a él.

El viento se lleva la voz de Maite. Ella extiende los brazos por detrás y abraza a Carlos. Es un experimento mental. Imaginar. Alguien se lo llevó. Solo eso. A partir de este momento todo solo. No es capaz de situar dónde yace, no saber dónde yace y si es adecuado. Es importante que el muerto yazca bien. Maite se lo imagina, hasta que se vuelve insoportable y un momento más, entonces abraza con más fuerza a Carlos y borra la idea con un pestañeo. Él tiene las manos metidas en los bolsillos y contempla su reflejo. El bisabuelo le devuelve la mirada desde el cuadro, una fotografía de estudio típica de la época. Dos caras estrechas, el cabello cae en el mismo lugar sobre la frente. La diferencia de edad entre los dos no es muy grande. El hombre ya era abuelo en aquella época.

Siete nombres. Siete fotografías. Siete vidas que fueron desviadas hasta aquí y el mismo día aplastadas. En el monumento dice: «A los camaradas que murieron por la libertad». ¿Por la libertad? ¿O solo tuvieron mala suerte? No eran soldados, ni milicianos, eran agricultores y padres de familia, probablemente estaban cansados de la guerra y querían la paz. Los otros habían ganado y sometían donde no podían convencer. La inscripción deja escapar a los verdugos. Esta muerte heroica sigue destilando miedo.

Maite oye cómo el viento sopla sobre las laderas escarpadas y a lo lejos los coches en la carretera. Un árbol grande y de crecimiento desigual se alza como un guardián a la entrada del campo. La parte que se orienta hacia el monumento está marchita. Al oeste y al norte la vista está enmarcada por una cordillera, bosques de pinos en las colinas, incluyendo robles en los campos como elefantes en la sabana. Carlos mira a su alrededor, como si hubiera podido heredar el conocimiento sobre este paisaje.

En el camino de tierra cubierto de hierbas se encuentra un minibús de color gris sucio. De la ventanilla sale música ligera del tipo más cursi, como la que salía de la radio en la cocina de Maribel, Maribel que le acaricia la mejilla con una mano húmeda de la cocina y le corta unas tiras de jamón. Pensar en Maribel lleva a Maite inmediatamente a

centrarse en los ocupantes del autobús, de delante a atrás tres pasajeros que cantan y se mueven en sus asientos, reman con los brazos, bambolean la cabeza como si estuvieran en un concurso de talentos. El autobús se mece, la bandeja de carga está llena hasta el techo. La música termina abruptamente cuando el conductor se da cuenta de que los están mirando. Solo uno sigue cantando en falsete. Con los ojos entrecerrados como en trance, da vueltas con la cabeza y los hombros.

Los arqueólogos. Maite había esperado una tropa más melancólica. El conductor se apea, su apretón de manos es firme, Lucas, chico para todo, el hombre al volante y al termostato. Maite reconoce al cantante en falsete en una voz que intentó suave y despreocupadamente disipar sus dudas, *no te preocupes*. La cara está bronceada, amable, con los ojos brillantes y dientes radiantes que podrían hacer publicidad de pasta de dientes, Carlos y Lorenzo. Los otros que bajan del bus son Laura, una segunda arqueóloga, y tres voluntarios, solo uno de ellos de España, y aún tiene que llegar un antropólogo de Francia. Una brigada arqueológica internacional. Inspeccionan el lugar, alguien les ha indicado el camino, tal vez el propio Manolo, que en su momento marcó este paraje con una piedra. Rodean el monolito de una manera informal, Maite ve cómo Lucas y Lorenzo gesticulan mientras hablan, sus movimientos apuntan hacia la piedra, el campo, el acceso, y de nuevo las carcajadas y la camaradería, no se toman ningún tiempo para el recuerdo, pero quizás ese no es su trabajo, al menos ahora.

* * *

Por muy despacio que intentes ir, este pasillo no es lo suficientemente largo. ¿Qué vamos a vivir? La sala comunitaria tiene demasiada luz y estás justo en el medio. ¿A quién te vas a volver a encontrar? Manolo ha reservado un lugar en la primera fila. Margot no tiene nada mejor que hacer que sentarte allí, como si fueras un anciano que se puede llevar de un lado a otro. Desaparece, te empuja y simplemente desaparece de la vista, Maite y Carlos se apoyan con otras personas en la pared, y a ti te sientan aquí en la primera fila, como si no hubiera testigos. Manolo no te suelta la muñeca, parlorea como un guía turístico, esa es la nieta de Guillermo, allí la sobrina-nieta de Juan, define a los asistentes por su relación con los muertos, ese es el hijo de Alberto, que ni siquiera había nacido, los muertos como padres de una tribu de huérfanos, allí están sentadas las sobrinas de Bernardino, la relación familiar como la tarjeta de entrada en este triste club.

El alcalde realiza la presentación. Lo que tienen que decir los alcaldes. Entonces la agradable voz de Lorenzo, sus frases se suceden con fluidez: en primer lugar, la exploración, la búsqueda de los cuerpos. Se procede de manera muy lenta y con cuidado. La tierra tiene memoria. Tiene las respuestas. La tierra, por ejemplo, encima de una fosa común, necesita cien años para compactarse de nuevo. Por las capas veremos con rapidez si aquí se removi6 algo.

Manolo balbucea en voz baja, no es necesario que analicen ninguna capa, se lo puede confirmar personalmente, con firma y sello, que aqu6 se removi6 algo.

Cuanto m6s habla Lorenzo, m6s opresivo se vuelve todo y oyes de nuevo el sonajero de tu miedo. Piensa en el establo oscuro, el calor de los animales. Una paz que no interfiere en la ca6da del esti6rcol, el mugido ni el traqueteo de las cadenas.

La b6squeda puede durar mucho tiempo. Ya hemos cavado grandes 6reas del tama6o de un campo de f6tbol sin encontrar restos.

La cocina de Karl, el gorgoteo de la m6quina de caf6, aunque su caf6 siempre estaba demasiado aguado.

Limpiar en el laboratorio y documentar todos los hallazgos. El examen de las heridas. Volvemos a recomponer los cr6neos e identificar a los muertos.

El olor reconfortante del pelo de los beb6s.

Pau en tus brazos. Carlos.

En realidad, te quer6an a ti.

No ayuda.

Esto tomar6 unos meses. Tomamos una muestra gen6tica del f6mur o de un diente, por si en el futuro se llegase en alg6n momento a un juicio penal. Nosotros nos ce6imos a las condiciones para el tratamiento legal, si un d6a es el momento adecuado. Por 6ltimo, la devoluci6n de los restos mortales a las familias.

Lucas se tira de la perilla. La excavaci6n es pol6ticamente neutral, blanca, independiente. Sin colores ni insignias, sin ninguna ideolog6a. Tambi6n desenterrar6an a los muertos del otro bando, si se lo pidiesen. La entrega de los restos era un tema completamente diferente: c6mo quer6an enterrar a sus muertos, c6mo lo organizarasen, quedaba totalmente en sus manos.

Lorenzo inform6 que el trabajo se suspende al caer la noche y todas las noches se informar6 sobre los progresos.

¿No habría que decirles nada de la antigua historia sobre la munición? «No pasará nada —susurra Manolo—, la volaste, la explosión se pudo escuchar en el pueblo. —Niega vigorosamente con la cabeza—. Al final van a prohibir la excavación, cállate.» Carlos te sonríe desde su lugar en la pared.

Una voz de mujer, enronquecida por muchos cigarrillos. «¿Y si una familia quiere dejar allí a sus muertos y no trasladarlos al cementerio?» Eso solo provoca complicaciones sentimentales. Está el monumento de piedra, que es suficiente, se pueden traer flores, así también se puede recordar a los muertos.

Lucas fija la mirada. Se reclina hacia atrás en la silla y cruza los brazos. La voz de Lorenzo: «Recientemente hemos encontrado un menor número de cuerpos de los esperados, solo tres en lugar de ocho, y estas familias guardaban el luto en un lugar incorrecto. También se trata de la verdad. Por lo tanto, la familia elige el lugar de enterramiento y no los asesinos». La mujer eleva cada vez más la voz: «Pero ¡yo no quiero saber nada! ¿No han sufrido lo suficiente? ¡Esto solo va a abrir viejas heridas!».

Tus heridas nunca se han cerrado del todo.

Miras a Carlos, que contempla sin comprender la conmoción repentina, Maite ha colocado su mano en la de él. Un hombre, entonces con toda seguridad un niño, está sentado, derrumbado sobre sí mismo, en una silla de ruedas y de este montón surge un gemido apagado. Una mujer le acaricia la espalda y también tiene lágrimas en los ojos: «¿Qué ocurre si abrimos y no hay nadie?».

Manolo sacude la cabeza y mira hacia delante tercamente. Su voz tiembla de emoción: «¡Están allí! ¡Los enterré personalmente, yo mismo marqué el lugar, allí y en ningún otro lugar!».

Pero qué pasa si Manolo se ha equivocado, tal vez en realidad se puede haber equivocado y ha marcado un lugar erróneo. Desde atrás, el grito de un hombre que solo estará de acuerdo si todos siguen juntos. Si se rompe el grupo, no quedará ni rastro del crimen, deben seguir juntos, una tumba colectiva en el cementerio, con una lápida, ¡todo el mundo debe saberlo y la comunidad debe pagar amablemente la tumba!

Pero tú quieres llevarte a tu padre a Valencia y enterrarlo al lado de tu madre. No encuentras tu voz y piensas solo para ti, los encontraremos, los vamos a encontrar, y luego ya veremos.

Lorenzo se entromete: «Lo que debéis tener en consideración es que ahora se les permite entrar en el terreno. Pero no sabéis qué pensarán los propietarios del futuro o si

el Estado no construye allí una carretera. En el cementerio estarán seguros».

Manolo se levanta frenético de la silla y se dirige a la gente, resulta increíble la cantidad de voz que sigue saliendo de este cuerpo: «¡Se trata de nuestra voluntad, que debe vencer a la de los asesinos! ¡Se trata de devolverlos a nuestra comunidad! ¡Ahí fuera se encuentra el lugar de nuestro trauma, y yo quiero un lugar para el recuerdo!».

Pero ¡solo porque seas el más bocazas no significa que hables por todos nosotros!

Lucas se yergue en la silla y cruza las manos sobre la mesa.

—Señores, si alguien está en contra de la excavación, hemos terminado. No cavamos contra la voluntad de los familiares, aunque solo sea una persona.

En el silencio repentino habla Lorenzo:

—Por experiencia os puedo decir que resulta muy hermoso devolverles la dignidad a los muertos. Poner las cosas en orden. Veréis que vale la pena.

Manolo dice, así, es así, y se sienta, como si le correspondiera cerrar el debate. Algunos murmullos momentáneos, pero nadie pide la palabra más larga. Lucas pregunta a toda la sala si alguien se opone a la excavación, no obtiene ni un sí ni un no, y finalmente se acaricia la barba, «¿Podemos empezar?». Manolo asiente enérgicamente con la cabeza.

Delante de la sala comunitaria, la gente se dispersa. Unos pocos se suben directamente al coche para acercarse al campo. Otros pasan antes por el bar. Carlos mantiene abierta la puerta del coche. Su mirada se pierde hacia la cresta de las montañas. Había que pasar por allí, atravesar el bosque para llegar al campo desde arriba. Quizá fuera posible, que Carlos tome contigo el sendero que atraviesa el bosque, recorrer una vez más ese camino a pie.

Bruscamente Carlos gira hacia un camino de tierra, que en aquella época también debió de tomar el camión. Junto al roble hay una abertura en la valla, hay que pasar por el terraplén, el árbol ha seguido creciendo por un lado, como si quisiera alejarse de este lugar. Te acuerdas del árbol.

—Manolo, ¿de dónde habéis sacado una foto de mi padre?

—Las mujeres bajaron hasta Valencia para buscar a los hombres en las cárceles. Tu madre se la dio a mi madre para su custodia.

Luego, ya estamos allí.

El motor ruge y traquetea. La excavadora ocupa su posición. Penetra por primera vez en el suelo y te arranca la piel.

* * *

Carlos siente cómo le tiembla la rótula. Carga el pie, de inmediato aumenta el dolor en el dedo. La excavadora abre un primer canal directamente desde la lápida. Dos metros de profundidad, la anchura de los hombros, la medida de la pala pequeña de la excavadora. Carlos está aquí arriba sin hacer nada. Todo el día. Ahora ya está mirando continuamente el reloj. Las nueve y media. Las diez. Quieren abrir zanjas, una detrás de otra, hasta que encuentren algo. Las once. Pausa del café, pero a Carlos no le apetece ahora un café. El material excavado se tritura y se seca en el aire. Uno del pueblo tiene un detector de metales, que mueve como una guadaña sobre lo excavado. Las doce en punto. El detector de metales cobra vida. Pequeñas partes de morteros y metralla, que examinan Lorenzo y Laura. Metralla, las bolas de plomo de los cartuchos, redondeados y llenos de tierra, que aparecen en forma de colmena. Con espátulas les retiran la tierra. Si el metal negro transparenta, parece un mapa de líquenes. Carlos se acerca una silla, sus manos toman el color del albaricoque seco. Lucas lleva una camiseta con la bandera de la República española y la estrella de tres puntas de las Brigadas Internacionales. Políticamente neutral, porque Carlos no puede resistirse: camisa blanca elegante. Una de la tarde. Dos. Nada. Analgésicos. Descanso para almorzar. Las cuatro. Seguimos. La excavadora gime en las articulaciones. La máquina tiene algo mágico. Se contempla con temor palada tras palada de tierra de color cobre, que se levanta hacia arriba. Lorenzo detiene al operador de la excavadora. Partes de cráneo.

Carlos cojea tras Laura hacia el bus. Ella limpia e identifica las piezas como partes de un rompecabezas familiar. Tienen un color gris oscuro, con un ligero tinte verde. El estado de conservación es bueno, dice Laura. Aparte de eso, probablemente lo que quiere decir es que solo se trata de un fragmento. El fragmento de una cabeza. Se puede ver un agujero en forma de flor en una de las líneas de rotura. Carlos sopesa el trozo de cráneo en la mano. «Quizá la pala de la excavadora ha destrozado el cráneo», dice Laura, envuelve los trozos en papel de periódico. «Tal vez no.» Carlos toma el camino de tierra, lejos de esta violencia, tiene que lidiar todos los días con las lesiones, pero esta indiferencia es difícil de soportar. Cojea en el camino de grava hasta que disminuye la sensación de mareo.

* * *

Mientras Antonio está durmiendo, Margot se ha sentado en la terraza a la sombra. Se ha asegurado de que él ha bebido lo suficiente, e insistió en una siesta, no estaba contento como un niño, comenzó la palabra «condescendiente», pero balbuceaba de indignación, y luego le preguntó, de hecho, por qué él y no Carlos también. Así que se fue con él a la casa que ha alquilado Maite mientras que Carlos había pensado seriamente durante algún tiempo que vivirían en la antigua casa de Antonio.

Intenta leer. Pero su tensión es más fuerte que el chirrido de las cigarras. Las fosas comunes no se ajustan a su imagen de España, de Ballermann³⁵ y las tapas y los museos de Madrid, había escuchado un poco a Serrat y contemplado las fotos veraniegas de sus amigas, porque Paul prefiere ir al mar del Norte. Una vez lo obligó, pero no pasaron de Barcelona. Nunca aprendió español, «¿Adónde vas con el español?», dijo Paul. Estaba obstinadamente decidido a pertenecer a Alemania. Habría llamado al niño Max o Peter. Durante un tiempo aprendió vocabulario, pegaba notas en la cama (*cama*) y en el espejo del cuarto de baño (ya no se acuerda), en la nevera (*nevera*, que se podría traducir como armario de nieve)³⁶ e incluso en la fruta (*plátano, manzana, naranja*), con el tiempo dejó de hacerlo.

Las fosas comunes sonaban a los Balcanes o a África, pero Franco hizo que fusilaran sistemáticamente a la gente, maestros como ella, espíritus rebeldes como Maite. Unos rezaban el rosario, los otros leían periódicos, le podía ocurrir a cualquiera. Tenían que ser miles, si se tomaba como referencia el pueblo de Antonio, así se llegaba a cuántos, ¿cincuenta mil? ¿Cien mil? Estaba horrorizada con lo que el tío Toni había cargado durante tantos años, sorprendida por Paul, que nunca había querido saber, ella tampoco había preguntado, precisamente ella con sus estudios de historia y su ímpetu esclarecedor. Sabe más de Bismarck que de su propia familia, incluida la vida y la muerte de su tío Martin, cuya memoria más bien se callaba en la familia en lugar de tenerlo en alta estima. Como si hubiera llegado a la muerte a causa de alguna culpa, como si fuera vergonzoso un muerto sin tumba. Su familia tenía algo apaciguador sobre otros muchos del pueblo. En sus días de estudiante había participado en las grandes movilizaciones, pero en lo más cercano, cuando repasaba las cuentas con su padre tempranamente enviudado, preguntaba demasiado poco. Su padre podía dormir tranquilo, sin querer hablar de ello, Margot se avergonzaba de su ignorancia, tiene muertos delante de la puerta de su casa, *desaparecidos*, por pura impotencia donaba a Amnistía Internacional.

* * *

Cinco y media. Cuando se calla el motor, el silencio es doloroso. A continuación, regresan los sonidos. La presencia de la gente, el viento sobre los campos y los delicados sonidos del trabajo a mano. Los golpes y el tintineo metálico de las herramientas, tierra con sonido hueco en el cubo y que se precipita en las lonas para el secado. El metal raspa las rocas, un sonido brillante y corto, sin tintineo. Carraspeo. Palabras susurradas, incomprensibles. El viento sopla en contra de las cintas de acordonamiento y construye un edificio de sonido alrededor de otro mucho más grande de lo que cabría pensar.

Carlos observa a Lorenzo y adquiere un sentido del trabajo y también que debe unirse a él. No se lo puede imaginar: tres días, una semana aquí, de pie en el borde y mirar. Si tenía que llegar casi a los cuarenta para enterarse de la historia de su bisabuelo, entonces ahora también quiere ayudar. Quiere trabajar, quiere sentir en la mano la madera del mango de la pala, la tierra debajo de las uñas.

Lorenzo recurre desde el pico a la herramienta cada vez más fina y de nuevo al pico, cuando el suelo no contiene lo que están buscando. Cava cada vez más hondo en su zanja con la anchura de los hombros, dirige al operador de la excavadora, de modo que saque los escombros, sigue trabajando con pico, azada, paleta, cuchillo. La madera podrida informa a Lucas de grandes montones de escombros.

Las siete y veinte. Lorenzo y Lucas interrumpen su trabajo, intercambian unas palabras. Lorenzo pide atención. Tal como lo había sabido instintivamente, allí debía haber algo. La punta de un zapato surge de la tierra.

* * *

Cuando Margot regresa con Antonio al campo se sorprende. En pocas horas la excavadora ha abierto un pozo enorme de unos cinco metros de largo y ha depositado a su lado grandes montones de tierra. Se ha abierto el capítulo siguiente, que tiene un ritmo diferente.

Lorenzo le da la bienvenida con una gran cordialidad, Maite traduce. Margot no puede contar con Antonio, que ha escapado de su deber y ha vuelto a su antiguo idioma y a la vieja amistad con este Manolo.

La visión de la suela del zapato hace que Margot se vuelva pensativa. Un pastor escuchó y otros lo narraron, y Carlos se lo tradujo a ella, ninguno de los asesinos quería

fusilar al muchacho de diecisiete años. Lo que le debió pasar por la cabeza, al más joven, que después de seis asesinatos era el último que estaba aún de pie en el borde y esperaba que la suerte decidiera su destino.

Margot enciende un cigarrillo. Las horas de las comidas españolas le parecen agotadoras y tiene que aguantar aún un buen rato. Ha venido mucha gente para la información de última hora de la tarde. Están de pie en el borde de la fosa y miran hacia abajo, entornan los ojos, como si fuera posible ver algo más que la punta de un zapato en un agujero enorme en el suelo. Antonio se encuentra justo en el borde, Margot tiene que dominarse para no ponerse detrás de él y sostenerlo por el cuello.

Paul llama por la noche, como los dos días anteriores. Le sorprende su apego. Oh, otra vez no. Estará sentado en la sala de estar, con un cigarrillo y una taza de café, leerá los periódicos o revistas de pescadores y se sentirá aislado. No pregunta mucho, pero Margot se lo explica con todo detalle, como siempre. Por la noche en la cama escucha los ruidos en la casa. Oye al tío Toni ir al baño. Oye a Carlos tomando analgésicos en la cocina, el tonto, el tonto por partida doble, no solo por esa escalada estúpida, sino porque tampoco se cuida y está todo el día estorbando. Lo vivirá todo como envuelto en niebla, pero estará presente de principio a fin. Paul también debería estar aquí, debería compartirlo con su padre, y Margot conocía a otra que debería hablar con urgencia con su padre.

¿Qué sabe Paul de cierta noche? ¿Era diferente el latido del corazón de la persona que lo acunó? ¿Su abuela lloró en su cabello? Semejante vacío en la familia se ha debido transmitir sin palabras y sin conocimiento, una especie de defecto genético latente. Margot alberga la sensación de que a su regreso debe conocer de nuevo a Paul. El bebé debió sospechar algo y eso le ha permitido convertirse en el Paul del que se enamoró. El legado de un muerto desconocido. Paul siempre sufre un poco sin saber muy bien en qué y por qué. Sus conversaciones eran tediosas, el trabajo laborioso de recordar, no tenía ningún recuerdo de España y la huida, solo las historias de Julia, al parecer solo informes muy concisos, se habían tenido que ir, sí, pero ¿por qué? Simplemente fue así. Había que mirar de seguir adelante. Paul se negó a llamar a Julia y refrescar la memoria, porque no había nada y por lo tanto nada que refrescar, Paul, oh, Paul. Sobre la infancia en el campo de refugiados habla con un poco más de facilidad, la escuela española, los juegos en el río, hablar y cantar, visitas ocasionales a una señora en la ciudad para la que cosía Julia y donde vez en cuando los invitaban a comer. Paul fue aparentemente muy feliz

durante la época con su madre en Francia. El silencio comienza cuando llega a Alemania, y se ha intensificado entre Paul y Antonio después de la desaparición de Julia, como si se hubiera llevado la lengua materna.

* * *

Maite observa cómo desprenden el mortero, que fija la placa de mármol con la lápida. El martillo golpea una y otra vez estridente en el cincel. Carlos sabe intuitivamente dónde se necesita ayuda, como si tuviera antenas que a ella le faltan por completo. El trabajo en equipo como los servicios de rescate de montaña y de emergencia, en la escalada, de manera que Carlos se funde por costumbre o por práctica con el grupo. Se apoya en la placa, con cuidado y con prudencia. Parece como si la paloma de la paz grabada se posase en su pulgar. Ciertamente no es el peor lugar, palomita. Maite piensa con pesar que Carlos habría sido un buen padre, y se maldice a sí misma por la conjunción.

El día es fresco y brillante, aún no tiene nada del calor del verano que muy pronto se instalará como un peso sobre el terreno. Hasta la lápida el terreno tiene el mismo aspecto del día anterior, solo la hierba está pisoteada. Al fondo se levanta la excavadora al lado de las zanjas, que ha abierto rascando el suelo con su gran pala. Lorenzo, Lucas y dos voluntarios colocan la placa sobre una hoja de plástico debajo de la encina. Carlos se pone delante de la excavadora y gesticula hacia la cabina. El gordo operario de la excavadora asiente, entonces se aleja del monumento y abre un par de agujeros. Carlos señala los arbustos, en cuyo centro se alzaba el monumento y que se encontraban en medio de la exhumación. Trasplantar árboles jóvenes. Se ha apretado demasiado una cinta alrededor de la cabeza, los lóbulos de las orejas están rojos. Le pone a Maite un brazo sobre los hombros y se apoya en ella.

—¿No querías poner el pie en alto?

—Tonterías.

—En cualquier caso, ahora no puedes hacer nada aquí.

Ella no le suelta la mano, él salta forzosamente a su lado, se sienta debajo del árbol y acuna su pie sobre los muslos. Él coloca las manos detrás de la cabeza y cierra los ojos. A veces casi se siente aliviado cuando se ve obligado a hacer una pausa. Ella le acaricia la espinilla, y Carlos no sería Carlos si no se durmiese de inmediato, a pesar del tronar de los motores.

La retroexcavadora se pone manos a la obra con los fundamentos de la valla. Se levanta una pequeña nube de cemento y se disuelve de inmediato. Sin las palabras, el monumento no es más que una torre de piedras y cemento. La excavadora simplemente lo tumba. Algunos familiares se limpian las lágrimas de los ojos, otros son más pragmáticos, quién llora por unas piedras. Los escombros se amontonan, quizá más tarde puedan hacer algo con ellos. Tal vez puedan encontrar palabras para una nueva inscripción. Además de la placa hay un jarrón con flores de plástico, Maite se inclina y lo endereza.

NO OLVIDAR SU ROSTRO

Francisco odia, sigue odiando, que no se le permita trabajar. No se acostumbra al vacío de las jornadas, no cambia nada, de manera que de vez en cuando puede ponerse el uniforme de gala. Tiene que decírselo a Isabel, para que no se haga una mala impresión, tendrá que ayudarlo a ponerse el uniforme, cuando llegue el momento.

Todo en orden.

Hay imágenes de desfiles y honores de su carruaje, publicados en los anuarios, de sus ascensos, impresos en los anuarios, fotos enmarcadas, fotografías de prensa, Francisco con personalidades de la política y los negocios. Fotografiaba un poco en privado cuando lo destinaban a un sitio nuevo, cuando lo cotidiano no era todavía lo cotidiano. Tiene imágenes de las islas Canarias y de su época en Bonn. Pero no tiene más que una sola fotografía de la primera época, poco después de su regreso de Rusia. No las ha hecho él, no tenía dinero para una cámara. Cierta colega lo convenció para que la hiciera, para que saliera en ella, mientras que Francisco siempre está un paso algo apartado. Esas fanfarronadas nunca fueron lo suyo. Las consideraba muy poco marciales y poco honorables, simplemente hacía su trabajo, eficiente como siempre, hizo su trabajo y salía con la gente, a veces en un coche de la Guardia Civil, mejor en un camión confiscado o con un vehículo particular, algunos lo sabían, algunos estaban desprevenidos, algunos serenos, otros se derrumbaban y resultaban ser los perdedores que eran en realidad. Hizo su trabajo y mantuvo la satisfacción para sí mismo, con cada disparo un rojo menos, cada muerte es un paso en el camino de la Divina Providencia. Se mantuvo en silencio en los bordes de las celebraciones y nunca fue de los que les gusta pegar, había otros en su cuerpo que encontraban placer en apalea a las personas hasta casi matarlas, hombres o mujeres, a veces jóvenes, casi niños, pero él no era mucho mayor cuando había luchado en Rusia. Esos niños habían sido lo suficientemente mayores y estúpidos. No existía ninguna edad mínima para el comunismo y el anticomunismo, y algunas estupideces no desaparecen con la edad.

Tiene que ayudarse de nuevo con la tarjeta del videoclub, presta mucha atención a que las páginas del álbum se alineen a lo largo del borde de la mesa. Confiaba en el orden y

las estructuras. La importancia de sus funciones había dado un sentido y un ritmo a su vida. En lo que le pareció de un día para otro, pero sin duda se debieron desarrollar algunos acontecimientos previos, tuvo que quedarse en casa. Desechado. Un nuevo Gobierno, los rojos de entonces, los rojos, contra los que había luchado toda su vida, estaban de vuelta en el poder. Lo eliminaron. Ascendieron a otra gente, gente no comprometida, como los llamaban, y a él lo jubilaron, después de todo lo que había hecho por su país, a pesar de que estaba preparado para el último levantamiento decisivo.

A veces había intentado echar cuentas: si hubiera eliminado a más gente o más importante, si hubiera sido menos reticente, ¿habría ascendido con mayor rapidez y se habría jubilado como general? Hizo su trabajo, pero no estaba hecho para el juego político que se necesita para llegar a lo más alto. Se esforzó, pero había más de una oportunidad de que otro avanzase más rápido que él. La historia habría podido ser diferente, pero de repente ese día: una nueva época. Por el nuevo comienzo político, ¿qué nuevo comienzo? Restitución de las víctimas, ¿qué víctimas? Para la reparación, ¿reparar para qué? Hubo una amnistía general para los que previamente habían sido llamados a la ley y el orden. Así que fue acusado. Lo que se ganó con anterioridad ahora era considerado un delito. Como no se hablaba de la historia de estas supuestas víctimas, solo pudo permanecer en silencio. Siempre ha aplicado la ley. Pero simplemente han cambiado la ley, y el servicio de su vida se convirtió en una moneda sin valor. Era indigno que lo despidieran de esa manera, en eso no cambiaba la farsa de la ceremonia de despedida y del reloj de oro. También eso tuvo que soportarlo con estoicismo. Nunca llevaba el reloj, lo guarda en la caja fuerte.

Durante un tiempo fue a cazar mariposas, pero ya no sentía la emoción y él mismo tenía que admitir que ya no tiene la misma habilidad de antes. La pintura fue mejor, pero no podía decorar figuras del belén durante todo el año. ¿Mediada la sesentena tenía que buscarse una nueva pasión o un perro con el que pasear por la ciudad como alguien que ya no sirve para nada más? ¿Debería ayudar a su hermano con el trabajo en el campo? Los niños eran mayores, los dos hijos hacía tiempo que abandonaron el hogar, las chicas tampoco lo necesitan. Se instaló una sensación de vergüenza. Además del rechazo inexplicable de su propia hija. Había acariciado la esperanza de experimentar con los más pequeños la felicidad como padre que con los mayores pudo disfrutar durante muy poco tiempo. Le quería explicar el mundo, transmitirle lo que había aprendido en su vida, pero ella se había explicado el mundo a sí misma. Y entonces se quedó allí.

Si hubiera regresado a España, habría puesto en riesgo su reputación. Ya había sido bastante malo que la hubieran recogido en la calle y la tuviera que ir a buscar a la policía. Los colegas bromeaban si se apeaba de su autoridad en la barrera. Los subordinados no se atrevieron a hacerlo abiertamente, pero se podía imaginar cómo se reían a sus espaldas. María Teresa era una agitadora de extrema izquierda que antes habrían eliminado del camino, combatía en Múnich por la indemnización de los trabajadores forzados, le enviaron recortes del periódico local sobre un proyecto de estudiantes que había iniciado ella y, finalmente, una colección de artículos sensacionalistas sobre los crímenes de la Wehrmacht, con razón la gente en Múnich se manifestaba contra semejante desinformación difamatoria que no era más que la actualización de la propaganda soviético-comunista. A lo largo de los años le enviaron en varias ocasiones artículos, a veces provistos de comentarios de odio, pero nunca les explicó lo que pretendía hacer con ellos. Los leyó todos y se llenó de una rabia sin límites, pero no los pudo tirar a la basura. Los guardaba en una carpeta. Nunca respondió.

Ante Francisco está el pequeño *caganer*, la figura del belén, no entiende por qué este cagón lo tiene que observar mientras trabaja. La rabia le sentaba mal a María Teresa, la agitación la hacía odiosa, era poco femenina e indigna. ¿La reconocería si se cruzaba con ella en la calle? Siempre reconocería a su pequeña María Teresa, con sus rizos divertidos y la dulce arruga de enfado en la frente, la llamó con ternura *mariposa*, mariposa pequeña, no importaba el tiempo que hacía que no se veían, la reconocería, siempre.

Pero ¿ella sabe el aspecto que tiene él? ¿Se ha olvidado de su rostro? ¿Y cómo lo conservará en la memoria, cuando pronto ya no esté? ¿Conserva para él un recuerdo cariñoso y honorable? Es un alivio que nadie pueda verlo. Pero tal vez estaría mejor si Isabel estuviera en casa. Busca un pañuelo en el dormitorio, el pomo pequeño en el cajón se le escapa de los dedos. Durante años ha despreciado a la muerte, y ahora se sienta aquí y tiene un miedo miserable. Se sienta en la cama y espera hasta que pasa. Se mete el pañuelo en un bolsillo y el *caganer* en el otro, y en el camino de vuelta se lleva la carpeta con los artículos. Que no olvide su rostro.

Le envió un artículo sobre la exhumación de sus compañeros en Rusia a través del Volksbund Deutsche Kriegsgräberfürsorge,³⁷ y escribió en el margen si ahora estaba contento y por qué nadie se ocupa de los otros, «feliz» y «otros» estaban subrayados, ella simplemente no lo quería entender y qué sabía María Teresa de la felicidad.

No se molestó en decirle que con la Hermandad de la División Azul había impulsado esta exhumación y había utilizado sus influencias. Después de medio siglo, se podría conseguir que en los nuevos enterramientos los compañeros recibieran una tumba digna. Durante la guerra todo se tuvo que hacer tan rápido, el suelo estaba helado, no había ataúdes. Algunos nunca fueron encontrados. No había olvidado la cara de Alfonso, Alfonso bailando bajo el pañuelo de una mujer y riendo con la cabeza descubierta echada hacia atrás, la luz del sol se reflejaba en las largas pestañas, en ojos con los iris de diferente color.

También tenía una foto, un servicio conmemorativo en el cementerio militar en Novgorod, pero tan lejos no ha llegado en su álbum. Eran unos pocos, pero el espíritu de camaradería no ha disminuido. Las viejas banderas, las canciones. María Teresa, aparentemente, no lo sabía, pero se lo hizo saber. Ella lo había descubierto por sí misma, estaba realmente impresionado por las fuentes que había usado para avanzar, lo reconoció en una fotografía que recibió por correo, escrito en el margen había solo una palabra: avergüénzate.

GUARDIA CIVIL

Maite no puede traducir para Margot, ella se da cuenta de forma gradual.

—Pare inmediatamente —ordena Lucas.

Se ha presentado una denuncia contra persona desconocida: un muerto, un crimen, una escena del crimen. ¿Quién sabe si no se trata de un cadáver más reciente que se quiere endilgar a un asesino de la historia española? En la mayoría de los casos nadie dice nada, afirma Laura, las autoridades hacen ver que no hay ninguna tumba, solo gente rara en un campo.

Esta vez es diferente. Vendrá una jueza, porque para ellos existe un crimen y una escena del crimen, que deberá proteger la Guardia Civil, por supuesto. Dejadlo inmediatamente.

Sin embargo, Laura sigue preparando las puntas de los pies expuestos, recogen alfombras y herramientas del pozo. A continuación, dejan de trabajar.

—La jueza cobra dietas —explica Manolo—, lo que lo convierte en una excursión y antes irán a almorzar.

Algunos de los habitantes del pueblo se van, hoy ya no va a pasar nada más, incluso Antonio deja que Margot lo lleve a casa. Los otros están sentados debajo de una encina y esperan. El chocolate hace la ronda, el té helado hace la ronda, la risa hace la ronda. Esa mezcla familiar de historias de horror y chistes. Tristeza, obstinación y éxitos musicales. Para pasar el tiempo, de forma sucinta, Manolo vuelve a contar historias de la Guardia Civil. La historia de José Luis, que yace aquí, y de su hermano, que se hizo al monte y no llegó a mucho más viejo, la muerte no lo atrapó en este campo, sino en el cuartel de la Guardia Civil de Valencia.

—Apunta —se interrumpe Manolo y señala el cuaderno de notas de Maite—. Apuntas continuamente cosas en tu libro inteligente. Por lo tanto, apunta: en esa época la Guardia fusiló a estas personas y después puso guardias para que los familiares no pudieran recuperar los cuerpos. Y hoy, sesenta y cinco años después, la Guardia monta guardia para que los familiares —Manolo se golpea el pecho— no puedan recuperar los cadáveres. Ahí puedes ver cómo se ha desarrollado nuestro país.

—Yo no puedo decir nada malo de la Guardia Civil —interviene Lucas—. Mis experiencias siempre fueron buenas. Tienen una mala reputación, pero en el trato con nosotros siempre han sido constructivos y correctos.

—¡Un cuerpo militar —se excita Manolo—, un instrumento de represión, los abusos de poder y la obediencia a la autoridad como principios funcionales, que es el único organismo en el que los militares tienen demasiado poder sobre la población, un anacronismo que es único en Europa! Y tengo algo en contra de los veinteañeros que juegan con armas.

Lucas bebe té helado y se encoge de hombros.

—Como dije, soy un rojo, siempre lo he sido, sin duda soy parcial, pero no puedo decir nada malo de ellos.

—Somos una democracia sin memoria, y lo que mejor lo demuestra es que la vieja jauría asesina sigue en el poder. Siguen teniendo el dedo en el gatillo.

Carlos mira a Maite como si hubiera escuchado un disparo.

Lucas se pone enérgico:

—Esto no es verdad, Manolo, todos no son asesinos. Al principio Franco quiso abolir la Guardia Civil porque buena parte de ella se mantuvo al lado de la República. Más tarde, lo admito, fue la extensión de su brazo, pero desde entonces ha cambiado mucho. En cuanto al presente, la memoria viene muy bien otra vez. La derecha no ha sufrido nunca una pérdida de autoridad tan importante. Con el nuevo Gobierno, la ley trata de lidiar con el pasado, ya lo verás. Siempre que es posible, el Estado financia exhumaciones como esta. Tal vez empezamos treinta años después de la muerte de Franco con el fin de desenroscar los símbolos fascistas, desde luego no lo estamos haciendo demasiado pronto. Muchos quizá. Pero tengo esperanza.

La Guardia Civil llega con cuatro personas, el jefe parece serio y se comporta a modo de ejemplo. No ha tenido nunca un caso así, lo que no es de extrañar, y lo lleva personalmente y siguiendo las reglas de su oficio. Los jefes de la policía local y los servicios técnicos del municipio se encuentran en el remolque. Maite contempla el movimiento desde su asiento bajo la encina. Trata de calcular si es teóricamente posible que un guardia civil, que participó de joven en un fusilamiento, décadas después pudiera proteger su excavación. Los guardias toman las identidades. No se puede descartar que aquí arriba alguien conozca a su anciano padre en Valencia. Maite se inquieta, quiere permanecer en el anonimato en una sociedad que se basa en la amistad, el parentesco, el

nepotismo. Una vez se había beneficiado de ello, y solo mucho después tuvo conocimiento del juego. OTAN NO PAZ AHORA sonaba bien, manifestándose en contra de los militares, en contra de su padre no podía estar mal. En otra ocasión había lanzado piedras, habían corrido demasiado despacio y en la dirección equivocada y se dieron de bruces con unos guardias. Incluso antes de tomar los datos personales, formularon la pregunta de si alguien estaba relacionado con la policía. La policía exactamente no, pero Maite dijo que sí. Nombre y rango, el policía levantó la ceja, ¿número de teléfono? Entonces se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer y quiso retirarlo todo, pero ya era demasiado tarde. ¡Número de teléfono, perra! Qué tienes que ver con estos tipos, con estos fachas, le preguntó su amigo a su lado, su primer amigo, Maite ha olvidado su nombre, la llamó puta, de eso se acuerda con precisión. Reconoció a su padre de inmediato, recorrió lentamente el pasillo hacia ella, tomó forma bajo la luz enferma de los viejos tubos fluorescentes. Los policías se pusieron firmes, aunque iba vestido de civil. Ella se soltó el pelo largo, fin de la actuación, miraba a su Docs, llevaba Docs aunque hiciera mucho calor. Oyó caer un lápiz, voces, el chirrido de las bisagras, pasos sobre el suelo de piedra desnuda, dos botas delante de sus dedos de los pies. Una le golpeó el zapato. Este trato era francamente cariñoso en comparación con la brutalidad con la que los habían traído. La bota volvió a golpear, más fuerte. Finalmente, el policía la agarró del brazo y tiró de ella hacia arriba. Podría ser tu abuelo, en eso tenía razón su amigo, Maite no intentó defenderse del policía y se fue trompicando mientras se acercaba a su padre. Ella pudo irse, los otros no. José, así se llamaba su amigo. O Juan. El policía murmuró algo acerca de un malentendido, como si algo así pudiera ocurrir. Ella gritó que no era un malentendido, ¡cabrón! Miró a su padre, su colega empezó a sonreír y luego a toser. En un escritorio había una triste planta, Maite metió las dos manos en la tierra, levantó las manos sucias de la calle y de la tierra, y corrió directamente contra su padre. Él intentó limpiar en vano con un pañuelo las huellas de las palmas de sus manos y con la suciedad sobre el corazón, él la arrastró a casa y la metió en su habitación. Ella intentó descender en rapel por el patio, pero solo consiguió romperse el tobillo y llevar una laceración en la sien. Después de eso descubrió formas más sutiles de aislamiento. Se podía ir y venir, pero cuando por la noche estaban todos en la vivienda, se sentía como una extraña. Su padre mantuvo disciplinadamente su silencio de lo que tendría un reloj interno, que midiese la hora exacta de su ostracismo,

unas horas, unos días, una semana. Lo imaginaba como una especie de reloj de arena, su torso se volvió cada segundo en las piernas alrededor de su propio eje.

—Lo está diciendo bastante de boquilla —le dice Carlos y la oculta, como si pudiera desaparecer detrás de su ancha espalda—. Dime —se acerca a su oído, a pesar de que de todos modos nadie entiende el alemán—, aquí pulula la Guardia Civil que enviará a su propio forense, esperamos a la policía criminal, la policía local ya está aquí, y también va a venir una jueza, solo que ahora está almorzando con su séquito, ¿aquí no existe ninguna asociación de contribuyentes?

Lucas y Lorenzo están satisfechos con la participación de la Guardia Civil, así que Maite les entrega sus datos personales con valentía: presente en la escena del crimen. El guardia es demasiado joven para que el nombre le sugiera nada. A Maite le gustaría atraer aquí a su padre, que se arrodillase ante estas excavaciones, y comiera mierda y se arrepintiese. Que ella se ensucie aquí las manos no es suficiente.

El jefe da instrucciones a sus subordinados y con su nuevo todoterreno demasiado limpio pasa junto a los coches pequeños de los habitantes del pueblo. Los que se quedan son dos simples guardias que vigilan el acceso al sitio, no se permite la entrada hasta que llegue la jueza. Están con sus camisas sintéticas bajo un sol abrasador, como si existiera realmente el riesgo de que uno de los grupos tomara las puertas al asalto. Manolo se apoya contra árbol y les protesta desde la sombra con su té helado.

Maite se sienta al lado de Carlos, solo tenía que sacar el dedo meñique para tocarlo. Tampoco toca el lápiz. Antonio tuvo su momento de ansiedad en el coche, el suyo es ahora.

La jueza, que lleva unas botas de goma nuevas con topes rojos, cuando levanta los pies puede verse debajo de la suela la etiqueta con el precio. Lorenzo es solícito, pero sin ser empalagoso, habla sobre la punta del pie que hay frente a ellos, las partes del cráneo en el coche. Su mano se desplaza a lo largo de las capas geológicas, hay una capa vieja de suelo que llenó una profundización de la depresión, y una capa nueva, de color rojizo, que la llenó hasta su nivel actual. Los huesos deben estar a unos dos, tres metros por debajo de la superficie, Lorenzo explica su teoría de que aquí había un agujero de bomba de la guerra civil, que los cadáveres fueron simplemente tirados de cualquier manera, siete cuerpos en una superficie de menos de dos metros de diámetro. La jueza escucha con mucha atención y le gustaría recibir al final toda la documentación completa para

resolver el caso con todos los detalles. A continuación informa que aquí se ha cometido un crimen.

VALS NUPCIAL

En aquella época, a menudo un vecino de los pueblos tenía que enterrar a los muertos, y ahora la chusma les muestra el camino a estos aspirantes a arqueólogos. Como si durante todos estos años se hubieran percatado de que no sería capaz de encontrar los lugares. Francisco lee tumbado el último artículo que le ha enviado Maite y más tarde llegó Isabel, el texto en sus manos, le pareció que se secaba los ojos, pero quién lo haría después de tantos años. Su Isabelita. Con ella no lo resolvió de un solo disparo, simplemente se la había arrebatado a los rojos casándose con ella, joven y sin corromper, antes de que la pudieran manchar, Isabel, la más bella de todas.

Lo habían destinado a Teruel y a la primera oportunidad había buscado a familiares de su amigo Alfonso. Se informó con los sacerdotes. Había una prima, pero el resto de la familia, bueno, pero División Azul, sorprendente, esas personas no habían estado bajo la bendición de Dios y del caudillo. Francisco siguió las indicaciones, la prima de su amigo iba a cocinar una sopa de ajo, le pidió que saliera, ella siguió su uniforme y a la luz del sol vio que tenía la misma cara que Alfonso. Le pidió que lo acompañase en un pequeño paseo, a ella no le quedó más remedio, además no tenía nada que temer, no de él. Se quedó una noche en la posada, a la mañana siguiente le pidió que lo acompañara a misa, después la invitó a cenar. Ella hizo esto con una docilidad que hacía juego con su cara bonita, él le habló de su amistad con Alfonso, y cuando ella bajó la cabeza, sonriendo, sin llegar del todo al cuello, le pidió que le permitiera regresar. Se casaron el 30 de diciembre de 1954, él se la quedó hasta cierto punto como un regalo por su 31 cumpleaños, ella tenía dieciséis años, no había nadie que hubiera podido pedir su mano.

Naturalmente Francisco hubiera podido celebrar una gran boda en Valencia, en la finca, lo que habría gustado a Luis y Elsa, como si todo estuviera bien. En lugar de eso, se casó en la capilla del cuartel, en un día entre semana. Alrededor de la pareja estaban de pie algunos compañeros, de cuyos nombres Francisco no se acuerda en parte, uno de ellos tenía una cámara y tomó la única foto que existe de este día, y Maribel, la amiga de Isabel. Están saliendo de la oscuridad de la iglesia, él está muy recto bajo la pálida luz invernal, mientras que Isabel tiene todavía un pie en el aire, él con su uniforme e Isabel

con un vestido negro y con un velo prestado, al menos han tenido suficiente para dos finos anillos de oro. El anillo se lo tuvieron que cortar para quitárselo. No fue suficiente con poner todo el jabón que quisieron.

Nunca están cuando se les necesita. El día de hoy es aún más cálido que ayer, hoy le apetecería una horchata. Apoyado en la puerta de la nevera se deja rodear por el frío. No quería volver a congelarse después de la época en Rusia, pero se vio obligado a hacerlo en los Pirineos, en Teruel y en Bonn. Poco después de la boda llegó el traslado a Valencia, y él obedeció agradecido. Los mandos pensaron que le daban una alegría y lo hicieron. Los mandos, probablemente, pensaron en su familia. Francisco pensaba en el calor. En Valencia, al principio, vivieron en el cuartel, después se mudaron a un piso. Él aceptó traerse a Maribel como empleada doméstica. Esperaba que Isabel no estuviera tan sola y que la presencia de Maribel fuera diluyendo su melancolía. Quería lo mejor para ella, solo lo mejor para su familia, y con los niños era muy bienvenido el apoyo de una mujer con experiencia en llevar una casa, a su madre o incluso a Elsa no se lo podía pedir. Así Maribel pasó del pueblo en las montañas a la ciudad costera y así se ha mantenido durante todos estos años, ayudó con el pequeño Francisco y con Alfonso, con Irene y finalmente con María Teresa, sobre todo con las más jóvenes tenía Maribel buena mano, lo que alternativamente la aliviaba o la enfurecía, porque era inaceptable que su hija tuviera más confianza con una extraña que con su madre y su padre.

Isabel tenía un álbum para los niños y otro para las niñas, en los que almacenaba los recuerdos del primer día en la escuela y los cumpleaños, las fiestas de Navidad y las celebraciones familiares. Más tarde recibió de Francisco, Alfonso e Irene álbumes con fotos de la boda. En su caja de cigarros solo hay algunas instantáneas con sus hijos, por ejemplo, una foto del día de los veteranos, al que había llevado una vez al mayor, le enfundaron una camisa azul, le pusieron una boina roja y le permitieron ir en el *jeep*, fue una gran alegría ver que su hijo se sentía jovial y cómodo en este ambiente. El camino estaba trazado, su hijo conseguiría retirarse como general. Alfonso empezó a alejarse muy pronto, pasaba los veranos con los *scouts*, incluso en Francia y Portugal. Para estudiar se fue a Madrid, Francisco le buscó acomodo en una buena residencia de estudiantes y Alfonso aceptó este ofrecimiento con la debida gratitud. La ciencia le abrió el mundo, como en su momento la milicia se lo abrió a su padre, una institución en París, después los Estados Unidos, una foto muestra a Alfonso de excursión, en algún lugar de esa naturaleza, que se supone que es tan grandiosa, con un pez enorme en una mano y

una caña de pescar en la otra, y ahora es profesor en Londres, ya no necesita los contactos de su anciano padre, y Francisco también hace tiempo que dejó de intentar entender lo que hace exactamente su hijo.

Extrae el siguiente paquete de la caja, retira la goma y el papelito con el nombre de Irene. A Irene no hay nada que reprocharle. En líneas generales, Irene lo hace todo bien, es guapa. Es inteligente, sin ser sabionda ni querer tener siempre la razón como su hermana pequeña, en cualquier caso lo suficientemente inteligente para ser mujer. Apoya a su marido en la empresa, donde puede aplicar su título en Economía, le ha dado nietos a Francisco, que los puede educar, y para haber pasado por cuatro embarazos está extraordinaria. Irene sostiene en alto el honor de la familia. Francisco hijo, al menos, ha entregado el heredero. Las fotos de los hijos de Irene y de los nietos de Francisco llenan los álbumes de fotos que Isabel va completando con mucho cuidado, para eso Irene le regaló una cámara pequeña para su cumpleaños. Dos días a la semana, los nietos pasan la tarde aquí, también entretienen a Isabel otros días, cuando se ocupa de hacer la compra y los recados, pero él es el único que no encontró nunca su lugar en este torbellino de actividad en torno a los niños, y ahora ya es demasiado tarde.

Alfonso se casó con una de estas mujeres modernas que quieren hacer carrera y dio a entender desde el principio que no había que depositar ninguna esperanza en él. Cuando Francisco comentó que esto era una vergüenza blasfema y criminal, Alfonso prohibió toda interferencia y se levantó de la mesa. Y María Teresa... no puede comprender que piense como Alfonso. Francisco hubiera querido encontrar las palabras correctas al teléfono. ¿Qué edad tiene ahora? Apenas mayor que Isabel cuando ella nació. No es demasiado vieja. Solo que no vivirá para verlo. ¿O puede que sí? ¿Ha tenido un niño y no ha considerado necesario comunicárselo? ¿Le enviaría artículos de prensa, pero ninguna noticia de un niño?

Isabel considera que se cansa demasiado con el álbum. Ha pasado toda su vida ignorando los sufrimientos físicos, que no eran más que un malestar inevitable, de manera que no va a capitular ante una actividad de escritorio. Solo estas últimas fotos.

Las pocas fotos infantiles de María Teresa que no están en el álbum de Isabel, una instantánea de la huerta, que debió de tomar Luis, quién si no, o tal vez uno de los hijos, María Teresa de su mano, con el vestido blanco con volantes, las mejillas redondas y saludable como las naranjas que los rodean; María Teresa en sus brazos, que se tapa los oídos por los fuegos artificiales y también mantiene los ojos fuertemente cerrados; fotos

de la playa, él intentó animarla para que jugara con la pelota, pero nunca le gustó moverse demasiado, siempre había lágrimas; una cena de Navidad a altas horas, en el fondo está el árbol de Navidad, él seguía esta costumbre mucho antes de que se pusiera de moda en España, él está sentado en el sofá y fuma, María Teresa se ha acurrucado bajo su brazo izquierdo y lee un libro, un regalo de Navidad. Francisco pega estas últimas fotos sin medir. Las fotos de su boda, un puñado, no hay más. Francisco estaba contento ante la perspectiva de viajar a Alemania, incluso si eso significaba un gran esfuerzo para la familia. Mientras que sus hijos con sus familias volaron de regreso inmediatamente después, él aprovechó su presencia en Baviera para mostrar a su esposa un país tan hermoso. Visitó los lugares de su juventud y realmente no podía entender qué podía tener María Teresa en contra de eso. Desde entonces se comunica con él a través de artículos de prensa y reproches. Ante todo, es él quien le podría reprochar algo. Pero se contuvo, para no alterar la celebración. En el camino a través del pueblo había querido dirigirse a la iglesia, pero el padre del novio apuntó hacia otro lado, Francisco creyó que los arcos góticos apuntados pertenecían a una segunda iglesia. Engañado de esa manera, tuvo que presentarse ante los invitados a la boda. María Teresa le había exigido a menudo que debía respetar sus sentimientos. Isabel tampoco lo sabía, pero para ella era mucho más fácil sentirse sorprendida. Tenía que apartar a Irene, la niña pequeña, que era una maraña de encaje colorido y rayón crujiente, que le apretaba el pecho, necesitaba aire, quería volver al hotel, Isabel lo prohibió y le entregó una botella de zumo que en realidad estaba destinada a la niña. Delante del ayuntamiento los recibió Francisco hijo bastante acalorado, mientras que Alfonso solo comentó que no era para tanto y entonces tuvieron que ocupar sus puestos. Ese día se lo tragó todo por el bienestar y la felicidad de esta hija, comió y bebió más de lo que estaba acostumbrado, tragándose con ello su amargura y así se convirtió en una bonita fiesta. Después de eso María Teresa solo les envió unas pocas fotos. Sueltas en un sobre, una tarjeta de agradecimiento común, la letra de la dirección no era la suya. Finalmente, la última foto, el baile de los novios, bueno, no se podía llamar baile de los novios porque el novio no estaba bailando. María Teresa se acercó a él en la mesa y lo invitó a bailar, la última foto, juntos abrieron el baile, su cuerpo caliente, joven y familiar en sus brazos, Francisco y María Teresa bailaron un vals bajo los reflejos de luz de una bola de cristal, y todo estaba bien, todo quedó en el olvido, solo estas últimas fotos, solo esta última.

CIMIENTOS

Manolo y el tío Toni invitan a almorzar al equipo de arqueólogos, entran como un pequeño grupo en el restaurante del pueblo de los *Hermanos Romero*, Carlos se lo traduce a Margot con una sonrisa. Tienen que pasar por el bar para llegar al comedor. Las miradas de los que están sentados en los taburetes de la barra y sostienen sus vasos de cerveza hormiguean en la piel. En el pueblo viven puerta con puerta, hijos de los unos e hijos de los otros. Algunos han escupido cuando se han encontrado con los arqueólogos. Los huesos solo son buenos para el caldo, a Margot le han traducido los refranes, frases que juegan con el hecho de que en español tierra y mierda suenan muy parecido, a ella le resulta difícil quitarle importancia con una carcajada como hace Manolo, que dice que por aquí corren muchos hijos de puta subnormales, qué le vamos a hacer. Pero Margot ha acelerado el paso. Uno de los de la barra la acusa de comunista, anarquista, socialista radical, para eso ni siquiera necesita un traductor, vuelve la cabeza y contempla la sonrisa de Maite.

La recepción por parte del personal del restaurante es muy cálida y Margot respira. Reconoce de nuevo esa complicidad especial de los ancianos que han vivido algo juntos, piensa en su padre, que no está viviendo nada de esto. Antonio y Manolo se sientan en la cabecera de la mesa, parece que han asumido un papel especial entre los presentes. Todos se tratan con respeto, pero con ellos es diferente. En Antonio veían probablemente a un gran viajero, que había realizado su sueño de estudiar, como si su familia fuera más importante que las demás. Una mezcla de respeto y envidia, y quién sabe lo que sentía un hombre con la pistola en la mano que creía que había llegado su momento. Manolo tiene el aura de la integridad, porque lo ha superado todo. Los dos tienen una cierta grandeza rústica. La comida es correcta, pero para el postre la dueña del restaurante sirve un exquisito mazapán casero, *huesos de santo*, Maite traduce la broma de la anfitriona, además estos son más dulces que los otros que están recuperando, en el mismo momento que Margot da el primer mordisco, el dulzor se le atraviesa en la garganta como una espina de pescado.

* * *

Las cuatro en punto. Pueden seguir. Carlos se ajusta el detector de metales alrededor de la cintura. Juguetón, le dice Maite riendo y le da una palmada en el culo, que se ha clasificado de nuevo. El dispositivo se desplaza por encima del yacimiento como si fuera un perro de rescate tras una avalancha, ahí debajo debe haber un buen montón de basura. Aunque se trata de una zona que ha sido removida, vaciada y llenada de nuevo, debió pasar algo más. Aquí hay otra historia enterrada. De dónde procede la madera podrida y tanta cantidad de metal, desde luego no de disparar a unos pobres cerdos. Carlos mira a Antonio, que está sentado con Maite en el borde, el abuelo lo está mirando ahí abajo, ha juntado las cejas, mira abajo, como si no le gustase que Carlos esté entre los escombros. Cinco de la tarde. Con la azada y las espátulas echan a un lado las capas de tierra, Lorenzo trabaja con un cuchillo, Carlos aparta con las dos manos la tierra raspada a un lado. Juegan a la gallinita ciega, buscan a tientas en el área alrededor de la punta del pie. Lorenzo murmura para sí mismo, busca la tibia, no encuentra nada, tal vez el zapato estaba suelto, se separó del pie, no puede encontrar un hueso, sigue raspando, de repente da con algo hueco. Se echa un poco hacia atrás para no romper la superficie con la mano. Se abre una pequeña cavidad. El tipo irradia entusiasmo como un calentador. Amplía el hueco, se inclina hacia delante y mira dentro de él. Para Carlos no hay nada que ver. La experiencia de Lorenzo debe ser como una visión de rayos X que le permite ver cosas a través de capas de tierra. *Aquí están*, anuncia Lorenzo, en voz baja, aquí están, en voz muy baja, como si no los quisiera despertar. Se deja caer sobre los talones, no hace nada más en la vida y está tan conmovido que casi ha empezado a llorar, los hemos encontrado. Lorenzo deja el cuchillo a un lado y se seca el sudor de la cara. Ha encontrado lo que se les estaba escapando. O que llevaba mucho tiempo esperándolos. *Los hemos encontrado*. El rescate en la avalancha puede comenzar.

* * *

Juguetón, dice Maite antes de sentarse en una de las sillas de plástico. Después de la conmoción de la Guardia Civil está de nuevo tranquila. Complicaciones sentimentales, dijo la mujer en la reunión del primer día. La fragilidad de Antonio le arde en la garganta. Una carpa blanca protege del sol, pero no se puede ver nada si permanece bajo la sombra, por lo que Antonio ha colocado su silla muy delante, el sol le va a quemar las

piernas. Margot está la mayor parte del tiempo a su espalda, con la mano en el respaldo. Ahora se está alejando. Cambio de guardia. Antonio se frota continuamente los dedos, su tic es en estos días más fuerte de lo habitual. Ella le masajea la mano. «¿Qué se puede ver?», pregunta él. Ella ve a Carlos y Lorenzo de rodillas en el centro. A su alrededor, los otros con espátulas y palas. El mismo juego durante horas, quitan la tierra granito a granito, como si intentaran excavar con herramientas infantiles. Carlos llena un cubo de tierra. Ha estirado el pie herido en un ángulo extraño, la camisa se le ha salido de los pantalones y la visión de su espalda desnuda excita a Maite como siempre. Sus rubios brazos peludos con la vena, que se extiende sobre su antebrazo y desaparece, donde la piel es más clara y tierna, más cerca del corazón, donde el sol no puede llegar, solo ella. «¿Qué se puede ver?», vuelve a preguntar Antonio. Lorenzo trabaja con constancia y muy concentrado. Raspa y raspa, de repente parece que se resbala, de repente ya no está trabajando nadie, todos lo están mirando: con una mano le entrega a Carlos una placa de tierra como si fuera un plato, Lorenzo y Carlos se inclinan hacia delante y finalmente el arqueólogo se pone en pie.

* * *

Por la noche, la imagen de los huesos se abre camino en el estrecho espacio entre la vigilia y el sueño. Te asalta una gran inquietud, te quedas dormido totalmente agotado, pero a las cuatro estás despierto de nuevo y luchas con el tiempo. Hasta que los otros se levantan, ya has recordado aquella noche de antaño, te encontrabas en el sótano de Max y has alimentado con heno las vacas de Karl, y has visto los frontones iluminados de la Grossmarkthalle, te preguntabas qué estaría haciendo Julia y si Pau ya se habría levantado en casa.

Por la noche patrulla la Guardia Civil, para que no les pase nada a los huesos, esta mañana se han detenido para charlar, hay que tener una doble personalidad para soportarlo. Se buscan seguridades. Siempre la misma zona. Las patas de las sillas han marcado hoyos en el suelo. Cada día se dirige a la misma silla. El sendero pasa al lado de la encina, al lado de una mesa con un libro de visitas. Ayer se había sentado allí una niña y pintaba. Necesitas este sitio tan adelantado. Hoy uno se ha puesto en pie de inmediato cuando te ha visto venir, después de pasar toda una vida en que te han empujado de un lugar a otro. Aquí se podría creer que hay compañeros. Los colores de la República, con

impunidad, sin miedo. Casi. Se sienta, se funde con esta silla y se pregunta qué lo ha traído aquí. Julia y sus artículos periodísticos. Ella te abandonó, pero al final se lo tendrás que agradecer.

Has trazado tus círculos, lejos del momento del nacimiento de este pozo, lejos de este *big bang* que te lanzó hacia el bosque, cuando los pájaros volaron y el cráter se convirtió en tumba. Ahora, de repente estás de pie aquí de nuevo y nunca has ido lejos. Detrás de ti el árbol bajo el cual esperaste antes de cavar la tumba de tu padre, y ahora esperas que vuelva a salir de ella. Estás sentado en esta silla que es siempre la misma y observas las paredes verticales de la fosa, arcilla y tierra roja como el cobre, cantos rodados, una capa de césped como la espuma en el océano. En lo alto, detrás de la cinta roja y blanca de seguridad, los vivos que se han unido para este rescate inverosímil. En el fondo, los muertos. A su alrededor tableros, sobre los que se tienden los arqueólogos y por los que los visitantes dan la vuelta a última hora de la tarde. Poco a poco va apareciendo algo en la tierra. Tus ojos ya no definen bien los contornos. Los perfiles del fondo solo se unen para formar una imagen gracias a las voces de Margot y Maite. Gracias a sus dedos, que se mueven como punteros sobre el semicírculo delante de ti. Palabras monstruosas que vuelan sobre las cuidadas manos de Margot, aquí se pueden ver dos cráneos, eso de allí podría ser una cadera, al fondo un par de zapatos, en buen estado, todo es una mezcla terrible, entonces Margot se interrumpe: «¿Lo quieres saber con tanto detalle?».

Yacen como cayeron, el calor estival se cebó en los cuerpos. Heridas de mordeduras. Faltan miembros. Queríais ir rápido, pero cómo se va rápido cuando solo hay un agujero, las paredes de arcilla son compactas y abrazan implacablemente a los muertos. Al final los habéis cubierto con ramas y hierba, con piedras y todo lo que se encontró, no se pudo ir rápido, y estás seguro de que el dueño lo sabía. Lo sabía, pero no vino a fusilar a dos personas, dos más, y luego decir, por la espalda mientras huían. Ya había suficientes muertos. Os dejó hacer esa noche con vuestras ramas, hierbas y piedras, y cuando quisisteis seguir a la noche siguiente había una carga de tierra sobre el pozo. Lo podíais dejar así. A la mañana siguiente te tenías que ir.

Antonio, ahora pasa algo, los dedos de Maite se clavan en tu hombro, abres los ojos, los jóvenes están de pie alrededor del jefe de los arqueólogos, que se levanta y abraza a Carlos, Maite tiembla contenida, a continuación te abraza por detrás, los han encontrado, aparece su cara, los han encontrado, ten cuidado no vayas a caerte, niña, ahí están, Antonio, ¡están ahí! Maite se ríe y te da un pañuelo, tú asientes con un movimiento de

cabeza y tragas de felicidad. Quieres retirar esta tierra, meter las manos en el cubo que sacan del pozo, comértela, convertirte en tierra, han encontrado al padre y, cuando Carlos se acerca cojeando, le das la mano con fuerza, con mucha fuerza, con la esperanza de que siga teniendo tierra adherida.

* * *

Margot se ha quedado en silencio. Entiende poco, atrapa palabras clave, amplía su limitado vocabulario de turista con vocablos de una violencia absurda y aberrante. Se asegura de que Antonio come y bebe, y no tiene mucho más que hacer. Puede sentir el tirón de la excavación, pero cada vez tiene que escapar de él. A primera hora de la mañana sale a pasear, el sol se rompe en su anillo de bodas y oscila como una luz reflejada sobre sus propias sombras.

Paul, oh, Paul. La bisnieta de uno de los muertos le ha explicado a Margot en un inglés macarrónico cómo su abuelo escucha desde la sala. Se niega a acudir a la tumba de su padre. No puede. Este Pepe no le pregunta cómo van, lo que sucede. Es su esposa quien interroga a la hija y a la nieta por la noche en la cocina, mientras Pepe está sentado solo en la sala de estar. Las puertas están abiertas y en la cocina en voz especialmente alta, porque no oye bien. A Margot las llamadas nocturnas de Paul le recuerdan a Pepe. Lo habría tenido que persuadir. A menudo puede confiar en que Paul llegue a buen puerto a su manera, pero en realidad está en su mano, sabe que lo puede convencer para que haga casi cualquier cosa, si lo intenta de verdad.

La antigua casa ha permanecido deshabitada. Hasta hace poco ni siquiera sabía de la existencia de esta casa. En la planta baja, Margot abre persianas y ventanas. El polvo baila en los rayos de luz. Las baldosas del suelo están rotas en muchos lugares. Una casa abandonada no deja de tener su utilidad, en el patio alguien ha guardado ovejas, se habían llevado lo que valía la pena. La casa le parece a Margot como un cajón de imprenta destrozado del que han robado todas las pequeñeces de colores, todos los pensamientos, los recuerdos. En la cocina cuatro sillas destartadas, pero ninguna mesa. Platos rotos, un estante roto en la despensa. En la cocina faltan todos los anillos de la placa de cocción y una tapa. A través de la abertura circular ve recortes de papel, ceniza, suciedad. Un objeto. Con el fragmento de un plato Margot aparta la suciedad a un lado y aparece un pequeño sonajero de metal. El tambor debió de ser azul en su momento, las

estrellas están estampadas y a un lado aún puede verse una piedrecita preciosa de color rojo. Margot lo frota y retira la capa de suciedad. Se lame la punta del pulgar y frota y frota, y frota cada vez más rápido, pule este pequeño sonajero con el dobladillo de la blusa, hasta que la piedrecita brilla de nuevo color frambuesa, Margot se ríe y huele la infancia pobre, ruidosa y seca de Paul. Se sienta en el patio y cobija el juguete en sus brazos. Este es el patio. Esta es la cocina. Esta es la casa y cuando la abandonaron precipitadamente, el niño no podía hacer ruido. Entonces también se convirtió en silencioso.

No es terrible con los huesos, pregunta por teléfono. Los huesos no son malos. En busca de dientes, cartuchos, falanges, Margot reparte con las manos la tierra seca a través de una malla de alambre y recuerda cómo lavaba hace años a su padre ya muerto. La sensación de un último servicio a los muertos. Ve cómo las personas se juntan, hablando o en silencio, ve cómo Antonio lucha contra las lágrimas, pero también muchas más sonrisas que antes. Todos luchan con ello, cada uno a su manera, lo que esta excavación está haciendo con ellos.

De camino a casa, Margot se acerca a los Romero a tomar un café con leche y un trozo de tarta de almendra. Se sienta bajo la mirada de los hombres en la barra, se obliga a soportarlas. Un hombre tiene que levantarse de su taburete en la barra para que pueda elegir del expositor una postal para Paul. Se toma su tiempo. Margot elige su mesa de manera que se encuentra exactamente en la línea de visión de los hombres. Pero los subnormales, como los llama Manolo, son duros de entendimiento y con eso nada ayuda, ni la mejor lección de historia. Si esa es la conclusión al final de su existencia como maestra, ha llegado la hora de jubilarse. En la cantera de Mauthausen brotó tomillo del suelo. Allí se ha formado un pequeño lago con una señal: prohibido nadar, bucear y lavar el coche.

* * *

Maite levanta la mirada de los huesos y ve a Carlos arriba en medio de algunas personas. Tiene las manos unidas detrás de la espalda. Su silueta se destaca oscura contra el cielo violeta a última hora de la tarde. Mientras que las siluetas de las otras sombras se solapan, Carlos está libre, sin contacto entre dos montañas, con una estrecha brecha de luz que lo ilumina. Con sus pantalones multibolsillos parece el piloto que siempre ha

querido ser y así se lo imagina Maite cuando espera en el aeródromo la siguiente misión, serio, enterrado el bufón en el interior. Su rostro está en sombra. Maite no sabe si la está mirando, si ve cómo lo está mirando. Está quieto, como si descansase sobre una resistencia, como si quisiera despegar y emprender el vuelo, atraído por este suelo, que de una manera desconcertante se les ha vuelto familiar. Carlos es inalcanzable, su conexión en la sombra. Le gustaría ponerse en pie, estirar las rodillas doloridas y subir por la rampa, fundirse con él, tal como está y quedar bañados por la luz del atardecer. Maite espera capturar este momento para siempre. Entonces se mueve la persona que está a su lado, roza su contorno, Lorenzo da palmadas, hora de cerrar, y el momento se ha ido.

* * *

El polvo lo penetra todo. Cuando Carlos se cambia el vendaje, la celulosa está teñida de color marrón claro. Sombras de color rojizo se aferran a todos los pliegues de la piel, alrededor de las uñas, debajo de las uñas y después de la ducha. En su almohada permanece una mancha amarillenta que tiene la forma de su cabeza.

Al acercarse a un hueso, cambia la consistencia de la tierra. Como si perdiera densidad, como si anunciase que enseguida viene algo y lo liberará. Los huesos son de color gris oscuro, con un tinte azulado. Salen a la luz reblandecidos. Al sol, se endurecen, adquieren el color de la madera blanqueada. Se les retira la arcilla y la tierra, pedazos grandes como dados de mantequilla, pequeños como las pasas. Los que estaban encima de la tela son de color negro. En algunos incluso puede reconocerse la textura de la tela, en rayas, en rombos. Bajo una manga la estructura de una mano, hilo telefónico, el nudo con cinco vueltas. Eso llevó su tiempo.

Carlos se ha quitado el reloj. Si Maite no llevara un diario, no sabría qué día fue ayer ni cuál es hoy. El sol le calienta la espalda y le quema el cuello. A su lado, Maite trabaja en silencio. Su concentración bordea la obstinación. Carlos le toca el brazo, ella se asusta y lo mira asombrada, con una asombrada mirada de vergüenza. Cuando cambia su peso para tocarla, ella niega con la cabeza. Ella se vuelve al trozo de chaqueta que está limpiando milímetro a milímetro. Como si pudiera librarse de su carga con el trabajo detallista. Pincelada a pincelada, puñado a puñado, siguen trabajando, de dentro hacia fuera, en el centro permanecen los huesos de las piernas sobre pequeñas torres de tierra.

Cada vez que Carlos sube le sorprende la mirada al pozo. Lo que en el fondo se siente como a cámara lenta, aparece como acelerado a su regreso a la superficie. En un momento muestra una masa de tierra agrietada, al siguiente se pueden ver las puntas de los zapatos en lo alto, al siguiente medio zapato, pronto reconoce los cordones, el hueso de la espinilla en la caña. Es una ola, un ir y venir de la tierra.

* * *

Al octavo día Paul no llama. Margot echa de menos la intimidad de su conversación, como entonces, cuando estaba en Múnich y telefonar era un lujo. Tendrá sus razones. Se va a la cama y piensa, quién sabe.

* * *

Hay algo en el aire. Pero cuando encuentran a Manuel Bosch i Mora, Carlos no está preparado. Se pone en pie, demasiado rápido, y se tambalea sobre los tablones. La caja torácica se ha desintegrado. También los huesos finos de la mano. Pero radio y cúbito señalan como una flecha hacia el amuleto. El amuleto de la bisabuela, Julia le había inculcado que debía tener los ojos abiertos. Lucas, el perro, había seguido cavando hasta que liberó un amuleto de mujer de plata al lado de la columna vertebral. El hueso del brazo está en un ángulo, como si la mano hubiera rodeado el pequeño amuleto cuando cayó el bisabuelo.

* * *

Al día siguiente, alrededor del mediodía, Margot tiene un presentimiento. Se da la vuelta. Paul se acerca atravesando el campo, con una camisa de lino blanco y pantalones de algodón, como un veraneante, al fondo está aparcado un descapotable de un rojo brillante. Paul anda lentamente, mientras un anciano con un caminador se desplaza a su lado. La nieta de Pepe corre hacia ellos y cuando Paul está con Margot le dice que el viejo estaba simplemente caminando por la carretera, y luego lo tiene finalmente en sus brazos.

* * *

En esta tienda del pueblo no tienen pintura. Este es un pueblo del que se han ido la mayoría de las familias, las plazas están vacías, delante de las puertas los ancianos mueven las sillas siguiendo la posición del sol. «¿Para qué necesita la pintura?», le pregunta el hombre en la tienda del pueblo. Maite ha visto su anillo de sello. Carlos le responde con toda inocencia que está desenterrando a su bisabuelo y quiere pintar la caja en la que van a depositar los huesos. Maite conoce esta reacción. Idiotas, replica el hombre, y entra en la trastienda, y allí ruge su rabia en la penumbra: «Idiotas, ¡a todo el que fusilaron entonces se lo merecía!». En la calle, les aborda la mujer que ha salido de la tienda. Le falta la respiración y sostiene en las manos tres recipientes sin abrir de pintura para aplicar con los dedos. Sin ánimo de ofender, dice su mirada, y luego desaparece en la casa. Carlos está en esta árida calle de pueblo y ruge, como antes el hombre en la tienda, «Pero ¡no la pintura de un gilipollas fascista!». Maite sostiene en la mano los tres recipientes y espera que se le pase. Pero es la prudente Margot la que consigue tranquilizar a Carlos, no es su pintura, es la de sus nietos. Por último, Carlos se desentiende de todo el asunto, Maite puede hacer con la pintura lo que quiera, de todas formas era una idea descabellada. Maite no necesita esta pintura. Quiere irse a casa.

* * *

Paul sentado a la mesa de la cena, como si hubiera escapado de una tormenta. Parece que tiene mucha hambre. Cuando Margot le coloca el postre delante, melocotones en conserva y pastel de almendras de la dueña de los Hermanos Romero, él le acaricia la mano. Margot no sabe si ha dicho lo que acaba de escuchar: «Cuando no estás, solo tomo un café para desayunar y me salto la cena. Cuando no estás, la casa es tan silenciosa que hablo solo. Si no te veo por la noche, al día siguiente me falta la brújula, soy demasiado estricto con mi gente y encargo las cantidades equivocadas. Después de toda una tarrina de helado de chocolate me sigues faltando. Sin ti me acuesto demasiado tarde». Margot se sienta y se siente en el lugar correcto, al lado del silencioso Paul, la maravilla de esta familia.

* * *

El bosque limita el horizonte en la distancia. Tal vez funcione que Paul tome contigo el camino a través del campo, recorrer una vez más este camino a pie.

CERO

Isabel siente la mano de la amiga en el hombro. Maribel coloca un cuenco de agua sobre la mesita de noche. Tendrá exactamente la temperatura adecuada. Maribel lo hace todo bien, a diferencia de ella. Pero lo que viene ahora aún está a la temperatura.

Entonces se queda sola. Por dónde empezar.

Maribel ha pensado en detener el reloj. La luz se desliza en largos ejes a través de los listones. Traspasa el cuerpo quieto de Francisco en la cama. Maribel ha extendido una sábana limpia sobre él. Su pie la eleva en punta. Un paisaje blanco, valles y crestas.

Por dónde empezar.

Una punta de la sábana casi toca la alfombra. Todas las mañanas Francisco ha puesto sus dos pies sobre ella, primero el izquierdo, bien. A continuación, el derecho, mutilado. Se ponía las zapatillas de cuero, que cada noche, antes de meter una pierna detrás de la otra en la cama, coloca exactamente una al lado de la otra. Visto y oído todas las noches: sacaba sábana y manta de debajo del colchón. El corto aleteo cuando abría abruptamente la cama. El ruido del somier, el colchón y la ropa de cama. El roce de los pies descalzos cuando se quitaba las zapatillas. La mano izquierda apoyada en el colchón, con la derecha colocaba las zapatillas en la posición correcta. Resultaba sorprendente que aún pudiera llegar tan abajo. Ella ya no puede. Después se incorporaba, se detenía durante un instante con la cabeza fija en la pared. Ella siempre se preguntó si conversaba con Jesús en la Cruz o si simplemente esperaba a que la sangre volviera a fluir. Francisco se alisaba el cabello con las dos manos, el cabello, antes de levantar la ropa de cama y estirar las piernas debajo de ella. Se tumbaba de espaldas y se mantenía así hasta la mañana siguiente. Hace unos días vio por última vez su ritual. Las zapatillas las ha colocado debajo de la mesilla de noche. Precisa, como le habría gustado. Para ello tuvo que ponerse de rodillas. No se preguntó si se las volvería a poner. Si se supiera de antemano cuándo van a ocurrir las cosas por última vez, sería insoportable.

Con su padre, con su hermano pudo sospecharlo. El pánico que se le agarró a la garganta. La agarró del cuello y siguió apretando, su cabeza parecía a punto de estallar y sus pies se movían en el vacío.

Empezar.

Isabel levanta las sábanas y descubre una pierna. Se pone el guante de baño y comienza en los dedos de los pies. Los agarra entre sus dedos y los frota con un movimiento circular. Sobre el empeine hasta el tobillo, levanta la pierna con la mano izquierda, hasta la pantorrilla. La piel se ha vuelto a tensar, ya no cuelga flácida y cansada sobre su carne. Ya casi no quedan músculos, la rodilla tiene una forma redondeada. Retira el paño y vuelve a colocarlo en la palangana, vuelve a cubrir la pierna con la sábana.

El chapoteo del agua tiene algo de relajante. Isabel cambia al otro lado de la cama y retira la sábana. La lucha contra el bolchevismo ha tenido su precio. Un sacrificio que vale la pena, como sostuvo hasta el final. La cicatriz recorre los bastos cortes y puntos y luce casi blanca. Isabel piensa en el precio que pagaron los demás y vuelve a poner la pierna en la cama. Se endereza y siente el tirón en la columna vertebral. Tantos años juntos y cuatro hijos, quién sigue preguntando por el precio. Toma su mano y se asusta por el tacto frío. Cuando gira la mano en la articulación nota la resistencia. Con la mano enguantada separa sus dedos delgados y frota en dirección a la punta de los dedos con manchas oscuras. Tal vez por eso no era bueno acariciando. Esas manos podían agarrar con firmeza, a pesar de parecer tan estrechas. No eran desagradables. Se ponían alrededor de sus hombros. Se acercaban para ayudarla. Le recorrían la espalda antes de que se inclinase para darle un beso fugaz en la coronilla. Acunaron durante horas a los niños, en especial a las más jóvenes, hasta que se calmaron los cólicos. Pero sabe que estas manos abofetearon repetidamente. Y también sabe que estas manos se cerraron alrededor de la culata. Isabel sabe. Se casó con él, eso ya no puede borrarlo de su vida.

No tenía elección. No podía huir con su hermana a Francia. Tampoco creía que hubiera llegado hasta allí, porque se habría puesto en contacto de alguna manera. Isabel no tenía sangre en las manos, era casi una niña, ninguno de ellos tenía las manos manchadas de sangre, y en el pueblo la tumba de su madre.

Moja el paño y lo mueve en el agua. Las gotas salpican por todas partes, las limpia con la palma de la mano y escucha cómo el anillo de boda rasca la superficie lacada.

Escurre el trapo con tanta fuerza que los nudillos se le vuelven blancos. Por otro lado, comienza de nuevo con las yemas de los dedos. El estrecho anillo de oro le queda flojo en el dedo, pero ya no pasa por la articulación.

Seguir.

Tuvo que quedarse, tenía que sobrevivir. Aterrorizada al principio. Pero el hambre había desaparecido de un día para otro y nunca regresó. Francisco le dijo lo que tenía que hacer y qué no. Sabía llevar una casa, en especial una en la que había realmente comida que preparar y ropa que lavar. Se sentía sola. A diferencia del hambre, que llegó antes que la soledad y se fue para siempre el día de la boda, la soledad se quedó. Como un cinturón de plomo. Si hubiera entrado en el agua, no habría necesitado piedras.

Isabel frota el brazo de Francisco, las venas azules nudosas son prácticamente invisibles, como si se hubieran hundido en el interior del cuerpo, como si con la muerte todo se retirase al centro y hacia fuera solo dejase aparecer una superficie alisada. Fuera suenan las campanas de la iglesia. Sonríe. El propio Francisco es la razón para que no vaya este domingo a la iglesia. De lo contrario, tenía que haber dado a luz a un niño o estar postrada en la cama por una gripe para que se le permitiera no ir a la iglesia. Con el tiempo, el ritual le ofreció un refugio, con la rutina invariable de arrodillarse, de pie y sentarse, repetir, cantar y escuchar, una se acostumbra a todo. Convirtió la asistencia a la iglesia en un oasis, tiempo solo para ella, pero no puede creer en ningún Dios que se supone que ha previsto todo esto.

En los brazos, las fibras musculares finas, pone el paño encima del hombro y frota con movimientos circulares, se mueve por encima de las clavículas hasta el centro. Él nunca le preguntó acerca de sus creencias y cuando se comprometió con él sabía que no había salida para ella. La guerra de los soldados de Dios, la cruzada de los temerosos de Dios contra las personas sin fe y sin moral, lo ha escuchado con demasiada frecuencia. La gente como ella era para la gente como él una maldición divina que había caído a la tierra como langostas. Nunca se cuestionó que tenía que seguirle el juego.

Siente, presiente, oye cómo a sus espaldas se abre la puerta y se asoma Maribel. La puerta se cierra de nuevo con un golpe suave. Que Maribel esté ahí ayuda contra el miedo. Y también, un poco, contra la soledad.

Retira la sábana hasta la cintura. Tiene delante su cuerpo caduco. Cómo lo ha amado. Al cuerpo. Al hombre. Amor. Eso no desaparece.

Esta es la última vez.

Coloca su mano con el anillo de bodas en el regazo y se sienta en la cama. A pesar de su rigidez y frialdad, se las arregla para poner la mejilla en su mano. Cierra los ojos. Sin esta atracción, no habría funcionado. Con el dedo índice recorre la muñeca, subiendo por el interior del brazo, cambia donde el brazo se inserta en el pecho, siguiendo a lo largo de su cicatriz. Un disparo oblicuo, justo después de la boda. Una de las últimas batallas en las montañas. Había temido por él. Otro guardia murió de un disparo, pero no Francisco, no su hermoso Francisco. En secreto había triunfado, porque uno de los suyos había matado a un guardia. Entonces Maribel le había susurrado que por eso tres más acabaron aquella noche delante de la pared del cementerio. Dos días más tarde vio la tierra recién removida, continuó, sin volver la cabeza, se fue de compras y todas las conversaciones se callaron cuando entró en la tienda.

Tal vez es verdad que no tiene moral. Que ha tomado ese camino. Que se ha vendido a los encantos del guardia guapo. Aprovechó la oportunidad. Una puta. Una traidora. La gente en la calle se la quedaba mirando o cambiaba de acera, murmuraba insultos o callaba. Volvía a lo mismo una y otra vez: para qué habían muerto su padre y su hermano, y quizá también su hermana. Que ella no había muerto. Que ya no estaba tan delgada.

Se siente como una mujer con dos caras. Una de ellas en la sombra. Siempre.

Se lame las lágrimas de los labios y se pasa el paño por la cara. Se acerca con el guante a su entrepierna. Al principio era impetuoso en la cama. Desconsiderado. Le hizo daño. Con el tiempo comprendió que no tenía nada que ver con la falta de amor. No había aprendido de otra manera. Le resultaba embarazoso. Ella también era joven y tímida, y no sabía cómo se hacía. Pero pensaba que tenía que ser más, si no la gente no perdería la cabeza. Y tenía a Maribel. Maribel no era tan inexperta. Lava sus ingles. Lentamente se abrió camino hasta él. Se quitó la blusa cuando se acercó a ella. Lo tocó, lo abrazó. Le lava el pecho, pequeñas coronas de pelo rizado, ahora blanco. Le besó en los pezones

cuando estaba encima de ella. Él no se dejó llevar, no la primera vez, la interrumpió y la golpeó en la cara con su mano delgada, pero al final fue más suave, fue más cauteloso y flexible bajo su constante y perseverante oferta. Mira el cuerpo que tiene delante. Apenas se lo ha mostrado de esa manera. Siempre solo para vestirse y desvestirse. Cuando entraba por sorpresa, se daba la vuelta. Isabel lo mira de cerca. Luego sube la sábana hasta la clavícula.

Fuera se oye la puerta de entrada e Isabel se incorpora demasiado rápido. Cuando se le pasa el mareo, oye la voz de Irene. Susurros de Maribel. Irene, en voz demasiado alta: «¿Por qué no?». Una vez más Maribel, apenas comprensible: «Un momento». Irene estaba con él cuando se fue, habían pasado la noche haciendo turnos, la pena de la agotada Irene ha dado paso en unas pocas horas a un ajeteo febril. Ahora tendría que cambiar el paño para la cara, tendría que salir de la habitación, pero ella no quiere encontrarse con Irene. Diez minutos, solo diez minutos.

Isabel se quita el guante, dándole la vuelta de dentro hacia fuera. Le acaricia la frente, ahora suave, con las pecas. Las mejillas, a las que la muerte ha dado un tono casi rosado. Sobre las mandíbulas pasa la cinta que le ha atado Maribel. Más tarde se la quitarán para peinarle el cabello. Peinarse siempre ha sido importante.

Se dice que al morir la vida pasa por delante como una película y se pregunta lo que vio. Ella lo ve con los niños, lo ve en la escalera romana y paseando por el bosque de pinos con su hermano, lo ve poniéndose bien el lazo de la corbata y estirando la barbilla para pasarse un peine por el pelo. Lo ve en el escritorio del antiguo dormitorio de Teresa, donde ha terminado este álbum durante la última semana, con su obstinación habitual quería acabarlo sin falta. Pero eso es solo la mitad de la película. Isabel le acaricia los ojos. Ella sabe, aunque no quiere seguir sabiéndolo. Durante los últimos años dormía cada vez menos, tal vez la representación no comienza en vísperas de la muerte.

Ahora tendría que llamar a Maribel, para la espalda y para vestirlo. Pero Irene está ahí, como un grano de arena en el ojo. Aún no quiere salir de esta habitación, fuera de esta burbuja de la última vez con Francisco. Lo agarra con una mano desnuda y una mano enguantada por debajo de las axilas. Al tirar, siente dolor en la espalda y la cabeza comienza a ceder hacia atrás. Lo deja. Así no podrá ser. Sola no va a conseguirlo. Debe dejar que la burbuja estalle, debe salir de esta última vez.

Se apoya en el colchón, primero la punta de los dedos, a continuación, la palma. La cama cede cuando se inclina hacia delante. A continuación, se doblan los codos, se inclinan los hombros. Un dolor recorre su cuerpo como si se le penetrase un clavo oxidado entre los omóplatos. En la mejilla nota el cabello que le cae hacia delante. La punta del cabello toca su cara. Después la nariz. La suya como de mármol. Los labios suaves como la cera, que ya no responden, no se derriten cuando ella le coloca los suyos encima y espira el aire caliente.

Los años más tiernos, cuando los niños estaban todos fuera de casa.

Volver a ser joven ni por todo el oro del mundo.

Puede dejarlo como está.

Se le cae una pequeña gota de su saliva y ella le da un beso en la distancia.

Finalmente, se empuja con los dedos y se incorpora de nuevo, la burbuja estalla con el crujido de su columna vertebral. *Ya está.*

Cuando pone la mano en el picaporte, es como si Francisco se hubiera movido. Un pequeño cambio en la percepción. Una despedida. Ella asiente hacia él.

En el exterior se encuentra en presencia de Irene como frente a una tormenta. Una voz de hierro forjado. Irene deja caer el auricular en el aparato, en voz demasiado alta.

—¡Mamá, no se pone! Simplemente no se pone al teléfono.

Isabel no sabe qué responder. No se encuentra cómoda en esta tormenta. Maribel interviene.

—Tal vez está trabajando.

—¡Entonces no puedo hacer nada!

—Pero tienes que ponerte en contacto con ella.

—Pero ¿cómo?

—¿Su oficina? ¿Sus suegros?

—¿Cómo voy a conseguir esos números?

Isabel quiere volver a Francisco en el silencio. Levanta la mano.

—¿Qué, mamá?

Isabel abre la boca, pero su voz no quiere salir. Solo le sale un graznido ronco.

—La boda.

—¿Qué pasa con ella?

—Él lo guardó todo. La cuenta del hotel, los billetes del vuelo, todo. También tienen que estar los números de teléfono.

—¿Y se supone que debo revisar todo eso?

Maribel ya ha entrado en el dormitorio, donde los álbumes y documentos se encuentran en un estante. Donde lo que buscan podría estar incluso sobre la mesa. Un vistazo, Maribel está de vuelta y responde a la pregunta de Irene.

—Sí.

—Mamá, ahora no tenemos tiempo para eso.

—Para eso tiene que haber tiempo —replica Maribel—. Ahora.

El tono de Maribel es como una roca. Hace muchos años que Isabel no escuchaba ese sonido. La última vez fue cuando Teresa se marchó y ya no regresó. Maribel pone un sobre grueso al lado del teléfono y trae una silla.

Isabel se sienta a la mesa de la cocina. Maribel se apoya en el marco de la puerta, como si quisiera asegurarse de que Irene no desaparece. Irene podría poner un poco de su parte en un día como ese. Por otro lado, puede entenderla. Esta historia con los álbumes, a los hijos de Irene no se les permitía jugar en la habitación para que no estropeasen nada. Además de los hijos e hijas perdidas, también había los que estaban siempre allí, a los que se recurría siempre. Aquellos que nunca habían echado de menos.

Irene entra en la cocina, su voz tiembla de ira.

—¿Sabías que está en España?

—¿Quién?

—¿Quién? ¡Maite! Ha debido de pasar por aquí y no ha dicho nada.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por ese Vicente, el tipo con el restaurante de montaña. Me ha dado su número de móvil. He llamado dos veces, pero ella me cuelga.

—¿Qué quieres decir?

—No contesta a la llamada.

—¿Lo intento yo?

—Maribel, cuando llamas se ve el mismo número. No contesta. No quiere. No puedo obligarla.

Isabel no ha sido justa con ninguno de sus hijos. Los ha criado correctamente y los ha cuidado bien, pero no ha conseguido nada más. Se compadece de estos cuatro supervivientes y se siente abrumada por la sensación de haber fracasado. Maribel se aparta del marco de la puerta, Isabel da un paso hacia ella y cae en sus brazos, llorando en la nuca de Maribel, e Irene está al lado. Isabel abre los brazos a su hija y tira de ella para llorar juntas por esta vida en la que han caído, pero Irene se aparta. Isabel agarra su mano con firmeza, muy pocas veces le ha dicho a Irene y está decidida a decírselo pronto, lo importante que es para ella. Y habría, hay mucho que decir, debe aclarar a sus hijos lo que la ha convertido en una madre tan inadecuada e introvertida.

—Lo puedes intentar una vez más, por favor. —Irene ya se ha colgado el bolso del brazo y mira el reloj—. Por favor.

Irene marca una vez más la serie aparentemente interminable de números. La forma en que lanza el cabello por encima del hombro revela toda su petulancia, un gesto que ya hacía de niña, cuando no le salían bien los pasos de baile, cuando no entendía la ironía de Luis. Irene mira el teléfono que tiene delante y mueve la uña arriba y abajo por el borde, hace amago de colgar, pero se lleva el teléfono de un tirón al oído, aunque no dice casi nada. En el otro extremo alguien habla, tiene que ser Teresa, y luego Irene grita en el teléfono:

—Contigo siempre es mal momento, pero en esta vida no gira todo a tu alrededor, ¡idiota!

QUÉ PRONTO OLVIDA EL MUNDO

Aquí yacen siete. Pronto los van a sacar. Se llevarán los huesos en cajas. A tu padre lo van a reconstruir en la mesa de un laboratorio como si fuera un juego de construcción. Con el tiempo lo traerán de vuelta. En una caja, para una tumba decente con una imagen, el nombre y la fecha.

No apartas la mirada de un punto muy concreto. El centro de tu universo. Aquí estaba ese amuleto, sesenta y cinco años después. Margot te ha indicado el lugar, dos veces, tres veces y te ha descrito su aspecto. Más tarde, te ha puesto el amuleto en la mano, envuelto en una bolsa transparente, durante un momento tenías a tu padre en la mano y pensabas en tu hijo recién nacido, entonces en brazos, con la manita que se cerraba alrededor de tu dedo. Dónde se encontraba el amuleto, entre los muertos, marcado probablemente con una banderita el lugar al lado de las vértebras, demasiado pequeño para ti, no lo ves, un fantasma.

No te acordabas de ningún amuleto. Pero Julia, por el contrario, estaba presente cuando se llevaron al padre, lo sabe tan bien hoy como ayer: que con la excitación la madre no consiguió abrir el cierre y se arrancó del cuello la cadena fina. Los dos debían saber, sin querer saberlo, que su detención no tenía nada que ver con un interrogatorio. Un roce mano con mano. Cuando llegaron a ese punto, Carlos salió cojeando de la fosa y habló por teléfono con su abuela. No, no quería hablar contigo. Los arqueólogos devolverán el amuleto cuando hayan acabado con los análisis.

Ya no tienes tanto tiempo. No importa. El amuleto sustituye la huella invisible del material genético. Ahora ya sabes cuál era tu padre y lo miras fijamente con fuerza. Pronto lo sacarán y el pozo quedará vacío.

No importa el cuidado con el que se han acercado paso a paso. Nada está preparado para este momento. El golpeteo de las herramientas, el arrastrar de los pies, las historias de la gente quedan en silencio. En este espacio, se emite un tono.

Por un momento crees que ahora has perdido el oído, ahora el mundo está en silencio, y lo que queda es un silbido. Pero luego el sonido de la melodía deja paso a la voz. Te centras en tu interior, recuerdas. Más allá del oído suenan flautas, clarinetes y oboes, casi

alegres antes de que los tonos se hundan en las profundidades. Y luego esa voz. *Adónde, adónde*. La voz se desplaza como el viento sobre la hierba. El reconocimiento después de un largo tiempo te hace tiritar. *Adónde habéis desaparecido, la juventud, la felicidad del amor*.³⁸ Una melodía que durante años ha acompañado su dolor. La sabes de memoria, si tuvieras una orquesta en tu piso en penumbra podrías dar la entrada *adónde*, a continuación la cuerda, *adónde*, mientras que los chelos, cada vez más profundos, *adónde habéis desaparecido*, hacia las profundidades de tu dolor por el tiempo perdido. Con el aria regresa otro recuerdo, el recuerdo de la noche cuando escuchaste por primera vez esta voz y se te colocó como una mano cálida sobre el pecho. Te acercas una vez más con tu dolor a los alrededores de la estación de ferrocarriles, uno de estos tristes aniversarios, desde que Julia se llevó la juventud y la felicidad del amor, desde que a ti solo te quedaron pelusillas en el suelo que el viento arremolina delante de ti. Tal vez el quinto aniversario en 1961, tal vez un año más tarde. En la esquina de la Theatergemeinde había un hombre joven al que le sobraba una entrada. No tenías dinero para el teatro, estabas ciego de soledad, y como si lo hubiera entendido, te regaló la entrada. No quedaba mucho tiempo, también te regaló el viaje en Vespa a través de la ciudad oscura, iluminada, a través del Isartor y sobre el río, pasando de largo por el Friedensengel, te regaló el viento en la cara y el calor que irradiaba su espalda fornida. El hombre se había quedado calvo antes de tiempo, el rostro joven, sus ojos brillaban emprendedores a través de las gafas de pasta. A la luz de oro del vestíbulo del teatro, le habló de los cantantes de esa velada, ya no te acuerdas de nada concreto, pero te resultó desconcertante un entusiasmo tan generoso. Un *friki*. De esta manera, un extraño te condujo a otros pensamientos y a la música, justo al lado del Prinzregententheater, hacía tiempo que nadie hablaba tanto contigo, hacía mucho tiempo que no sentías a nadie tan cerca. Y a pesar de eso, esa cercanía no era nada en comparación con la voz del tenor y la resonancia que encontró en tu interior. Un aria en presencia de la muerte, que solo podía terminar mal cuando el compositor incluye algo así en la partitura. Al principio flautas, oboes y chelos, a continuación, solo esa voz, esa voz extrañamente tornasolada y feliz. Quedaste hipnotizado por la figura solitaria que permanecía inmóvil en el escenario, envuelto en un manto negro, la cara cubierta por una máscara. Eras como él. Rodeado de figuras en la sombra, la existencia alineada con el cañón de una pistola. La expectativa del duelo era insoportable, querías bloquear la bala en pleno vuelo, todas las balas de este mundo, y las lágrimas te corrían por el cuello de la camisa. Tú eras él, que

estaba de pie en un paisaje brumoso, sentiste su presentimiento y eras tu padre, solo quedabais los dos en este universo peculiarmente reconfortante de la pena.

El desconocido te dio el pañuelo, en la esquina las iniciales *H. B.* bordadas con hilo rojo, nunca supiste su nombre, pero después de cada lavado te acuerdas de la sensación de felicidad de esta pena. No solo compraste el disco, sino que empezaste por el tocadiscos, el mejor que había en la tienda, el primer lujo de tu vida adulta. Cuando habías terminado todo el trabajo, apagabas todas las luces del piso, te sentabas delante del aparato y gradualmente abrían las palabras. Lensky atravesaba el silencio, te acompañaba en el dolor y te llevaba con tu padre. Estiraste tu corazón en esta aria, la música se abrió, *te aguardo*, y atravesó los intersticios, lo que estaba encerrado en el recuerdo, la música lo lava todo sin necesidad de olvidar. La escuchaste, lloraste y bebiste a través de todo un invierno, y cuando ya no fue posible sentarse a la hora habitual en la oscuridad, pudiste superarlo. Ya no arrastrabas la historia como una coraza, que te impide moverte con libertad y solo transmite el frío. Empezaste a vivir con ella. Te pertenecía. El tejido cicatricial: masajear con regularidad.

Ahora descienden.

Los cuernos están en silencio. Se hace el silencio.

Siete cajas de cartón.

Vagamente se ves cómo Maite se aleja de la fosa. Se lleva la mano a la oreja, habla por teléfono, y luego se inclina hacia delante como si estuviera dolorida, Carlos corre hacia ella. Actúa como en una emergencia. No los puedes ver con claridad, los ojos están cansados.

Donde antes estaba Margot, ahora está Paul junto a la silla, con una mano en el respaldo, como si te pudieran proteger de la caída final. Paul se pone en cuclillas y de repente se te acerca mucho:

—¿Cómo estás?

Las palabras se forman sin tu intervención:

—Llévame a casa.

CON LA CARA VUELTA

Cuando llaman a la puerta, Isabel piensa que será Teresa, pero es el de la funeraria, visten a Francisco, espontáneamente decide que no debe ser el uniforme y saca un traje del armario. ¿No sería posible que lo vinieran a recoger a la mañana siguiente, ahora que va a venir la pequeña? La cubierta de vidrio también mañana. El funerario asiente, desde luego, por qué no. Entonces el difunto no estará de cuerpo presente hasta la tarde del día siguiente.

En la sala de estar Isabel pone el aire acondicionado a toda potencia. El empresario de pompas fúnebres y su ayudante trabajan con movimientos respetuosos, pero eficientes. En estas manos expertas Francisco es un extraño para ella, en la sala de estar se congela, y qué va a hacer aquí, sin él, en esta sala realmente solo estaba con él y con la familia, qué va a hacer aquí ahora, Isabel se va a la antigua habitación de Teresa, pronto regresará la niña, eso significa alegría y miedo al mismo tiempo, la cama ya está preparada para ella, a causa de su excitación Isabel va a la cocina, este espacio de protección, se sienta, se levanta de nuevo, y sin haber tomado una decisión, saca tres tazas del armario, llena una de agua, la otra con harina, la tercera con azúcar. Calienta el agua, una pizca de sal, una cucharada de mantequilla. El vapor de agua se mezcla con las lágrimas mientras añade la harina. Oye cómo Maribel llama desde el pasillo, Maribel entra en la cocina e Isabel escucha su pregunta: «¿Con este calor?». Pero entonces agarra sin decir nada más el chocolate rallado y un paquete de leche de la despensa, trabajan mano a mano, Isabel retira del fuego su olla con la masa y Maribel pone la leche, corta una tira de piel de limón y la añade, no tenemos más canela, lanza una guindilla pequeña a la olla. El funerario la reclama, se seca la cara, Francisco se encuentra de cuerpo presente en la sala de estar a oscuras, con corbata, pañuelo y rosario, formal y piadoso, como era, pero se enfadará con ella por lo del uniforme.

Cuando se despiden del funerario hasta el día siguiente y vuelve a la cocina, Maribel está trasteando con sartenes, varillas y ducias, Isabel le quita la varilla y se ocupa del chocolate, porque Maribel es la maestra de los churros. Lentamente empuja la masa por la manga pastelera y se asegura de que no cae recta al aceite, sino que se desliza

formando un círculo, sus dedos gordos, su corta estatura ganan elegancia y ligereza, como siempre cuando cocina. Isabel pesca la vaina de guindilla del chocolate y retira el cazo del fuego, incorpora una cucharada de mantequilla y añade, para celebrar el día y como consuelo, como despedida y como bienvenida, un poco de nata. Maribel y ella han terminado cada una sus tareas, los churros están sobre un colchón de papel de cocina, desde el fondo del envase caen los últimos trocitos de chocolate sobre el montón de nata. Después del primer bocado, de la primera cucharada de chocolate, Isabel empieza a sudar, por no hablar de Maribel, se miran y piensan lo mismo, Isabel se encoge de hombros, qué importa, durante un momento han sido jóvenes y sin preocupaciones, las dos amigas, que atraviesan el pasillo para dirigirse a la sala de estar ultrarrefrigerada, cada una con su plato y su vaso en la mano, e Isabel se sienta con Francisco a su espalda, sonriendo, llorando y en silencio, y comen churros con chocolate, cuando llaman a la puerta.

Como Isabel no pasa del pasillo, es Maribel la encargada de abrir la puerta y es la figura de Maribel la que se encuentra en el umbral. Teresa tiene el cabello largo, atado hacia arriba, sus rizos se asientan como un nido en la cabeza. Detrás sale Carlos del ascensor, como si no supiera si es bienvenido. Teresa se cuelga del cuello de Maribel y llora como una niña. Ella, Isabel, debería estar ahí delante para abrazar y consolar a su hija. Tiene tanto miedo. Ante el contacto y la mirada, miedo de haberlo hecho todo mal, miedo de que sus piernas no la aguanten. Carlos la saluda con un gesto, serio, pero no desagradable y luego la abraza, mamá, y el miedo se ha ido, solo queda el calor de su hija, que está sudada y huele, como en el pasado había oído su madre, Teresa, después del trabajo en el campo.

Bajo la luz dura de los fluorescentes de la cocina, Isabel examina a su hija. Está sucia como un albañil, las lágrimas le han marcado rastros en la cara e Isabel no sabe si los mechones son de color gris o solo están polvorientos. Alrededor de los ojos su niña tiene arrugas, está más rellenita que en la boda, pero su rostro se ve demacrado. Isabel se arrodilla ante ella y le abraza los tobillos, que están cubiertos por botas de montaña llenas de tierra. ¿Dónde habéis estado para ensuciaros de esta manera y cómo habéis podido llegar tan rápido? Entre los dos, una mirada rápida, Teresa afianza los pies firmemente en el suelo, se sienta, mamá. Cuando se le ha pasado el mareo, Isabel ve cómo en los ojos de Teresa brilla esa determinación que predecía siempre a una

provocación: «Hemos recuperado los muertos de Franco». Un plato de churros se estrella con un gran estruendo sobre la encimera de la cocina a su espalda.

«¿Qué habéis hecho qué?» No debe sonar como una acusación, pero Teresa se pone inmediatamente a la defensiva, su voz se endurece: su bisabuelo. Isabel solo mueve la cabeza, mientras que Carlos se inclina sobre la mesa y toca el brazo de Teresa. Ella se reclina y toma aire, mira hacia delante, dice algo en alemán, Maribel deja dos tazas de chocolate con un golpe sobre la mesa, se limpia los ojos con las palmas de las manos y sale de la cocina, un momento después, la puerta de entrada se cierra con un portazo.

Isabel nunca hubiera creído que le resultaría tan fácil. A través de un espacio de silencio y quietud pasean su padre y el de Maribel, su hermano y su hermana.

Contempla la montañita de nata que se está derritiendo con el calor. Se da cuenta de cómo sus manos están retorciendo un paño, lo extiende sobre las rodillas, es blanco y fino como una sábana, y entonces ya no puede verlo con claridad.

Cierra los ojos, como si la ceguera le permitiera tomar impulso y saltar. El padre de Maribel y mi padre y mi hermano. En una zanja cerca del pueblo. Mi hermana se fue a Francia, nunca más se supo de ella. Isabel se tapa la cara con el paño que tiene en las manos y calla, como si ahora tuviera que pasar algo, oye a Carlos, al que su hija no contesta, pero siente su mano en el codo, y toda la dureza ha desaparecido de esta voz cuando la llama mamá.

RESTITUCIÓN

Mientras su madre empieza a contar con voz entrecortada, esta pregunta recorrió los límites de su atención: y si todo, sencillamente todo ha tenido que ver con algo desconocido de su madre más que con su padre.

El arqueólogo dijo que hay personas que se sienten atraídas por una excavación sin ser conscientes de que proceden de una familia perseguida. Maite no creyó en ningún momento que eso tuviera nada que ver con ella.

Isabel se interrumpe, debemos cerrar la ventana, treinta años después de la muerte de Franco aún vuelven a los susurros. Las lágrimas espesan la voz de Maite, mamá, no, nadie te va a oír, los tiempos han cambiado.

La variante de Isabel de la misma historia de siempre: el hermano en las montañas; la hermana, su contacto entre el mundo del mundo y el mundo en secreto. El hermano escapó y el padre fue detenido, un abrazo, si es que lo hubo, no se puede admitir que fue el último. La hermana tiene que desaparecer, un abrazo, que es el último, sin que se sepa con exactitud. Isabel queda atrás como la más joven, quince años eran suficientes para valerse por sí misma. Silencio en la casa. Oscuridad. Isabel enferma en la cama. Maribel. También allí falta el padre. Se ocupan de Isabel, pero no tienen ni siquiera lo suficiente. Más tarde Francisco, destinado en la cercanía, distante y guapo, Francisco, que ha puesto su ojo en ella. En aquel entonces era realmente guapa. Aún lo eres, mamá. Había que ver cómo sobrevivió. Un epitafio para una lápida. La boda. El silencio forma parte del pacto.

¿Los demás saben esto, mamá? ¿Irene, los chicos?

Solo lo sabe Maribel.

Poco a poco viene la ira. Maribel no es una criada, sino la portadora de un secreto, la confidente de la madre desde su infancia. Una historia familiar, una media familia entera que ha acogido a Maite. La ira contra sí misma, cómo podía considerar normal tener solo la mitad de una familia, por qué no preguntó nunca por los abuelos, por qué no se preguntó la razón de que no hubiera fotos. En general había pocas fotografías en su

familia, de nadie. Preguntaste. Te explicaron, os lo explicaron a todos que los abuelos habían muerto. No había imágenes. En realidad, no había ninguna imagen, nunca tuvimos ninguna. Personas que no habían dejado ninguna huella.

La historia traza sus círculos cada vez más estrechos, dirigiéndose hacia el centro, Isabel y Francisco. En intervalos más cortos Isabel mira a Carlos. Ella nunca lo diría. Carlos coloca la taza de chocolate frío en su plato, se los lleva al fregadero, se oye la puerta del aseo. Cuando regresa a la cocina, no se sienta, sino que se queda de pie detrás de Maite. Lo acompaña hasta el coche. Entregarse una vez a los cuidados de esos brazos, antes de regresar sola. ¿Estás segura de que no tendría que quedarme? Maite niega con la cabeza mientras se acomoda en su abrazo.

Cuando vuelve a subir, la puerta está entreabierta. Su madre sale del baño, se ha lavado la cara, se ha arreglado el cabello y retocado el maquillaje. Toma a Maite de la mano. ¿Quieres verlo? Lo he retenido para ti, se lo llevarán mañana por la mañana.

Maite vacila. Más tarde. La siguiente pregunta la responde sin pensar, con un sí, ocupa en la cocina su antiguo sitio, su madre pone un mantel, coloca la cubertería de plata y los platos buenos. Pliega las servilletas de lino, pone en la mesa aceitunas y tomates, queso manchego y de Burgos. Al pasar a su lado, como por casualidad, roza la mano de Maite. De la despensa trae chorizo y pan, que habrás echado de menos. Maite asiente con la cabeza, aunque en el mercado mayorista consigue todo lo que pueda desear para comer.

—¿Te acuerdas de Rosa, mamá?

—¿La niñera?

Ha echado de menos a Rosa, Rosa, a la que amaba con fervor, que simplemente desapareció de sus vidas. Que era una comunista lo comprendió Maite más tarde, en un principio solo estaba la ausencia inexplicable de Rosa y su pérdida obligada, Maite pedaleaba sola por la ciudad, buscando desesperadamente a Rosa.

—¿Qué pasa con ella?

Maite niega con la cabeza. Otra historia.

—¿Tienes vino, mamá?

—Sí, por supuesto, lo siento.

No hay necesidad de disculparse.

Isabel ha saltado de la silla, trae copas de vino y una botella abierta de Viura. Madre e hija, dos mujeres solas. Tal vez ahora puedan hablar. Isabel toma un sorbo, luego percibe Maite cómo vuelve a recuperar el hilo, busca las palabras, las pausas, bebe, encuentra palabras, una cosa detrás de la otra.

Francisco, que era inaccesible y guapo, que le había echado el ojo, no la perdía de vista. En su presencia empezó a temblar, si es que Maite podía entenderlo, sí, por supuesto, aunque ella utilizaría otras palabras. Francisco, que no la cortejó durante mucho tiempo, diseñó toda una vida en algunos paseos y le propuso muy pronto el matrimonio, no lo formuló como una pregunta, que casi no la había tocado, que parecía ser diferente de los demás, ya sabes, yo era pobre y estaba sola. Francisco, en quien quería confiar. Trató que la reacción de la gente no la afectase. Francisco calmó su hambre. A su lado se sentía segura. Sola, pero segura. En un lugar.

—¿Lo has querido, mamá?

Con los ojos dirigidos a una nada en algún lugar detrás del cristal de la ventana, Isabel asiente.

—¿Fue bueno contigo, mamá?

Isabel sigue mirando por la ventana.

—Era un buen padre.

—No era un buen padre, mamá. No para mí.

—Te quería.

—Teresa dice lo mismo, pero quizá lo debería haber oído de vosotros. ¿Cómo lo habría podido saber?

—Me voy a quedar un rato más aquí sentada, mamá.

Es casi por la mañana cuando Isabel se mete en la cama. Maite oye cómo se cierran los cerrojos de la puerta de la vivienda.

Su padre era capaz de enamorarse de esa manera, una vez en su vida pasar por encima de la gran zanja.

Su imaginación siempre ha sido muy limitada.

¿O fue su triunfo hacer que las demás personas desaparecieran? ¿Una especie de proselitismo, un péfido recuento de bajas?

Ella está tan petrificada, tan convencida de sus opiniones, que le atribuye inmediatamente la infamia. ¿Cómo se va a poder convencer de lo contrario de lo que ha sentido a lo largo de toda su vida?

En la nevera encuentra otra botella de Viura. En aquella época en Múnich, en los primeros tiempos empapados en alcohol, cuando por las noches se mantenía con dificultades en posición vertical delante del espejo y se miraba a los ojos desiguales, se trataba de empezar a vivir su propia vida en la distancia, como si no fuera posible cerca de él. Tenía veinte años y se fue y pensó que esa era la solución.

Al lado descubre que su antigua habitación casi no ha cambiado, extrañamente familiar después de todos estos años, la habitación de la que salió ese otro yo. En la pared cuelgan todavía los viejos pósteres de U2 y Siouxsie and the Banshees. Con esto conseguía que se pusiera al rojo vivo, hacía que sonara a todo volumen «This Town Ain't Big Enough for the Both of Us»³⁹ y no se daba cuenta de la ironía. Él entró y bajó el volumen, una bofetada, ella volvió a subirlo, entonces sacó el fusible. Quería reinventarse en Múnich, adoptó el apellido de Carlos y siempre ha estado viviendo contra estas sombras, llevaba consigo su deseo de venganza y el ansia de amor como si fueran cicatrices, una inaccesibilidad permanente. La reconciliación solo puede producirse cuando todos reciben lo que merecen: justicia para las víctimas y un juicio justo para los verdugos. No hay reconciliación basada en la impunidad. Enhorabuena, precisamente eso es lo que ha demostrado durante media vida. Maite era a la vez fiscal y juez, pero ahora se le ha muerto el acusado. Y la reconciliación está más indicada que el ajuste de cuentas. Le gustaría desaparecer. Cierra los ojos, pero ya no es una niña.

Maite vuelve a la realidad y pasa de largo ante la puerta entreabierta de la sala de estar, detrás de la cual se oye el ruido del aire acondicionado. Se resiste a la angustia, entra en su antigua habitación y se hunde en el cálido edredón. En la puerta son visibles los agujeros del pestillo que atornilló ella misma. La guitarra, que nunca aprendió a tocar, está apoyada al lado de la cama, Maite pasa el pulgar lentamente sobre las cuerdas, para su sorpresa, el instrumento está afinado. Alguien ha ordenado cuidadosamente los libros en el estante. Álbumes con fotos de los niños, el rebaño de nietos, a los que no puede seguir la pista. Libros infantiles en el estante. La caja de un juguete detrás de la puerta. Aquí no hay barbecho, ni castigo de Dios. Todavía tiene sus palabras en el oído,

ligeramente distorsionadas por el teléfono, sonaba ronco. De eso no se podrá librar nunca.

Alguien limpia el polvo aquí. Alguien ha colocado su viejo osito en la cabecera de la cama. Su mirada se posa sobre la mesa junto a la ventana. El cristal oscuro y reflectante oculta la pared que tiene enfrente, ¿cuántas veces se ha sentado aquí llena de rabia, impotente, y se ha quedado mirando a la pared del bloque vecino, a solas con sus sentimientos? La ira había sido siempre su hilo de Ariadna, pero la conducía a las profundidades del laberinto, no hacia fuera, y con el tiempo se ha enredado en él. ¿Debería haber desenmarañado el ovillo de hilo, o lo más correcto era partir el nudo después de la boda?, ya no tiene respuesta.

Su diploma de graduación de la escuela secundaria enmarcado en la pared. Recuerda ese día, toda la familia unida en el restaurante, ella desapareció con sus supuestos amigos, se burlaba de su sentido del honor y le dejó claro que no aceptaba lo que tuviera que ofrecerle. La vergüenza sobre eso es nueva y caliente. No sabe y ahora ya no le puede preguntar lo que le quería decir cuando desapareció en su mundo pequeño y miserable.

Maite se acerca más. Un vade de mesa verde, bolígrafos, tijeras, pegamento bien ordenados. Un álbum se encuentra exactamente en paralelo a los bordes del vade. El aroma característico de su padre. Oye su propia risita cuando descubre la antigua tarjeta del Stromboli. Acaricia con la yema de los dedos el álbum de cuero sintético, no presenta una resistencia, pero la piel se desliza con dificultades sobre la cubierta. Siempre sabía cuándo cruzaba la frontera. De repente, la caja fuerte, su mano con la llave, un solo giro pequeño y rápido de la muñeca, no es gran cosa. El álbum está ahí, como si solo fuera para ella. Maite levanta la tapa, empuja a un lado el papel de seda, libera la primera foto.

Toda la familia, todos los empleados de la finca, su padre cuando era un adolescente, pero incluso entonces está ligeramente apartado, como más tarde los domingos en casa de Luis. Debajo de la foto: *Francisco (hijo), Francisco (padre), Ana (madre) con Ana (hija), María, Luis. Huerto Molins Muñoz, Valencia. 1936*. Es un tiquismiquis ante el Señor, como si alguien pudiera confundir a padre e hijo, a madre e hija. A veces su preocupación por la precisión es conmovedora. No obstante, no ha apuntado si la imagen fue tomada antes o después del estallido de la guerra. En el fondo Maite reconoce el

edificio principal con el pórtico circundante, que Luis ha convertido en una terraza, en la foto se puede ver allí un burro unido a un carro en la sombra.

El crujido de papel de seda cuando pasa las páginas. Un viejo recorte de periódico del final de la guerra, la entrada de las tropas franquistas en Valencia, no duda ni un momento que él conserva un recuerdo de ese día. Reconoce fotos que se encontraban en su momento en la caja fuerte. Como si él le hubiera abierto la puerta. Él lleva botas altas y pantalones de montar, la guerrera del uniforme la lleva abotonada hasta arriba, aunque su madre está a su lado en traje de verano: *Voluntario contra Rusia, por el Honor de España. Julio de 1941*. El honor de España, pensaba y se expresaba como un propagandista barato. Él sonríe con orgullo, ansioso de aventuras, parece muy feliz. Así no lo han visto a menudo. Una instantánea bajo el cartel de la estación de Angulema, cinco de ellos paseando casualmente por el andén. El cansancio de Maite ha desaparecido, saca la silla de debajo de la mesa y se sienta. El campo de refugiados de Antonio estaba en Angulema, desde donde los nazis deportaron a los republicanos a Mauthausen. Una coincidencia macabra de la historia que los habitantes de esta ciudad dentro del mismo año es que fueron testigos del transporte de dos tipos de españoles muy diferentes. Uno de los reclutas lleva unas alpargatas sencillas de lino y paja para ir a la guerra. En primer plano una niña pequeña con el cabello muy rubio. En el tren está escrito con tiza *¡Heil Franco! ¡Heil Hitler! Estudiantes españoles*. Él no era ningún estudiante. Tal vez le hubiera gustado estudiar, como a Antonio, pero parecía que la guerra se le cruzó en el camino, su propia ilusión idiota. *Fumador*, en alemán, también aparece en los vagones. Siguen casas de madera alemanas idílicas: *Truppenübungsplatz Grafenwöhr, Panzerabwehr*.⁴⁰ *Julio de 1941*. Entre las máquinas parece frágil y perdido como un huérfano, entre unos muy soldados teutónicos y experimentados, al menos un español adulto con un casco. No era nada más que un niño, esta impresión se ve reforzada porque está inclinado o de rodillas, y con la boca ligeramente abierta, los ojos ensombrecidos hacen que parezca agotado y con un aspecto completamente abrumado. Puede que hubiera deseado vivir aventuras militares, pero cómo habían permitido sus padres que se alistara.

Siguen fotos como las que Maite ha visto hasta la saciedad en sus libros, la vida cotidiana en el campamento, si es que en la guerra existía algo así como la vida: tazas de latón, rondas de café, pausas para fumar, tomar el sol. ¿Estaba deseoso de entrar en combate o se cagaba en los pantalones? Lo encuentra de nuevo y de nuevo tiene la

expresión perdida y a punto de llorar. En Rusia han establecido un auténtico bar español, en la barra están preparados los platillos de café para el *café con leche*, en la esquina de unas rejas forjadas en las ventanas, que desde luego no proceden de un patio andaluz, ramas de abeto en un jarrón de porcelana y un papel matamoscas en el techo. En la pared, una jaula de pájaros y un cartel no demasiado mal dibujado con una corrida de toros y el encabezado *Plaza de Toros de Grigorovo*, Maite reconoce el nombre del lugar, Novgorod, lago Ilmen. Una amalgama de España y Alemania en algún lugar de Rusia, su padre en el medio, en esta época acabaría de cumplir los dieciocho años, y esa era su imagen del mundo. Ella tenía por lo menos veinte años cuando se fue a Múnich y, en comparación con la suya, su soledad debió de ser ilimitada cuando quemó su juventud en el frente ruso.

Tal vez se escondía de la propia soledad, un campo de minas, atravesado por los frentes como el paisaje alrededor de Leningrado. Sus inscripciones muestran la falta de emoción de los soldados, según se decía, había que luchar heroicamente, resistir y ser listo. Esta generación de hombres que tuvieron que aprender por sí mismos a no sentir y después estar orgullosos de ello durante toda una vida. Comenzó con un error, que nunca admitió, y por lo tanto los siguió cometiendo, se ha mantenido fiel al error durante toda su vida. Un pueblo Potemkin⁴¹ el único lugar que después fue capaz de encontrar para sí mismo. Él era así a causa de una inquietud. Una incomodidad en el mundo. Porque había interpretado su existencia como un castigo. Al menos como una imposición. Así encajaba ella en la imagen. La intentó podar hasta el punto de que encajase en su sistema de imposiciones.

«Quemado» no es probablemente la palabra más adecuada. Su padre con esquíes. No sabía que supiera esquiar, cómo llega a aprender a esquiar un niño del Mediterráneo. En el hospital militar está con las manos vendadas. Incorporado en una cama, mantiene en equilibrio una bandeja con saludos culinarios desde casa, Antonio probablemente podría identificar el logotipo en el envoltorio de la naranja, la bandeja se la acaba de entregar a Francisco una delegación a cuyos miembros desearía pulir la sonrisa de la jeta. La rabia se desvaneció como cenizas en el viento.

Maite se desplaza hacia atrás, todos los soldados tienen guantes de lana completamente inadecuados o no tienen. Novgorod, el frío invierno de 1942. Allí dejó su padre el tacto de la yema de los dedos. Él lo ha querido, y tal vez le está bien merecido, pero Maite lamenta lo que seguramente él se había prohibido a sí mismo.

Ella sabe lo cariñosas que pueden ser las yemas de los dedos agrietadas. Lo delicado que es acariciar las manos maltratadas. Cómo le va ahora a Carlos con el pie, tenía dolores, pero se empeñó en traerla en coche. Espera que se cuide. Ya han terminado allá arriba. ¿Estará durmiendo? ¿Está sentado a la mesa con Antonio y Paul, copias de sí misma en intervalos de veinte años, que se deja informar cuál fue el resultado del rescate? Un tira y afloja entre ellos. Siente nostalgia. La nostalgia es Carlos. Su padre no sabía nada de la persona, acerca de las personas que componen a Maite en la actualidad. No se podía describir lo solitaria que podía ser su sensación de abandono. No se podía explicar lo que aplastaba su felicidad. No se puede expresar fácilmente en palabras lo que hubiera tenido que decir. Han quedado abiertas muchas preguntas. ¿Hay un cielo para los que son como él, como debe haber un paraíso para los bávaros?

La última imagen de la serie. La mirada de Francisco se dirige clara y directamente al espectador, ya no tiene nada. Esta es la foto que Maite creyó reconocer en la cocina del abuelo Karl, con ella comenzó su búsqueda. El pie de foto dice, en alemán: *Abschied von der Blauen Division. Königsberg. Sommer 1942.*⁴² Águila Imperial y Cruz de Hierro. La foto que había encontrado en la caja fuerte. La llave de la caja estaba pegada en aquel amuleto con la agresiva expresión de Jesús, una magia defensiva, en estas circunstancias parecía bastante necesaria. Maite se acerca, en el borde de la imagen ve una impresión que, a diferencia de la inscripción, dice *Berlin*. Él ha cometido un error.

Pasa unas pocas páginas. Y ya no puede apartar la mirada de esa bota sobre ese pecho. La pose del gran cazador con la que una persona obliga a otra persona. Él estaba allí. Él estaba allí. Él ha perdido el derecho a la felicidad para todos los que vinieron después de él. Su poder se extiende como una maldición sobre todos ellos. Él estaba allí y después se casó con su madre, así de sencillo. Como si pudiera funcionar. Como si pudiera hacerse algo así.

Con los brazos cruzados se acerca a su cabeza. Su madre lo ha convertido en la muerte en un ciudadano privado. Su *alter ego* está extendido sobre una silla. Ella lo sabe, en el fondo lo sabe desde hace años. ¿Habría soportado escucharlo de su propia boca? De pronto, ya no está claro si habría sido mejor que hablara, si ella hubiera tenido certezas en lugar de preguntas.

Al final, no hay nada que lo pueda disculpar. Mañana por la mañana vendrán a buscarlo y eso está bien. Es terrible, definitivo y abrumador.

A través de su reflejo en el cristal de la vitrina, Maite contempla las cajas con las mariposas. Las alas de la puerta de la vitrina se abren sin hacer ruido, en el interior se enciende automáticamente una luz suave. Saca una de las cajas con los animales, que se deslizan hacia ella, clavados en delgadas tiras de madera. Maite saca una mariposa de la aguja, equilibrándola entre el pulgar y el índice. Como si estuviera a punto de despegar. De niña quería dejarlas volar. No entendía ni la insensibilidad ni la desaprobación de su padre. Vuelve a colocar al animal muerto. No entendía cómo se podía hacer algo así por placer. Algo lo ha tenido que empujar a lo largo de los años para luchar hasta los ochenta contra la muerte.

La muestra retirada se vuelve a colocar en su sitio como si tuviera vida propia, Maite cierra la puerta, la luz se apaga, los animales muertos desaparecen en las sombras. Pasa la mano sobre el respaldo del sofá. En la esquina entre los dos sofás hay una lámpara, aprieta el interruptor, encendido, apagado, encendido, apagado. Claridad. Oscuridad. Claridad. En el otro extremo de su campo de visión parpadea su padre, se hunde en el crepúsculo, la luz se refleja en su piel cerúlea, para luego sumergirse de nuevo. En el compartimento inferior de la pared del gabinete está la caja fuerte, esa cámara secreta de sus recuerdos. Él quería darle aceite de ricino. Querías destruirme.

¡No te quería destruir, Teresa, no digas eso! La voz de su madre. Maite se da la vuelta, pero no hay nadie.

Está de nuevo delante de su padre. El rosario alrededor de las manos. Como lo ve ella, él siempre tuvo elección. Que ella se haya tenido que ensuciar las manos no es suficiente. No hay nada que pueda hacer contra su culpabilidad. Eso hace que ensuciarse las manos no sea suficiente. Tiene que ver con el hecho de que aquí los niños no tenían padres. Ella no tiene derecho a su buena vida y a los privilegios de su infancia, pero no hay nadie a quien pudiera devolver este pasado. Nunca es suficiente. ¿Qué puede hacerse? ¿Qué hay que hacer para que se detenga? Ya no puede. Ya no quiere.

Está delante de su cuerpo y no sabe, después de tantos años, aún no sabe qué hacer con la ira. Siente el ardor en sus amígdalas, como siempre cuando las lágrimas le suben por la garganta. Nunca se explicó. Nunca demostró que la sentía cercana. ¿Cómo podía vivir con ello y callar la historia que unía a los padres? Le gustaría arrancarlo de su presumido *rigor mortis*, arrancarle las cuentas de las manos heladas, despeinarle su cabello perfectamente colocado, como aquella vez de camino a la estación, en lugar de eso da un salto hacia la vitrina, su reflejo cierra el puño, el vidrio salta en pedazos y se

cae. La llave gira, la luz fantasmal se enciende y las mariposas se deslizan hacia ella. El primer cuadro lo tira al suelo. El segundo por encima del respaldo del sofá, una bocanada de viento en las alas sin vida, que termina en la mesa de café, resbala y cae de cabeza al suelo. El tercer cuadro lo pisotea, los listones astillados bajo sus pies descalzos, siente el dolor agudo de una astilla en la planta del pie, y el polvo de la excavación se mezcla con el de las mariposas. El cuarto y último lo lanza con todas sus fuerzas contra el borde de la vitrina, que raya la pintura o hace muescas en la madera, una y otra vez, hasta que se rompe y dos brazos la agarran desde atrás y dos manos le quitan el cuadro, hasta que la furia se le ahoga en el pecho y reconoce el olor a jabón y perfume, hasta que se echa a llorar en los brazos de su madre.

Al otro lado de la ventana, la pared opuesta aparece como una superficie gris. No recuerda haberse metido en la cama. Tiene la mano vendada.

En el pasillo delante de la habitación hay movimiento. Voces de mujer. Puertas que se abren y se cierran. La pared dolorosamente brillante delante de la ventana. Maite cierra los ojos. En la cocina se oye a alguien trasteando. La sensación de antes: sola con Maribel en la vivienda.

Cuando abre los ojos de nuevo, está tumbada del otro lado. Maribel, que no es la que ha sido siempre. Maribel, que como antes ha recibido el encargo de vigilar que Maite no haga ninguna estupidez.

Maite se sienta al borde de la cama y se extrae las astillas del pulpejo del pie. Roza con la yema del dedo el tatuaje que se hizo hace mucho tiempo. En realidad, querría ir con Maribel, pero no pasa del escritorio. La escritura cuidada de su padre debajo de las fotografías que no ha visto nunca, de las que no se puede acordar, ni de las fotos ni de los acontecimientos, ni del momento de tomarlas ni de su revelado en el papel. Debía vivir aquí porque esas películas solo se encontraban en el Stromboli y ella ha visto *El espíritu de la colmena*. La niña que busca al monstruo de Frankenstein y se encuentra a un republicano herido. La pequeña en el bosque, ajena a todo, sin saber que la están buscando con desesperación, linternas que se balancean como fuegos fatuos a través de la oscuridad. Se encuentra con el monstruo en su propio reflejo en el agua, las dos caras se entrelazan y se inclina hacia ella, no para matarla, sino para darle un abrazo.

Rechazada por su creador, no estaba preparada para que la abandonasen en un mundo brutal y tiene la sensación clara y tormentosa de que esta vida no es justa. Maite escucha sus sentimientos de remordimiento y si puede confiar en ellos. Recuerdos de un padre rechazado.

La foto de la boda de sus padres. Una mala imagen. Su madre sale con un vestido negro de la penumbra del portal, el fotógrafo ni siquiera ha esperado a que se colocase al lado de su nuevo esposo. ¿Dónde están sus familiares, la madre, los hermanos? Qué poco debía confiar en el ritual cuando preparó tan apresuradamente su propia boda, mientras que más tarde daba un valor exagerado a las formalidades. ¿Tenía miedo de que Isabel pudiera cambiar de opinión? Es probable que aceptase la posibilidad de que para Isabel el matrimonio era solo una manera de escapar de las dificultades y de la persecución. Solo. En esta familia hay que ponerlo todo entre comillas. Dos solitarios. Si en los dos estaba en juego el amor, mejor.

Padre e hija. En el fondo, fuera de foco, Irene y su madre bajo los naranjos. Tomada por el tío Luis, primavera de 1976. Poco después de la muerte de Franco, todo en transición. Pero de eso no sabía nada la niña, María Teresa, que llevaba un vestido claro y el nombre que habían previsto sus padres.

Del álbum separo tres fotografías. Me llevo la imagen en el hospital, en la que sostiene la bandeja de naranjas con las manos congeladas. Y tomo la imagen de la arboleda del tío Luis: la mano pequeña en la grande, un padre, orgulloso y marcial, con una sonrisa en su rostro y una mirada amable, casi cariñosa a la niña que tiene a su lado. Habrá ocasiones en las que la quiera mirar. Y otras, en las que no pueda soportarlo. No hay otra solución.

En el dibujo de las suelas de mis zapatos hay tierra de la tumba del padre de Antonio. La puerta de la sala de estar se abre en silencio. Los fragmentos y las mariposas han desaparecido. Pronto vendrán a recogerlo. Su cara está lisa, han desaparecido las líneas de expresión. Le meto la foto del partisano asesinado en el bolsillo del pecho. Esta deuda debe ir con él. Debe acompañarlo, sin importar adónde lo lleve el viaje.

Su cuello ya no llena la camisa. Dejo caer un guijarro y un poco de tierra de la fosa común en su cuello. Le picará. Entonces me inclino hacia delante y pongo mis labios ligeramente, solo por un momento, en su mejilla fría.

FUENTES Y AGRADECIMIENTOS

Rebecca Solnit ha escrito ensayos inteligentes y lúcidos sobre la empatía y el arte de narrar, sobre el poder redentor de la aceptación, sobre el amor y la fiabilidad de los lugares, el laberinto y el hielo eterno, recogidos en *The Faraway Nearby*. Los paisajes helados en Leningrado y sus alrededores aparecen en Anna Reid, *Blokada. Die Belagerung von Leningrad: 1941-1944*. (Una pequeña libertad literaria es que Maite tiene en 1990 acceso a más conocimiento de los que en realidad estuvieron disponibles hasta la abertura de los archivos tras el colapso de la Unión Soviética.) La información sobre la División Azul proviene de muchas fuentes: memorias, colecciones de fotos, bibliografía especializada, páginas web de historia militar, foros *online* y asociaciones. Las arias de Antonio están tomadas de las óperas *Dido y Eneas*, de Henry Purcell, y *Eugenio Onegin*, de Piotr Chaikovski. La deportación de los republicanos españoles desde el sur de Francia en el verano de 1940 se encuentra en el libro de la película del mismo nombre *El convoy de los 927*, de los cineastas catalanes Montse Armengou y Ricard Belis, que está extensamente documentado. No se sabe nada de un fugitivo en Múnich, aunque los supervivientes han explicado que estaban mal vigilados y muchos habrían podido escapar. En Mauthausen bajaron 430 hombres y muchachos, de los cuales 357 tuvieron un viaje *solo de ida*. Fueron de los primeros prisioneros y construyeron las instalaciones fortificadas del campo. Desde Francia se deportaron más de 10.000 españoles a los campos de concentración alemanes, solo en Mauthausen murieron 6.503 de ellos. David Wingeate Pike describe la vida y la muerte de los españoles en Mauthausen en *Spaniards in the Holocaust*.

Leningrado es una ciudad que fue reconstruida sobre fosas comunes. El legado de la Segunda Guerra Mundial son los «paisajes contaminados», como los describe Martin Pollack para Europa central y oriental, paisajes llenos de fosas comunes ocultas que se han hecho invisibles y debían permanecer ocultas. También en España encontramos una multitud de tumbas anónimas, algunas estimaciones elevan a más de 100.000 la cifra de los desaparecidos: víctimas sin nombre, recuerdo negado, humillación más allá de la muerte. El abordaje de este legado es una cuestión política. Georg Pichler lo describe en

Gegenwart der Vergangenheit – Die Kontroverse um Bürgerkrieg und Diktatur in Spanien, mientras que *Kampf der Erinnerungen: Der Spanische Bürgerkrieg in Politik und Gesellschaft 1936-2010*, de Walter L. Bernecker y Sören Brinkmann, contiene el primer impulso para esta novela. Clara Valverde trató el trauma de la violencia que en España se ha trasladado de generación en generación en *Desenterrar las palabras: Transmisión generacional del trauma de la violencia política del siglo XX en el Estado español*.

Desde el año 2000, se ha ido superando gradualmente la deshumanización de las víctimas y el anonimato de los verdugos. La *Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica* (ARMH) fue fundada en 2000 tras la búsqueda y exhumación de una fosa común con 13 desaparecidos en Ponferrada, León. Desde entonces han aparecido organizaciones similares en muchas partes de España. Sobre la base de testimonios y la información de los supervivientes, los activistas identifican tumbas anónimas, investigan en archivos y, finalmente, recuperan los restos de las víctimas utilizando los métodos de la arqueología forense; un trabajo que se realiza en gran medida de manera voluntaria. En <www.memoriahistorica.org> se puede ampliar la información sobre los trabajos de la ARMH.

En noviembre de 2011, participé en una excavación en Castilla-La Mancha y no solo aprendí cómo funciona el trabajo arqueológico, sino que también conocí los espacios sociales que se abren en este contexto. René Pacheco, Marco González y Núria Maqueda me ayudaron a entrar en este mundo; David Ramírez respondió mis muchas preguntas sobre la Guardia Civil, sobre las condiciones de vida y las posibles rutas de huida. El doctor Andreas Heusler, del Stadtarchiv de Múnich, me proporcionó información importante sobre cómo un español podría haber pasado a través de la malla durante la Segunda Guerra Mundial, Serdar Kilitci y sus colegas en el Großmarkt de Múnich me dieron a conocer de primera mano sus actividades, Héctor Rodríguez me habló sobre el trabajo cultural en el *Centro Español* y la vida de los inmigrantes españoles en Múnich.

A todas estas personas les estoy muy agradecida. La responsabilidad por cualquier error en el texto es solo mía.

Notas

- 1 En castellano en el original. En la versión original de la novela aparecen numerosas expresiones en castellano, que han quedado indicadas en cursiva y se optado por no incluir ninguna nota del traductor señalando el hecho. *(N. del T.)*
- 2 Especie de paté de carne horneada, típico del sur de Alemania. *(N. del T.)*
- 3 «Buenos negocios» en el dialecto bávaro. *(N. del T.)*
- 4 Cualquier pescado de río asado con un palo que lo atraviesa longitudinalmente, al estilo de los pescadores. *(N. del T.)*
- 5 Dialectos del alemán que se hablan en Suabia y Sajonia, respectivamente. *(N. del T.)*
- 6 Juego de palabras intraducible con *Stummfisch*, que significa «persona callada y silenciosa», pero que literalmente significa «pez» (*fisch*) «silencioso» (*stumm*). Literalmente la frase sería: «Mi pez silencioso va a empezar a pescar». *(N. del T.)*
- 7 Este hombre tan diferente / y esta mujer: / una corriente que fluye / en un campo. *(N. del T.)*
- 8 Siglas en alemán del tren de alta velocidad equivalente al AVE español. *(N. del T.)*
- 9 En una habitación de un caserío, rincón donde se colocan objetos religiosos y retratos de familiares muertos. *(N. del T.)*
- 10 En ciertas zonas del sur de Alemania y en Austria, vasito para tomar chupitos. *(N. del T.)*
- 11 En catalán en el original. *(N. del T.)*
- 12 *Las mariposas de Europa*. *(N. del T.)*
- 13 Nombre que recibía el espionaje militar. *(N. del T.)*
- 14 Fuego mágico. *(N. del T.)*
- 15 Nombre germánico de Talin. *(N. del T.)*
- 16 Siglas en alemán del Partido Comunista. *(N. del T.)*
- 17 Siglas en alemán del Partido Socialdemócrata, equivalente al PSOE español. *(N. del T.)*
- 18 Casa sindical. *(N. del T.)*
- 19 Una de las estaciones del metro de Múnich. Literalmente, Libertad Múniquesa. *(N. del T.)*

- 20 Literalmente, salchicha blanca. Salchicha típica de Baviera elaborada con carne de cerdo y de ternera. (*N. del T.*)
- 21 Especie de capuchino sin café, popular en algunos países como bebida infantil compuesta principalmente por leche a la que se puede añadir algún sabor. (*N. del T.*)
- 22 Un tipo de albóndigas típicas de Baviera. (*N. del T.*)
- 23 Literalmente, bolas de Mozart. Dulce originario de la ciudad de Salzburgo, creado en honor a Mozart y formado por una bola de mazapán recubierta de chocolate negro. (*N. del T.*)
- 24 Baile tradicional bávaro en el que los hombres se dan palmadas alternativamente en las suelas de los zapatos, las rodillas y el pantalón. (*N. del T.*)
- 25 Casita en miniatura típica del sur de Alemania que contiene una pequeña estación meteorológica. Literalmente, casita del tiempo. (*N. del T.*)
- 26 La cadena de tiendas *gourmet* más importante de Alemania. (*N. del T.*)
- 27 Literalmente, pasta al vapor. Plato típico del sur de Alemania que consiste en un bollo relleno de mermelada de ciruela. (*N. del T.*)
- 28 Postre típico del sur de Alemania que consiste en trozos de una especie de crep más grueso y dulce que el normal. Se suele cubrir con azúcar glas y acompañar con una compota de ciruelas. (*N. del T.*)
- 29 En catalán en el original. (*N. del T.*)
- 30 En catalán en el original. (*N. del T.*)
- 31 Oskar Lafontaine, político alemán con una dilatada carrera, fue el candidato del SPD (socialdemócratas) en las elecciones generales de 1990 y perdió frente al entonces canciller Helmut Kohl de la CDU (cristianodemócratas) y artífice de la reunificación alemana. (*N. del T.*)
- 32 Política española, fue secretaria general del PCE (1942-1960) y presidenta del mismo partido hasta su muerte en 1989. Una de las figuras clave del exilio republicano y la lucha antifranquista. (*N. del T.*)
- 33 Hace referencia a una rima infantil, «Punkt, Punkt, Komma, Strich, fertig ist das Mondgesicht» [Punto, punto, coma, raya, terminada está la cara redonda], que se utiliza para que los niños aprendan a dibujar los rasgos básicos de una cara. (*N. del T.*)
- 34 Dos de los personajes más famosos de las novelas de aventuras ambientadas en el Salvaje Oeste escritas por el autor alemán Karl May. (*N. del T.*)
- 35 Chiringuito de la playa de Palma de Mallorca, muy concurrido por los turistas alemanes. (*N. del T.*)
- 36 Juego de palabras intraducible. En alemán la nevera es *Kühlschrank*, literalmente «armario para enfriar», mientras que la traducción literal al alemán de «nevera» sería la que se da en el texto. (*N. del T.*)
- 37 Unión Popular para el Cuidado de las Tumbas de Guerra Alemanas, ONG que tiene como misión el cuidado de los cementerios de soldados alemanes en todo el mundo. (*N. del T.*)

- 38 Aria de la segunda escena del segundo acto de la ópera *Eugenio Onegin* de Piotr Ilich Chaikovski. El título original es *Wohin seid ihr verschwunden, Jugendzeit, Liebesglück*. Para facilitar la lectura se ha optado por jugar con el título traducido y no mantener el original en alemán. (N. del T.)
- 39 «Esta ciudad no es lo suficientemente grande para los dos.» Una canción del grupo británico Sparks, que alcanzó el número 2 de las listas en 1974. (N. del T.)
- 40 Cuartel de instrucción Grafenwöhr, Antitanque. (N. del T.)
- 41 Se refiere a la creación de pueblos fantasma por parte del mariscal Potemkin en 1787 para alegrar la visita a Crimea de la zarina Catalina la Grande. En sentido figurado se utiliza esta expresión para describir una cosa muy bien presentada para disimular su desastroso estado real. (N. del T.)
- 42 Despedida de la División Azul. Königsberg. Verano de 1942. (N. del T.)

ÍNDICE

I. Las situaciones del país

Cero (agosto de 2004)

La situación del país (marzo de 1939)

II. Exploración

La presión de sus manos (agosto de 1990)

Lo que queda (agosto de 2004)

República soberana (septiembre de 1990)

So different, this man (agosto de 2004)

Libertad muniquesa (octubre de 1990)

III. Cimientos

Convoy (de junio de 1939 a agosto de 1940)

Plantar arbolitos (agosto de 2004)

Solo viaje de ida (agosto de 1940)

Tío Hans (noviembre de 1990)

Naranjas para el frente (agosto de 2004)

Centro Español (noviembre de 1990)

La presión de sus manos (marzo de 1939 a julio de 1941)

Pozo (20 de junio de 1939)

Héroe de guerra (de julio a diciembre de 1941 • diciembre de 1990)

Decir que sí (agosto de 2004)

Un cielo lleno de pájaros (21 de junio de 1939)

Haber dicho que sí (agosto de 2004)

Héroe de guerra (de enero a julio de 1942 • diciembre de 1990)

Cartas en envoltorios de naranja (agosto de 2004)

Paz en la tierra y a los hombres (diciembre de 1990)

Honor de madrina (diciembre de 1990)

Entretiempos (agosto de 2004)

Vecino (agosto de 2004)

Noche (22 de junio de 1939)

Free Soloing (agosto de 2004)

IV. Restitución (agosto de 2004)

Exploración
No olvidar su rostro
Guardia Civil
Vals nupcial
Cimientos
Cero
Qué pronto olvida el mundo
Con la cara vuelta
Restitución

Fuentes y agradecimientos

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre
este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com

Para adquirir nuestros títulos, consulte con su librero habitual.

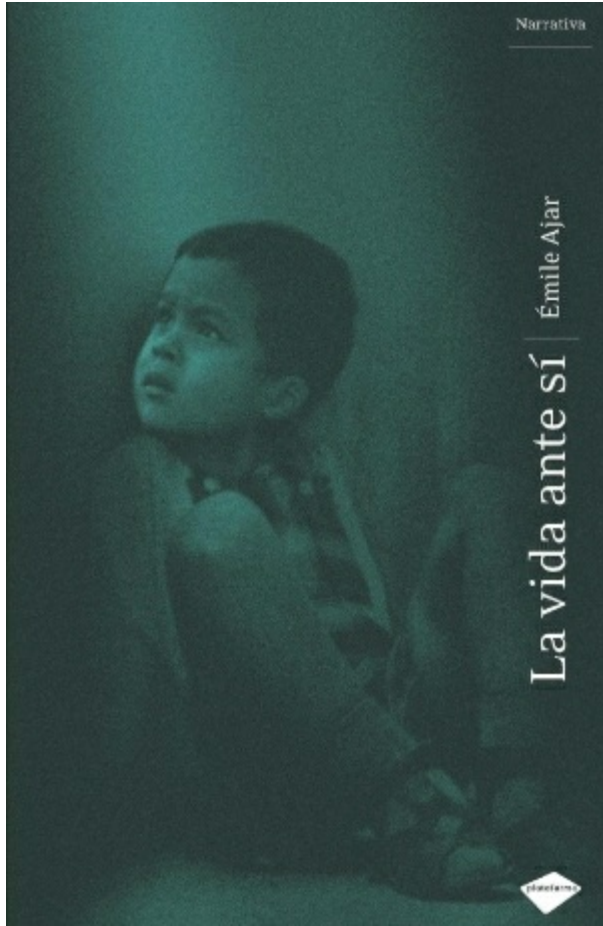
«I cannot live without books.»

«No puedo vivir sin libros.»

THOMAS JEFFERSON

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.





La vida ante sí

Ajar, Émile

9788416620463

222 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Momo, un niño musulmán huérfano, cuenta su estremecedora historia al lado de la señora Rosa, una anciana judía superviviente de Auschwitz, que acoge a los hijos de las prostitutas en su pensión clandestina en Belleville, suburbio parisino. Aquí malviven emigrantes ilegales y toda suerte de perdedores. Momo no tiene a nadie en el mundo y, cuando se entera de que la señora Rosa padece una enfermedad, intenta luchar contra la decrepitud que va consumiendo a la vieja prostituta, a pesar de los cuidados que le prodigan la señora Lola, un ex boxeador senegalés y el señor Walouma, un barrendero de Camerún. A través de la mirada de Momo, enfrentado prematuramente a la crudeza de la vida, el lector se sumerge en las reflexiones de un niño que habla de su mundo, del racismo, de la soledad y del miedo, con una rara mezcla de humor, ingenuidad y ternura. El resultado es de una notable grandeza humana y belleza literaria. Moshe Mizhari dirigió una película basada en esta novela, estrenada en España como Madame Rosa y protagonizada por Simone Signoret. Los lectores de Romain Gary/Émile Ajar encontrarán en esta obra algunas de las conmovedoras claves de la vida de este gran autor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao
Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma
Actual



«Un libro que
todos los adultos
deberían leer.»
Javier Ortigosa

**Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar
su potencial intelectual y emocional**

El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debamos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno.

"Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental." LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible." ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer." JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor regalo que un padre puede hacer a sus hijos." ANA AZKOITIA, psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Reinventarse

Tu segunda oportunidad

Dr. Mario Alonso Puig



21^a
edición ampliada

Traducido a 13 idiomas
Más de **100.000**
ejemplares vendidos
en España

¿Qué te atreverías a hacer si supieras
que no puedes fallar?

Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con
pasión y entusiasmo

Victor Küppers



Solo se vive una vez, pero una vez es
suficiente si se hace bien

Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

VENDER COMO CRACKS

Técnicas prácticas y eficaces
que no utilizan los merluzos

Plataforma
Actual



Victor Küppers

Autor de Vivir la vida con sentido

Para vender, o enamoras o eres barato

Vender como cracks

Küppers, Victor

9788417002565

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La venta es una profesión maravillosa, absolutamente fantástica. Difícil, complicada, con frustraciones, solitaria, pero llena también de alegrías y satisfacciones que compensan sobradamente esa parte menos bonita. Este libro intenta ayudar a motivar, a ilusionar, a disfrutar con el trabajo comercial. Es un ámbito en el que hay dos tipos de profesionales: los cracks y los chusqueros; los que tienen metodología, los que se preparan, los que se preocupan por ayudar a sus clientes, por un lado, y los maleantes, los colocadores y los enchufadores, por otro. He pretendido escribir un libro que sea muy práctico, útil, aplicable, simple, nada complejo y con un poco de humor, y explico sin guardarme nada todas aquellas técnicas y metodologías de venta que he visto que funcionan, que dan resultado. No es un libro teórico ni con filosofadas, es un libro que va al grano, que pretende darte ideas que puedas utilizar inmediatamente. Ideas que están ordenadas fase a fase, paso a paso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Epígrafe	5
Árbol genealógico	6
I. Las situaciones del país	7
Cero (agosto de 2004)	8
La situación del país (marzo de 1939)	10
II. Exploración	13
La presión de sus manos (agosto de 1990)	14
Lo que queda (agosto de 2004)	20
República soberana (septiembre de 1990)	31
'So different, this man' (agosto de 2004)	36
Libertad muniquesa (octubre de 1990)	49
III. Cimientos	62
Convoy (de junio de 1939 a agosto de 1940)	63
Plantar arbolitos (agosto de 2004)	71
Solo viaje de ida (agosto de 1940)	81
Tío Hans (noviembre de 1990)	99
Naranjas para el frente (agosto de 2004)	111
Centro Español (noviembre de 1990)	119
La presión de sus manos (marzo de 1939 a julio de 1941)	131
Pozo (20 de junio de 1939)	136
Héroe de guerra (de julio a diciembre de 1941 • diciembre de 1990)	139
Decir que sí (agosto de 2004)	154
Un cielo lleno de pájaros (21 de junio de 1939)	163
Haber dicho que sí (agosto de 2004)	166
Héroe de guerra (de enero a julio de 1942 • diciembre de 1990)	175
Cartas en envoltorios de naranja (agosto de 2004)	193
Paz en la tierra y a los hombres (diciembre de 1990)	198
Honor de madrina (diciembre de 1990)	212
Entretiempos (agosto de 2004)	227
Vecino (agosto de 2004)	230

Noche (22 de junio de 1939)	243
'Free Soloing' (agosto de 2004)	245
IV. Restitución (agosto de 2004)	253
Exploración	254
No olvidar su rostro	265
Guardia Civil	269
Vals nupcial	274
Cimientos	278
Cero	287
Qué pronto olvida el mundo	295
Con la cara vuelta	298
Restitución	301
Fuentes y agradecimientos	312
Notas	314
Índice	317
Colofón	319